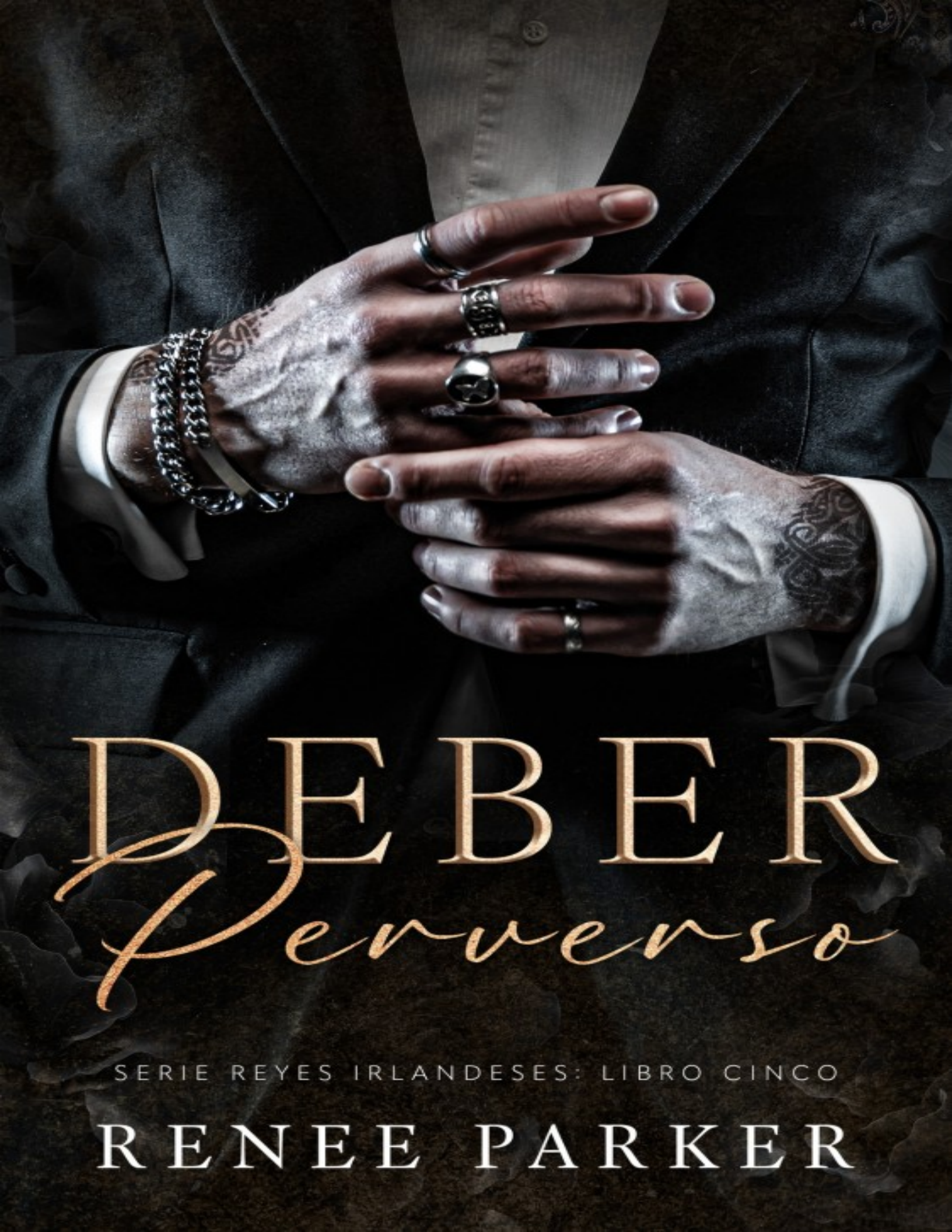


DEBER
Perverso

SERIE REYES IRLANDESES: LIBRO CINCO

RENEE PARKER

Deber Perverso

Reyes Irlandeses

Libro 5

Renee Parker



RoseHarbor
PUBLISHING

Derechos de autor

Copyright © 2026 de RoseHarbor Publishing

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier formato o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización escrita del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks, LLC.

Libros de Renee Parker

Reyes Irlandeses

Corazones Destrozados

Obsesión Despiadada

Tentación Robada

Dulce Traición

Deber Perverso

La historia continúa en el libro sexto

Persecución Despiadada

Advertencia!

Este libro puede no ser apto para todos los lectores. La historia contiene escenas que algunos pueden encontrar perturbadoras, incluyendo aquellas de violencia gráfica, secuestro y trata de personas (esto no les ocurre a los protagonistas y tampoco se describe gráficamente algún abuso sexual). Este libro también tiene escenas que representan sexo duro y puede contener otros temas más oscuros o elementos emocionalmente desafiantes. Si eres un lector sensible, por favor, ten cuidado: tu salud mental es importante.

Índice

Sinopsis

Prólogo

1. Lucy
2. Lucy
3. Lucy
4. Callum
5. Lucy
6. Callum
7. Lucy
8. Lucy
9. Callum
10. Lucy
11. Callum
12. Callum
13. Lucy
14. Callum
15. Lucy
16. Lucy
17. Callum
18. Lucy
19. Lucy
20. Callum
21. Callum
22. Lucy
23. Callum
24. Lucy
25. Callum
26. Lucy
27. Callum
28. Lucy
29. Callum

30. Lucy
31. Lucy
32. Lucy
33. Callum
34. Lucy
35. Callum
36. Callum
37. Lucy
38. Lucy
39. Lucy
40. Callum
41. Lucy
42. Lucy
43. Callum
44. Lucy
45. Lucy
46. Callum
47. Callum
48. Lucy
49. Lucy

Epílogo

¿QUÉ SIGUE?
Únete a la comunidad
Agradecimientos
Sobre Renee Parker

Sinopsis

Lucy

No necesito un guardaespaldas. Y mucho menos uno tan frío y devastadoramente atractivo como Callum Kavanaugh.
Acabo de conseguir un lugar en el evento de modelaje más competitivo del año. Esta es mi oportunidad para recuperar mi vida después de todo lo que he sobrevivido. No voy a permitir que un robot autoritario vestido con traje de tres piezas me detenga.
Su actitud tranquila y condescendiente me enfurece. Quiero romper su autocontrol, provocar caos en su mundo y ver cómo lo maneja.
Sin embargo, estoy jugando con fuego, porque las chispas entre nosotros podrían comenzar un incendio imposible de contener.
Él puede protegerme del hombre malvado que me está persiguiendo.
Pero ¿podrá proteger también mi corazón?

Callum

Conozco a Darren Kelly desde hace años, así que cuando me pidió que protegiera a la amiga de su prometida, la testigo clave en un caso de trata de personas, no lo dudé ni un segundo.
Lo que no esperaba era que el patriarca de los *Reyes Irlandeses* me pidiera un favor que lo complicaría todo.

Tampoco esperaba tener que cuidar a una modelo mimada, obstinada y exasperante, empeñada en hacer mi trabajo imposible. Una mujer que no parecía comprender que el hombre más peligroso del mundo quería silenciarla.
Ni mucho menos, la atracción inmediata entre nosotros, tan innegable como explosiva. Aunque mi pasado me enseñó que jamás debo involucrarme con alguien a quien debo proteger.
Sabía que esta misión sería peligrosa. Lo que no sabía era que podría costarme la vida.
O mi corazón.

Deber Perverso es una novela de romance de mafia autoconclusiva, sin infidelidades y con final feliz garantizado.

Prólogo

Callum

Escondido en un rincón del estudio de la propiedad Gallagher, reprimo un bostezo.

Estanterías que van desde la pared hasta el techo, pinturas y obras de arte invaluables, y enormes muebles de cuero de alta gama me rodean. Mientras tanto, he optado por sentarme en el único mueble, una tumbona de felpa, que apenas se ajusta a mi cuerpo. En el sofá de al lado, Darren Kelly, uno de mis amigos más antiguos, está sentado con su nueva esposa, Veronika.

Darren, quien creció en este palacio de la mafia, se mantiene atento a todo lo que ocurre en la habitación con sus intensos ojos azules. Se ha comportado así desde que éramos niños.

Su mano izquierda se enreda con la de su pareja, quien siempre es difícil de descifrar. Su cabello rubio pálido, usualmente recogido en un moño apretado en la parte posterior de su cuello, le da una apariencia tensa. Y en todo momento hay una misteriosa tormenta gestándose detrás de sus ojos grises. Esa cara de póquer inmaculada rara vez revela nada. Aun así, tras esa postura perfecta, noto la sutil tensión en sus músculos delgados.

Ella oculta cualquier preocupación enmascarando su expresión, pero mi instinto insiste en que está nerviosa. Y mi instinto rara vez se equivoca.

No hace falta ser un genio para entender por qué hoy debe ser un día importante para ella.

Justo frente a mí, en el enorme sofá a la izquierda de Veronika, se sienta uno de los hombres más peligrosos del territorio estadounidense.

Fuma un cigarro en un silencio pensativo, intimidando el aire mismo de la habitación.

El único e inigualable Shane Gallagher.

Old Bulletproof, como lo conocen en los círculos del crimen organizado.

Todo lo que hay aquí le pertenece a este hombre. Mierda, mientras estemos dentro de los límites de la propiedad, también *nosotros* le pertenecemos.

Sus ojos plateados metálicos, afilados como el acero vivo, cortan con una sola mirada. Su rostro sin afeitar transmite una combinación de impaciencia y desinterés.

Tras mi primera evaluación de los habitantes de este lugar, dejo que mi mirada divague. A mi alrededor, los paneles de madera pulida brillan. Los libros se enfilan en cada estante, desde el más bajo hasta el más alto. Una escalera de caracol se curva hacia arriba hasta un segundo nivel. Las esculturas se alinean en la repisa de una chimenea de mármol, y una pintura de gran tamaño con un paisaje urbano de Dublín del siglo XIX completa la exagerada arquitectura.

A mi derecha hay un globo terráqueo antiguo. Desde esta distancia, Irlanda se parece más a una salpicadura de comida para bebés que a mi país natal. Preferiría estar allí ahora mismo que atrapado en esta habitación.

Después de todo, *es* agosto. Cada año por estas fechas, hago un viaje especial de regreso.

«Solo para visitar...».

La voz de un hombre interrumpe mis reflexiones.

—Me disculpo por la demora.

Caminando por la barandilla del piso superior hacia la escalera de caracol, con una *laptop* negra mate bajo el brazo, se encuentra el hombre al que sospecho que estamos esperando.

—No pasa nada, Ror. No es que tengamos nada mejor que hacer que sentarnos a esperar a que aparezcas con tu cara fea.

Veronika le da un codazo a Darren en las costillas, lo que lo hace callar.

El recién llegado ignora la provocación.

—Trinity me llamó para preguntarme cómo eliminar un virus informático. Perdí la noción del tiempo.

Le gesticulo el nombre a Darren, quien se acerca y susurra:

—La media hermana de Finn.

—Rory. —Shane se mueve, lo que hace que Darren vuelva a enderezarse—. ¿Hay alguna novedad?

—Sin duda, algo está pasando en *Los Angeles*. He estado tanteando el terreno, pero nada concreto que informar. —Rory se pasa la mano por sus despeinadas ondas castañas mientras pasa junto a nuestro pequeño grupo para dirigirse a un atril de caoba en la esquina—. Los mantendré informados en cuanto sepa más.

—Callum. —Darren me hace un gesto con la cabeza—. Este es Rory O'Connor. Dirige todas las operaciones tecnológicas de los *Reyes Irlandeses*.

Ah. El informático.

Disimulo una punzada de irritación. Así que los cuatro llevamos más de veinte minutos sentados aquí, haciendo nada, a la espera de… ¿Un experto en informática?

Solo he venido hoy porque Darren, mi amigo, el hijo adoptivo de Donal Gallagher y miembro de la familia gobernante de los *Reyes Irlandeses*, solicitó mi presencia. Además de pertenecer a una de las organizaciones mafiosas más poderosas de la ciudad de *New York.*

Darren se "retiró" del mundo de la mafia, por así decirlo, y abrió un negocio como director de una empresa de seguridad. O, supongo, que es más exacto decir que Darren y su esposa la fundaron juntos. Él es la parte táctica y explosiva del dúo, mientras Veronika es la tranquila exbailarina convertida en *hacker*.

Darren y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Me ha dado mucho trabajo a lo largo de los años, así que, cuando se puso en contacto conmigo para saber si seguía trabajando por cuenta propia para clientes importantes que necesitaban protección, no lo

dudé ni un segundo. Para Darren Kelly, siempre seré su agente de confianza.

La tumbona cruje cuando ajusto mi peso. Empiezo a preguntarme si involucrarme en esto, sea *lo que* sea, ha sido una mala idea. El humo dulce y penetrante del cigarro llega a mi nariz y vuelvo a mirar discretamente a Shane.

Ese hombre es más que el jefe de los *Reyes Irlandeses.*

Es uno de los empresarios más respetados, también despiadado y peligroso, de la Costa Este. Darren no había mencionado que "tío Shane" estaría aquí hoy. Ni que esta misteriosa misión tuviera nada que ver con el líder de los *Reyes Irlandeses*.

Si hubiera sabido que el patriarca Gallagher estaba relacionado de alguna manera con todo esto, no habría venido. Sé por experiencia propia, que no se ayuda a la mafia *solo una vez.*

Y no hay ningún favor que no te salga caro.

Aun así, ya estoy aquí. Y me vendría muy bien el dinero, así que más vale que mantenga la mente abierta y vea cómo se desarrolla todo esto.

Rory, el maestro de la tecnología, pulsa unos botones que no puedo ver en el atril.

Cuatro estanterías se separan para revelar un televisor de pantalla plana integrado en la base de madera.

Abre su *laptop* y empieza a teclear mientras todos giramos anticipando el espectáculo. Cuando termina, aparece una ventana de videoconferencia en la pantalla, junto con el icono parpadeante que indica que alguien está en espera.

Veronika intercambia una rápida mirada con Darren.

—¡Oh, bien! Está aquí.

Shane señala la pantalla.

—Ponla en línea, Rory.

Me enderezo. No tengo ni idea de quién es "ella", pero supongo que estoy a punto de averiguarlo.

En cuestión de segundos, todos estamos mirando a una mujer morena con ojos oscuros y alertas con un toque de nerviosismo en su rostro.

Veronika es la primera en hablar.

—Maya, ya conoces a Darren. —Nos presenta a los demás sin especificar quién es Maya.

—Los hemos reunido hoy para hablar sobre nuestra nueva clienta. —Darren es un experto en captar la atención de la sala, aunque a menudo eso se debe más a su intensa energía que a sus dotes de oratoria. Se dirige directamente a mí—. Lucy Marlow, la hermana menor de Maya, es una supermodelo en ascenso, y queremos que te encargues de su equipo de seguridad de ahora en adelante.

Una fría incredulidad inunda mi rostro. Le lanzo a Darren una mirada escéptica, porque, *¿qué demonios?*

—Una modelo. —Mi tono uniforme esconde otra punzada de irritación.

Veronika, imperturbable, me mira fijamente a los ojos.

—Necesita un guardaespaldas. Uno bueno. Muchos personajes poderosos la persiguen, y no queremos que se repita lo que pasó la última vez.

A pesar de mi reacción instintiva ante la idea de proteger a una modelo presumida, superficial y tonta, una oleada de intriga me abruma con mi desconfianza.

Me enderezo en mi asiento.

—¿Qué pasó la *última vez*?

—Hace unos meses, mientras buscaba trabajo en una agencia de modelos local, Lucy se vio envuelta en una red de tráfico de personas operada por Sophia Kovaleva y Troy Sullivan. —Darren nunca se anda con rodeos—. Planeaban vender a varias mujeres en una gran Cumbre, pero con la ayuda de Veronika, logramos desmantelar la operación y acabar con toda la red.

Maldita sea. No me lo esperaba. ¿Cómo carajos se involucró la hermana menor de Maya en una red de tráfico de personas dirigida por la *Bratva* rusa? ¿Y qué creía Lucy que ganaría a cambio? ¿Dinero? ¿Influencia? ¿Una ventaja en una mediocre carrera como modelo?

¿Y Darren quiere que sea el guardaespaldas de esta mujer?

Lucho contra el deseo de burlarme.

—Déjame adivinar. ¿Cancelar la Cumbre no te hizo ganar amigos?

—Al principio creíamos que los matones de Kovaleva y *Red Hill* de Sullivan eran los impulsores de la subasta, pero en realidad el evento iba a ser el debut estadounidense de Viktor Roguilin.

Me quedo aturdido cuando Darren menciona ese nombre.

Con razón su tío está aquí.

Viktor Roguilin es más que un jefe de la Mafia Rusa. Ese poderoso hombre dirige una red criminal internacional que hace que los *Reyes Irlandeses* parezcan un grupo de Martha Stewarts. En comparación con el currículum de Roguilin, Shane Gallagher podría ser un monaguillo.

—Hemos estado siguiendo sus operaciones de cerca desde el colapso de la Cumbre. —La voz de Veronika se oscurece con cada palabra—. Descubrimos que tiene agencias de modelos como fachada por toda Europa y Asia.

Rory cruza los brazos sobre el pecho mientras se gira hacia mí.

—Por lo que hemos averiguado, intentaba expandirse a Estados Unidos y le encargó la gestión del evento a Kovaleva.

Darren saca el grueso expediente de la mesa de centro que hay entre nosotros y me lo entrega. Pesa al menos medio kilo.

—En resumen, muchos de sus clientes y socios más destacados acudieron a la inauguración y murieron en el enfrentamiento, las repercusiones han sido mayores de lo que Roguilin esperaba.

—¿Qué es esto? —Abro la solapa y encuentro un enorme manuscrito dentro.

—Los cargos que le imputan a Viktor.

Me detengo en frío.

—¿Están involucrados los federales? —Nadie en la sala responde mientras saco el documento—. ¿Cuánto caos crearon?

—*Por eso necesitamos tu ayuda, Callum*. —La voz clara, aunque ansiosa, de Maya se filtra a través del espacio, el tiempo y la tecnología—. *Mi hermana, junto con todos los involucrados, fue nombrada en el juicio contra él, y...* —A la mujer se le quiebra la voz, y puedo ver sus ojos llenos de lágrimas a seis metros de distancia—. *Me preocupa que envíe a alguien a lastimar a Lucy*... o algo peor.

Si tuviera un corazón que funcionara, estoy seguro de que esto me conmovería. Pero no lo tengo. Ya no. Lo que me permite considerar esta situación de forma lógica, en lugar de dejarme llevar por emociones confusas.

He subestimado los peligros potenciales de esta misión que fácilmente podría costarme la vida.

Si la INTERPOL no puede controlar a Roguilin, ¿qué se supone que debo hacer yo, un exagente de las fuerzas especiales para mantenerlo a raya?

Si cualquier otra persona me lo hubiera pedido, me habría burlado antes de mandarlo a la mierda. Con la participación directa de Shane Gallagher, esa reacción podría llevarme al fondo del río Hudson.

—Dijiste que se mencionaba a mucha gente en el juicio. —Hojeo la pila de páginas que tengo en la mano—. ¿Qué te hace pensar que Roguilin irá tras Lucy en particular?

Seamos realistas, si quisiera, ya estaría muerta.

Ante ese comentario, Maya suelta un pequeño sollozo.

Veronika me lanza una mirada fulminante.

—Ha sido calificada como testigo principal. A Roguilin le preocupa que pueda ayudar a la fiscalía a construir un caso sólido contra él. Todo esto está sucediendo mientras hablamos.

Veronika parece sensata. Pero dudo que me esté contando todo.

En la pantalla, el miedo se refleja en el rostro de Maya mientras lucha por mantener su profesionalismo.

Darren se frota el cuello.

—Lucy lo está pasando mal. No es de extrañar, después de que...

—¡Darren! —Veronika lanza una dura reprimenda.

Su lenguaje corporal rígido da a entender que realmente ocultan algo.

Quiero preguntar qué, pero estoy casi seguro de que puedo adivinarlo.

Están intentando presentar a esta tal Lucy como una víctima inocente que se vio envuelta en la red de poder, engaños y control letal de Viktor Roguilin. Aunque, en realidad, probablemente sea otra

cara bonita, influenciable y ambiciosa de dinero que buscó atención y fama en los lugares equivocados.

Después de todo, todos los que están en esta sala saben qué tipo de hombre es Roguilin.

Es famoso por múltiples razones, todas terribles, y atrae a los codiciosos y poderosos como los perros atraen a las pulgas. En el caso de Lucy, su deseo de congraciarse con ese tipo de gente le salió caro, a ella y a todos los demás aquí presentes. Mantengo mi opinión anterior. Si Roguilin quisiera a Lucy, viva o muerta, esta pequeña reunión ni siquiera estaría ocurriendo. Ella no necesitaría protección. Necesitaría un grupo de búsqueda fuertemente armado con un suministro ilimitado de medios y conocimientos.

Observo el rostro angustiado de Maya. Hasta donde sé, le avergüenza contar que su hermana se inició en uno de los burdeles de Viktor Roguilin que se hacen pasar por clubes de *striptease*. En su mundo, "modelo" suele ser un eufemismo de "acompañante", que normalmente es un eufemismo de "prostituta". Quizás Lucy se abrió camino hasta el harén privado de Roguilin. Las mujeres así harían lo que fuera para salir adelante.

Hay demasiadas víctimas reales como para perder el tiempo fingiendo una compasión a medias.

—¿Puedes contarme en qué consiste específicamente esta tarea? —Avanzo con la conversación, recordándome la exorbitante cantidad de dinero que Darren me ofreció si acepto el trabajo.

Darren me pasa otro expediente.

—Queremos que protejas a Lucy. Pero no te lo pondrá fácil.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—*Desde que la rescatamos de esos bastardos*. —Maya traga saliva—. *La he acompañado a casi todas partes para garantizar su seguridad. Pero tengo la oportunidad de estudiar en Italia durante un año. Cuando me vaya Lucy estará completamente sola. Y, aunque no me siento cómoda con eso, se negó a dejarme renunciar a esta oportunidad. Así que, pese a que detesta la idea, decidimos llegar a un acuerdo contratando un guardaespaldas.*

—Por decirlo suavemente. —Veronika frunce los labios.

Abro el segundo archivo y me quedo paralizado al ver la foto de una joven hermosa con largo cabello castaño, expresivos ojos oscuros y una sonrisa cálida, genuina y con hoyuelos.

La foto me golpea en el estómago, porque no es el rostro endurecido de la aspirante a modelo que había imaginado. Me quedo mirando la imagen de Lucy Marlow durante unos segundos más antes de obligarme a pasar la página.

Puede que sea hermosa, y puede que sea más inocente de lo que yo creo, pero mi instinto me sigue diciendo que, en el fondo, voy a pasar los próximos meses cuidando a una mocosa malcriada y egocéntrica.

El hecho es que, si la han elegido como testigo principal en el caso contra Roguilin, debe haberse acercado lo suficiente como para indagar en sus secretos. Nadie que se adentra en el círculo íntimo de organizaciones como la suya podría estar completamente libre de culpa. ¿Por qué no querría ese hombre ir tras ella? ¿Y por qué no estaría involucrado Shane Gallagher?

No soy partidario de proteger a este tipo de mujeres.

Siempre son un dolor en el culo, de principio a fin.

Pero el negocio de Darren es nuevo. No puedo decirle que no a él ni a su tío sin una buena razón, y dudo que mi reticencia a la hora de aceptar clientes molestos cuente como tal.

Maya sorbe por la nariz y se seca una lágrima.

—Me da miedo que le pase algo terrible. Y como voy a estudiar en Italia, no tendrá a nadie que la ayude. Si no puedes hacerlo, Callum, no pasa nada. Puedo cancelar mis planes y quedarme en New York*. Al menos, no estará sola en nuestro apartamento.*

La devoción que brilla en su expresión llorosa me revuelve el pecho. Maya es claramente leal a su hermana pequeña.

El rostro de mi propia hermana pasa por mi mente. Deirdre. Las lágrimas de Maya solo amplifican el dolor cada vez más profundo bajo mis costillas.

A pesar de todas mis dudas, y del dolor de cabeza que ya me late en las sienes, ya sé que voy a aceptar el trabajo.

Varias miradas esperanzadas se fijan en mí. Junto con la fría atención de Shane Gallagher.

Mierda.

Suelto un suspiro inevitable.

—Está bien. Lo haré.

Un alivio palpable recorre la habitación. Lástima que a mí no me afecta en lo absoluto.

Aunque las lágrimas resbalan por las mejillas de Maya, su boca esboza una sonrisa temblorosa.

—*Gracias, Callum.*

La profundidad de su gratitud y emoción penetra mi coraza de hierro.

Aunque Lucy resulte ser una mocosa egoísta, Maya parece una persona decente. Y las personas decentes son siempre las que sufren. Si puedo tranquilizarla mientras gano algo de dinero, lo utilizaré como motivación.

Además, no puedo permitirme rechazar un trabajo que tanto Darren como Shane me piden que acepte. No sin enfrentarme a consecuencias indeseables.

El resto de la reunión transcurre rápidamente.

Veronika le asegura a Maya que pronto se pondrán en contacto con ella para comunicarle los términos de nuestro acuerdo. Darren me dice que ultimarán los detalles al final del día. No me queda nada más que hacer que esperar a firmar el contrato.

Cuando mi amigo y su esposa se levantan para marcharse, yo hago lo mismo, pero Shane Gallagher me detiene antes de que llegue a la puerta.

—Espera un momento, Callum.

Me quedo paralizado antes de darme la vuelta lentamente.

—¿Señor?

—Rory, déjanos. —El genio de la tecnología de cabello castaño dorado agarra su portátil y desaparece.

Sin saber muy bien qué hacer, vuelvo al diván frente a Shane y me siento de nuevo, cara a cara con el líder de los *Reyes Irlandeses*.

Esto no puede ser bueno.

Shane me mira fijamente con una expresión indescifrable.

—Además de proteger a Lucy Marlow, necesito que hagas algo más.

«Genial».

—Por supuesto. —Mi voz no reflejaba mi incomodidad interior—. ¿Qué necesita?

—Tenemos información que indica que la chica le robó algo a Roguilin.

Aunque sabía que llegarían noticias como esta, un yunque me golpea el pecho y me aplasta los pulmones.

¿Lucy Marlow, una aspirante a modelo veinteañera, *le ha robado* a uno de los hombres más peligrosos de todo el mundo criminal? Esta misión no para de mejorar.

Debería darle una negativa educada a Shane y volar a Irlanda para mi visita anual ahora mismo. Solo un idiota, o alguien increíblemente imprudente y codicioso, le robaría a un mafioso famoso.

Si Lucy Marlow tiene *tantas* ganas de morir, los *Reyes Irlandeses* deberían quedarse con su dinero. Ninguna cantidad que me paguen será suficiente para evitar que esta chica esté en problemas. Darren quiere mantener contenta a Veronika protegiendo a su amiga, pero no hacemos milagros.

Me vienen a la mente teorías.

—¿Qué se llevó?

—Una billetera de criptomonedas. —Shane se quita el cigarro de la boca y exhala una nube de humo—. Se rumora que vale alrededor de ciento cincuenta y tres millones de dólares.

Me quedo boquiabierto.

¿Cómo mierda puede alguien robarle tanto dinero a un monstruo como Roguilin sin ser vaporizado por su extensa red de seguridad?

No sé si sentirme horrorizado o impresionado.

Shane se levanta de su asiento, elevándose sobre mí.

—Callum.

Me pongo de pie inmediatamente.

—¿Señor?

—Consígueme esa billetera de criptomonedas.

No es una pregunta. No es una petición. Es una orden. Una que no deja lugar a discusión.

Sabía que debería haber volado a Irlanda en cuanto Darren me llamó.

Capítulo 1

Lucy

Está aquí. Otra vez. En el mismo lugar que los últimos tres días, sentado de espaldas a la esquina para tener una vista completa del Café Tomé. De vez en cuando, levanta la vista de su *tablet*, echa un vistazo alrededor de las mesas y vuelve a su lectura. Probablemente, ya se haya memorizado la distribución y la decoración.

Las mesas de madera y los cómodos asientos tapizados cubren el espacio.

Plantas hidropónicas en macetas de cerámica con estampados llamativos cuelgan del techo sobre él. Estoy segura de que sabe exactamente cuántas hay. Detrás de mí, se alza una pared de pizarra llena de elaborados dibujos con tiza y un extenso menú de cafés, tés, pasteles y sándwiches. Probablemente, también se lo haya memorizado.

Los camareros se mueven afanosamente por el café, saludando a los clientes y sirviendo los pedidos. Las tazas de cerámica blanca tintinean contra los platillos. El vapor silba desde la máquina de *espresso* industrial detrás del mostrador, impregnando el aire con el aroma del café, y la puerta tintinea cada vez que alguien entra.

Sally y Diana, dos de mis compañeras meseras, piensan que el "hombre de la esquina" es periodista o crítico de café. Mike y Patrick, los cocineros, creen que es editor de libros. Jerri, el

pintoresco propietario del establecimiento de *Brooklyn*, dice que es agente del FBI.

Ninguno de ellos sospecha que es mi guardaespaldas.

Una joven madre con un bebé en brazos y un niño pequeño a su lado deja su bolso en la mesa vacía junto a él. Al ver más de cerca a su nuevo vecino, agarra su bolso y lleva al niño a otra mesa.

No la culpo. Este hombre desprende intimidación como el hedor después de una semana en *Burning Man.*

Cada vez que me mira, se me eriza la piel. No puedo quitarme la ansiedad, que siempre se aumenta en su presencia.

El hombre es desconcertante, por no decir peligroso. Y su presencia me irrita.

El hecho de que también sea guapo lo hace aún más irritante.

Callum Kavanagh. Mi guardaespaldas. Tiene ondas color castaño rojizo oscuro, corto y práctico, una mandíbula firme como el hierro y una nariz recta como una flecha que llama la atención sobre una boca temperamental que siempre está fruncida en un ceño semipermanente.

Sus ojos verdes, espectadores y fríos, me recuerdan al cristal de uranio. Sin embargo, en general, sus rasgos duros y su expresión tranquila y reflexiva ocultan muy bien los aspectos más irritantes de su personalidad.

Mi mirada se dirige a la cicatriz descolorida que tiene en el lado derecho de la mandíbula. La cual, por supuesto, solo contribuye a su aura misteriosa y amplifica su atractivo.

Su rostro por sí solo ya sería una distracción, sin embargo, el mismo sobre *ese* cuerpo es otra historia. El hombre mide más de metro ochenta y tres. Sus músculos fuertes y definidos le dan un aspecto atlético. Tiene los hombros anchos y es fornido, y se mueve con una gracia sorprendente.

¿Y mi debilidad personal? El hombre tiene estilo.

Callum viste trajes a medida que se ajustan a su cuerpo, ocultan sus armas y le permiten moverse con facilidad. Relojes de alta calidad, pero discretos. Nada demasiado llamativo. Cuando camina por cualquier lugar, decidido, alerta y listo para cualquier cosa, casi parece un depredador.

Es el tipo de hombre que irradia autoridad natural. Siempre parece tranquilo, imperturbable y en control, y lo hace todo sin dejar de transmitir una sensación de amenaza.

He pasado suficiente tiempo rodeada de hombres letales como para reconocer a uno por las calles.

El miedo me recorre la espalda y, por un instante, los recuerdos amenazan con escapar.

Mi propio grito resuena en mi mente. El fantasma de unas manos callosas e inflexibles agarrándome las muñecas. Un cuerpo fuerte y rudo inmovilizándome. Un aliento caliente en mi oído. Un dolor ardiente. Humillación. Suplicando por mi libertad, pero al mismo tiempo deseando morir.

Aprieto el asa de la vitrina hasta que el dolor me recorre la palma de la mano. El dolor momentáneo me da fuerzas para alejar los malos pensamientos.

«Ya pasó, Lucy».

Ese infierno se acabó. Y también los que fueron responsables. Quizás con una horrible excepción.

Trago saliva, con dificultad e incomodidad, antes de enderezar los hombros.

¿Y qué? Sobreviví. No hay que mirar atrás. Solo hay que seguir adelante.

No tiene sentido volver a pensar en nada de eso hasta que llegue el momento de testificar.

Además, ¿ese tipo que siempre pide café negro y deja generosas propinas? No quiere secuestrarme. Solo está aquí para intimidar a nuestros clientes y volverme loca acosándome hasta la muerte.

Incluso después de que insistiera en que no quería ni necesitaba un guardaespaldas.

Maldita Maya.

Quiero mucho a mi hermana. No me malinterpreten. Pero no podría haber encontrado a un hombre más molesto para protegerme, aunque lo hubiera intentado.

La primera vez que apareció en el café, se presentó y explicó su presencia, le dije, de forma rápida pero educada:

—Gracias, pero no, gracias.

Lo cual no sirvió de nada. Y, por desgracia, mis groseros intentos por disuadirlo y ahuyentarlo desde entonces tampoco han funcionado. Tampoco lo ha hecho suplicarle a Maya que retire a su perro guardián. De hecho, dijo que, si no fuera por Callum, dejaría su programa de estudios en el extranjero y volvería a casa.

La frustración me aprieta el pecho.

No quiero que mi hermana renuncie a Italia solo para cuidarme. Dios sabe que ya ha pasado la mayor parte de su vida haciéndolo. Nadie merece más que ella vivir su propia aventura.

Por eso, al final cedí y acepté que Callum me siguiera como un perro callejero enorme y aterrador. Aunque eso no significa que lo quiera aquí. Me hace sentir incómoda. Vulnerable. Débil. Como si estuviera perdiendo mi independencia.

Sally me da un codazo, haciendo chocar los platos y vasos que lleva en los brazos.

—¿Podrías ir a ver si ese tipo está bien? ¿Llevarle otro café?

Me trago un *no* rotundo. Ella no tiene ni idea de que Callum es una espina clavada en mi costado.

—Me encantaría.

—Eres la mejor. —Me dedica una sonrisa de un millón de dólares y se dirige a la cocina, con su alta coleta negra balanceándose.

Echando los hombros hacia atrás y poniendo una expresión de confianza en mi rostro, me abro paso entre las mesas con el aire seguro que normalmente reservo para los clientes potenciales.

Levanta la cabeza y me observa con una intensidad silenciosa que me hace sentir un escalofrío en la espalda.

«No, Lucy. Ni hablar. La atracción está fuera de lugar».

Qué lástima que mi cuerpo no haya recibido ese mensaje.

Apoyando una mano en la cadera, inclino la cabeza en una pose casual pero favorecedora.

—¿Ves algo que te guste o estás aquí para cumplir tu objetivo diario de lectura?

—Tomaré otro café. —Su voz grave tiene más que un ligero acento irlandés—. Gracias por preguntar. —Luego, prácticamente me ignora volviendo a su *tablet*.

Imbécil.

Unos minutos más tarde, vuelvo con una jarra recién hecha de café oscuro bien caliente.

—¿Sabes? Para alguien que se supone que deba vigilarme, pareces muy absorto.

Callum levanta la vista con una ceja arqueada, aun así, por lo demás parece irritablemente imperturbable.

—Casi parece que quieres que te vigile.

—Vete a la mierda.

Levanta ambas cejas.

—¿Es esa forma de hablarle a los clientes?

—Tú no eres un cliente de verdad. —Bajo la voz cuando veo entrar a Jerri—. Eres un parásito del café y un grano en mi trasero.

En lugar de comentar algo, me examina de arriba abajo, empezando por mis cómodos pero gastados tenis y terminando por mi cabello con mechas moradas.

—¿Qué pasa? —Dejo la jarra sobre la mesa con un golpe—. ¿Nunca has visto cabello morado?

—Oh, sí que lo he visto. —Apura el último sorbo de café de su taza y me la acerca—. Pero normalmente, la gente con el cabello de colores tiene una personalidad radiante. O eso, o se mueren por llamar la atención.

La más mínima mueca de desprecio no deja lugar a dudas de que me incluye en la segunda categoría.

Se me erizan todos los vellos del cuerpo.

«Qué idiota. No sabes nada de mí ni de mi personalidad, que no es precisamente alegre».

Furiosa, pongo las manos en las caderas.

—¿Sabes qué? Si vas a seguirme, ¿no puedes hacerlo desde las sombras? ¿Desde afuera? ¿O mejor aún, desde otro estado?

—¿Y perderme toda la acción?

Miro con aire acusador a los demás clientes.

—¿Te refieres a los dos abuelos que juegan al ajedrez junto a la puerta o a la niñera con tres niños que comen sándwiches de queso fundido junto al tocadiscos? Estoy segura de que la única amenaza aquí eres tú.

Los ojos verdes de Callum se encuentran con los míos.

—¿Por qué no diriges un poco de esa personalidad radiante al resto de la gente y me dejas hacer mi trabajo? Quizá te den la atención que tanto anhelas.

La electricidad estática crepita bajo mi piel.

No puedo evitar sonreír mientras levanto la jarra y, a propósito, fallo por un centímetro su taza, derramando café sobre la mesa, salpicándole la manga en el proceso.

Espero con satisfacción su reacción. Escuchar sus maldiciones. Ver cómo se estremece. Observar cómo se aleja del desastre que provoqué, tomado por sorpresa.

Excepto que... no me da nada. Ninguna reacción. Tampoco satisfacción.

Ni siquiera derramarle café consigue sacarlo de quicio.

Permanece tranquilo y sereno. Completamente imperturbable mientras utiliza la servilleta para limpiar el café oscuro de la mano.

Ahora, me siento como un gato que ha orinado fuera de la caja de arena a propósito.

Con la culpa corriendo por mis venas, dejo la jarra sobre la mesa y me alejo rápidamente antes de empezar a disculparme. No quiero intercambiar ni una palabra más con ese robot vistiendo un traje de tres piezas.

Capítulo 2

Lucy

¿Por qué, Dios mío?, ¿por qué acepté trabajar hasta el cierre?

Aún me quedan cuatro horas de este turno, pero ya estoy agotada.

Cerrar los ojos unos minutos en la sala de descanso del personal no va a ser suficiente. Al menos estoy sola aquí, así que no tengo que mantener la fachada de que *todo está bien en el mundo.*

Hoy tengo la ansiedad por las nubes. Cada persona, cada sonido, cada situación con la que me enfrento me transporta a los horrores de...

Mi corazón se acelera y la respiración se me entrecorta.

Un sudor frío me cubre la frente.

Temblando, me siento en el sofá de *tweed* del centro de la sala de descanso, desde donde puedo vigilar la puerta. Sacudo la cabeza intentando despejarla como un *headbanger* que se mueve al ritmo de un himno metalero.

Me concentro en mi respiración, contando mientras inhalo y exhalo.

Inhala. Aguanta. Exhala.

Uno.

Inhala. Aguanta. Exhala.

Dos.

Cuando llego a diez, la ansiedad empieza a disminuir y observo mi entorno. Cualquier cosa que me distraiga de mis pensamientos.

La sala de descanso es del tamaño de un garaje para un coche y está abarrotada de cosas inútiles. Los escritorios se alinean en la pared del fondo, sirviendo como recipiente para carpetas viejas llenas de recetas de Café Tomé, actuales y antiguas. Carteles, fotografías de empleados y premios del personal cubren las paredes.

Un perchero. Una pequeña cocina. Una entrada a la oficina administrativa. Un dispensador de agua junto a la puerta.

Ahora que lo pienso, encajo en esta mezcolanza con bastante naturalidad. Un trozo de carne cansada derritiéndose en un sofá viejo.

Lo único que puedo hacer cuando me entra el pánico es intentar no pensar. Ni en lo que pasó. Ni en lo que *está pasando*. Ni en que mi hermana está a un continente de distancia. Ni en Callum Kavanagh merodeando en la sala.

«Simplemente no pienses, Lucy».

En momentos como estos, cuando mi salud mental se desploma y me hace sentir como una hoja arrugada azotada por un fuerte viento, recurro a técnicas de relajación. Confío en mi respiración, en el yoga, en la meditación para salir adelante.

Pero hoy estoy más nerviosa de lo normal, y ese frasquito naranja de medicamento bien guardado en mi bolso dentro de los casilleros morados a mi espalda, me resulta muy tentador.

No tomo las pastillas a menudo. Me angustia la idea de que el medicamento altere mi estado mental o físico.

Por otro lado, el médico solo me los recetaría si necesitara esa ayuda extra.

Aunque he controlado el ataque de pánico, la cabeza me sigue latiendo con fuerza.

Después de respirar profundamente unas cuantas veces más, me levanto del sofá.

Cuando abro la puerta de mi casillero, mi reflejo en el espejo colgando me da la bienvenida.

Inmediatamente, se me encoge el corazón.

No reconozco a la mujer que me devuelve la mirada. Hace tiempo que no la reconozco.

El espejo solía mostrar a una joven feliz que había superado una infancia marcada por la pérdida, el sufrimiento y la separación. Alguien con toda la vida por delante. Alguien que, a pesar de las desilusiones del pasado, solía ser inocente. Bueno, quizás no inocente, pero desde luego no era una persona dañada.

¿Y ahora? Mi reflejo revela a una persona nerviosa y desafiante. Alguien que no sabe cómo relajarse ni confiar en nada. Ni en nadie.

Ya no sé quién soy.

Algunos días, siento que estoy atrapada en "modo supervivencia". Como si todos mis otros estados de existencia hubieran hecho cortocircuito.

La evidencia se refleja constantemente en mis decisiones diarias. Incluso, en mi vestuario.

Ahora mismo, en agosto, llevo una camiseta fina de manga larga y pantalones largos. Porque no quiero que nadie vea las cicatrices de mi cuerpo.

Los moretones se curaron hace semanas, pero todavía puedo verlos, todavía los siento. Sigo teniendo la paranoia de que otras personas los noten y saquen conclusiones sobre mi pasado.

Llevo los zapatos más feos que jamás he visto. Tenis cómodos y antideslizantes, para poder salir corriendo en cualquier momento. Pantalones negros ajustados, no para presumir, sino porque me aterra que un desconocido me agarre, y la ropa ajustada lo dificulta. Ahora toda mi ropa debe permitirme moverme con facilidad. Las telas restrictivas me dan claustrofobia.

Mi ansiedad se dispara si no tengo un bolsillo donde guardar el teléfono, porque me preocupa perder la llamada de Maya. O no tenerlo si lo necesito.

Mi armario en casa está lleno de blusas escotadas y faldas cortas que ya no ven la luz del día. Me obligo a probármelos durante unos minutos de vez en cuando solo para demostrarme que puedo. Al fin y al cabo, no es que una blusa más conservadora hubiera cambiado nada.

Aun así, las camisetas escotadas y las minifaldas ajustadas me hacen sentir vulnerable y expuesta. Ver toda mi piel a la luz del día, sabiendo que cualquiera puede verla o tocarla, me hace entrar en pánico.

Me gusta fingir que estoy bien y que lo que me pasó no tiene ningún efecto duradero en mi vida o mi bienestar, mas la mujer del espejo siempre me cuenta otra historia.

Mi ansiedad vuelve a aumentar mientras aparto la mirada de mi reflejo y hurgo en mi bolso buscando el medicamento. Finalmente, cierro la mano alrededor del frasco, no obstante, en cuanto lo saco del fondo de mi bolso, me doy cuenta de que está vacío.

Me he quedado sin nada.

Para mantener mi receta activa, tengo que asistir a sesiones de terapia regulares. Al principio, no le di mucha importancia a esa condición. No tenía intención de usar los medicamentos ni de ir a terapia con tanta frecuencia, pero con mi ansiedad a flor de piel y el agotamiento profundo apoderándose de mí...

De repente, recuerdo que acepté este turno doble solo para tener una buena excusa para faltar a la cita con el terapeuta que tengo esta tarde. Me froto la cara con la palma de la mano. ¿Por qué soy tan idiota?

Un momento después, el bolsillo de mi delantal vibra y suena contra mi muslo.

No es el tono de llamada de Maya.

El corazón me late con fuerza mientras saco mi teléfono.

El identificador de llamadas me devuelve la mirada. Es la asistente del fiscal del distrito de la ciudad de *New York.*

Llamándome.

Maldita sea.

Contesto, agradecida y resentida a la vez por mi privacidad actual. ¿Por qué no tengo una excusa conveniente para no contestar?

—*¿Señorita Marlow?* —La voz grave y clara de Andromeda Calgary llega a mis oídos.

—Sí. —Mi primer intento de respuesta sale agudo, pero apagado. Me aclaro la garganta—. Hola. ¿En qué puedo ayudarle?

—*La llamo por el caso*. —Su tono se vuelve grave—*. Ha habido un suceso desafortunado. Una de las otras víctimas de tráfico que iba a testificar ha desaparecido.* —El miedo me oprime el corazón dejándome sin aliento. Sin palabras. Pasa un instante mientras la habitación da vueltas—. *Señorita Marlow, ¿sigue ahí?*

Cierro los ojos.

—Sí, lo siento. ¿Está ella...? ¿Sabe qué ha pasado?

—*Todavía no. Por eso estoy llamando a todos los testigos. ¿Ha observado algún comportamiento sospechoso o amenazante últimamente en las personas de su entorno?*

Callum me viene a la mente.

—No. —*«A menos que cuente una tendencia sociópata hacia la calma incluso cuando se le provoca».*

—*¿Ha recibido algún mensaje, llamada telefónica u otra correspondencia sobre el caso o su participación en él de parte de extraños o de cualquier otra persona?*

Siento un nudo en la garganta como si me hubieran aplastado con un puño enorme.

—No.

—*De acuerdo. Bien. Pero, por favor, tenga mucho cuidado en los próximos días y semanas. Llame a la policía si en algún momento se siente insegura por cualquier motivo. También puedo ponerla en contacto con los servicios de protección si cree que sería mejor contar con una escolta armada.*

—Estoy bien —digo con un tono un poco demasiado brusco—. Quiero decir, no pasa nada. Estoy bien.

—*¿Puedo preguntarle...?* —Hace una pausa, como si estuviera considerando sus palabras—. *¿Ha tenido oportunidad de consultar alguno de los recursos de salud mental que le ha enviado mi oficina?*

La irritación y la evasión se agitan juntas en mi interior.

—Como le he dicho, señora Calgary...

—*Por favor, llámame, Adri.*

—Adri. —Trago saliva—. Sí, he considerado los recursos y estoy bien. Gracias por llamar. —Colgué el teléfono y exhalé como si acabara de correr a toda velocidad por un cementerio mientras aguantaba la respiración.

Se me acelera el corazón.

Ha desaparecido un testigo.

Igual que yo hace unos meses...

Tiemblo, y se me ponen los vellos de punta.

—¿Lucy? ¿Estás bien?

Me sobresalto, pero solo es Elise, nuestra brillante gerente con mechas verdes en el cabello. En el Café Tomé somos un grupo muy ecléctico. Me mira de arriba abajo mientras entra desde la oficina administrativa, un poco demasiado observadora para su propio bien.

—Yo... eh, acabo de vomitar en el baño. —Me agarro una de mis manos temblorosas con la otra—. Creo que será mejor que me vaya a casa.

—¡Ay, Dios mío! Por favor, ve a descansar y toma algo de medicina. —Elise se dirige hacia la entrada, despidiéndose con la mano—. Nosotros nos encargaremos de todo aquí.

Dios la bendiga.

Por mucho que odie la idea de ir a terapia, cualquier cosa es mejor que sufrir la vigilancia continua de Callum Kavanagh durante las próximas cuatro horas. Específicamente, si ir por la consulta del médico significa más medicamentos.

Me quito el delantal, tomo mi bolso y salgo por la puerta trasera. Cuando desaparezco en las calles de *Manhattan*, siento cómo se alivia un poco la presión en mi pecho.

Si bien sé que mi reacción extrema ante la presencia de mi guardaespaldas no es del todo lógica, darme cuenta de ello no ayuda mucho a resolver el problema. Puede que necesite protección, pero detesto la idea de tener a un hombre constantemente encima de mí diciéndome lo que tengo que hacer... Sobre todo, uno que me cae mal.

Durante la mayor parte de nuestras vidas, Maya y yo tuvimos que valernos por nosotras mismas. Ahora, de repente, soy una flor delicada que requiere supervisión. He sobrevivido hasta ahora. No necesito un perro guardián.

Sobre todo, uno que se comporta tan... superior. Es exasperante.

Atractivo.

Por primera vez hoy, Callum no me está respirando en el cuello.

E imaginar su reacción cuando se dé cuenta de que he desaparecido, bueno, eso es justo el subidón de ánimo que necesito.

Capítulo 3

Lucy

—¡Cuánto tiempo sin vernos! —La doctora Betty Shaw me dedica una sonrisa sincera, las arrugas de expresión marcadas mientras se recoge su larga melena con canas en un moño desordenado. Se sujeta el peinado con una pinza alargada negra que parece de los años ochenta—. ¿Cómo te va, Lucy?

Cada vez que me siento en su oficina, pienso lo mismo.

«Aquí debe de vivir un genio».

Hay tantas borlas, colores y superficies suaves y acogedoras en su consultorio que apenas sé a dónde mirar.

Me encojo de hombros.

—Estoy sobreviviendo.

Ella toma nota.

—¿A tu hermana le está gustando Italia?

La emoción abierta y espontánea de Maya al respecto brilla en mi memoria.

—Mucho. —Una sonrisa se dibuja en mis labios—. Aunque creo que intenta ocultarlo.

—¿Ocultarlo? —Cruza las piernas balanceando su bloc de notas sobre las rodillas—. ¿Por qué crees eso?

Mi mirada se desliza hacia mis manos.

—Es que... conozco a mi hermana. No querría que sintiera que se lo está pasando bien ahora que está lejos de mí.

Intento con todas mis fuerzas disimular mi incomodidad. Todo el proceso terapéutico apesta a vulnerabilidad forzada, y ya me cansé de eso. Pero aun así... Como estoy prácticamente sola estos días, es agradable tener a alguien con quien desahogarme. Me permito relajarme un poco mientras hablamos de las últimas semanas.

—¿Así que ese guardaespaldas tuyo es agradable? —Las pobladas cejas de la doctora Shaw se alzan hasta la línea del cabello.

Se me escapa una risa seca.

—No diría que es "agradable". Al menos, no conmigo. Es... eficiente.

Es encantador a la vista, claro. Callum es uno de los hombres más atractivos que he visto nunca. Pero para él está claro que solo soy un trabajo. Da la impresión de que está contando los días que faltan para que termine esta misión.

—Eficiente, *¿eh?* —La forma en que se muerde el labio sugiere que está intrigada—. Eficiente es bueno.

—Supongo. Aunque siendo sincera, tenerlo cerca todo el tiempo es inquietante. Estoy acostumbrada a Maya, no a un hombre desconocido que solo tiene que mirar a alguien para intimidarlo.

Escribe otra nota.

—¿Te sientes segura con él?

—Supongo que sí. —Darren y Veronika no contratarían a alguien en quien no confiaran—. Sé que me protegería si me encontrara en una situación peligrosa. —Me muerdo el labio inferior—. Pero como dije, durante años solo hemos sido mi hermana y yo. Me alegraré cuando todo esto termine.

—Es comprensible. —Hace girar el bolígrafo entre los dedos—. ¿Qué te parece la cafetería? ¿Tienes amigos? ¿Hay alguien con quien te gustaría pasar más tiempo?

Mis dedos se cierran con más fuerza alrededor del brazalete rígido de plata grabado con nudos celtas que llevo en la muñeca, el que me regaló Maya cuando me gradué de preparatoria. Ella lleva uno a juego, ambos pertenecientes originalmente a nuestra abuela.

Recorro con los dedos el intricado diseño de la joya.

—Hay días que me agobian un poco, pero la mayoría de las veces lo disfruto. Aunque si me preguntas si hay alguien con quien me gustaría salir, la respuesta es un no. Y dudo mucho que ningún hombre esté interesado en... alguien como yo.

—¿Por qué dices eso? —Se inclina hacia atrás para poder doblar las piernas debajo de ella en ese sillón enorme. Siempre me pregunto cómo consigue que esos pantalones sean elásticos—. Eres una mujer maravillosa, Lucy. ¿Qué tiene de malo que un hombre se dé cuenta de eso?

«¿No es una adulación sin fundamento?»

Inhalo por la nariz, incómoda por el rumbo que está tomando la conversación.

—No me considero una mujer maravillosa. Incluso sin... lo que me pasó hace meses... aunque creyera que soy un buen partido, crecí en hogares de acogida. Siempre he sido... alérgica a la intimidad.

Betty se queda quieta.

—¿Qué quieres decir?

—O sea, conectar emocionalmente con otra persona fue la mayor estupidez que una niña como yo pudo haber hecho. —Sigo los dibujos de su alfombra persa mientras la ansiedad acelera mi pulso —. Abandono y dolor. Eso es todo lo que me ha traído ir de casa en casa. ¿De verdad crees que estaba desesperada por tener novio? ¿O que lo he estado alguna vez?

—No creo que nunca hayas estado desesperada por nada. — Apoya las manos sobre la libreta que tiene en el regazo—. Excepto quizás por sobrevivir en una pieza.

Hago una pausa para asimilar sus palabras.

—Me llevó mucho tiempo estar lista para darle una oportunidad a alguien. No fue hasta la universidad. Y, aun así, hablamos de citas casuales.

—¿Y después de la universidad?

—Tuve un par de relaciones cortas, pero siempre las rompí antes de que se volvieran demasiado serias. La intimidad me resultaba

incómoda y descubrí que no valía la pena el esfuerzo de mantener una relación durante mucho tiempo.

La doctora Shaw y yo intercambiamos una mirada de comprensión mutua.

—Lucy, sé que creciste en un hogar de acogida. Quedaste huérfana muy joven, ser "alérgica a la intimidad", como tú lo llamas, es natural para alguien que ha vivido tus experiencias. —*«Bla, bla, bla»*—. Algunas personas desarrollan un profundo miedo a la vulnerabilidad. Cualquier cosa que parezca una pérdida de control puede ser aterradora e incómoda para ellas.

Siento un hormigueo en la piel al ser expuesta. Detesto cuando me toca el corazón. Detesto aún más cuando me acosa con preguntas difíciles como...

—¿Qué te da miedo?

Recuerdos infantiles no deseados me asaltan la mente.

Casi pierdo a Maya por culpa de una familia de las afueras que solo quería adoptarla a ella.

Eso me llevó a pasar noches frías en las que me aterrorizaba hasta quedarme dormida, con miedo a que me abandonaran, a quedarme sola sin la única persona en el mundo a la que quería. La única persona en todo el universo que se preocupaba por mí.

Ese terror profundo me persiguió durante el resto de mi infancia y se prolongó hasta la edad adulta. Justo cuando empezaba a superar mi temor, atreviéndome a ser más independiente y persiguiendo por primera vez mis sueños de ser modelo, me secuestraron.

Llevada. Confinada. *Usada.*

Como una criatura indefensa. Una víctima.

Un ácido agrio me burbujea en la boca del estómago.

—¿A qué le tengo miedo? —Mi voz es un murmullo ronco e irritado.

«Perder el poder. Perder el control. Estar encerrada. Ser observada. Gente con intenciones ocultas. Decepcionar a Maya».

No. No voy a pensar en eso.

—Me temo que se nos acabó el tiempo. —Me levanto demasiado rápido—. Tengo un evento más tarde, así que necesito irme…

—¿Lucy? —La doctora Shaw se levanta con preocupación en la voz—. Podemos ir más despacio si lo necesitas. No tienes que irte corriendo...

Se acerca a mí e instintivamente extiendo el brazo tirándole el cuaderno de la mano.

La vergüenza me paraliza.

Ahora ya no solo la mujer que se está derrumbando emocionalmente. Soy la mujer que podría acabar en un hospital psiquiátrico por agredir a un médico.

—Lo... lo siento. No era mi intención...

—No te preocupes. —El tono de Betty sugiere lo contrario.

Con lágrimas en los ojos, me arrodillo y cojo su cuaderno.

—No. Lo siento. No sé qué me ha pasado. Hoy estoy muy nerviosa.

Empiezo a levantarme, pero me detengo cuando mis ojos se fijan en la página abierta. Me tomo mi tiempo, recuperando lentamente el equilibrio mientras leo las palabras que escribió mi terapeuta.

¿Qué es lo que más le afecta?

Hipervigilancia. Paranoia. Problemas de confianza. Necesidad de controlar su entorno. Ataques de pánico ocasionales. Dificultad con el contacto físico inesperado. Fingir para parecer más segura.

En cuanto me incorporo, la doctora Shaw me arrebata el cuaderno con expresión de disculpa e inquietud.

—De verdad, no pasa nada. Lucy...

Pero ya me he ido. Una cosa es sentirme patética todos los días de mi vida. Y otra cosa muy distinta es revelar este lado patético de mí misma a una completa desconocida.

Hay oscuridad que nunca debe exponerse a la luz del día.

Huyo al pasillo tranquilo y cálido que hay más allá de la oficina. La sinfonía de ruido blanco creada por las máquinas llena mis oídos mientras corro y entro en el atrio de la séptima planta.

Con el corazón latiendo con fuerza, pulso el botón del ascensor como si fuera un mando de videojuegos, rezando para que la doctora Shaw no me siga.

Las náuseas se agitan en mi estómago. El segundo ataque de pánico del día se cierne sobre mí.

Pasa un siglo antes de que el ascensor llegue por fin. No me permito volver a respirar hasta que estoy a salvo en el vestíbulo principal, fuera del ataúd en movimiento.

Intentando no dejar mi mente en blanco, me apresuro hacia la salida, maniobrando entre la multitud de trabajadores, clientes y usuarios de la primera planta de este parque de oficinas de diez pisos.

Estoy a tres segundos de marcar el día de hoy como pérdida total. Entonces, lo recuerdo y una pizca de satisfacción me invade.

Puede que mi día sea una mierda, pero al menos he escapado de *él*. Pasé desapercibida ante la nariz arrogante de Callum.

Empujo las puertas del edificio con un poco más de ánimo e inhalo ese aire familiar y mugriento de la ciudad de *New York.*

Aquí afuera huele a gravilla. Una ciudad llena de sobrevivientes.

Sigo felicitándome por haber superado a mi perro guardián cuando dos manos me agarran de los brazos y me arrancan de la calle.

Capítulo 4

Callum

Levanto el exasperante trasero de Lucy de la acera frente a la oficina de su psiquiatra y arrastro a mi clienta de piernas largas y cabello morado hasta un callejón cercano, tapándole la boca mientras suelta un grito ahogado contra mi mano.

Me clava los dientes en la palma de la mano con tanta fuerza que me hace sangrar y me da un codazo en el pecho con una fuerza impresionante. Si esta fuera mi primera vez, quizás habría aflojado el agarre.

El dolor se extiende por mi mano, sin embargo, no la suelto hasta que estamos lo suficientemente adentrados en el callejón como para escondernos de los transeúntes.

Envueltos en la putrefacta intimidad que nos brindan los contenedores de basura de *Manhattan*.

Me inclino para susurrarle la verdad al oído.

—Si yo fuera uno de los hombres de Roguilin, estarías muerta.

Su forcejeo cesa.

Lucy se vuelve hacia mí en cuanto la suelto, furiosa.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Flexiono mi extremidad lesionada, que todavía me punza y sangra por culpa de sus dientes.

—Te estoy mostrando lo fácil que sería secuestrarte. Ni siquiera tenías idea de que estaba allí.

Palidece, con el miedo reflejado en su rostro entre un parpadeo y otro.

—Ah, ¿así que te parece divertido poder agarrarme cuando quieras?

¿Divertido? No es la primera palabra que me viene a la mente para describir el contacto con Lucy Marlow. En absoluto. Más bien electrizante. Intenso. Excitante. Curiosamente... placentero.

Mentiría si negara lo mucho que disfruté sacándola de la calle para darle una lección.

Por muy creída que sea, con ese cabello loco y todo, Lucy sigue siendo la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Mide entre 1,75 o 1,80 m. Es esbelta, con proporciones elegantes y músculos definidos y tonificados. Lo descubrí en el momento en que me dio un codazo en el plexo solar. Pómulos altos. Labios carnosos. Expresivos ojos castaño oscuro que me clavan la mirada con cada vistazo severo.

Por algo es modelo.

Qué lástima que su personalidad sea tan agria que cuaja la leche.

Su actitud exasperante me provoca una irritación excesiva que me pica detrás de los ojos. Pero me niego a dejar que sepa que me saca de quicio.

Algo me dice que a esta brujita le encantaría.

Recorro su cuerpo con la mirada de arriba abajo.

—No me digas que no fue tan divertido para ti como lo fue para mí.

—Imbécil. —Entrecierra los ojos y me mira de reojo, furiosa.

Una parte de mí quiere sacudirla para que entre en razón. La otra, quiere empujarla contra la pared del callejón y besarla hasta someterla. Presionar mi cuerpo contra el suyo y dominarla.

Ninguno de esos impulsos es apropiado. No obstante, si soy sincero, el hedor de la basura es lo que más me impide devorar a mi clienta más que cualquier otra cosa.

Me acerco, sin saber qué hacer con ella. Solo sé que no puedo volver a perderla de vista.

Lucy retrocede, saca un aerosol de gas pimienta a la velocidad del rayo y me apunta a la cara.

Levantando las palmas en señal de rendición, retrocedo para poner distancia entre nosotros.

—¿Qué crees que vas a hacer con eso exactamente?

Su mirada furiosa probablemente podría hacer más daño que ese gas pimienta.

—Vaciar el contenido en tu cara y ojalá te ardan los ojos durante una semana.

—*Ouch.* —Mi boca se contrae—. Suponiendo que puedas apuntar tan bien como maldices.

—Jódete.

—No me tientes con un buen rato.

Un rubor sutil se dibuja en sus mejillas y una emoción que no logro identificar brilla en sus ojos. ¿Miedo otra vez? ¿Pánico? ¿Vergüenza? Reorganiza su expresión en una máscara arrogante antes de que pueda analizarla.

Durante una breve eternidad, nos enfrentamos solos en este callejón. La luz se desvanece, pero ninguno de los dos da señales de ceder.

Finalmente, exhalo profundamente.

—Guarda el gas pimienta.

No hay respuesta.

No llevo ni una semana en mi nuevo trabajo y Lucy ya está demostrando ser tan malcriada como esperaba. Desde el principio, no ha hecho más que intentar sacarme de quicio.

Seguro que le preocupa que uno de los hombres más peligrosos del planeta la haya convertido en su objetivo.

—Mira, Marlow...

—No. —Sacude la lata amenazadoramente mientras retrocede—. *No hay trato.*

—Está anocheciendo. —Saco las llaves del bolsillo—. Vamos. Te acompaño a casa.

—¡Ni hablar! —Lucy sigue retrocediendo sin mirar si hay obstáculos detrás de ella.

En cuanto su trasero entra en contacto con el asiento de mi *Triumph Speed Twin vintage*, grita. Se retuerce. Si se cae, arrastrará a mi bebé con ella.

Dios, ella es imposible.

Con un movimiento rápido, le agarro el bíceps con los dedos y la tiro hacia mí, alejándola de la motocicleta.

—Cuidado.

Recupera el aliento por un segundo antes de intentar liberarse de mi agarre.

—¿De dónde diablos has sacado eso?

—De mi garaje.

Arquea las cejas.

—¿Es tuya?

—Sí. —Me subo a la moto y meto la llave en el contacto—. También es tu transporte a casa. Sube.

Lucy suelta una risa horrorizada.

—No voy a ir a ningún lado en ese montón de chatarra.

Frunzo el ceño. ¿Acaba de llamar *montón de chatarra* a mi motocicleta Triumph de 1938 totalmente restaurada con un revolucionario motor bicilíndrico en paralelo?

Maldita mocosa de mierda.

Saco mi móvil del bolsillo, busco en mis contactos y giro la muñeca hacia atrás para que Lucy pueda ver la pantalla. Sus ojos se agrandan cuando ve que tengo el número de teléfono de su hermana a la mano.

—Súbete. *Ahora.* —Mi voz se vuelve más grave cuando se me agota la paciencia—.

No querrás que te lo vuelva a pedir.

—¿O qué? —Su confianza vacila de forma audible.

—Llamaré a tu hermana mayor, le diré que un hombre te ha arrastrado a un callejón y que, cuando he intentado ayudarte, no me has dejado.

Ella se echa hacia atrás.

—¡Eso es mentira!

—Una mentira que hará que Maya suba al próximo avión de vuelta a casa desde Italia. —La miro fijamente, observando las emociones que se reflejan en su rostro—. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Qué somos?, ¿niños de cinco años? —suspira derrotada—. No llames a Maya. Me subiré.

Meto el teléfono en el bolsillo.

—Toma. —Del compartimiento de mi moto, saco un casco abierto y se lo lanzo. Casi se le cae el gas pimienta—. Irás adelante.

—*¿Qué?*

—Por si se te ocurre salir corriendo al tráfico.

Cierra la boca cuando vuelvo a tomar mi teléfono. Sin decir nada más, mete el gas pimienta en su bolso, se pone el casco y pasa su larga pierna por encima del asiento que hay delante de mí.

—Agarra el manubrio.

Inmediatamente, descubro el fallo de mi plan. Que Lucy vaya adelante significa que no puede escapar, sí. Pero esta posición también me obliga a doblar mi cuerpo alrededor de ella.

Joder.

Con ganas de venganza, me pongo el casco y me acomodo en el asiento detrás de ella. Mi motocicleta ruge al arrancar cuando coloco mis manos en los manubrios, fuera de los suyos. Nuestros dedos se presionan entre sí.

La curva de su espalda contra mi pecho me distrae increíblemente. Ella debe estar de acuerdo, porque intenta apartarse cuando nos incorporamos al tráfico, pero solo consigue acercar su culo a mi polla. Lo cual es mucho peor.

Su sutil aroma floral invade mis sentidos. Si fuera un hombre más débil, y si esto no fuera mi maldito *trabajo,* quizás me inclinaría para inhalarlo.

Sin embargo, no soy débil y este *es* mi trabajo. Y no tengo tiempo ni paciencia para mierdas molestas con ella. Por muy hermosa que sea.

Me quedo mirando el cabello oscuro con mechas moradas que sobresale por debajo del casco. Casi me da un ataque cuando la vi por primera vez en persona, porque apenas se parece a la foto de su expediente.

Es igual de guapa, sin embargo, el brillo alegre y juvenil ha desaparecido de sus ojos. Su antiguo cabello castaño largo ahora es morado y lo lleva cortado al estilo *punk.*

Su nuevo peinado fue la primera sorpresa. La segunda fue... menos agradable.

Por mucho que me duela admitirlo, la Lucy *punk* es mucho más mi tipo que la típica *Girl-Next Door* que salía en la foto.

La atracción me golpeó en la cara en el instante que nos conocimos.

Nunca antes había experimentado algo así con una clienta y no me gusta mucho la forma en que mi cuerpo reacciona ahora...

Un giro a la izquierda empuja su peso hacia mi brazo y ella se mueve para mantener el equilibrio. Me muerdo la lengua para no maldecir cuando casi se frota contra mi entrepierna.

¿No puede quedarse quieta ni dos minutos?

El viaje de vuelta a *Brooklyn Boulevard* nos lleva más de media hora debido al tráfico, pero de alguna manera llegamos sin matarnos el uno al otro. Aunque mis pantalones están bastante menos cómodos cuando llegamos cerca de su edificio.

«Concéntrate, Callum».

Mis pelotas azules no importan ahora mismo.

Ella y yo tenemos que hablar seriamente sobre su escapada de hoy y sobre cómo, si es inteligente, no volverá a suceder. Pero en cuanto encuentro un sitio para estacionar mi Triumph y me bajo, Lucy se apresura a bajarse de la moto y sale corriendo hacia el final de la manzana.

Oh, por Dios.

Me pongo en acción y corro tras ella. Cruza la calle a toda velocidad y camina rápidamente con sus piernas de supermodelo, esas que continuamente atraen mi mirada contra mi voluntad, por la concurrida acera.

La sigo a una distancia prudente mientras se esconde bajo el arco de piedra de la entrada de su edificio de apartamentos de diez plantas. Vive en el octavo piso. Estoy treinta pasos detrás de ella y ya sé que no esperará al ascensor. No se arriesgará a que la alcance.

Efectivamente, en cuanto entro en la escalera, el sonido de sus zapatillas golpeando los escalones tres pisos más arriba resuena en el espacio de cemento.

Me inclino sobre la barandilla y compruebo que es ella, y ella hace lo mismo desde arriba. Nuestras miradas se cruzan a través de la distancia.

—Me has traído a casa sana y salva. Buen trabajo. Eres el mejor. Ahora, por favor, vete. —Señala mi motocicleta al otro lado de la calle.

—No hasta que tengamos una pequeña charla.

Suspira con resignación y se apresura a subir los siguientes tramos. Corro para acortar la distancia y, cuando llego al séptimo piso, mis músculos vibran por el esfuerzo. Finalmente, empujo la puerta del octavo piso justo a tiempo para verla recoger una caja envuelta para regalo de su alfombrilla.

Abro los ojos de golpe.

—¡No toques eso!

Lucy da un respingo, me lanza una mirada furiosa y se apresura a entrar con el paquete.

Corro por el pasillo, pero consigue cerrar la puerta con llave antes de que llegue.

Siento una opresión en el pecho mientras golpeo la puerta.

—No seas estúpida, Lucy. Podría ser cualquier cosa. Una bomba. Ántrax. Una maldita mano amputada. Déjame entrar y me aseguraré de que sea seguro.

«Ese "regalo" podría ser incluso una parte del cuerpo de su hermana». Me estremezco al pensarlo. Por lo que sé del hombre con el que estuvo involucrada, cualquier cosa es posible.

Sigue el silencio.

Vuelvo a llamar, esta vez con más fuerza. Sigue sin haber respuesta.

Menos de un minuto después, ella lanza un grito espeluznante.

—¡Lucy! —exclamo a través de la puerta, y me echo hacia atrás para darle una buena patada.

Antes de que pueda, se abre de golpe y Lucy me pone la caja en las manos, con un gesto de absoluto disgusto en el rostro.

—¡Llévatela!

La puerta se cierra de nuevo y la cerradura se bloquea con un clic.

Con un suspiro de irritación, abro la tapa de la caja y pongo una mueca de asco al ver lo que hay dentro.

El cadáver mutilado de una rata acompañado de una sola rosa roja. Un regalo para la eternidad.

Hay un mensaje garabateado en el fondo:

No puedes escapar de tu destino.

Cada célula de mi cuerpo se pone en alerta máxima. Levanto la mirada hacia la puerta.

¿Y si uno de los hombres de Roguilin está allí con ella?

Capítulo 5

Lucy

Me tiembla el cuerpo y los ojos se me llenan de lágrimas.

En unos diez segundos, si no me controlo, me va a dar otro ataque de pánico.

—Lucy, déjame entrar. Necesito revisar tu apartamento.

Ignorando su orden; la ira supera el miedo.

—No hace falta. Solo estoy yo. Se acabaron los regalos.

Lo último que quiero es que Callum irrumpa en mi apartamento y domine el espacio con su imponente presencia. Ese viaje en motocicleta fue horrible, con su robusto pecho pegado a mi espalda y sus musculosos muslos apretados contra los míos. Con sus manos masculinas presionando las mías. Mi pulso latió como un tambor durante todo el viaje de vuelta. Sinceramente, me sorprende que no se diera cuenta.

Atrapada entre su cuerpo y el manubrio, debería haberme sentido claustrofóbica. En cambio, creo que casi me sentí... ¿segura?

Y una pequeña parte de mí, bueno, no tan pequeña, disfrutó de la sensación de acurrucarme contra él.

Una revelación desconcertante, por decir lo menos.

—¡No digas que no te lo advertí! —grita Callum a través de la puerta.

Me adentro en el apartamento. No dejaré que la rata ni la insistencia de Callum me arruinen la noche.

Esta es la casa que Maya y yo hemos compartido durante los últimos años. El lugar donde nos hemos sentido más a gusto.

El apartamento es muy modesto, con dos dormitorios, un baño, un armario para la lavandería y un pequeño balcón junto al estudio, donde mantengo un huerto en macetas con hierbas y flores comestibles. Todo el espacio está repleto de plantas, además de los libros y materiales didácticos de Maya. Las paredes están cubiertas de *posters*, supermodelos de todo el mundo y páginas de revistas glamurosas demasiado icónicas como para no enmarcarlas.

En cuanto entro en mi dormitorio, me quito los feos zapatos de trabajo, me despojo del resto de la ropa, y tomo unos pantalones de yoga limpios, una camiseta ajustada, un cárdigan a juego y los calcetines que me compró Maya.

Me pregunto cómo estará. Si estuviera aquí, me regañaría por el estado de mi habitación. El suelo apenas se ve, la madera vieja está cubierta de revistas y ropa limpia que no he tenido ganas de guardar.

Casi como si fuera una señal, mi teléfono suena a todo el volumen con *On an Evening in Roma* de Dean Martin, la canción de Maya.

Intento disimular el pánico residual en mi voz al responder.

—Hola, hermana. Estaba pensando en ti...

—*Lucy, deja entrar a Callum. Ahora mismo*.

Con la boca abierta, me quedo mirando el teléfono antes de volver a la sala principal y mirar fijamente la puerta.

¿Ese bastardo *me delató*? No sé quién es ahora mismo la rata más grande...

—*Hablo en serio*. —Maya usa su tono serio—. *No es momento de juegos. Veronika me dijo que desapareció una de las otras mujeres nombradas como testigos en el caso. ¿Y ahora alguien te está enviando amenazas?*

Cerrando los ojos, gimo de rabia.

—No hay de qué preocuparse, May. Estoy...

—*No te atrevas a mentirme.* —Su tono es a la vez maternal y fraternal—. *Parece que las cosas en* New York *están completamente fuera de control.*

Aprieto los dedos de mi mano libre en un puño.

—¿Eso es lo que te ha dicho él? No te creas todo lo que oyes. Él...

—Lucy, voy a darte dos opciones. Deja que Callum haga su trabajo por completo como tu guardaespaldas…

—Mira, no sé si eso va a funcionar. ¿Cuál es la otra opción?

—Que yo vuelva a casa y que ambas nos vayamos de la ciudad hasta que se calmen los problemas con el juicio.

Respiro hondo varias veces, pero mi frustración no desaparece.

—Define *por completo*. —Cuando Maya suspira profundamente al otro lado del teléfono, me apresuro a continuar—. ¿Sabes qué? No importa. Ya sé que no me va a gustar la respuesta.

—Puedes empezar por dejarlo entrar.

Pasa un momento mientras sopeso mis opciones. Nunca me perdonaría que Maya se fuera de Italia solo para venir a cuidarme.

Ahora me toca a mí suspirar. Abro la puerta y, a regañadientes, le hago un gesto a mi guardaespaldas para que entre. Sin decir una palabra, Callum con cara seria, saca su arma y empieza a registrar la casa.

Afortunadamente, dejó la caja de ratas en el pasillo.

—De acuerdo. Ya está adentro.

—*Sé amable*. —Maya charla un rato más antes de sacarme la promesa de dejar que Callum haga su trabajo—. *Te llamo luego. Te quiero.*

—Yo también te quiero.

Terminamos la llamada y me encuentro a solas con Callum. Debe estar seguro de que no pasa nada, porque guarda el arma.

—Bueno. —Gesticulo alrededor del apartamento—. Supongo que ya está. Nos vemos mañana. A menos que necesites hacer otro barrido perimetral.

Callum ladea la cabeza.

—¿Barrido perimetral?

¿No era eso lo que estaba haciendo? En fin. Voy a ignorarlo.

Por suerte, como modelo, se me da muy bien ignorar las cosas. Ignoro el dolor de pies incluso cuando siento que he caminado kilómetros en tacones. Ignoro las gélidas temperaturas que me rodean mientras modelo trajes de baño para catálogos de primavera. Ignoro mis punzadas de hambre en los días previos a una sesión. Incluso logré ignorar a los hombres que me rodeaban como tiburones en la subasta.

Puedo ignorar por completo a un hombre mientras inspecciona mi pequeño apartamento con mirada crítica. O lo que sea que esté haciendo.

Aunque, admito, soy demasiado consciente de su presencia.

Pasar incluso un breve periodo de tiempo encerrada en el mismo espacio que él hace que mi estómago dé vueltas como si estuviera en una montaña rusa.

«Son solo nervios», me digo a mí misma. Solo me afecta la proximidad de hombres desconocidos y peligrosos. Quiero que se vaya. *Rápido*

Y estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para que su estancia sea lo más desagradable posible*.*

Dándole la espalda a la estatua viviente en la puerta, conecto el teléfono al estéreo y escojo la emisora *pop* más animada que encuentro. Subiendo el volumen al máximo.

Callum Kavanagh parece más bien un tipo de silencio total, eso o música *rock* como U2. *The Cranberries*, tal vez.

No Taylor Swift, Shawn Mendes o Gaga.

Tomo mi trapeador Swiffer del hueco entre el refrigerador viejo y la pared y empiezo a recorrer mi apartamento. Una limpieza agresiva suele hacer que Maya salga corriendo, así que, ¿por qué no probar la misma técnica con Callum?

Aprovecho cada oportunidad para cruzarme en su camino, cantando a todo pulmón con la música. En lugar de moverse por el espacio para revisar las ventanas o puertas o buscar micrófonos secretos o algo así, se queda cerca de mí.

En un momento dado, actúa como si fuera a tocarme. Me alejo bailando y tomo una planta de la esquina antes de ponérsela en las manos.

—¡Riégala por mí! —No volverá a tocarme.

Más de una vez, casi lo hago tropezar.

Sea cual sea su plan, se da por vencido a los pocos minutos, vuelve a dejar mi planta en el suelo y se retira a un estante cerca del televisor.

Bien.

Solo me detiene otra vibración en la pierna. Recupero mi teléfono y espero encontrar un mensaje de Maya suplicándome que sea amable con Callum. En cambio, veo una notificación de correo electrónico.

—¡Dios mío! —Mi voz se quiebra—. *¡Dios mío!*

Un fuego artificial enorme y vibrante explota en mi interior.

Leo el mensaje de nuevo. Me han seleccionado para una audición presencial para *Runway Revolution*, el evento de modelos más competitivo del año.

Una mezcla entre un desfile de moda tradicional y un concurso de *reality* feroz.

Las posibles concursantes deben pasar una selección preliminar solo para recibir una invitación a la audición del evento en sí.

Y yo lo he conseguido. Casi no lo puedo creer.

Por fin, buenas noticias.

No he desfilado mucho desde antes... de la terrible experiencia y, sinceramente, en lo más profundo, oscuro y triste de mí ser, temía que mi trauma hubiera destruido cualquier talento que pudiera tener.

Pero, milagrosamente, superé las dos primeras rondas de selección y evaluación en línea, y ahora... Ahora tengo una oportunidad de oro para relanzar mi carrera.

Mi *vida.*

Me niego a dejar que esos cabrones traficantes sexuales me roben nada más.

No es que la gente sea invitada a hacer una audición para *Runway Revolution* todos los días. Esta podría ser y, muy probablemente sea, mi única oportunidad de participar.

Apretando el teléfono contra mi pecho, doy vueltas en círculos.

Mi mente entra en acción y la pregunta más importante me dispara en la cabeza.

«¿Qué me pongo?»

Tengo que combinar algunos conjuntos cuidadosamente seleccionados que queden bien en las fotos, pero que no se salgan de mi presupuesto. Afortunadamente, domino el arte de usar ropa económica para crear una apariencia cara a través del ajuste y el estilo. Sé cómo construir un conjunto completo en torno a una prenda versátil que vale la pena invertir, como una chaqueta a la medida o un vestido clásico, y combinar diferentes accesorios para crear múltiples *looks.*

Con solo una semana para prepararme para la audición, tengo mucho que planificar.

Entre otras cosas, avisar a mi jefe en la cafetería de que quizás necesite tomarme unos días libres, dependiendo del éxito que tenga en el concurso.

El momento resplandece como una bola de nieve brillante, exuberante y agitada, llena de felicidad... hasta que Callum lo arruina.

De repente, mi música se detiene. Ese imbécil ha desactivado mi sistema de altavoces.

—Es hora de hablar, Marlow.

Capítulo 6

Callum

Cuando Lucy abre la boca para protestar, me detengo para disfrutar el furioso rubor que se le extiende por las mejillas.

—Me contrataron para mantenerte con vida. Eso significa que lo que yo diga se cumple. ¿Entendido?

—Solo haz tu trabajo y no te metas en mi camino. —Parece que va a decir algo más, pero se da la vuelta, se dirige al baño y cierra la puerta de golpe. Es la tercera vez que me cierra la puerta en las narices en treinta minutos.

Esta pequeña fiera del infierno necesita que alguien le enseñe a comportarse.

Que le enseñe buenos modales.

Lástima que esa persona no pueda ser yo.

Paso unos segundos exasperado, mirando la puerta del baño mientras me pellizco el puente de la nariz.

Lucy y Maya Marlow alquilan un apartamento de dos habitaciones en el octavo piso de un rascacielos de diez pisos en *Brooklyn*.

Solo hay unas pocas entradas y salidas en la planta baja, todas bien vigiladas por cámaras de seguridad instaladas alrededor del edificio.

Nadie me cuestionó nada cuando entré por primera vez y me dirigí a la escalera, porque la seguridad en un rascacielos como este se compone básicamente de simples porteros. Incluso si alguien me hubiera detenido, eso no significa que estuvieran preparados para una emboscada autorizada por Roguilin.

Ningún equipo de seguridad estaría preparado para eso.

Por eso estoy aquí.

El chirrido de tuberías viejas resuena en las paredes del baño.

Se está duchando. Perfecto.

Me pongo manos a la obra. Puedo aprovechar esta oportunidad para trabajar en la segunda parte de mi misión: encontrar la billetera de criptomonedas que Shane describió durante mi reunión informativa.

Con el máximo cuidado y a la vez con rapidez, recorro su modesta vivienda con nuevos ojos, examinando las estanterías y los muebles en busca de escondites y asegurándome de que todo parezca intacto.

Luego, examino cada estantería y libro con atención y observo las plantas en grandes macetas tejidas.

Se me contrae la boca. No puedo creer que me haya dado una planta para intentar callarme... mientras me atacaba los tímpanos con Dua Lipa. Estoy casi seguro de que nada en mí grita "señor de las plantas".

Después, cruzo la abertura que conduce a un pequeño comedor. Una mesa para dos domina el espacio. A la derecha hay un pequeño escritorio improvisado.

Aquí no hay nada.

Vuelvo hasta su pequeña cocina, revisando los cajones desbordados y los armarios llenos de vajillas desparejadas.

Sin suerte.

La mayor parte del apartamento parece estar destinada a las dos habitaciones. Un balcón del tamaño de una estampilla postal da a otros edificios y al parque de enfrente.

«Si yo fuera una memoria USB con un montón de dinero, ¿dónde me escondería?».

Mi teléfono vibra en mi bolsillo.

El nombre de Shane Gallagher aparece en mi pantalla. *Mierda.* No llamaría a menos que fuera urgente.

Salgo al balcón para tener privacidad, considerando el posible riesgo de seguridad y la ruta de escape, y contesto la llamada de Shane.

—*Actualización de estado. Informe*. —Sin saludos, sin introducción. El jefe de los *Reyes Irlandeses* está muy ocupado.

Darren ya le contó lo de la rata y la rosa roja, pero vuelvo a repasar la información con él.

—Reforzaré su seguridad, lo que también debería ayudarme a localizar la billetera de criptomonedas. Aún no hay rastro de ella.

—*Reforzar su seguridad es la decisión correcta. ¿Te enteraste de la desaparición de uno de los otros testigos?*

Siento una tensión en la espalda.

—Sí, señor.

—*Encuentra esa billetera, Callum. Se acaba el tiempo.*

—Sí, señor —repito—. ¿Puedo preguntar... por qué cree que Lucy la tiene?

Siempre es arriesgado interrogar a un hombre como Shane. Por suerte, él no se ofende.

—*Uno de nuestros hombres infiltrados escuchó a Viktor hablando con otro recluso. No estoy seguro de si sospechó de ella enseguida, pero ahora sí lo hace. ¿Y la chica? ¿Sospecha algo?*

—No —replico—. Darren, Veronika y Maya creen que solo estoy aquí para protegerla. No saben nada de la billetera. —Dudo—. Y puede que Lucy tampoco.

—*Y tiene que seguir así*. —La respuesta de Shane es cortante. Fría.

No me entusiasma el secretismo, pero me guardo mis pensamientos al terminar la llamada.

No me corresponde interrogar a Shane.

Entro de nuevo en el apartamento justo cuando Lucy sale de su habitación vestida con unos pantalones de yoga ajustados y una camiseta ceñida.

La miro fijamente. Inmediatamente. Como el imbécil que ella cree que soy.

Lamentablemente, no puedo evitarlo.

Con la cara limpia y sin maquillaje, parece aún más joven y mucho más hermosa. Sin poder evitarlo, mi mirada recorre el resto de sus impresionantes curvas.

¡Maldita sea!

Me dirijo a la puerta.

—Vuelvo enseguida.

—Qué pena.

¿Tiene una respuesta ingeniosa para todo? Se me ocurren mejores usos para esa boca tan lista.

Después de sacarle algunas fotos a "su regalo", tomo la caja y bajo corriendo las escaleras desde el octavo piso. La fresca oscuridad de la escalera de emergencia me ayuda a despejar la mente. Dios mío, esta misión ya se me está yendo de las manos.

Afuera, tiro la rata y la rosa a la basura y cruzo la calle hacia mi motocicleta, donde tengo un espacio para guardar mi bolsa de viaje.

La vista empaña mi ya de por sí agrio humor. Cuando acepté esta misión, le prometí a Veronika que estaría preparado si las cosas se ponían feas. Empaqué algo de ropa por si acaso, con la esperanza de no tener que usarla.

Cuidar a Lucy durante el día ya ha resultado bastante difícil. Ahora, necesita vigilancia las veinticuatro horas del día. Darren ha puesto a unos tipos vigilando fuera de su apartamento para que yo pueda descansar y dormir en mi casa, pero la maldita rata de la caja se les ha escapado, así que supongo que me toca a mí. Maya ya ha dado su aprobación previa a la vigilancia a tiempo completo, así que al menos no tendré que lidiar con ella.

Sin embargo, los comentarios sarcásticos de Lucy pueden estar agotando mi paciencia. Siendo sincero, una pequeña parte de mí ha empezado a disfrutar de su sarcasmo. A veces, incluso he dicho cosas solo para sacarla de quicio.

¿Qué tan malo puede ser protegerla las veinticuatro horas al día, los siete días de la semana?

Aunque probablemente esté ahí arriba deseando que me atropelle un autobús, me echo la bolsa al hombro y vuelvo corriendo a su apartamento.

Cuando vuelvo a su sala de estar, señala mi bolso de viaje con una uña pintada de morado.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Ropa. Entre otras cosas. —Al verla frunciendo el ceño, arqueo una ceja—. ¿No te lo ha dicho tu hermana? Soy tu nuevo compañero de apartamento.

Reprimo una sonrisa al ver que su expresión se transforma en una de absoluto horror.

—¡Ni lo sueñes! —chilla.

Así que no *sabía* nada de esa posibilidad. Qué divertido.

Saca el móvil del bolsillo y marca con dedos temblorosos y furiosos.

—¿De qué demonios habla? ¿Dice que es mi nuevo compañero de apartamento?

No oigo quién está al otro lado ni qué dice, pero la furia en el rostro de Lucy es fácil de interpretar. Cuelga sin despedirse y me mira con el ceño fruncido.

—Es obra tuya, ¿no? —El ácido gotea de sus labios.

—Sentimos mutuamente...

—¡No hay un *nosotros*!

—Maya, Darren y yo creemos que lo más seguro es que me quede contigo por el momento. —Tras mi breve llamada telefónica con Maya frente a la puerta principal de Lucy y la información que compartí con Darren, ambos estuvieron de acuerdo en que la mejor opción era contar con seguridad a tiempo completo. Esto es lo que Maya quería decir cuando le dijo a Lucy que quería que yo desempeñara mi trabajo por completo—. Debido a la desaparición del testigo y la entrega especial, no por cortesía de FTD ni de Amazon.

—¿Y nadie tenía pensado informarme? —Guarda el teléfono en el bolsillo antes de cruzar la puerta.

—Acabo de hacerlo. —Mi labio se curva, aun así, resisto el impulso de sonreír y enfadarla aún más—. Tienes que darte cuenta del peligro que corres. Sé que no te gusta la idea de compartir tu espacio conmigo, pero más vale que saquemos lo mejor de ello.

Murmura algo que no logro descifrar y luego, con cuidado, pone una expresión impasible.

—No hace falta decir que no debes poner un pie en mi dormitorio bajo ninguna circunstancia.

Se me tensa la mandíbula ante la insinuación.

—Créeme, cariño, no tengo ningún interés en entrar en tu habitación a menos que sea necesario por seguridad.

Resopla y aparta la mirada.

—Dudo mucho que haya alguien ahí dentro esperando para matarme, Batman.

Me encojo de hombros y dejo mi bolso en el suelo.

—Bien, como quieras. Seguro que me estarás llamando a gritos si pasa algo. Igual que hiciste con la rata.

Arruga la nariz como si oliera algo asqueroso.

—Eres tan engreído.

—O… —Me acerco, con una satisfacción petulante que me invade al verla alejarse para mantener la distancia—. Quizá grites mi nombre por otra razón.

Los preciosos ojos de Lucy se abren de par en par.

—¿Qué...? ¿Bromeas? ¡Eres asqueroso! Sigue así y me quejaré con Veronika por tu falta de profesionalismo.

Me aliso la camisa. O sea, no se equivoca. Nunca me había comportado tan poco profesional en mi vida. Además, está fanfarroneando. Ya la conozco lo suficiente como para saber que no es de las que van a pedir ayuda a gritos. Se resistirá, a ver si puede obligarme a ceder primero.

He ganado esta ronda, así que dejaré de molestarla. Por ahora.

—Tranquila, princesa. —Me doy la vuelta para quitarme las botas —. ¿No deberías estar durmiendo tu siesta de belleza?

Entrecierra los ojos. Me alegro de no poder leer los pensamientos maliciosos que le rondan por la cabeza.

Cuando aparece la sonrisa burlona, me invade una oleada de inquietud.

—La habitación de Maya también está prohibida. —Señala con la barbilla el pequeño sofá de dos piezas frente a su televisor—. Puedes usar el sofá. —Sonríe.

Miro el sofá en cuestión y maldigo mentalmente. Para caber en ese trasto, tendría que convertirme en un contorsionista.

Lucy se va a su recámara con aire despreocupado mientras yo echo la cabeza hacia atrás, y veo al techo.

Esta misión cada vez se pone mejor.

Capítulo 7

Lucy

Con los ojos vidriosos y cansada de haber estado luchando con mi edredón toda la noche, salgo tambaleándome de mi habitación poco antes de las siete de la mañana y me encuentro a Callum en la cocina, manipulando la cafetera.

Estira su grueso cuello. Se oyen crujidos y chasquidos.

Empiezo a pensar que espera a que me levante para hacer eso, como una forma de hacerme sentir culpable por el hecho de que haya dormido en el suelo durante cinco noches enteras.

Una punzada de algo parecido a la culpa me atravesó cuando me desperté aquella primera noche para beber agua y vi su voluminoso cuerpo acampado en el suelo del salón. Entonces, recordé lo mucho que me irrita y la culpa desapareció al instante.

Olvídate del sofá. Todo mi apartamento es demasiado pequeño para él.

Cohabitar con este hombre no ha sido fácil. Inunda todo el espacio con su enorme forma. Su cuerpo. Su presencia. Su maldito *olor*.

Y lo peor de todo es que necesitar sus servicios me recuerda cosas que quiero olvidar.

Diablos, su presencia constante ya me ponía de los nervios incluso antes de que se mudara a mi apartamento. ¿Se supone que

debo sentirme segura con una máquina de matar de metro ochenta y dos durmiendo en la habitación de al lado?

La silenciosa vigilancia de Callum me protege. Y me aprisiona. Y, aunque tengo que admitir que es lo más segura que me he sentido desde *antes*, sigo sin estar bien.

Más bien es lo contrario.

Ha saboteado por completo mi rutina.

No puedo hacer nada y, me refiero a *nada*, sin que él se interponga en mi camino y lo estropee de alguna manera.

Correr en la caminadora. Mi rutina de pesas cuidadosamente diseñada. Acurrucarme en el sofá para relajarme viendo el canal de la naturaleza. Proyectos fotográficos aleatorios con la cámara que Maya me regaló por mi cumpleaños.

Todo lo que me hace ser *yo*, todo lo que me ha dado una sensación de normalidad y control durante las últimas semanas, se acabó por culpa del guapísimo dictador que está junto al fregadero.

Ni siquiera puedo hacer mi rutina matutina de ejercicio habitual sin que él me esté mirando por encima del hombro. Mi habitación es demasiado pequeña para hacer yoga, pero si me mudo a la sala como suelo hacer, tendré la atención de Callum por todo el cuerpo.

Siempre me está observando. Siempre.

Aparentemente, está haciendo su trabajo. Pero a veces, su mirada persistente es un poco excesiva. Demasiado intensa. Demasiado *ardiente.*

Esos vistazos ardientes cuando él cree que no lo estoy mirando me revolotean por el estómago como un enjambre de mariposas y me aceleran el corazón con fuerza. La mitad del tiempo, no logro entender si el miedo impulsa mi reacción o algo completamente distinto.

Algo que me niego a reconocer.

Ayer, salí antes de lo habitual y lo encontré sentado a la mesa sin camisa. *Sin camisa*. Hombros anchos, espalda esculpida, bíceps tonificados y musculosos y abdomen firme, todo en un espectáculo. El apartamento olía a sudor y proteína en polvo, casi corrí a través de la distancia que nos separaba para ver si aún tenía la piel húmeda del entrenamiento

Qué alivio que el sonido de su teléfono me devolviera a la realidad. Nunca lo habría superado.

Que entrenara por las mañanas no fue necesariamente una sorpresa, pero casi no lo he visto hacer nada desde que empezó a vigilarme.

Normalmente, cuando no tengo turno en la cafetería, se pasea junto a la puerta del balcón. Es como si esperara un ataque sorpresa de un ala delta, y está listo para recibirlos con Krav Maga, esperando para atacar.

Si no está paseándose, está tumbado en mi sofá o apoyado contra la pared, leyendo en una tableta o el mismo libro una y otra vez. Por el título, puedo deducir que tampoco le gusta la lectura ligera. *De la Guerra Civil Rusa a la Segunda Guerra Mundial: una selección de ensayos sobre historia militar.*

Si no está leyendo, está devorando barritas de proteínas, comiendo ensalada o algo así. Come como si no hubiera un mañana. Más de una vez lo he pillado mirando fijamente mi congelador como si quisiera desesperadamente una bola de mi helado artesanal de *Gino's*, la heladería que hay al final de la calle.

Lo peor que hace es por la noche. Después de que me retiro a mi habitación, cuando cree que me he dormido, enciende la televisión y ve series de época.

Series. De época. En su mayoría series británicas en las que los protagonistas se sientan a resolver misterios y a tomar té. Toda esa mierda al estilo Sherlock Holmes.

Esos programas me sacan de quicio más que él.

En el trabajo, hago todo lo posible por ignorarlo. Cuando termino mi turno, vuelvo a casa lo más pronto posible y me escondo detrás de la puerta de mi habitación en cuanto llego.

He empezado a ver mis *reality shows* basura en mi *laptop* desde la seguridad de mi cama todas las noches para minimizar el tiempo que Callum y yo pasamos en la misma habitación.

Olvídate de salir a tomar aire. Apenas puedo dar un paso sin que él me siga como una sombra.

Frunzo el ceño mientras él toma un largo trago de su taza de café. Se da la vuelta y nuestras miradas se cruzan antes de que yo

baje la vista. Siempre soy yo la primera en bajarla.

Un torso desnudo me devuelve la mirada.

Su camisa azul marino está abierta dejando al descubierto cada centímetro de sus tonificados abdominales y pecho. El movimiento de su diafragma me hipnotiza con cada respiración.

Es *musculoso.* Claro que sí. Darren no lo contrataría si no estuviera en perfecta forma para protegerme.

Mis ojos descienden aún más, siguiendo la fina línea de vello justo debajo de su ombligo. Un calor me invade, quemándome cada nervio del cuerpo. Me muerdo el labio inferior.

Y entonces siento que su mirada también se detiene.

Cuando me observa, un escalofrío enorme me recorre los músculos. *¡Maldita sea!* Aunque esté privada de sueño y aturdida, debería haber recordado ponerme una bata sobre mi pijama de seda de tirantes y pantalones cortos. Bien podría haber entrado a la cocina en pura lencería.

Me cruzo de brazos mientras la vergüenza me invade.

Además, la atención total de Callum despierta en mí un sentimiento que creía perdido para siempre. O al menos, tan arraigado que ni siquiera recordaba su existencia, aunque sé que su mirada apreciativa no significa nada, para él, solo soy un trabajo.

Me perturban intenciones que ni siquiera existen.

Y peor aún, Callum nota mi incomodidad. Como ahora, por ejemplo.

Arquea una ceja.

—No tienes nada de qué preocuparte.

—¿Eh? —Intento calmar mi corazón acelerado. Sus ojos... parece... *¿Hambriento?*

—Estoy aquí por motivos profesionales. —Me da la espalda para poder echar un chorrito de leche en su taza—. Y, aunque no lo fuera, no eres mi tipo.

Y así, sin más, Callum Kavanagh me abofetea con su desinterés a las siete de la mañana antes de volver a su café como si nada hubiera pasado.

Me rechinan las muelas. Una vez. Solo una vez, me gustaría romper el control de este hombre, sembrar el caos en su mundo y

ver qué le parece.

Aprieto los puños y escupo la primera palabra que me vienen a la cabeza:

—Jódete.

Los músculos de su cuello se tensan y luego se relajan.

—Por mucho que me intrigue la idea de *joder*… —Tiene la audacia de lanzarme una mirada de reproche—. Soy un profesional y, por lo tanto, no tengo intención de cruzar ningún límite personal contigo.

—Ojalá lo hicieras. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Me avergüenzo, preguntándome si es posible morir literalmente de vergüenza.

Sus labios se separan. La intensidad de sus claros ojos verdes refleja confusión. ¿O tal vez... deseo?

—¿Disculpa?

El triunfo me calienta el estómago. Por una vez, creo que lo he desconcertado. Si quiere hacerse el profesional perfecto, quizás yo debería hacerme la provocadora. Ver hasta dónde llega realmente su desinterés.

Bajo los brazos. Relajo los puños y cruzo la cocina con pasos lentos y pausados, sin apartar la mirada de él. Le quito la taza de las manos y la dejo sobre la encimera.

—Me escuchaste. Ojalá lo *hicieras*. —Deslizo la mano desde la taza hasta el brazo de Callum, rozando el punto cerca de su codo, donde la manga doblada se une con la piel—. Vamos, Kavanagh. Cruza esa línea.

Me muerdo el labio inferior.

El pecho de Callum se constriñe. Luego, entrecierra los ojos. No se mueve, pero el músculo de su mandíbula se contrae al apretar los dientes con tanta fuerza que puedo oír el crujido.

Le dedico mi sonrisa más seductora y deslizo mis dedos por su brazo hasta llegar a su pecho, deteniéndome para jugar con el botón de su camisa.

—Vamos, te reto. ¿O es que te preocupa demasiado tu trabajo?

La tensión en la cocina aumenta.

Pasan varios segundos mientras él me mira fijamente antes de inhalar rápidamente y estirar el brazo para agarrarme la muñeca.

—Ten cuidado, Marlow. No quiero que te metas en un lío.

Su voz se vuelve más grave y sombría.

Reprimo el escalofrío que me provoca y paso los dedos de mi mano libre por el cabello de Callum.

—Sé que dijiste que no soy tu tipo, pero ambos sabemos que es mentira. —Me acerco un poco más y rozo con mis labios su mandíbula tensa mientras el aroma a cedro y vainilla invade mis sentidos—. He visto cómo me miras cuando crees que no te estoy viendo.

Se le escapa un pequeño siseo, mas no dice nada. Se queda ahí parado mientras sigo pasándole los dedos por sus ondulados cabellos castaños rojizos. Bajo la mano, recorriéndole el rostro, la mandíbula, la garganta con las yemas de mis dedos.

Entrecierra los ojos mientras afloja su agarre en mi otra muñeca.

Se me acelera el pulso. Deslizo mis uñas por su pecho, saboreando la contracción de sus músculos firmes bajo mi mano. Al llegar a sus abdominales, se le tensa el estómago.

Hago una pausa para darle tiempo a detenerme, y al ver que no pasa nada, bajo mis dedos.

Otro siseo se le escapa de los labios y lo miro de golpe. El brillo salvaje en sus ojos es inconfundible. Me devuelve la mirada con un deseo puro y sin filtros que refleja el mío.

Mi mano alcanza la cintura de sus pantalones y paso un dedo por el frío metal de la hebilla de su cinturón.

—Al fin y al cabo, no estás hecho de piedra, ¿verdad, señor guardaespaldas?

Callum me agarra ambas manos y nos hace girar. Jadeo cuando el borde afilado y frío de la encimera se me clava en la parte baja de la espalda.

Me inmoviliza con su cuerpo robusto, pecho contra pecho, cadera contra cadera. Estoy atrapada y no puedo hacer nada al respecto. Cuando presiona su rodilla entre mis muslos, mi abdomen palpita.

Por primera vez en mucho tiempo, mi cuerpo reacciona al contacto humano sin provocarme un ataque de pánico. De verdad lo

deseo. Quiero que me toque. Que me bese. Que reemplace mis recuerdos horribles por otros nuevos. Unos buenos.

Callum se acerca, su aliento me acaricia la oreja.

—Si cruzamos esta línea, no habrá vuelta atrás. ¿Es eso lo que quieres?

Otra voz susurra en lo más profundo de mi mente. *«Sé que lo quieres. No intentes luchar contra mí. Sé una buena putita y acéptalo».*

Se me acelera la respiración mientras la habitación se inclina. Un sudor frío me recorre la nuca. De repente, ya no estoy en mi apartamento. Estoy de vuelta en ese horrible lugar. Impotente y aterrorizada.

El miedo me invade los músculos y empujo contra el pecho de mi agresor. Debo tomarlo de sorpresa, porque retrocede lo suficiente como para que pueda escapar deslizándome entre él y la encimera.

—¿Lucy? ¿Estás bien?

Siento un calor sofocante en el cuello y las mejillas al encontrarme con la mirada preocupada de Callum. Vuelvo al presente y agacho la cabeza. Dios mío. ¿En qué demonios estaba pensando?

Respiro hondo y me agarro a la encimera mientras la habitación se estabiliza.

—Lo... lo siento. —Me tiembla la voz—. Tengo que irme.

Dicho esto, me voy corriendo a mi dormitorio, cerrando de un portazo.

Me tapo la boca para contener los sollozos. Soy una idiota. ¿De verdad creía que podría soportar... lo que fuera que había entre nosotros? ¿Que podía tocar a Callum? ¿Fantasear con hacer más sin sucumbir a un ataque de pánico? ¿Y si dejaba que las cosas fueran aún más lejos y luego entraba en crisis nerviosa?

Soy un desastre. Un desastre enorme, doloroso y vergonzoso.

Pasándome la mano por el cabello despeinado, vislumbro el reloj digital de mi mesita de noche.

Dios mío. Casi lo olvido. Hoy es la audición de *Runway Revolution*. Solo tengo unas horas antes de irme.

Feliz de encontrar algo más que mi reciente humillación en lo que concentrarme, mi persistente ansiedad pronto da paso a la emoción mientras repito mentalmente lo que tengo que hacer para prepararme.

Quiero salir corriendo para liberar toda esta energía, pero no puedo. Según el comandante Kavanagh, tengo prohibido poner un pie en mi propio balcón sin él allí para protegerme. Es un "riesgo de seguridad".

Cree que me podrían disparar.

—*¿En el octavo piso?* —lo reté hace unos días—. *¿Crees que mi atacante planea saltar en paracaídas?*

Su única respuesta fue una mirada inexpresiva y un:

—*¿De verdad crees que Viktor Roguilin nunca ha contratado a un francotirador?*

Eso me desanimó al instante, porque no. Por mucho que quiera recuperar mi vida, no soy tan ingenua.

Mi mente vuelve a la rata y la rosa en la caja que encontré en la puerta de mi casa la noche que Callum se mudó. El recuerdo hace que se me acelere el corazón.

Antes de darme cuenta, estoy buscando mi mayor secreto, el que guardo escondido en el fondo de mi bolso de maquillaje favorito. Un pequeño disco duro externo.

He conservado esta billetera de criptomonedas desde mi rescate sin decírselo a nadie. Ni a las autoridades, ni a la doctora Shaw, ni siquiera a Maya. La billetera es el único recuerdo físico que tengo de mi cautiverio con Viktor Roguilin.

Cada vez que me invade el miedo a Viktor, lo conecto a mi computadora solo para comprobar que todo sigue ahí. Los ciento cincuenta y tres millones de dólares. A veces, si me siento específicamente valiente, hago clic en el contenido.

La billetera no solo contiene dinero. También hay registros de transacciones, bases de datos de contactos y materiales de chantaje que implican a algunas de las personas más ricas y famosas del mundo. Carpetas, carpetas y carpetas con información *comprometedora* que Roguilin guardaba sobre la gente.

Aunque la idea de testificar me aterroriza, ver todas esas otras cosas, los recibos de actos repugnantes cometidos durante décadas, me da un pequeño impulso extra de valor. Es como una inyección de motivación que me hace seguir adelante a pesar del terror que me produce que ese imbécil haya descubierto donde vivo y no tenga ningún reparo en enviarme regalos en forma de roedores en descomposición.

Lo irónico es que solo pude conseguir la billetera de criptomonedas, porque le caí bien al monstruo. Le ordenó a Sophia Kovaleva que vendiera a docenas de mujeres en esa subasta, sin embargo, cuando me vio entre ellas, le dijo que me apartara y que no dejara que nadie se me acercara a menos que quisieran pujar más que él.

No hace falta decir que nadie se atrevió a contrariar a un hombre como él.

Así que, hasta la noche de la subasta, me confinó en la habitación privada conectada a su oficina para su "descanso personal".

En comparación con la mayoría de las víctimas, tuve suerte. Pero saberlo solo me hace sentir peor. Como si no debiera seguir teniendo miedo. Como si ya me hubiera recuperado. Como si fuera débil. O peor aún, una farsante.

Sin embargo, no puedo pensar en esos días y noches interminables sin sentir la horrible y dolorosa necesidad de salir corriendo y huir de la realidad de que un hombre como ese me haya puesto las manos encima.

Apretando los dientes, sacudo la cabeza con fuerza y trato de hacer retroceder los recuerdos.

No tengo tiempo para esto.

Solo quedan unas horas para la audición. Hay trabajo que hacer.

Capítulo 8

Lucy

Después de dos horas enteras de acicalarme y arreglarme, salgo de mi habitación sobre las diez de la mañana como una modelo de *Runway Revolution*, con el cabello peinado, maquillada y con un vestido plateado que se ajusta a mi figura. Repaso mi lista mental y reviso mi bolso para asegurarme de que lo tengo todo.

Cartera, identificación, teléfono móvil, la invitación impresa para la audición para entrar en el edificio del centro. Todos los cosméticos que necesito para retocarme. Un par de *flats* enrollables por si estos tacones de quince centímetros me destrozan los pies antes de que acabe el día.

No recuerdo la última vez que me sentí tan emocionada. Tan preparada para lo que me depara el futuro. Mi cuerpo prácticamente vibra mientras me dirijo a la puerta principal, con ganas de dejar atrás todo lo de la semana pasada. Nada va a arruinar mi energía.

—¿Adónde crees que vas? —Callum se aparta de una olla con huevos hirviendo de la estufa. ¿Acaso el hombre hace algo más que comerse mi comida?

Le lanzo una mirada gélida.

—Ocúpate de tus asuntos.

—Eres asunto mío. —Sale de la cocina y se dirige directamente hacia mí como un depredador. Un tiburón, o tal vez un león. Sin

duda, desprende la energía del rey de la selva.

Me arde la cara por el peso de su atención, sobre todo después de nuestro encuentro en la cocina esta mañana.

—No te debo ninguna explicación de cada uno de mis movimientos. Y desde luego que no necesito tu permiso.

—Ahí es donde te equivocas. —Callum me bloquea el paso hacia la puerta principal. Sus brazos musculosos se flexionan al cruzarlos sobre su pecho—. Ahora dime. O prepárate para quedarte aquí dentro todo el día.

Aparto la mirada de sus musculosos antebrazos para esquivarlo, pero él se mueve conmigo.

«Neandertal mandón y corpulento».

—Ahora no puedo, Kavanagh.

—Entonces, te sugiero que empieces a hablar, Marlow.

Apenas puedo contenerme para no dar un pisotón en el suelo. Es como un obstáculo gigantesco e inmovible, y no tengo tiempo para encontrar la manera de cómo esquivarlo. Con la presión arterial subiendo y sin otra opción si espero llegar a tiempo a la audición de *Runway Revolution,* le digo la verdad.

—Me han invitado a una audición presencial para el programa de modelos que podría lanzar mi carrera. Solo veinte modelos de entre miles de solicitantes llegan hasta aquí. Es un gran logro que me hayan elegido. Esa audición es hoy. En el centro, así que...

—No.

«¿No?» Da la orden con una sola palabra como si fuera un general de cinco estrellas y yo una recluta novata. Como si tuviera derecho a tomar decisiones ejecutivas que afectan a todo mi futuro.

—¿Disculpa? ¿Quién demonios te crees que eres?

—Soy el hombre al que le pagan para mantenerte a salvo. No irás. —Cuando sigo mirándolo boquiabierta como si le hubiera salido una segunda cabeza, habla más despacio, como si eso de alguna manera hiciera sus palabras más digeribles—. Es con poca antelación. No hay manera de que pueda hacer un rastreo exhaustivo por cuestiones de seguridad en un evento como ese, por no mencionar la exposición pública que te creará en un momento en el que se supone que debes mantener un perfil bajo.

Mi boca se mueve como la de un pez. Qué descaro tiene este tipo. ¿Quién se cree que es?

—Oh, yo voy. Me da igual lo que digas.

—No, no vas.

Aprieto los dientes.

—¿Te acabo de decir que esta es una oportunidad única y de gran prestigio? No la voy a perder. No puedes obligarme a quedarme aquí. —El estrés me invade y me tiemblan las manos. Se me hace un nudo en la garganta—. No lo entiendes —susurro—. Necesito esto.

Sus rasgos se suavizan al observar mi expresión, recordándome la preocupación que se despertó en sus ojos después de que me abalanzara sobre él y entrara en pánico.

—Darren y Veronika mencionaron de pasada la posibilidad de un *reality show*, pero nunca volví a saber nada al respecto. Si nos hubieras mantenido al tanto, quizás habría podido encontrar una solución...

—¿Como qué? ¿Sacarte el palo del culo? —Suelto un suspiro tembloroso, sacando el teléfono del bolso para mirar la hora—. Olvídalo. No tiene sentido discutir por esto. Me voy. Nada de lo que hagas ni digas me detendrá.

—Yo no apostaría por eso, cariño.

—¡Tremendo empleado que eres! ¿No soy tu cliente? ¿No trabajas para mí?

—Técnicamente, no. Trabajo para Darren. —Me dedica una sonrisita exasperante—. Y créeme, es mejor así. Si no, no podrías permitirte mis servicios.

Lo juro, estoy a punto de darle un puñetazo en la garganta.

—¿Por qué no me cambio el nombre a *Charity Case* entonces?

Se encoge de hombros.

—Eso dejaría despistados a Roguilin y sus chicos. —Mis ojos se clavan en los suyos—. ¡Quítate. De. Mi. Camino!

Tras una fulminante mirada, Callum baja los brazos.

—Te dejo ir a la audición si me entregas tu teléfono.

—¿Dejarme ir? No tengo tres años.

Callum está de pie frente a mi puerta, inmóvil como una columna de mármol, con su habitual expresión impasible. Como si no le

importara arruinar la mayor oportunidad de mi carrera.

Mientras tanto, estoy casi echando espuma por la boca.

Él no va a ceder y yo tampoco. *Estaré* en esa audición. Si el hecho de que él se quede con mi teléfono durante un día pone fin a toda esta mierda de confrontación, que así sea.

Indignada, le lanzo mi teléfono.

Me arrepiento de mi acción tan pronto como el dispositivo sale de mis dedos.

Lo atrapa en el aire con la velocidad y la elegancia de un atleta profesional, me clava una mirada sin palabras y se dirige hacia la cocina.

Mi voz se eleva con preocupación mientras corro tras él.

—¡Espera! ¿Qué haces?

Se detiene junto a la estufa y pone la mano sobre la olla. Reconozco sus intenciones demasiado tarde. Cuando grito:

—¡No! —Ya ha abierto los dedos, y solo puedo ver como mi teléfono se sumerge en agua hirviendo.

El terror me clava al suelo mientras mi último rayo de esperanza desaparece y la pantalla negra y vacía apenas se vislumbra bajo una nube de vapor que se eleva.

Callum me mira, impasible.

—*Ups.*

Una bomba nuclear de miedo y rabia se acumula en mi interior. Con un solo descuido, me separó de mi hermana, de mis seguidores en redes sociales y de cualquier atisbo de independencia que había forjado en los últimos meses.

El rojo se filtra en mi visión.

—¡Maldito cabrón folla ovejas!

Entonces, me lanzo contra su cara engreída.

Capítulo 9

Callum

Me han llamado de muchas maneras a lo largo de mi vida, pero *cabrón follador de ovejas* es una novedad.

Lucy se abalanza sobre mí como una gata salvaje rabiosa. Cruza su apartamento a pasos rápidos y ágiles, echando el brazo derecho hacia atrás para darme un golpe.

Cuando me lanza el puño a la cabeza, le agarro la muñeca antes de que me impacte. El poder de su extremidad rebota por todo mi cuerpo.

Pequeña fiera. Si me hubiera dado ese golpe, me palpitaría de dolor la mejilla.

Molesta porque la detuve, me ataca de nuevo. Me clava las uñas en el cuello, desgarrándome la piel mientras gemidos angustiados le resbalan por la garganta.

La suelto y ella se echa hacia atrás. De repente, esa loca agarra mi olla de agua hirviendo, con la mirada asesina en sus profundos ojos marrones.

Seguro, que no lo haría...

Doy un salto hacia un lado mientras Lucy retira la olla del fuego. La cosa sale volando lo suficientemente lejos en la pequeña cocina y se estrella contra un armario con un golpe seco antes de estamparse contra el suelo. El agua hirviendo salpica por todas partes cuando la

olla se vuelca, arrojando huevos y su teléfono roto sobre la madera dañada.

El pecho le sube y baja rápidamente mientras observa boquiabierta la masacre, como si quisiera intentar rescatar su teléfono.

Mala idea. Se quemará.

Antes de que Lucy pueda pensar en más tonterías o ideas violentas, me lanzo hacia ella. Para contenerla, la agarro de los brazos y los cruzo en X sobre su pecho para que no pueda moverlos ni girarse.

—¡Suéltame! —Su voz aguda denota desdén.

—No hasta que te calmes, Gata Salvaje. Ya no sé si decirte gata o fiera. Cada vez eres peor.

Gata Salvaje.

Sigue forcejeando y gritando como un demonio. La inmovilizo contra el refrigerador destartalado hasta que nuestros cuerpos quedan al mismo nivel, sujetándole las muñecas por encima de la cabeza con una de mis manos.

Básicamente, una repetición de lo ocurrido esta mañana.

Mientras jadea y forcejea, noto lo pequeños que son los huesos de su muñeca. Delicados. Aunque nunca lo dirías por la fuerza de sus ágiles brazos. Lucha contra mi control, decidida a escapar, así que aprieto con más fuerza.

Mi arrebato de ira se disipa, permitiéndome apreciar la sensación de su cuerpo pegado al mío. Curvas suaves. Músculos firmes. Y tan, tan cerca. Cuanto más se retuerce, más retrocede mi mente a unas horas atrás. A la sensación de sus dedos en mi cabello y cómo me calentaba la sangre cuando los deslizaba por mis pectorales y abdominales, a su boquita insolente.

Joder. No puedo ir allí.

Sobre todo ahora, con la sangre goteando de mi cuello como si hubiera perdido una pelea con una navaja. Por desgracia, incluso pensar en que me dañe con esas garras refuerza el deseo de enterrarme dentro de ella y descubrir si es igual de salvaje en la cama.

—Esas uñas tuyas no están envenenadas, ¿verdad?

—¡Jódete!

—¿Has cambiado de opinión? —Inclino la cabeza—. Después de cómo saliste corriendo esta mañana, me imaginé que ibas a pasar la oportunidad.

Sus músculos se tensan. No sé por qué me gusta tanto irritarla.

Tal vez antes no le presté suficiente atención, pero huele a pecado. A *pecado puro*, embriagador, de esos que te pudren en el infierno… pero te hacen disfrutar cada segundo del viaje.

Su piel desprende la embriagadora fragancia de la deliciosa fruta prohibida. Un sutil aroma a jazmín que me tienta con cada inhalación.

Dejo a un lado mi incómoda lujuria y encuentro su mirada tempestuosa.

—¿Ya terminaste de luchar contra mí?

Exfuerzas especiales o no, sigo siendo un hombre.

Si no pongo distancia pronto, mi autocontrol podría flaquear. Apenas estoy reprimiendo el impulso de lamer esa gota de sudor de su elegante garganta. Su actitud y su resistencia solo me ponen la verga más dura. Y eso está jodido.

¿Por qué ahora? ¿Por qué *ella*?

—¡Aléjate de mí, maldito! —Lucy se retuerce de nuevo, echando la pierna hacia atrás para patearme. Empujo mis caderas hacia adelante, apretándonos aún más, provocando que mi excitación la presione contra el vientre. Debe de notarlo, porque sus pupilas se dilatan.

Su mirada se posa en mi boca. Un leve escalofrío recorre su esbelta figura.

Se queda quieta.

—Ya estoy tranquila. Puedes soltarme.

Con un gruñido, me separo de su cuerpo y le suelto las muñecas.

—Me alegra que nos entendamos. Si me vuelves a arañar, te sujetaré con algo que no sean mis manos.

Lucy se encoge contra el refrigerador como si le hubiera dado un puñetazo. Cualquier señal de deseo que aún latía en sus ojos se desvanece, reemplazado por algo más oscuro. En cuanto me aparto para que pueda rodearme, sale disparada como si los perros del

infierno la persiguieran. Huye hacia la puerta principal, ahora desprotegida, y al pasar toma su bolso de la mesa con mano temblorosa.

Frunzo el ceño. ¿Qué carajos fue eso?

Mis ojos no se apartan de ella mientras respira hondo varias veces, como si intentara recuperar la compostura.

¿Por qué? ¿Por mi amenaza de sujetarla?

Justo cuando empiezo a preocuparme, se detiene y levanta la barbilla.

—De acuerdo, imbécil. —Se pone las manos en la cintura y me clava su mirada penetrante—. Has dejado mi teléfono inservible. ¿Podemos irnos ya? No quiero llegar tarde.

Capítulo 10

Lucy

Con el mismo esfuerzo que se necesitó para llevar al hombre a la luna, guardo el incidente del teléfono en lo más profundo de mi mente.

Por suerte, distraerse es fácil en un lugar como este.

La producción de *Runway Revolution* ha invadido el salón de baile del *Ritz-Carlton* de *Manhattan.* Los ventanales alumbran la sala y un foco sigue a los concursantes a lo largo de un amplio escenario, proporcionando iluminación adicional. Sillas de comedor tapizadas en color crema apiladas en filas de diez, se alinean contra la pared.

Una pasarela improvisada atraviesa el centro del salón, con una mesa de jueces al final, como si fuera el escritorio de un profesor de secundaria más intimidante del mundo. Los aficionados a la moda, con gesto agrio y aires de superioridad, miran con desaprobación a las concursantes desde sus rígidos asientos.

Desfilamos como si se nos fuera la vida en ello, ansiosas por asegurarnos la oportunidad de convertirnos en una estrella en ascenso en una industria más *despiadada* que… bueno, que *yo* esta mañana, cuando literalmente le *arañé* la garganta a Callum. Aunque experimenté un deseo fugaz de lastimarlo, nunca quise arañarlo como a un animal. Cada vez que pienso en eso, una vergüenza debilitante se cuela en mi conciencia. Pero entonces recuerdo lo que

me hizo estallar de ira en primer lugar, y vuelvo al punto de partida intentando concentrarme en mi entorno y bloquear el resto.

Camino entre bastidores, practicando mis largas zancadas mientras jugueteo distraídamente con mi pulsera de plata con nudos celtas.

Este brazalete es la única posesión que luché por conservar durante mi cautiverio, lo único que me recuerda que, bajo las capas de trauma y miedo, Lucy Marlow aún existe.

La competencia me rodea, junto con los aromas familiares de fijador para el cabello, crema facial y desodorante extrafuerte. Las demás modelos están entrenadas y pulidas, con portafolios de trabajos recientes, tambalean sus caderas y lucen melenas brillantes que combinan con la paleta de colores de la naturaleza.

Esta mañana he dedicado más tiempo del habitual a peinar mi melena con unas elegantes ondas. Las mechas moradas reflejan las luces del *backstage*, identificándome como la modelo diferente del montón.

En lugar de trabajos recientes que presumir, no tengo nada más que seguidores en las redes sociales y una determinación desesperada. Solo me queda esperar que eso sea suficiente...

Oh, Dios mío...

Marco Benetti, uno de los supermodelos masculinos mejor pagados del mundo, se acerca.

Su carrera abarca campañas de lujo para marcas como Versace, Armani y Tom Ford.

Todos los aspirantes a supermodelos del planeta conocen a Marco.

Es como la Tyra Banks de nuestra generación.

¿Qué hace él en las audiciones de *Runway Revolution*? Este evento no es lo suficientemente importante para un modelo de su calibre. ¿Y por qué me mira fijamente con esos penetrantes ojos marrones? Se me seca la boca.

El guapísimo Marco posee rasgos italianos clásicos: cabello oscuro rizado, una mandíbula distinguida y marcada, y ese físico delgado pero escultural que adorna las portadas de revistas de todo el mundo.

Su aspecto impecable me hipnotiza. Cada hilo de tela que toca su piel es de diseñador. Ese traje probablemente cueste lo que yo pago de alquiler... en un año.

Debo estar alucinando, porque se acerca a mí, me besa la mano, se presenta y me pregunta mi nombre.

Tartamudeo, con la boca abierta.

—¡Lucy Marlow! —Un encargado de *backstage* me hace señas—. ¡Tu turno!

—E-esa soy yo. —Clavo los ojos en Marco mientras subo los pocos escalones de la plataforma elevada del escenario.

Mierda. ¿Cómo se supone que voy a concentrarme en mi caminata cuando uno de los hombres más guapos y exitosos del mundo quería saber mi nombre?

El tramoyista se toca los auriculares.

—Y... ¡adelante!

Me aventuro a la pasarela. Las luces que bordean el escenario y cuelgan sobre mí me ciegan. Tras un breve ataque de nervios, una sensación de calma me recorre las venas.

Sé qué hacer. Este es mi escenario.

Recorriendo la pasarela con mis pasos más largos y elegantes, me contoneo con todas mis fuerzas. Cerca del punto de giro, miro a los jueces. Mi concentración se desvanece, un pánico incipiente me atenaza las costillas.

Mi mejor esfuerzo no está funcionando. Hoy no.

Desde aquí, percibo que el interés de los jueces disminuye. Sus expresiones de aburrimiento me indican que solo soy otra cara bonita con carácter. Se me encoge el corazón cuando sus ojos se desvían hacia sus notas, despidiéndose de mí antes de que haya terminado la mitad de mi caminata.

Me empiezan a sudar las manos.

¿Qué puedo hacer? Necesito que me *miren*. Que me vean de verdad.

Necesito impresionarlos. Ya. O todo este proyecto terminará antes de empezar.

Al fondo de la sala Callum hace de centinela, con los brazos cruzados, mientras observa el sitio en lugar de observar mi

actuación.

En algún momento entre que salió de mi apartamento y llegó al set, logró manipular a los productores para que lo contrataran como parte de la seguridad del programa.

O, más probablemente, Shane Gallagher o Darren presionaron y lo lograron.

Cuando me enteré, no me entusiasmé demasiado. Ahora, sin embargo, una idea imprudente me quita el aliento.

Quizás pueda captar la atención de los jueces y vengarme de Callum por el pequeño incidente del teléfono de un solo golpe. Multitarea en su máxima expresión.

La idea deleita tanto a mi corazón vengativo que una confianza radical y descontrolada se infla en mi pecho. Lo tengo controlado.

Me desvió bruscamente de la pista triangular designada, provocando murmullos entre los jueces mientras me dirijo con aire arrogante hacia Callum.

Susurros llenan la habitación, pero no les presto atención. Estoy demasiado ocupada disfrutando de la expresión de asombro en el rostro de mi guardaespaldas.

Te tengo.

El señor control odia las sorpresas, y abre los ojos como platos cuando invado su espacio personal. Quien esté manejando las luces me hace el favor de enfocarnos con un foco blanco óptico. No veo nada más allá del anillo de luz, pero deberíamos ser visibles para todos los demás.

Rodeando a Callum, despliego toda mi sensualidad. Mis movimientos son deliberados. Seductores. Y también vienen con naturalidad. Exactamente, lo que espero que los jueces quieran ver.

Cuando le paso la mano por los hombros, sus músculos se tensan bajo mi tacto, mas permanece quieto. Por suerte, no parece tener muchas ganas de hacer una escena pública.

—¿Qué haces? —pregunta entre dientes, apenas moviendo los labios.

Me inclino para susurrarle al oído.

—*Ganar*. —Le acaricio el pecho con los dedos, igual como lo hice esta mañana. Él se estremece, y yo disfruto de esa pequeña grieta

en su coraza—. Y vengarme. Me encantan los dos por uno.

Se le acelera la respiración. Cuando levanto la vista hacia sus ojos, veo que están oscurecidos; sus pupilas dilatadas fijas en mí. No sé con qué emoción lucha más... ¿La furia o las ganas de follarme de mil maneras diferentes? Un ligero rubor le tiñe el cuello. Se sacude de nuevo cuando le mordisqueo el lóbulo de la oreja. Ante su reacción, una oleada de calor embriagadora me recorre el cuerpo.

Provocar una respuesta es como ganar la lotería.

Esta vez, me niego a entrar en pánico. Me niego a dejar que mi mente me arrastre de vuelta al capítulo más oscuro de mi vida.

No solo estoy devolviéndole el favor a Callum. No solo estoy impresionando a los jueces.

Estoy recuperando mi vida.

Cuando vuelvo a cruzar frente a él, me gruñe:

—¿De verdad crees que los jueces se lo tragarán?

—*Síp.* —Completo mi actuación improvisada con una pose provocativa final, recostándome sobre el cuerpo de Callum como si él existiera únicamente para servirme de telón de fondo—. Espera y verás.

El tono severo de sus atractivos rasgos angulosos solo intensifica el efecto dramático. Podría ser uno de los mejores accesorios de moda que he conocido.

El técnico de iluminación apaga mi foco, creando un apagón temporal. Es el final perfecto para la presentación improvisada de mis habilidades, tan adaptables.

En cuanto dejamos de ser el centro de atención de este gran salón, Callum se distancia un poco. Está rígido como una tabla, pero su rubor permanece, acentuando los arañazos que le dejé en el cuello.

Bajo las luces habituales del salón, los jueces vuelven a aparecer. Ahora están completamente concentrados, susurrando entre ellos con expresiones intrigadas.

«¡Lo lograste, Lucy! ¡Los atrapaste!»

La emoción que me bulle en el pecho es imparable, como una lata de refresco agitada a punto de explotar.

Regreso corriendo al salón y subo las escaleras hacia la pasarela, echándoles un último vistazo a los jueces. Después de terminar mis poses finales y presentarme formalmente como se requiere, salgo de la pasarela tras bambalinas con la adrenalina corriéndome por las venas.

Solo queda esperar a que los jueces nombren a los finalistas de la ronda.

Sea elegida o no, lo di todo y cautivé a todos.

Y, sinceramente, el verdadero premio fue la última mirada al rostro de Callum.

Apretó la mandíbula... Sus ojos me seguían con una intensidad que superaba la cortesía profesional...

Toma eso, Kavanagh.

Capítulo 11

Callum

Bajo los focos móviles y la constante entrada y salida de concursantes ansiosas, me mantengo alerta desde la ventana del fondo. Una pancarta con un estampado de lápiz labial ondea sobre el escenario mientras las últimas aspirantes a modelos, exhibicionistas con tacones altos, devoran la pasarela con pasos largos y elegantes.

Todas estas mujeres son hermosas o llamativas, pero Lucy es la única que captó mi atención. Estaba impresionante con ese vestidito plateado y esos tacones de infarto mientras me acariciaba delante de los jueces. Una repetición de lo de esta mañana, solo que completamente vestida y en público.

La lujuria residual se agita mientras la irritación me oprime el pecho.

Podría retorcerle el cuello por esa escenita que montó. ¿Qué demonios le pasó? Por como se les iluminaron los ojos a los jueces después, supe que los impresionó. Pero se supone que Lucy debe mantener un perfil bajo, no destacarse. Y definitivamente no debe estar frotándose con su guardaespaldas frente a una multitud.

Después de que termina la última concursante, tenemos un breve receso de unos diez minutos. Me dirijo a la zona entre bastidores para vigilar cualquier movimiento. Noto a Lucy a través de

una gruesa cortina negra. Camina de un lado a otro, igual que el resto de las supermodelos.

Una parte de mí quiere ir allí, agarrarla y arrastrarla a casa de *inmediato*, antes de que termine el evento. Pero después de esa tontería que hizo antes, no sé de qué es capaz.

No me extrañaría que hiciera una escena que me costara la expulsión.

Cualquier cosa con tal de terminar su preciada audición.

La irritación empieza a hervir.

En el fondo de mi bolsillo, mi teléfono vibra. Lo saco y contesto sin siquiera mirar el identificador de llamadas.

—*¿Callum?* —Una voz cálida y familiar me llega al oído. La inquietud se apodera de mí, mitigando un poco la irritación.

—¿Maya? ¿Todo bien por tu parte?

—*Todo bien. Solo llamaba para ver cómo va la audición. ¿Cómo está Lucy?* —*«Ah, espera a que le cuente a su hermana mayor lo que hizo»*—. *Intenté llamarla, pero saltó el buzón de voz. Lucy siempre tiene el móvil encendido y cargado últimamente.*

Reprimo un gemido.

—Necesita un teléfono nuevo por motivos de seguridad.

Es cierto, aunque la forma en que confisqué el antiguo no fue del todo correcta. La actitud de Lucy y el hecho de que no me mantuviera informado de su agenda me enfadaron... Lo suficiente como para actuar de forma impulsiva.

Otra razón más por la que me irrita.

—*Ya veo.* —El tono dubitativo de Maya revela que no estoy ocultando mi animosidad tan bien como creo. No, si ella percibe algo extraño a un continente de distancia—. *Sé que es un poco difícil, pero dale un par de tacones y una pasarela, y se siente como en casa. ¿Ya ha desfilado?*

El orgullo en su voz calma un poco mi ira persistente. Que Lucy sea un dolor en mi trasero no significa que tenga que arruinarle el día a Maya.

Frunzo el ceño mirando al suelo.

—Salió hace media hora. Creo que lo hizo... bien.

Lucy se pavonea en mi memoria. Es casi cómico ver la confianza que tenía allí arriba en comparación con su indecisión cuando llegamos esta mañana.

—*Genial.* —Exhala Maya con fuerza—. *Sé que finge ser dura, pero es una máscara. No es tan fuerte como aparenta.*

«Arrojó una olla de agua hirviendo por la cocina y me cortó la garganta con sus propias manos».

—La gente que la sigue en redes sociales piensa que es genial y misteriosa. Lo llaman atrevimiento *o algo así, pero a veces puede parecer presumida y maleducada. Te prometo que no es su intención.* —Las disculpas de Maya llegan demasiado tarde—. *Lucy también es muy buena aparentando calma cuando se está desmoronando por dentro. Yo a eso le llamo su cara de modelo.*

Mi mirada vuelve al tema de nuestra conversación. Escucho a Maya parlotear, pero dudo mucho que la señorita "Barbie Pasarela" tenga *tanta* profundidad.

Desde mi punto de vista, todo apunta a que Lucy Marlow no es más que una exhibicionista vacía, superficial y egocéntrica en potencia.

Después de una eternidad de cortesías, o sea, tres minutos de charla que parecen horas, termino la llamada con un brusco *tengo que irme*. Guardo el teléfono en mi bolsillo y hago otro barrido del perímetro.

Enseguida me doy cuenta de que Maya y yo no éramos los únicos hablando de Lucy Marlow. Me cruzo con un par de fotógrafos que comentaban sobre su prometedor futuro, su "actitud descarada", los "ángulos fotogénicos" de su rostro y cómo sus ojos "reflejan la luz maravillosamente".

Aprieto la mandíbula. No me gusta cómo Lucy arma revuelo allá donde va. Me complica muchísimo el trabajo. De verdad, esperaba que fracasara hoy, pero...

Una voz se oye por los altoparlantes.

Las concursantes se quedan paralizadas, como súbditas leales, atentas al decreto de su gobernante.

—Ahora anunciaremos los finalistas de la segunda ronda.

Respiraciones contenidas se extienden por la sala.

Me muerdo el interior de la mejilla, esperando que Lucy no esté en la lista.

—Adrian Madriaga, Wendy Gao, Yvette Williams, Kristina Jackson, Lucy Marlow, Heather Kincaid…

Los gritos de emoción casi me dejan sordo. Incluso veo a Lucy saltando arriba y abajo como una niña en una fiesta de cumpleaños cuando alguien saca el pastel.

Me enteré de la audición de *Runway Revolution* hace apenas unas horas, pero hasta yo sé lo que pasa después.

Las finalistas de la segunda ronda pasan inmediatamente a la tercera, luego a la cuarta, y así sucesivamente hasta llegar a la gran final como las pocas mujeres que quedan. Para mí es *jodidamente* fantástico.

La sala se llena de gente mientras las concursantes que no avanzaron son escoltadas hacia la salida, y las jóvenes que quedan se apresuran a los camerinos para cambiarse con sus atuendos de la tercera ronda.

Regreso a mi sitio al fondo del salón con una vista perfecta del escenario.

Por el auricular que conseguí al llegar, gracias a una rápida llamada de Shane Gallagher al productor, escucho a escondidas las conversaciones del resto del personal de seguridad mientras vigilo las entradas y salidas.

Después de quince minutos de modelos pavoneándose desfilando como si sus vidas dependieran de ello, Lucy aparece en la cabecera de la pasarela.

Un llamativo vestido rojo, que seguramente le proporcionó el programa, se ciñe a su esbelta figura y resalta sus impresionantes rasgos. Una rodilla sobresale de una abertura altísima que llega hasta su cadera.

Mis ojos codiciosos la devoran. La mujer es prácticamente la encarnación del pecado. Una seductora creada para incitar la lujuria y llevar a los hombres excitados directamente al infierno por nuestras pollas.

«Recuerda, es superficial. Arrogante. Malcriada. Aunque pudiera ganar el premio a la personalidad del año, es una clienta. Tu

trabajo».

Tan pronto la concursante anterior termina su pose final y se retira de la pasarela, aparece Lucy. Serena. Engreída. Misteriosa. Su mirada sensual y evasiva se sincroniza con sus largas y cautivadoras piernas mientras recorre la pasarela e hipnotiza al público, retándolos a mirar a otro lado.

Tengo los músculos tensos, alertas y ansiosos, y me esfuerzo por mantener una fachada neutral.

«Voy a revelar mi identidad si no dejo de subestimarla».

¿Qué clase de truco intentará a continuación? Gracias a lo impredecible que es, no puedo relajarme. Necesito estar listo en cualquier momento para anticiparme a otra locura diseñada para provocar las reacciones de los jueces y los espectadores.

Por mucho que me duela, debo admitir que Lucy tiene talento. Destaca entre las demás mujeres como una brillante geoda de amatista en una habitación llena de circonitas.

Lo que significa más trabajo para mí, ya que el objetivo es mantenerla fuera del radar.

Lucy se pavonea hasta el final del escenario y adopta una pose sugerente, casi como si le estuviera haciendo el amor al vestido que le envuelve ese escultural cuerpo.

¡Joder! Aunque protegerla no fuera mi deber, no sé si podría apartar la mirada.

Mi enfado vuelve a aflorar al recordar toda la mierda que me ha hecho pasar la última semana.

Dejando a un lado su cuerpo *sexy* y su confianza seductora, sigue siendo la misma inmadura, insoportable y caprichosa que se ha esforzado por irritarme desde que nos conocimos.

Mi ira persiste mientras las demás concursantes se unen a Lucy en el escenario para la sesión de fotos de la noche. Los flashes de las cámaras iluminan a las mujeres en ángulos extraños e incómodos.

Los jueces se levantan de sus asientos; la mitad se retira a deliberar, mientras que algunos se quedan para ayudar a supervisar la grabación. Uno de los jueces masculinos sube al escenario para ofrecer comentarios individuales a las concursantes, una por una.

Al llegar a Lucy, se detiene y la observa durante más tiempo que a cualquiera de las demás. Le acaricia la curva del rostro, inclinándole la cabeza más hacia la luz.

Siento fuego en las venas en cuanto sus dedos rozan su piel. Mi temperatura sube aún más cuando el cuerpo de Lucy se tensa y su sonrisa flaquea.

Ese cabrón va a caer.

Capítulo 12

Callum

Me pongo de los nervios al ver cómo ese desgraciado pervertido le pone las manos en la cintura y la recoloca.

Miro a mi alrededor en busca de algo pequeño que lanzarle a la nuca. Una mesa con botellas de agua en miniatura me llama la atención.

Agarro una, apretándola con tanta fuerza que el agua sale a borbotones de mi puño.

«¿Qué está haciendo ese imbécil?»

Y lo más importante, ¿por qué Lucy no ha sacado esa botella de gas pimienta de su culo como hizo conmigo en el callejón?

Aguardo unos segundos, esperando que se enfade con el hombre. No lo hace.

En ese momento me doy cuenta de que soy un idiota. Claro que no se defenderá. Ese tipo es juez, y le preocupan las represalias.

Una de sus manos le recorre la caja torácica, casi llegando al pecho. Ella se queda paralizada, con el pánico reflejado en su rostro.

Mi rabia hierve, tanto por ella, por anteponer esta mierda del mundo de la moda a todo lo demás, como por ese asqueroso hijo de puta por haberle puesto las manos encima.

Me pongo en acción, corriendo hacia las escaleras que conducen al escenario mientras desenrosco la tapa de la botella de agua y la

tiro. Bajo el calor cegador de las luces del escenario, me dirijo directamente hacia Lucy y el juez manoseador y dejo caer la botella de agua en el suelo, a sus pies.

Se tambalea hacia atrás con una maldición en voz baja, casi resbalándose con sus zapatos de cuero italiano. Incluso Lucy sonríe mientras se mueve torpemente como una jirafa en el hielo.

—Cuidado. —Lo agarró del brazo para estabilizarlo y, sin querer, le doy un pisotón en el pie. El juez se dobla, gruñendo de dolor. Aprovechando la oportunidad para acercarme, fingiendo disculparme, y susurrarle al oído—: Si la vuelves a tocar, te rompo los dedos. Los diez. Lentamente y con mucho gusto. —Le doy una palmadita en la espalda—. Y antes de que me amenaces con la carta de "¿Sabes quién soy yo?" debes saber que estoy aquí a petición de Shane Gallagher. ¿Entendido?

Los ojos del juez brillan de reconocimiento y palidece.

—S-sí, lo entiendo.

—Bien. —Consigo darle un codazo en el plexo solar antes de enderezarme.

Gime, se agarra el estómago y se aleja tambaleándose.

—¿Todo bien, Jimmy? —pregunta una mujer.

—Indigestión. —Respira con dificultad—. Voy por medicinas.

Capto la atención de Lucy. Sus ojos se arrugan con confusión antes de iluminarse con un brillo desconocido. Me observa como si me viera por primera vez, se humedece los labios y asiente con la barbilla casi imperceptiblemente, con una leve sonrisa.

Ver esa sonrisa me produce un extraño efecto en el pecho, y siento que la boca se me curva hacia arriba en respuesta.

Le devuelvo el pequeño gesto de asentimiento y me giro para retirarme a la oscuridad tras las luces, frotándome el esternón. ¿Quién iba a pensar que una muestra tan pequeña de cariño podría tener un impacto tan fuerte?

Miro la mano con la que me froto el pecho y la dejo caer inmediatamente a un lado. Dios. Si sigo así, lo siguiente que haré será llamar a Darren para hablarle de mis sentimientos. La tensión de compartir esa caja que Lucy llama apartamento durante la última semana debe estar afectándome.

Querer follármela es una cosa. ¿Quién no querría? Pero querer algo más profundo debería mandarme corriendo al hospital para una tomografía cerebral. Mi estilo de vida dificulta las citas y, aunque no fuera así, una mujer como Lucy Marlow ocuparía el último lugar en mi lista de posibles parejas.

Observo el resto de la audición con renovada determinación para mantener la distancia profesional. Una vez terminada la competencia, lo que prolonga mi dolor de cabeza, ya que Lucy vuelve a avanzar, se oye un anuncio que declara un *after party* para todas las concursantes seleccionadas. Algo sobre celebrar el final del primer día.

Ante la idea de quedarme para un evento repleto de todavía más gente de la moda insoportable y chiflada, mi reacción inmediata es un rotundo no.

Y estoy listo para decirle a Lucy exactamente eso... hasta que aparece con sus compañeras concursantes, brillando más que la estrella más grande del cielo. Abro la boca para decirle que nos vamos, pero la cierro de golpe. Frotándome la nuca, derrotado, maldigo en voz baja cualquier hechizo loco que me haya lanzado.

Y debe de haber un hechizo, porque en lugar de agarrarla y llevarla a casa, la sigo a ella y al grupo de modelos desde el salón y cruzando la calle hasta *The Black Box* como un cachorrito.

He oído de este lugar. *The Black Box* es una discoteca lujosa, exclusiva de alta sociedad en la última planta de un rascacielos de veinticinco metros. Cada vez aparece más gente de la nada, frenando mi paso al cruzar la calle y obstruyendo mi visión de Lucy.

A medida que se aleja, mi frustración aumenta. ¿Cómo se supone que voy a mantenerla a salvo si rebota como pelota de *ping-pong*?

Para cuando llego a la extensa pista de mármol negro del club, ella se ha desvanecido.

La frustración en mis entrañas se transforma en una fría bola de preocupación. ¿Tan difícil es ver un cabello con mechas moradas?

Una mano se posa sobre mi hombro por detrás. Me doy la vuelta y busco mi arma, mas me detengo al ver a Lucy sonriéndome.

Me tiemblan los dedos mientras la preocupación se transforma en algo más oscuro. Esa sonrisa de un millón de dólares está a punto

de cortar el último hilo de mi control.

Quiero sacudirle algo de sentido común a esa cabecita tan bonita. O ponerla sobre mis rodillas y azotarle ese trasero firme hasta que se ponga de un delicioso tono rosado. Quiero arrancarle la ropa aquí mismo, en medio de esta multitud, y penetrarla tan profundamente que me sienta hasta la garganta. El problema es que ninguna de estas cosas entra dentro de mis funciones como su guardaespaldas y eso se está convirtiendo rápidamente en un gran problema.

En lugar de eso, me conformo con gruñir:

—No me tomes así desprevenido. Estoy armado.

Ladea la cabeza irradiando suficiencia.

—No se siente muy bien, ¿verdad?

Frunzo el ceño.

—*Una hora* y nos vamos.

Arruga la nariz, con esa irritante sonrisita aún presente en su rostro.

—Solo vine a preguntarte qué dijiste.

—¿Cuándo? —Me acerco un poco más, y ella retrocede hasta que nos alejamos de la multitud y nos apoyamos en una de esas paredes que parecen valer un millón de dólares.

—Al juez. —Mueve las cejas, y detesto el efecto que me produce ese gesto juguetón—. Después de que terminaste con él, parecía que iba a desmayarse. Indigestión... *sí, claro.*

No respondo.

Porque, quiera admitirlo o no, y *no quiero*, ese incidente me dejó conmocionado.

La rabia que experimenté fue completamente inusual a mi carácter. La rabia y la incredulidad hacia mí mismo me queman bajo la piel.

¿Qué me pasa?

¿Por qué sigo sintiéndome atrapado en su juego? Igual que antes en el salón de baile, cuando sus manos recorrieron mi cuerpo en esa exhibición incómodamente sensual, y esta mañana en su cocina...

—¿Y bien? —Su tono es alegre y ligero.

El sonido intensifica mi ira.

—¿Qué demonios creías que hacías ahí dentro?

Su expresión se congela y su sonrisa se desvanece antes de apagarse. Una tormenta se acumula en sus ojos.

—Mi trabajo. Estaba posando para las fotos del portafolio cuando llegó el juez...

—No me refiero a ese imbécil. —Golpeo con la palma de la mano la pared junto a su cabeza, empujándonos aún más en el rincón oscuro—. Me refiero a cómo me usaste como si yo fuera un maniquí de carne para tu espectáculo de *putas* en gira.

Distancia. Necesito restablecer la distancia entre nosotros, y si esta es la manera de lograrlo, que así sea.

Su alegría se apaga.

—Hice lo necesario para tener éxito. Era una repetición de lo que había hecho esta mañana. ¿Por qué? ¿Qué problema hay? ¿No es eso lo que haces casi todos los días?

Odio cómo desaparece su sonrisa sincera, y luego detesto lo mucho que me molesta la pérdida. Que tenga razón solo contribuye a empeorar mi estado de ánimo.

Algo dentro de mí se quiebra.

—Al menos no me prostituyo para conseguir la atención y la aprobación de unas descerebradas de la moda, huecas y superficiales.

Hace una mueca, con un destello de dolor en su rostro.

—No, mejor haces tratos secretos con criminales. —Le tiembla el cuerpo, pero echa los hombros hacia atrás y adopta una actitud valiente—. Debes de estar orgullosísimo.

Su reacción es como una jarra de agua fría sobre las brasas de mi rabia, y una punzada de culpa me corta entre las costillas.

—Quédate aquí. Voy a revisar el perímetro, y luego...

Pasa rápidamente junto a mí, sorteando la multitud con gracia y velocidad. Es obvio que no puede escapar de mí lo suficientemente rápido.

Probablemente, me lo merezco.

La música *pop* a todo volumen por los altavoces es ensordecedora. Me palpita la cabeza mientras corro tras ella; desgraciadamente, mi tamaño me frena. No puedo abrirme paso

entre la multitud con tanta facilidad, no sin que las mujeres me miren y se rocen contra mí como si fuera parte del espectáculo de esta noche.

Finalmente, por encima del mar de fiesteros ebrios, veo la cabeza con mechas moradas de Lucy. Un hombre calvo con barba y lentes la intercepta con una sonrisa. Ella le dice algo, pero él se toca la oreja, niega con la cabeza y señala una puerta cercana.

Mierda. Mi pulso se acelera. Suenan las alarmas internas.

Marco rápidamente a Darren y comparto nuestra ubicación mientras me abro paso entre la multitud, apartando a la gente en mi carrera para llegar a Lucy y al Calvo.

—Puede que tengamos un problema.

No hace preguntas.

—Voy en camino.

La llamada termina.

«Lucy Marlow, no te vayas con él».

El hombre abre la puerta y le hace un gesto para que pase. Aceptando su invitación no verbal, Lucy se dirige al pasillo oscuro que hay al otro lado.

Capítulo 13

Lucy

Una sensación nauseabunda de *déjà vu* me recorre el cuerpo.

Al igual que cuando el juez me agarró antes, me quedo paralizada mientras el hombre calvo del club prácticamente me empuja hacia un pasillo de servicio. Dice ser agente de talentos que vio mi audición, y lo seguí hasta aquí para charlar porque no podía oírlo con la música a todo volumen.

Su brazo grueso me rodea la cintura. Intento librarme, pero me detengo cuando la fría punta de una navaja se me clava en la garganta.

Un miedo gélido se apodera de mis músculos. He cometido un gran error.

El hombre me empuja por el pasillo acercándose lo suficiente como para agredirme con su mal aliento a ajo.

—Si te mantienes callada, no necesitaré usar esto.

Siento un pinchazo cuando me vuelve a clavar el cuchillo.

Entonces, un descubrimiento aterrador me detiene el pulso.

Mi atacante no está solo.

Un segundo hombre, más alto y corpulento, con tantos tatuajes que no sé dónde empieza uno y dónde acaba otro, este tipo está completamente tatuado, se apoya contra la pared junto a la escalera de emergencia.

—Oye. —El tatuado frunce el ceño al hombre que me sujeta—. Llevémosla a la furgoneta antes de que se den cuenta de que ha desaparecido. ¡Y cuidado con el cuchillo! El jefe dice que tenemos que mantenerla intacta.

El corazón me late con fuerza contra el pecho y mi mente amenaza con fracturarse.

No. Esto no puede volver a pasar.

Necesito luchar.

Plantando los pies, hundo los talones en el suelo de cemento.

El hombre del cuchillo empuja mis piernas entumecidas hacia adelante.

No puedo dejar que me saquen de este edificio. Necesito escapar. Si me llevan a otra ubicación, puede que nunca...

Algo golpea con fuerza por detrás y la música nos inunda. Ambos hombres se dan la vuelta.

Callum entra por la puerta trasera y corre hacia nosotros con una mirada asesina.

El de tatuajes lo intercepta primero. Callum esquiva un puñetazo, y se recupera para golpear su propio puño en la cara de su oponente. Continúa con un rodillazo contundente en los testículos y un golpe al estómago que hace que el de tatuajes se doble de dolor.

Mi secuestrador me empuja contra la pared, apartándome, y se gira para encarar a Callum. Cuando levanta el cuchillo, mi pánico alcanza un punto álgido.

Lo matarán antes de llevarme a Dios sabe dónde*. «Me volverán a agredir. Me utilizarán. Me mantendrán cautiva. Nadie me encontrará. Maya quedará devastada».*

Un sonido me devuelve a la realidad. Dos sonidos más siguen en rápida sucesión. El hombre que empuña el cuchillo grita.

Me quedo mirando su codo, que ahora se dobla hacia atrás en un ángulo antinatural.

Callum acaba de romperle el brazo a ese tipo y le ha dislocado los hombros. Los dos. Tan rápido que el tipo de los tatuajes sigue doblado por la mitad, agarrándose la entrepierna y conteniendo el aliento.

Mi guardaespaldas empuja la cabeza de mi secuestrador contra la pared de cemento con un fuerte *crujido*. Estoy casi segura de que está muerto cuando se desliza al suelo.

Aunque Callum hizo todo el trabajo, ambos nos quedamos de pie, jadeando sobre el cuerpo desplomado de mi atacante como si hubiera sido un trabajo en equipo.

De repente, el de tatuajes se endereza y se lanza contra Callum con un movimiento rápido.

Se me encoge el estómago.

—¡Callum, muévete!

Él retrocede.

El de los tatuajes lanza una navaja al aire donde Callum tenía el bazo hace apenas un segundo. Pero mi rápido guardaespaldas agarra la muñeca del tipo antes de que el cuchillo pueda cortar la carne.

Forcejean, los dedos gruesos y fuertes de Callum sujetan con fuerza la muñeca del otro para evitar que la cuchilla le atraviese la mejilla.

Mis ojos se posan en un extintor cercano, atado a la pared.

Lo desato y lo alzo. El pesado acero impacta en el cráneo del otro tipo.

El de los tatuajes gruñe, sacudiendo la cabeza como si le vibrara el cerebro.

Tambaleándose como si hubiera bebido demasiado *whisky*, su mirada se desliza hacia su compañero, tendido en el cemento. Se da la vuelta y huye hacia la salida de emergencia. Su cuerpo musculoso se estrella contra la puerta al salir a tropiezos.

El extintor se me resbala de las manos temblorosas y cae al suelo con un estruendo. Un temblor me sacude de pies a cabeza. La alarma reorganiza el rostro de Callum.

—¿Estás bien? —Su tono tranquilo contrasta con el bajo potente del club.

—Sí. No. No lo sé. —Me abrazo a mí misma—. ¿Podemos... salir de aquí?

—Todavía no. Tenemos que encargarnos del calvo. —Mira su teléfono—. Pronto llegarán refuerzos.

La puerta de emergencia se abre de golpe.

Doy un salto y me aplasto contra la pared.

Veronika. Y Darren.

—Atrapamos al que intentaba escapar. —Darren se acerca a Callum, tirando del tipo de tatuajes por el cuello. El hombre tiene las manos atadas a la espalda y le sale sangre por la nariz—. Lo choqué por accidente al entrar.

—¿Estás bien? —Nika corre a abrazarme fuerte. Es como una hermana mayor para mí, aunque no tan sobreprotectora como Maya. Me aprieta mientras recuesto la cabeza en su hombro, con la nariz hundida en su moño bajo de bailarina.

—Estoy bien. —Le devuelvo el abrazo, agradecida por el contacto familiar—. ¿De dónde saliste?

—Íbamos a cenar cuando Darren recibió la llamada de Callum. Menos mal que estábamos tan cerca.

—Casi vuelve a ocurrir —le digo en voz baja y temblorosa. Se aparta para mirarme mientras me aparta mechones de cabello de la cara.

—Atrapamos a los tipos. Los vamos a interrogar. Tienes suerte de que Callum estuviera aquí, ¿eh?

Me trago el nudo en la garganta.

—Sí.

Cinco minutos después, tres de los hombres de Darren llegan para detener a mis supuestos secuestradores, quienes sobrevivieron milagrosamente al encuentro. Darren y Veronika nos acompañan mientras salimos del edificio. Dejamos atrás *The Black Box* y pronto nos encontramos bajando ochenta pisos en un elevador de alta velocidad.

Estoy aturdida y no puedo dejar de pensar en las palabras de Nika.

«Tienes suerte de que Callum estuviera aquí, ¿eh?»

Se burla de mí y luego se da la vuelta y me rescata de un par de matones en un pasillo trasero. No porque le importe, sino porque para él soy un trabajo. No me hago ilusiones sobre mi valor para él. A pesar de saberlo, sus palabras de antes todavía me duelen, y sus acciones heroicas siguen conquistándome.

Mi cerebro comprende nuestra dinámica, pero mis emociones no la siguen.

En el asiento trasero, junto a Nika, apenas tengo energías para contarle que he pasado a la siguiente ronda del concurso *Runway Revolution*.

Me aprieta la mano mientras me bombardea con preguntas y me asegura que no tengo que preocuparme por los hombres que intentaron secuestrarme esta noche, ya que ahora están bajo la custodia de los *Reyes Irlandeses*.

Sin embargo, sé que lo haré de todos modos.

Dios sabe que esos dos matones no trabajaban solos.

Quien los envió lo intentará de nuevo. Eso es lo que nadie quiere decir durante el viaje a casa en la XXL *luxury*-SUV.

Solo un acto de Dios podría arrebatarme el objetivo de la espalda.

Una imagen del rostro de Viktor Roguilin me viene a la mente. Todavía me estremezco al pensar en él. El terror de intentar apaciguarlo, de desconectarme de la realidad cuando me hacía cosas indescriptibles.

Cuando por fin llegamos a mi apartamento, me trago la acidez de esos horribles recuerdos y abrazo a Veronika con todas mis fuerzas.

Darren y Nika se despiden y me dejan sola con mi perro guardián una vez más. No hablo ni lo espero. Me abrazo fuerte, y me dirijo a la entrada de mi edificio, sabiendo que me seguirá.

Entramos en el ascensor y nos quedamos como desconocidos durante el corto trayecto hasta el octavo piso.

Caminamos en el mismo silencio tenso por el pasillo hasta mi apartamento.

—Nunca respondiste a mi pregunta anterior. —Una mano suave se posa en mi espalda—. ¿Estás bien?

Me sobresalto al sentir su contacto.

—Estoy bien —miento—. Y no finjas que te importa un comino.

Dudo que le importe de verdad. Aparte de no tener una mala nota en su historial de guardia. Me giro para mirarlo, con una acusación en mi lengua. Pero lo primero que veo es una mancha

roja que crece en su camisa, y el comentario se me apaga en la garganta.

—¡Estás sangrando!

Capítulo 14

Callum

Quedarme sin camisa en la cocina de Lucy, bajo una lámpara antigua y vibrante, no era como esperaba que terminara mi noche.

En cuanto vio el corte que ese hijo de puta me hizo en el costado durante nuestra pelea se puso histérica y empezó a rebuscar en su casa material de primeros auxilios.

—¿Cuál es el problema? —gruño mientras pasa corrieron junto a mí y regresa unos momentos después con un pequeño botiquín rojo bajo el brazo y una expresión indescifrable—. Y no finjas que te importa. —Reitero su opinión de hace unos minutos solo para obtener una reacción.

Nada.

La ley del hielo me desconcierta. Prefiero que me grite y me arañe a que esté flotando como un fantasma.

En la semana transcurrida desde que los dos comenzamos esta nueva convivencia, he logrado comprender bien sus gestos y actitudes. Un guardaespaldas presta atención a la persona a la que protege, pero esto va más allá. Yo la observo. Todo el tiempo. Y eso no es nada normal.

Ahora mismo, debería estar recibiendo un "jódete" o un "imbécil de mierda". Lucy maldice cuando se enoja. Ataca con sarcasmo. Es la primera vez que reacciona con silencio y no me gusta.

¿Qué tonterías le están dando vueltas en esa cabeza tan testaruda? ¿Sigue molesta por mi comentario anterior en el club?

Estoy a tres segundos de estallar, solo para romper el silencio cuando por fin habla.

—Tienes razón. —Deja el maletín de golpe sobre la encimera de la cocina, con la mirada baja y fija en la parte herida de mi cuerpo, como si no pudiera soportar verme a los ojos—. Me da igual. Pero odio el olor a sangre y tú apestas a eso.

—Bueno, me ducharé.

—*Síp.* —Abre el botiquín y saca toallitas desinfectantes y un montón de vendas de diferentes tamaños—. Justo después de que me ocupe de *eso*.

Acerca una silla de la cocina a mi lado y se sienta a la altura de mi herida. Luego, empieza a desinfectarla, y duele como la puta madre. Hace una mueca cada vez que yo lo hago, y después de unos momentos de hacerme arder como el infierno, empieza a murmurar.

Un siseo sale de mi boca. *«Mierda, eso duele».* El alcohol me provoca un dolor abrasador en la piel desgarrada.

—Siento que te hayas lastimado. —Una suavidad inusual impregna su voz—. Y siento que haya sido por mi culpa.

A pesar de su anterior descaro, es obvio que mi lesión le molesta.

Quizás incluso se siente culpable.

—Es parte del trabajo.

—Sí, sí. Tu trabajo.

No sé qué significa eso. Pero por el lado positivo, al menos ya está de mal humor. Eso atenuará el golpe cuando le dé la mala noticia dentro de un minuto.

No puedo evitar observarla. Rara vez estamos tan cerca. Sus ojos, oscuros bajo la luz amarillenta de la cocina, parecen más cálidos que bajo el foco del hotel. Su cabello despeinado parece menos fotográfico, aunque más palpable.

Me aprieto los puños en los muslos con fuerza para evitar estirar la mano y acariciar un mechón entre mis dedos.

Después de desinfectar la herida, me pone todas las vendas que puede. No sé cómo se supone que debo ducharme con todas esas gasas, pero ya me preocuparé por eso más tarde.

—Ya está todo listo.

Asiento con la cabeza.

—Y tú también.

Hace una pausa, levantando la vista del botiquín medio cerrado.

—¿Disculpa?

—Deberías retirarte de la competencia, Lucy. —Casi puedo ver cómo su ira empieza a hervir como una tetera en la estufa a segundos de sisear—. No puedo protegerte con toda esa gente y variables en juego.

—Entonces parece que no eres apto para ser mi guardaespaldas. —Cierra el botiquín de golpe—. No dudes en presentar tu renuncia. Seguro que Nika y Darren pueden encontrar a alguien más.

Intenta salir de la cocina, pero yo la agarro del bíceps izquierdo y tiro con fuerza, haciéndola girar para que quede frente a mí.

Con nuestra diferencia de altura, la mirada de Lucy se posa directamente en mi pecho desnudo. Las emociones se reflejan en su hermoso rostro.

Sorpresa. Deseo. Ira.

Cada una me intriga. Y también me aterroriza.

Retrocedo un paso, intentando calmar la tensión sexual que crepita en el aire como estática.

—Hablo en serio.

Frunce el ceño.

—Yo también.

—Esos hombres de esta noche estaban preparados. Enfocados. —Cruzo los brazos e intento ignorar el dolor en el costado, así como la forma en que la mirada de Lucy recorre mis antebrazos y tríceps —. Claramente iban tras de ti. No se llevaron a cualquiera de la fiesta. Te querían a ti.

Lucy se tensa, negándose a verme a los ojos. Algo sombrío se dibuja en su rostro.

—No lo sabemos con certeza. —Suena agotada—. Necesito darme una ducha. Puedes ir después de mí. —Huye, dando un

portazo antes de que pueda insistirle más.

En pocos minutos, el chirrido de las tuberías y el agua corriendo resuenan por las paredes y finalmente suelto el aire que había estado conteniendo.

¡Tremendo día!

Me acerco torpemente a su sofá y me dejo caer, apoyando la cabeza en los cojines. Debería estar pensando en cómo controlar a una modelo sarcástica y contestona. En cambio, toda mi energía se centra en no imaginarla desnuda bajo el torrente de la ducha.

Desnuda y mojada. Con una sola puerta entre nosotros.

Mi mente oscila entre imágenes de su cuerpo resbaladizo y esa mierda del *after party.*

Cuando irrumpí en ese pasillo y encontré al atacante de Lucy amenazándola con un cuchillo, vi rojo. El recuerdo aviva las llamas de ira que arden en mi pecho. Una furia más poderosa que cualquier otra que recuerde haber sentido, me invadió al instante. Estaba furioso. Fue tan estúpida. Huyendo de mí de esa manera. Siguiendo a un desconocido a un pasillo oscuro, sola. ¿Qué tiene, once años?

Pero, sobre todo, estoy furioso conmigo mismo.

Si no me hubiera portado como un imbécil, probablemente, no se habría ido corriendo. Aunque, claro, solo me comporté así por su truco anterior durante la audición.

Es una maldita *fiera* impredecible, eso hay que reconocerlo. Una *gatita salvaje* que sisea.

Me froto la nariz. Esto no está funcionando. Pelear constantemente con ella no me va a dar ningún punto a mi favor, y si nunca confía en mí, nunca compartirá información sobre la billetera de criptomonedas que tiene en su poder. La misma sobre la que Shane sigue esperando noticias. Y no estoy más cerca de encontrarla que cuando empecé con esta misión.

Un grito me hace levantarme de un salto.

—¡Callum!

El miedo en su voz me impulsa al baño.

¿Hay un intruso allí con ella? ¿Otro secuestrador?

¿Se cayó y se golpeó la cabeza?

¿Se cortó afeitándose?

—¡Lucy! —exclamo a la puerta—. ¿Qué pasa?

Cuando alcanzo el pomo, la puerta se abre de golpe y el cuerpo cálido y húmedo de Lucy choca contra mí. La rodeo con los brazos para estabilizarla. Sus pechos, cubiertos solo por una toalla diminuta, se aprietan contra mi pecho. Un aroma a jazmín me da en la cara.

Un alivio inunda mi sistema, calmando el nudo que tenía en la garganta. Está bien. Ilesa. Pero, por Dios, María y Jesús, voy a tener que rezar mil Ave Marías por la reacción de mi cuerpo.

—Ahí dentro. —Se estremece en mis brazos—. ¡Sácala!

Miro a su alrededor, echando un vistazo rápido a su pequeño baño.

—¿Qué es? No veo nada.

Sus manos encuentran mi cintura y se aferran a mí con todas sus fuerzas.

—Una araña. En la ducha. Odio a las arañas.

Me debato entre reír y gritar.

Una araña. Me dio un susto de muerte y casi me cago del susto por culpa de una araña. Y ahora quiere que me deshaga de ella.

La piel húmeda y desnuda de Lucy capta mi atención, y trago saliva. Quizás debería darle las gracias a la pobre bastarda.

—No te preocupes. —Le hago círculos relajantes en los hombros tensos—. Yo me encargo.

No se mueve.

Le seco una gota de agua de la mejilla.

—¿Lucy?

—¿Sí?

—Si quieres que mate a la araña, tienes que soltarme.

—*Ah*, claro. —Exhalando, sale corriendo del baño.

La vista mientras se apresura a su habitación es espectacular.

Esa toalla apenas le cubre el trasero.

Mil Aves Marías no serán suficientes para expiar mis sucios pensamientos.

Dios mío, la tortura que un hombre puede soportar tiene un límite.

Miro la cortina de ducha morada y verde y espero a que mi lujuria se calme.

No es solo sexo intenso y sucio lo que está en juego. Cada vez que me acerco demasiado a ella, pongo en peligro mi reputación profesional.

Los recuerdos pasan rápidamente por mi mente. Rostros de personas inocentes que deberían estar vivas hoy, pero que no lo están debido a mi descuido.

La vergüenza me consume, apagando todo deseo que me quedaba.

No quiero que Lucy Marlow se convierta en otra cara más entre las víctimas.

La seguridad de Lucy y que yo sobreviva a esta misión con cordura intacta son mis únicas preocupaciones.

En cuanto Lucy se retira a su habitación, atrapo a la araña lobo que encuentro en la esquina de la ducha y corro al balcón para liberarla. En cuanto la pequeña se escabulle, llamo a Shane Gallagher.

Contesta al quinto timbre.

—¿Y bien?

Miro fijamente las luces de la ciudad.

—Llamo para una breve actualización.

—No te lo tomes a mal. Mi sobrino ya me informó que los hombres de Roguilin intentaron secuestrar a Lucy.

¡Genial! Las noticias vuelan.

—Detuvimos a dos hombres en la discoteca.

—Sí, lo sé. —Una pausa. Suena como si estuviera soplando el micrófono, lo que solo puede significar que está fumando—. *Mi hijo lleva casi una hora interrogándolos*.

Los *Reyes Irlandeses* no pierden el tiempo.

Antes de que pueda compartir más noticias que Shane ya conoce, me acribilla con la verdad.

—Si no encuentras esa billetera, la chica está prácticamente muerta, Callum.

—Lo sé. Lo haré. Yo...

La llamada termina. Al parecer, Shane Gallagher ha terminado de hablar.

Suelto un suspiro y me apoyo en la barandilla. Apenas hay espacio para estar de pie con todas estas malditas plantas.

Lo que casi le digo a Shane es que, si Roguilin quisiera acabar con Lucy, ya estaría muerta. No disfruto de la presión del rey de los *Reyes Irlandeses*. Sin embargo, lo que más me molesta es que aún no consigo visualizar el panorama general.

Mi teléfono suena treinta segundos después. Es Darren. Quiere que le haga un resumen de todo el día, de principio a fin. Lo hago con mucho esmero, intentando omitir los detalles más llamativos, como Lucy decorando el suelo de la cocina con huevos y agua hirviendo y arañándome como un gato callejero, Lucy usándome como muñeca sexual, Lucy discutiendo conmigo en el club...

Pero incluso sin todos esos detalles incriminatorios, la primera pregunta de Darren al final de mi relato censurado es:

—¿Estás seguro de que puedes con este caso?

El teléfono cruje bajo mi tensa palma.

—Esto no es más que el cuidado glorificado de una niña malcriada.

Pasan varios segundos de silencio.

—Te equivocas con ella, ¿sabes?

Sorprendido, parpadeo mirando mi teléfono.

—¿Qué?

—Lucy es una buena chica. No es lo que tú crees que es. Deberías intentar ser más tolerante con ella. Ha tenido un año difícil. Algunos dirían que una vida difícil.

Suena a excusa, si es que alguna vez he oído alguna.

—Sí, bueno, quizá debería haberlo pensado antes de involucrarse con un hombre como Viktor Roguilin.

Algo sisea detrás de mí. Me quedo paralizado antes de girarme lentamente, temiendo ya lo que voy a encontrar.

Lucy se queda parada en la puerta.

Su expresión de dolor perdura un instante antes de endurecerse y convertirse en la máscara que ahora reconozco como su armadura

emocional. Tras dudar un instante más, se da la vuelta y se aleja con paso firme.

Por una fracción de segundo, algo me apuñala el pecho, quizás sea arrepentimiento, pero reprimo ese sentimiento.

Un hombre como yo no puede permitirse el arrepentimiento.

Y eso es exactamente lo que pasará si me involucro emocionalmente con una estrella en ciernes.

Capítulo 15

Lucy

Camino furiosamente por el pequeño espacio frente a mi cama mientras las crueles palabras de Callum me clavan una cuchilla en el corazón.

¿Cómo se atreve a decir eso de mí?

Sus palabras fueron tan ofensivas y absurdas que ni siquiera puedo soportar repetirlas mentalmente. Pero aquí estoy, sumida en una espiral de pensamientos.

«Al diablo con Callum Kavanagh».

Justo cuando empezaba a pensar que tal vez no era tan malo.

Durante unos minutos ridículos, cuando me aferré a él como a un salvavidas, casi me pregunté si íbamos a tener algo. Si la energía que bullía entre nosotros se convertiría en pasión ardiente y líquida.

Esquivé una bala.

¿Qué demonios le he hecho? Nunca pedí esto. ¿Acaso cree que disfruto teniendo su avasallador trasero en mi espacio personal día y noche?

Esta es mi pesadilla y actúa como si yo fuera el problema.

Como si hubiera querido complicarle la vida a propósito.

Imbécil.

Casi vuelvo allí y empiezo a limpiar furiosamente, solo para tener algo que hacer aparte de dar vueltas a mis pensamientos. Mas no

soporto la idea de compartir espacio con Callum.

Quizás reorganice mi ropa para recuperar un poco de orden y control.

Cuando mis ojos se posan en mi armario para hacer precisamente eso, me detengo en seco. Se me erizan los cabellos de la nuca.

Dos cajones están entreabiertos. Recuerdo haberlos cerrado todos esta mañana.

Soy la chica idiota de la película que sabe que un asesino en serie la persigue, pero aun así, se sorprende en cuanto uno sale de debajo de su cama con un cuchillo.

Me tiro al suelo y compruebo, por si acaso. Todo está en orden.

Pero *había* un desconocido en mi habitación, revolviendo entre mis cosas.

Me doy la vuelta, el pánico me ablanda las piernas como si fueran gelatina.

La caja de recuerdos que tengo en mi cómoda también está en el sitio equivocado.

En la estantería, algunos de mis libros de moda están descolocados. Mi cama también parece torcida, ahora que lo pienso.

Tragando saliva, abro la puerta de mi habitación de golpe. Por mucho que deteste la idea de pasar un minuto en presencia de Callum, lo necesito.

—Callum. ¿Puedes venir aquí, por favor?

En segundos, mi estúpida sombra, aparece.

—¿Qué pasa?

—Alguien ha estado en mi habitación mientras estábamos fuera. Han rebuscado entre mis cosas.

Esperaba que se burlara y me llamara loca, pero no hizo ninguna de las dos cosas mientras me inspeccionaba visualmente.

—¿Estás segura?

—Totalmente segura.

Asiente.

—Haz las maletas. Nos vamos.

Parpadeo.

—Espera. ¿Qué?

—Estaremos más seguros en un hotel. —Sale hacia el pasillo y lo sigo.

Agarra su mochila y la segunda bolsa que trajo y rebusca entre sus pertenencias para ver si alguien también las revisó.

—Tienes razón, Lucy. Debería haberme dado cuenta antes. Salgamos de aquí.

La parte de mí que se rebela ante su actitud dominante quiere discutir, sin embargo, la idea de que alguien estuviera hurgando en mis cosas mientras estábamos en *Runway Revolution* me da asco lo suficiente como para ceder sin luchar. También ayuda que me tomara en serio en lugar de tratarme como a una niña petulante, como ha hecho desde que nos conocimos.

En diez minutos, preparo la maleta y salgo de casa. No puedo evitar preguntarme cuándo volveré. O quién regará las plantas. Intento no obsesionarme con la incertidumbre durante el viaje a un hotel enorme en *downtown*, ni cuando Callum me guía por el elegante vestíbulo.

Los candelabros brillan desde el techo y su luz dorada baña toda la primera planta con un cálido resplandor. Hay amplias zonas de descanso abiertas en todas direcciones. Un restaurante y un bar independiente flanquean ambos lados del mostrador de recepción, que se extiende a lo largo de más de un kilómetro.

Callum no se molesta en atender a la creciente fila de invitados. En cambio, se dirige directamente a un mostrador VIP abierto.

Me cuesta imaginarme a este peligroso hombre con potencial para ser VIP, pero supongo que cuando tienes conexiones con la mafia...

—Vamos a registrarnos. —Deja caer las maletas al suelo con un golpe seco, intimidando muchísimo a la recepcionista del hotel, de aspecto tímido y con anteojos, que está adelante.

Su voz es apenas un chillido.

—¿Cuál es el apellido?

—Nuestra habitación está reservada a nombre de Gallagher.

Esa pequeña información hace que los ojos casi se le salgan de las órbitas.

—Oh, sí. Por aquí, señor Kavanagh. Lo estábamos esperando.

Impresionada por el lujoso esplendor del hotel y el atento servicio, sigo a Callum y a nuestra guía personal hasta el piso cuarenta y ocho, donde descubro con tristeza que nos hemos registrado en una *suite*. De esas con cocina, sala de estar, aseo y un dormitorio independiente, aunque individual. Por no mencionar que solo hay un baño completo con ducha, no obstante, es uno enorme.

Por supuesto que no.

—¿Disculpa? —Llevo a la empleada del hotel aparte, aunque la forma en que lanza constantes miradas nerviosas a Callum me hace preguntarme si tiene permiso para hablar conmigo—. Quisiera una habitación separada, por favor.

—Ignórala. —Callum le pasa a la mujer un fajo de billetes—. Eso es todo. Gracias, Teresa.

¿Teresa? ¿Qué, ahora son amigos íntimos? ¿Cuándo ocurrió eso? ¿Durante los cinco segundos que he tardado en inspeccionar la habitación para ver si había un segundo dormitorio oculto?

—Hablo en serio. —Al parecer, hablo sola, porque Teresa ya huyó con su propina.

Callum deja su bolso de viaje en el sofá de cuero.

—Darren y Veronika reservaron el hotel.

Me tiembla la mandíbula al sentir una punzada de irritación.

—¿Y pensaron que una habitación era suficiente para los dos? ¿O quedarte aquí fue tu brillante idea? ¡No puedes quedarte aquí!

Se encoge de hombros con indiferencia.

—En el sofá puedo, se hace *grande*.

—Sí, claro. Eso dicen todos. —Lo miro con enojo y cruzo los brazos sobre el pecho, negándome a dejarme seducir por cómo se le arrugan los ojos ante mi broma—. ¡No puedes obligarme a quedarme aquí contigo!

Genial. Hemos llegado al momento de la noche en que sueno como la niñita de cinco años que Callum cree que soy. Con un resoplido, me dirijo al teléfono del hotel, que está en la barra del desayuno.

Me doy cuenta de que ya estábamos pasando la noche en mi apartamento, pero compartir una habitación de hotel se siente

diferente... Sobre todo, cuando Callum necesita entrar en mi habitación para ducharse.

Considerando que los malos me acaban de echar de mi casa, lo mínimo que merezco es un poco de privacidad.

Gruñe y se pasa los dedos por su corto cabello castaño rojizo.

—Ya estamos aquí, Lucy.

—*Síp*. Y tú deberías quedarte donde estás. —Llamo a recepción —. Conseguiré una habitación para mí sola y tú puedes protegerme desde una distancia segura de unos... veinte pisos. ¿Qué te parece?

Un empleado contesta casi de inmediato, pero antes de que pueda hacer mi solicitud, Callum arranca el cable de la pared.

Me quedo boquiabierta. Si yo soy la niña en este caso, entonces él es la estrella de *rock* que se porta mal, inhalando cocaína de los restos de un espejo roto.

—¿Qué demonios te pasa con los teléfonos? No te contrataron para molestarme, así que, ¿por qué no me dejas en paz y haces tu trabajo? ¿No hemos sufrido ya suficiente tiempo juntos?

—Mira, Marlow...

—¡Destruiste mi teléfono! Me avergüenzas e insultas cada vez que tienes oportunidad. Cada vez que creo que hay un atisbo de ser humano bajo esa cara de robot que llevas, me regalas un nuevo nivel de estupidez, pavoneándote por ahí, dando órdenes y luego actuando como si tuviera que estar agradecida.

Callum suspira y se frota la nariz.

Un silencio largo se instala entre nosotros.

Entonces ocurre algo muy extraño. La expresión de Callum se transforma en una de auténtica... ¿Sinceridad?

—Mira, soy tu guardaespaldas. No puedo protegerte si estoy veinte pisos más abajo.

Frunzo el ceño. ¿Cómo se atreve a usar la lógica en un momento como este?

Cambia el peso del cuerpo mientras me devuelve la mirada con una expresión un poco más relajada.

—¿Qué tal si empezamos de nuevo? Sé que las cosas entre nosotros no van bien ahora mismo.

«¿Que las cosas entre nosotros no van bien ahora mismo?» Como si fuéramos un matrimonio con problemas.

Como si mi ataque de nervios después de la ducha significara algo.

—Ah, ¿sí? —Dejo caer el teléfono inservible en su soporte—. ¿Llegaste a esa conclusión tú mismo o usaste una calculadora?

Observa al techo como si pidiera paciencia.

—Nos guste o no, estamos atrapados juntos por el momento. Esta situación será más llevadera para ambos si podemos intentar llegar a un acuerdo.

Me muerdo una uña.

—¿En serio? ¿Cómo? Por favor, explícamelo.

Abre los brazos de par en par como diciendo: *¿Qué quieres de mí?*

—Eres la única que intenta pelear, Lucy. —Aprieta la mandíbula —. Aunque sé que no siempre soy la persona más fácil de tratar.

El eufemismo del milenio.

—Apuesto que nos llevaríamos mucho mejor si no dijeras esas estupideces. Ni destruyeras mi propiedad.

Su intensa mirada me atraviesa. Si sus ojos fueran láseres, me habrían quemado el cerebro.

—Estoy de acuerdo.

La concesión me sorprende.

—¿Qué?

Callum suelta otro suspiro.

—Siento lo que pasó con tu teléfono.

—Lo dice el hombre que lo dejó caer en agua hirviendo.

Bueno, no es la disculpa más elocuente del mundo, pero los mendigos no pueden elegir. Puntos extra por el esfuerzo.

Reflexiono un momento sobre esta novedad, lo que le da oportunidad de acercarse a su bolsa de viaje y sacar un pequeño objeto.

Se acerca a mí con la palma de la mano abierta... revelando un elegante *smartphone* nuevo. Además, es rojo, mi color favorito.

Y no solo eso, sino que es el último modelo.

Frunzo el ceño al encontrarme con su mirada expectante.

—¿Qué se supone que es esto?

—Considéralo una ofrenda de paz. —Ladeo la cabeza.

—¿Y cuál es el truco?

—No hay truco. —Al ver que no hago ningún movimiento para aceptar el teléfono, baja la mano extendida—. Un móvil completamente nuevo es la forma más segura de que Viktor Roguilin no te esté rastreando. Por eso, me deshice del tuyo.

«Espera un momento». Entrecierro los ojos.

—Sí, porque obviamente todo el mundo sabe que tirar un teléfono al agua hirviendo sin informarle al propietario del motivo es una forma de actuar totalmente normal y nada disfuncional. ¿No me pudiste explicar esa parte antes, porque...?

Vuelve a encogerse de hombros.

—No suelo darles explicaciones a los demás.

Me burlo.

—¿No tienes por costumbre interactuar con los demás como una persona normal?

—Puede que no, pero prometo intentar ser menos...

Se queda callado, así que me acerco con gusto a ayudar.

—¿Frío? ¿Conspirador? ¿Cara de piedra y distante? ¿Absolutamente un imbécil?

—Claro. —Vuelve a levantar el teléfono, sus labios se curvan —.Entonces, ¿qué tal esa tregua?

Después de observarlo durante sesenta segundos, respiro hondo.

—Bien. —Le arrebato el móvil nuevo de la mano—. Intentaré ser menos... dramática. Y menos agresiva. —Mirando los rasguños en su garganta, hago todo lo posible por no estremecerme. Probablemente, persistan al menos una semana más—. Siento lo de tu cuello. No sé qué me pasó.

—Oye, estamos empezando de nuevo, ¿no? Lo pasado, ya está en el pasado. —Su voz tiene una ligereza que antes no tenía.

Arrugo la nariz. ¿Qué? ¿Realmente está feliz? Por Dios, este hombre me tiene completamente confundida.

En cualquier caso, el aire entre nosotros se siente despejado por primera vez.

Y, aunque no me fío del todo, la actitud de Callum cambia con el paso de la noche.

Después de acomodarnos, nos sentamos a hablar de mi participación en *Runway Revolution.*

Parece haberse resignado a la idea de que voy a participar en la competencia y no intenta hacerme cambiar de opinión. En cambio, revisamos juntos los protocolos para garantizar mi seguridad.

Antes de que acabe la noche, me doy cuenta de que este es el momento en que siento que Callum y yo podríamos estar realmente en el mismo equipo, es, con diferencia, lo más aterrador que me ha pasado hoy.

Capítulo 16

Lucy

De vez en cuando, veo a Callum de reojo mientras realiza otra evaluación de riesgos en el corazón de la exclusiva vigésima sexta Gala Benéfica Anual para la Cultura y las Artes.

Mujeres con vestidos de diseñador y hombres con esmoquin a medida se mueven entre mesas decoradas con elegantes arreglos de plantas y rosas blancas en brillantes jarrones de cristal. El techo está cubierto de candelabros de piedras preciosas y guirnaldas de flores. El centro de Artes Mayfield es una institución de élite llena de innumerables obras de arte moderno, joyas invaluables y una gran cantidad de salas de conferencias y salones de baile como este.

Para muchos asistentes de esta noche, esto equivale a una invitación a una cena de cinco mil dólares por mesa. Para las concursantes de *Runway Revolution*, este es el siguiente evento de una serie de retos de modelaje que debemos afrontar antes de que los jueces anuncien a las finalistas de la quinta ronda.

Las ganadoras pasarán al escenario principal de *Runway Revolution* y darán inicio a carreras que probablemente formarán parte de la historia de la moda.

Necesito llegar a la siguiente ronda, pase lo que pase.

El modelaje es lo único en lo que soy buena. El único sueño que he tenido desde la infancia.

Sobrevivir a esta gala benéfica es solo un paso más en el proceso.

O al menos, eso es lo que Callum debe estar pensando.

Por su expresión y lenguaje corporal, puedo ver que se está irritando por las multitudes, los lugares y probablemente por mí, o al menos por mi "caótica" elección profesional. Pero demonios, se ve increíble vestido de negro sobre negro: traje negro a medida con camisa negra abotonada y corbata gris.

«Concéntrate, Lucy».

El reto de esta noche es sencillo: posa con un vestido de diseñador espectacular ante las cámaras y consigue una imagen ganadora de cualquiera de los fotógrafos presentes. Varios fotógrafos de moda famosos estarán presentes esta noche. Tomando fotos espontáneas y fotos posadas de las modelos que están entre el público.

Algunos de ellos ya me han sacado algunas fotos, pero la duda aún me corroe el estómago.

¿He socializado lo suficiente? ¿He modelado lo suficiente? ¿Soy lo suficientemente buena?

La verdadera crisis de consciencia surge porque lo que le dije a Callum que estaba haciendo y lo que realmente estoy haciendo no concuerdan del todo.

Antes del evento, revisó sus expectativas de seguridad con minucioso detalle y compartió una lista de los asistentes que ya había investigado.

Acordamos que podía competir esta noche con la condición de no estar cerca de ningún invitado desconocido ni salir de una habitación sin avisarle primero.

El plan tenía mucho sentido en teoría; sin embargo, en cuanto llegamos, me di cuenta de lo poco realista que sería restringirme de esa manera.

Si solo hablo con la gente que Callum considera segura, daré la impresión de ser distante.

Esta noche no se trata solo de las fotos. Necesito mantener una imagen pública agradable y accesible. O me arriesgo a desanimar a mis *fans* y votantes.

Para tener éxito en este desafío, necesito hacer algo más que impresionar a los jueces. Las modelos también reciben votos de fotógrafos y otros profesionales de la industria con los que interactuamos a lo largo del evento. En las últimas rondas, el público también puede votar en línea. Esta noche, no tengo ni idea de quién es quién.

Podía estar conversando con el acompañante de alguien para esta gala benéfica, o podría estar interactuando con un alto ejecutivo de la industria, cuyo voto podría determinar mi inclusión en las rondas finales. No puedo permitirme desairar a alguien solo porque Callum no lo haya incluido en su lista de "personas seguras".

Esta industria, y específicamente esta competencia, es una zona de guerra.

Y la multitud está empezando a afectarme. Se me ponen los vellos de punta con todas esas miradas que me siguen y evalúan mi valía.

Cámaras disparando sus *flashes* antes de que esté lista, sin mi consentimiento.

Me recuerda demasiado a...

«No vayas ahí, Lucy».

Me anoté a esto. No puedo rendirme. Rendirse significa dejar que ganen los malos.

Cuando noto a Marco Benetti en mi campo de visión, separando multitudes como Moisés dividió el Mar Rojo, mi mente se aclara. Habló conmigo durante las audiciones y, por alguna razón, parece que se está acercando a mí de nuevo.

El famoso supermodelo es justo la distracción que necesito. Enderezando la espalda y adoptando una expresión radiante y sonriente, lo saludo.

Me besa los nudillos a través de mis guantes de ópera.

—Ciao, bella.

Wow. Marco acaba de besarme la mano por segunda vez.

Apuesto a que solo las celebridades de renombre mundial pueden presumir de lo mismo.

Se encuentra un poco dentro de mi zona de confort, sus dedos ágiles deslizándose sobre mi brazo. Intento relajar mis tensos

músculos. La mayoría de los modelos que he conocido no respetan el espacio personal, y la sala está abarrotada. No es culpa suya que esté nerviosa esta noche.

Él se lanza a conversar y yo intento escuchar. De verdad. Pero veo a otra modelo cruzar la habitación corriendo, con la cara roja y bañada en lágrimas. Una oleada de instinto protector me invade.

—¿Me disculpas, Marco? Me encantaría charlar más tarde si tienes tiempo. —Le sonrío sin esperar respuesta y me apresuro a seguir a la chica.

Incluso de lejos, reconozco su miedo e ingenuidad. No lleva suficiente tiempo en esto como para entender que el mundo del modelaje es despiadado. La única razón por la que no estoy más asustada es porque he vivido situaciones aterradoras en mi vida.

Casi la alcanzo, abriéndome paso entre la multitud con la mayor cortesía posible, cuando una pared impenetrable de músculos me bloquea el paso.

—Dime una cosa. —La voz de Callum se reduce a un gruñido—. ¿Recuerdas *algo* de lo que hablamos sobre tu seguridad en este evento? Recuerdas que nos alojamos en un hotel por algo, ¿verdad?

Mierda. Supongo que se ha dado cuenta de mi deficiente adherencia a nuestro plan.

—¡Sí, recuerdo por qué nos alojamos en un hotel!

Vaya, eso ha salido más alto de lo que pretendía. Marco me mira de reojo con curiosidad antes de volver a su conversación con una hermosa mujer de unos cuarenta y tantos vestida con un ceñido vestido rojo.

Le ofrezco una débil sonrisa y redirijo mi atención a Callum.

—Y lo estoy haciendo lo mejor que puedo, lo juro —miento, dándome igual—. Necesito votos para seguir en esta competencia, y eso significa que tengo que hablar con la gente. Aunque no la conozca.

—¿De qué sirve caer bien si acabas muerta?

La única réplica que me viene a la mente es sobre Marilyn Monroe, así que la parafraseo.

—Ser querido y estar muerto no son cosas mutuamente excluyentes, ¿sabes?

Callum se queda viendo fijamente por encima de mi hombro, fulminando con la mirada a alguien.

—¿Votos? —Sus labios se curvan en una mueca de desprecio—. Desde aquí, parece más bien que estás haciendo méritos para pasar por el sofá del *casting*.

Me vuelvo para ver quién le llamó la atención, Marco Benetti, por supuesto, mientras las palabras de Callum se me vienen encima como una torre de ladrillos derrumbándose. A la par que busco entre la multitud la cabeza reluciente de la modelo ofendida, me pregunto por qué no se limitó a abofetearme. Eso probablemente dolería menos que el puñetazo traicionero en el estómago que asestan sus insultos crueles y precisos.

Ingenuamente, me creí su aparente sinceridad cuando pidió una tregua. Tras quedarme despierta hasta tarde hablando de estrategia de seguridad, creí que habíamos creado una alianza y que sus comentarios hirientes eran cosa del pasado.

Supongo que me equivoqué.

Otra vez.

Consciente de que hay cámaras por todas partes, me obligo a mantener la calma. A pesar de la fuerza descomunal del impulso, no puedo darle una patada en los testículos.

El único camino que me queda es la gracia.

—Es obvio que tienes muy mala opinión de mí. —Levanto la barbilla y encuentro su mirada penetrante de ojos verdes—. Pero te equivocas. No me conoces ni sabes nada de lo que he pasado. Y simplemente no me importas lo suficiente como para demostrártelo.

—¿Es eso cierto? —Me observa con el ceño fruncido, con un sarcasmo venenoso emanando de su voz grave.

—Sí. —Solo mi entrenamiento me impide hacer una mueca mientras veo más allá de él para seguir con la mirada a la modelo que se aleja—. Entonces, ¿por qué no nos haces un favor a ambos y te metes tus coloridos comentarios por el trasero junto con el resto de tus brillantes ideas?

Me giro para irme de un salto justo cuando alguien pasa a toda velocidad a mi lado y me pisa el dobladillo de mi largo vestido blanco de noche. Pierdo el equilibrio y me caigo hasta que el fornido brazo

de Callum me sujeta por la cintura y me aparta del camino de otras cuatro personas que pasan a toda velocidad.

Nuestros pechos se presionan, su cuerpo firme contra el mío. Fuerte.

Seguro.

El corazón me da volteretas entre las costillas. El cuello se me calienta.

Y no estoy imaginando la forma en que los ojos de Callum se posan en mi boca, la manera en que su brazo musculoso me aprieta con fuerza.

Su colonia, con aroma a cedro y vainilla, me roza la cara. Su lengua se asoma para humedecerse los labios.

Podría besarlo. Solo tendría que inclinarme un poco hacia delante...

Empujo mis manos contra su pecho escultural y me suelta.

—¿Decías? —Su voz se endurece con una emoción indescriptible.

Ignorando el calor que me invade tras nuestro inesperado abrazo, me trago la desafortunada atracción y lo esquivo.

—Gracias por ayudarme, pero tengo que irme.

Capítulo 17

Callum

Sigo a Lucy unos pasos más atrás, con la mano aún caliente por haberla abrazado contra mi pecho. Mientras me abro paso entre los invitados vestidos de etiqueta, intento recuperar la compostura.

Lo peor de mi ira se desvaneció en cuanto el dolor se reflejó en el rostro de Lucy. Otra vez. Adiós a nuestra tregua.

Lo desconcertante es que no entiendo por qué me enojé tanto en primer lugar.

Durante todos estos años, me he enorgullecido de mi capacidad para mantener la calma, incluso en situaciones de emergencia. Además de mis habilidades adquiridas en el ejército, mi prudencia es una de las principales razones por las que Darren me pidió que me uniera a su nuevo negocio.

Cada vez es más evidente que, a pesar de todas mis cualificaciones, Lucy Marlow posee la capacidad única de ponerme nervioso y sacarme de quicio.

Odio sentirme fuera de control.

Se ha convertido en una variable en mi comportamiento. No puedo confiar en cómo actuaré cuando esté cerca de ella.

Estaré feliz cuando termine este trabajo y pueda volver por fin a mi rutina habitual. Seré imparcial, tranquilo y sensato. Terminaré los

trabajos sin ataduras. Sin nadie que me vuelva loco con su actitud estúpida y su negativa a seguir una simple orden sin protestar.

Los rostros sin vida de las personas que no pude salvar recorren mi memoria... y entonces mi cerebro añade el hermoso rostro de Lucy a la colección.

Todos mis músculos se tensan antes de que logre expulsar esa horrible imagen.

Me concentro en la cabeza con mechas moradas de Lucy mientras se dirige directamente hacia una modelo rubia y esbelta. La chica más joven, con los ojos vidriosos, obviamente, está sufriendo algún tipo de crisis emocional.

Lucy establece contacto, apretando una de las manos de la joven entre las suyas. No me acerco lo suficiente para escuchar a escondidas, pero desde la distancia, el intercambio parece sincero. Sea cual sea la conversación que estén compartiendo, le levanta el ánimo a la joven. Pronto, ella sonríe a través de las lágrimas que corren por sus ojos bien maquillados.

Lucy toma una servilleta de una mesa, moja la punta en un vaso de agua y limpia las mejillas de la chica. Una vez satisfecha con el resultado, le da un rápido abrazo antes de juntar sus codos y tirar de ella, dirigiéndose hacia un grupo de fotógrafos que esperaban. Las dos ríen, sonríen y posan juntas para las fotos.

Cruzo los brazos y me muerdo la mejilla.

Me recuerdo a mí mismo que Lucy estaba lo suficientemente loca como para involucrarse con Roguilin. Le gusta mucho acaparar la atención, dispuesta a arriesgar su vida si eso significa atraer la adulación de las personas más poderosas de la sala.

Sin embargo, esa frase tan familiar está empezando a perder su efecto.

Esto es un problema.

Quizás debería cambiar de táctica. Si soy más amable con ella y la animo a que se abra conmigo, a que me utilice como un lugar seguro dónde desahogar sus tonterías sentimentales, podría llegar a confiar en mí. No del todo, aunque sí lo suficiente como para que revele donde escondió la billetera de criptomonedas. Cuanto antes,

mejor. Preferiblemente antes de que nos disparen a alguno de los dos.

Durante el resto de esta insípida velada, sigo a Lucy por el salón de baile manteniendo una pequeña distancia. Nunca me acerco lo suficiente como para forzar una interacción.

Todavía la tengo en la mira cuando se une al grupo de otras aspirantes al concurso *Runway Revolution,* cada una de ellas vestidas de gala y brincando a un lado del enorme escenario del evento benéfico.

Una mezcla de temor, ansiedad y anticipación ahoga mis pensamientos.

Debe ser hora de anunciar a las ganadoras de la competencia de esta noche. Lucy me ha hecho pasar un infierno para llegar a este momento, así que sería un desperdicio que no avanzara... aunque también un alivio. Mi trabajo sería un trescientos por ciento más fácil si el jurado la expulsara.

Los invitados se dirigen a sus respectivos asientos alrededor de las mesas redondas decoradas con gran elegancia, y los representantes del equipo de *Runway Revolution* piden silencio en la sala.

Una mujer vestida de rojo sube al podio, con su cabello oscuro recogido en una elegante coleta sujeta por una diadema de diamantes.

—Damas y caballeros, es hora de anunciar los resultados del Desafío de Moda Benéfica de este año, patrocinado por *Runway Revolution* y nuestros generosos donantes. Demos un fuerte aplauso a nuestras concursantes.

Los aplausos corteses se acumulan en el espacio mientras las modelos se sonrojan, se acicalan y posan para las fotos de prensa, absorbiendo a la multitud como suculentas sedientas del sol.

La pantalla de proyección sobre el escenario cobra vida con un despliegue vistoso, y el logo de *Runway Revolution* ocupa todo el centro de la misma.

La mujer de rojo se dirige a la multitud.

—Este año, hemos recibido más de veinte mil solicitudes y hemos trabajado incansablemente para revisar a todas las candidatas y

seleccionar a las mejores para competir.

Sus comentarios son seguidos por *exclamaciones de admiración*.

Es la primera vez que oigo lo competitivo que es este evento. No me extraña que Lucy luchara con uñas y dientes para participar.

—Las quince jóvenes que ven ante ustedes han superado el reto, venciendo cuatro rondas de la competencia cada vez más difíciles para estar aquí esta noche. Representan no solo lo mejor de lo mejor entre los nuevos talentos, elegidas por su habilidad, estilo, porte y promesa en la industria, sino también la próxima generación de modelos de pasarela en todo el mundo. Por favor, únanse a mí para felicitarlas por todo lo que han logrado.

Más aplausos. Más *wow* y más *bla, bla, bla.*

«Que pasen de una vez a la parte en que nos aplastan el alma».

—Puedo afirmar con certeza que son rostros a tener en cuenta en la industria. —Les sonríe a los concursantes antes de volver a centrar su atención en el público—. Desafortunadamente, solo las modelos que aparecen en las cinco fotos ganadoras del reto benéfico de esta noche tendrán la oportunidad de avanzar a la siguiente fase de *Runway Revolution* de este año. Dicho esto... es hora de anunciar a nuestras finalistas.

Las modelos dan saltos emocionadas y se agarran de las manos, con expresiones que van desde el nerviosismo hasta la incomodidad tras sus sonrisas de reina de belleza.

—¿Nos acompañarán en el escenario los fotógrafos de las fotos ganadoras para la revelación?

La mujer saluda con la mano a la mesa llena de oportunistas que toman fotos y están sentados más cerca del escenario.

Los murmullos de emoción recorren el lugar.

Sí, estoy seguro de que todos tienen mucho talento. También estoy seguro de que la mayoría de los hombres encontrarían la manera de lamerse el culo si eso significara pasar todos los días rodeados de las hermosas mujeres que se exhiben allí.

Otros pensamientos gruñones y cínicos siguen atacándome mientras la gente de *Runway Revolution* se prepara para revelar la primera fotografía.

—En quinto lugar, con una puntuación de 7,2 les presento a Adrian Madriaga, fotografiada por Germaine Raphael. Cuando señala con el brazo hacia la pantalla, la imagen cobra vida entre los silbidos y aplausos de los espectadores fascinados.

La foto en cuestión es una dramática y colorida foto individual de Adrian, una mujer alta, bronceada y de piernas largas, con cabello negro azabache ondulado y unos llamativos ojos expresivos, posando con elegancia ante el fondo de la organización benéfica. No sé mucho de fotografía artística, pero por los susurros que me rodean, deduzco que esta foto es técnicamente perfecta, aunque carece de conexión emocional. Sea lo que sea que eso signifique.

Adrian sube al escenario y se lanza sobre Germaine Raphael, un fotógrafo corpulento y taciturno, de rostro sencillo y espesa melena rizada.

—En cuarto lugar con un 7,8 les presento a Marnie Finn, Wendy Gao y Renee Toure, fotografiadas por Stephan Q. —Una nueva fotografía aparece en la pantalla, esta vez una glamurosa foto de grupo en la que aparecen tres concursantes junto a invitados famosos. La foto tiene un aire efervescente y caprichoso que no me gusta.

Los demás críticos a mi alrededor comentan que captura la atmósfera de élite de la gala, no obstante, da la sensación de ser un montaje. No es que sea un experto, pero estoy de acuerdo.

Es una imagen preciosa de tres mujeres guapísimas, mas nada en la escena parece real.

Escucharme evaluar a las ganadoras, como si estuviera aquí esta noche por eso y no por esta enorme *migraña* que tengo el encargo de proteger.

Mi mirada se dirige a Lucy, con los dedos cruzados y los ojos fijos en la pantalla sobre el podio del escenario.

La mujer al micrófono vuelve a señalar la pantalla.

—En tercer lugar, con un 8,1, está Anastasia Enamoré, fotografiada por Jean-Paul Neoné.

En la sección de concursantes, una pelirroja, sorprendida y conmocionada, se tapa la boca con la mano, llena de alegría, con los ojos muy abiertos, como si le acabaran de prometer mil millones de

dólares. Se desliza hacia el escenario, con los brazos abiertos, y se dirige hacia el fotógrafo que tomó la imagen, entre aplausos estruendosos.

Por encima de ellos, una artística fotografía en blanco y negro mira hacia la sala. La imagen captura a Anastasia riendo con Dax Winfield, un prominente filántropo multimillonario que aparece constantemente en internet por sus buenas acciones en todo el mundo.

—Está mostrando emociones genuinas —reflexiona una *fashionista* cercana—.

Su amiga más mordaz, la interrumpe con un gesto de la cadera.

—Pero su atractivo general es limitado.

Me empieza a sudar el cuello. Todavía no han anunciado a Lucy. Puede que no la llamen, pero sea como sea, afrontaré las consecuencias lo mejor que pueda.

Más caos en el mundo del modelaje o una reina del drama abatida bajo mi protección. Ninguna de las dos opciones me parece muy atractiva.

—En segundo lugar… —La mujer en el podio lucha por recuperar la atención de este bullicioso grupo de amantes de la moda y benefactores—. Con un 8,6, les presento a Loretta Denmark, fotografiada por X Kennedy.

Revelan una imagen de una atractiva mujer morena de piernas largas que ayuda a un donante anciano a recorrer el lugar. La foto parece demostrar belleza y compasión, todo con una iluminación perfecta. O al menos eso es lo que deduzco de la lectura de labios. Y es una foto espontánea.

Se me encoge el corazón.

Mierda. Hemos llegado al primer puesto sin mencionar a Lucy.

Una vez más, mis ojos se dirigen hacia ella y las demás concursantes. Se abrazan unas a otras mientras la presentadora esboza una sonrisa aún más brillante en su rostro.

—Y ahora, el momento que todos estábamos esperando. En primer lugar, con una puntuación de 9,3… —Un redoble de tambores acompaña a los focos móviles para crear expectación—. ¡Lucy Marlow y Heather Kincaid, fotografiadas por Christopher Mancini! —

Esta vez, la mujer aplaude, señalando con las manos en dirección a Lucy y Heather.

La tensión dentro de mí estalla.

Mierda. Ella ganó. Lucy, en realidad...

La foto se ve con una claridad impresionante. Captura a Lucy en un momento de descuido, girando con su vaporoso vestido blanco de diseñador, extendiendo la mano para atraer a la nerviosa joven Heather hacia el centro de atención con ella. La imagen inmortaliza los rasgos llamativos, la calidez y la confianza de Lucy mientras extiende la mano en señal de invitación. El fotógrafo también muestra la belleza natural y la vulnerabilidad de la joven Heather.

—Esta foto cuenta una historia de empoderamiento. —La mujer señala la pantalla mientras Lucy y Heather flotan juntas hacia el escenario—. Hermandad. Y autenticidad intrépida. A nosotros, los jueces, nos pareció que representaba a la perfección tanto la misión de la organización benéfica como la esencia de *Runway Revolution*.

Un coro de silbidos intensifica los aplausos que sacuden la sala.

La foto es increíble. Sin embargo, más allá de eso, Lucy me ha impresionado más de lo que quiero admitir.

Todo este brillo y *glamour* me resulta ajeno, pero ella está hecha para ello. Yo creía que solo era una mocosa imprudente que quería ser la reina del baile. Resulta que es una mocosa imprudente que además tiene mucho talento para el trabajo que le apasiona. Y de verdad le importan sus compañeras de competencia. Ayudó a esa otra chica, lo que podría cambiar el rumbo de la vida de la modelo más joven.

Mentiría si dijera que la realidad no ha cambiado mi opinión sobre ella.

Al menos un poco.

Las concursantes en el escenario se abrazan, con lágrimas en los ojos. Juntas, posan por última vez para la siguiente ronda de fotos de prensa, mientras la mujer de rojo pone fin a la noche, y a cualquier esperanza de que esta tarea sea más fácil en un futuro próximo.

—¡Felicidades a nuestras finalistas y gracias a todos por acompañarnos esta noche!

Capítulo 18

Lucy

En el enorme baño de nuestra *suite* de hotel, me quedo mirando mi reflejo.

—Tú, Lucy Marlow, ganaste el reto de esta noche.

Sonriendo, hundo mi cara limpia en una toalla esponjosa y medio grito, medio río, durante treinta segundos seguidos.

Sigue sin parecer real.

Después de compartir la noticia con Maya y Nika y publicar un video de mi reacción en TikTok y un mensaje de agradecimiento en Instagram, sigo sin poder creerlo. Esto está pasando de verdad.

Solo quedan unas pocas pruebas antes de que los jueces elijan a la modelo que encabezará *Runway Revolution*. He llegado más lejos en esta competencia de lo que jamás imaginé. Hace unos meses, pensé que estaría...

La oscuridad de mi cautiverio me invade, poniendo mi sistema nervioso en pánico.

Después de una larga autoinspección en el espejo y algunos ejercicios de respiración, el dolor desaparece poco a poco.

La verdad, sin embargo, permanece. Hace unos meses, mi vida estaba casi acabada. Me la habían robado, controlada por un hombre malvado. En ese momento, no sabía si sobreviviría ni cómo lo haría.

Ahora, estoy en camino de convertirme en una sensación del modelaje.

Estoy a punto de iniciar una carrera que no solo me llevaría a todo lo que siempre he soñado, sino que también dejaría atrás los horrores de mi vida hasta ahora; apenas podría recordar esas experiencias despreciables.

El mareo vuelve con fuerza. Guardo la toalla y me dirijo a la *suite* principal. Callum está allí, frunciendo el ceño mientras revisa nuestro pedido del servicio de habitaciones. Estoy bastante segura de que está comprobando si hay veneno.

Cuando termina su meticulosa rutina de "perro guardián", me siento a la mesa de la cocina y me pongo a comer. Langosta, puré de papas con ajo y espárragos.

Dios mío, esto es increíble. Una cena de celebración inolvidable.

Agarro un poco de todo en mi tenedor.

El bocado está medio camino a mi boca cuando las palabras de Callum me detienen.

—Me disculpo por cómo me he comportado antes.

He estado tan emocionada por la victoria que no he vuelto a pensar en mis problemas con Callum desde que dijeron mi nombre. Guardarle rencor es simplemente imposible y, aunque no lo fuera, estoy segura de que mi determinación habría flaqueado en cuanto la palabra *lo siento* salió de su exasperante pero cautivadora boca.

Bajo el tenedor y le presto toda mi atención.

—Continúa.

Aprieta el respaldo de la silla del comedor a mi lado con más fuerza.

—Tener que lidiar con toda esa multitud... después del ataque en la fiesta posterior... Supongo que se podría decir que me puso nervioso.

¿Callum intenta decirme que estaba nervioso? ¿Dándome una idea de cómo se sentía?

¿Qué universo paralelo es este? ¿Gano la quinta ronda de *Runway Revolution* y el "Señor Cubo de Hielo" empieza a derretirse el mismo día?

—Yo también estaba nerviosa. —Miro mi plato—. No pasa nada.

Callum queda en silencio, ni siquiera se mueve, así que le dedico la sonrisa más cálida que puedo.

—Siéntate. Come. Ha sido un largo día. Debes estar muerto de hambre. Yo tengo tanta hambre que *te comería...* —parloteo como una idiota, dándome cuenta de que he dicho siete palabras demasiado tarde.

Callum levanta una ceja y me sonríe con suficiencia.

—¿Qué has dicho, Marlow? ¿Tienes hambre de algo más que langosta?

Siento calor en mis mejillas. Pero estoy de demasiado buen humor como para dejar que gane esta vez.

—Depende. Dicen que es afrodisíaco. —Pincho la carne de mi cola de langosta—. ¿Qué tienes para ofrecer?

Resopla.

—Algo más grande que esa pinza.

Mi mirada va del marisco en mi plato a Callum y luego de vuelta a él.

—Te creo.

—No podrías con eso.

—No, Callum, *tú* no podrías conmigo. Pero no importa. No salgo con abuelos, así que no tienes nada de qué preocuparte. —Le dedico una dulce sonrisa—. ¿Recuerdas siquiera cuántos años tienes?

Se ríe.

El hombre con el repertorio emocional de cemento suelta una carcajada. El timbre, rico y gutural, me invade y siento un hormigueo que me recorre la piel. Me sorprende lo mucho que me encanta ese sonido.

No sé cómo reaccionar.

—No sabía que pudieras... *reír.*

—A pesar de lo que puedas pensar, soy un ser humano.

—Sí, pero... nunca imaginé que supieras hacerlo.

Callum se sienta en la silla a mi lado y llena su plato de langosta y vegetales.

—Bueno, qué bien.

—¿Qué está bien? —Bebo un sorbo de agua.

—Estamos a mano.

—¿Disculpa?

—Te he sorprendido. —Clava el tenedor en un tallo de un espárrago—. Y antes, esta noche, tú me has sorprendido a mí.

El corazón me late con fuerza mientras intento descifrar lo que dice.

—¿Qué quieres decir?

Le doy otro bocado a esta suntuosa comida de hotel de cinco estrellas. Deliciosos sabores *gourmet* me invaden el paladar. Por un instante, me dejo llevar por un mar de deleite culinario. ¿De qué estábamos hablando?

—Me refiero a esta *noche*. —Callum se aclara la garganta—. Tremenda foto la de allá.

No hace falta que me mire para saber que se me está subiendo un rubor a la cara y está bajándome por el cuello.

¿Pero por qué? He estado encantada con esa foto durante las últimas horas. ¿Por qué debería desconcertarme su cumplido? ¿Y por qué estoy interpretando su triste intento de adulación como un cumplido?

—Déjame adivinar. —Tomo un trago de vino. Aunque rara vez bebo, pensé que una copa para celebrar no vendría mal—. Te acabas de dar cuenta de que tengo talento y que quizá necesite un guardaespaldas cuando sea rica y famosa.

Se estremece como si lo hubiera pellizcado.

Vaya. Puedo ver cómo se forma en su mente un típico comentario idiota, afortunadamente, no lo deja salir.

En cambio, exhala, relajando un poco los hombros.

—No es eso. —Muerde la langosta y mastica pensativo—. Creo que perseguir algo que te apasiona y ser bueno en ello... es increíble.

¿Por qué esa sola frase que le sale de los labios me acelera el corazón?

Cruzo las piernas por debajo de la mesa.

—¿Qué sabrás tú de eso?

—Deirdre. —Callum mastica un poco más y traga—. Mi hermana.

Eso rompe mi concentración.

—¿Tienes una hermana?

Da otro bocado.

—Seis años menor que yo.

Me cuesta imaginar a este hombre como parte de una familia.

—¿Cómo es ella?

—Muy parecida a ti. Decidida a hacer lo que quiere, contra todo pronóstico, contra los consejos y las experiencias previas.

—¿Y cuáles son?

—Enseñar.

Me encojo de hombros.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Digamos que va en contra de la tradición familiar. —Callum da un sorbo a su vino—. De hecho, así es como conozco a Darren.

—Ah, ¿sí? —Arqueo las cejas. ¿Por qué se está abriendo así conmigo de repente?

Sus ojos se oscurecen mientras bebe un poco de agua.

—Mi familia forma parte de la mafia en Irlanda. Tenemos vínculos ancestrales con los *Reyes Irlandeses.*

—¿Pero ya no, desde que trabajas para Darren y él se ha retirado?

Duda.

—No.

Ahora soy yo quien mastica pensativamente.

Cuando no se me ocurre nada más que decir, Callum continúa:

—Mi hermana y yo fuimos en contra de la voluntad de nuestra familia para explorar nuestros deseos en lugar de unirnos al grupo.

—¿Ella se convirtió en profesora y tú te convertiste en... un matón a sueldo?

—Casi. —Me lanza otra mirada indescifrable y sin gracia—. Militar. Fuerzas Especiales Irlandesas.

Casi se me cae el tenedor.

—¿Eres *soldado*?

—Exsoldado.

—Bueno, eso lo explica todo. —No me extraña que siempre esté tan inexpresivo.

—En fin. —Se pasa la lengua por los dientes—. Deirdre siempre soñó con ser maestra de primaria, y ahora es una maestra

maravillosa. Lo que quiero decir es que... es admirable que tú también estés persiguiendo tu sueño.

Esas palabras me llegan directamente al corazón.

Capítulo 19

Lucy

Una sensación agridulce me invade al ver el resto de mi langosta olvidada en el plato.

—Sí, he recorrido un largo camino desde que robaba zapatos y pasta de dientes, ¿verdad?

La mirada de Callum se clava en la mía. No puedo creer lo que acabo de admitir, pero parece que no hay otra salida que compartir esta historia lo más rápido y con la mayor serenidad posible.

—Cuando estaba en un hogar de acogida, durante la época en que mi hermana y yo estuvimos separadas... Me enviaron con una mujer realmente horrible. —Todavía recuerdo su mirada despectiva, desinteresada y vacía—. Se gastaba todo el dinero que mandaban para mí en ella y en sus hijos. Llegó un otoño en el que la situación era tan grave que no tenía ni un solo par de zapatos que me quedaran bien ni nada para cepillarme los dientes.

Mi cuerpo se contrae bajo la piel solo de pensar en la desesperación impotente que viví de niña.

Veo que los hombros de Callum también se tensan un poco.

—Sabía que me castigarían si me quejaba, así que al final le robé un par de zapatos... y pasta de dientes a una chica de mi clase con *brackets*. Ella guardaba un tubo en la mochila, porque siempre se estaba cepillando los dientes.

Callum niega con la cabeza, la compasión se refleja en cada línea de su rostro.

En lugar de darle la oportunidad de responder, nos ofrezco a ambos una salida a este deprimente desvío hacia mi pasado.

Me muevo un poco en mi asiento, deseando que desaparezca la timidez.

—Bueno, ya basta de eso. Me has hablado del sueño de tu hermana. ¿Y el tuyo?

Callum me toma la mano y me la aprieta. Pasan varios segundos antes de que la suelte.

—Mi sueño murió hace tiempo.

No entra en detalles.

Ahora soy yo quien no sabe qué decir.

Me siento terriblemente incómoda, preguntándome por qué revelé mi vulnerabilidad tan fácilmente, especialmente cuando él claramente no parece dispuesto a hacer lo mismo.

—No tenía grandes ambiciones. —Deja el tenedor sobre la mesa y arruga una servilleta en el puño—. No quería ver mi cara en una valla publicitaria como tú, ni quería influir en la mente de los jóvenes como Deirdre. Solo quería... ayudar a quienes lo necesitaban.

Se me acelera el corazón. Tras la mirada cautelosa de Callum, vislumbro una emoción que no logro identificar. ¿Dolor?

—Pero yo no soy como tú ni como Deirdre. —Su tono se vuelve más pesado—. Incluso cuando lo di todo, incluso cuando lo arriesgué todo, no pude proteger a las personas que más lo necesitaban. —Observa fijamente la mesa, como si viera todos sus errores bailando ante él.

Siento una punzada de empatía en el pecho. Mi mano recorre la pequeña distancia que me separa de su puño cerrado y se posa sobre él. Impulsivamente, aprieto suavemente, igual que él hizo conmigo.

Este pequeño contacto hace que arquee las cejas. Quizás debería sentirme ofendida por esa reacción, pero, en cambio, una cálida sensación me invade de pies a cabeza.

—No deberías intentar consolarme. —La voz de Callum se endurece. Bajo mi mano, se tensa aún más—. Soy quien ha

sobrevivido mientras los extremistas mataban a las personas a las que tenía el deber de proteger. Una familia. Un padre, una madre y una niña pequeña.

Se me encoge el corazón solo de imaginar el peso que lleva sobre los hombros desde que esto pasó. Con razón es tan estricto con la seguridad.

—Creo que eres muy valiente. —Respiro hondo—. Sé que se necesita mucho coraje para levantarse y seguir adelante después de haber pasado por un infierno.

Niega con la cabeza.

—Después de fracasar en esa misión, haciendo el trabajo que hice... mi sueño... perdió todo sentido. Y al final, dejé el ejército. Así que, como ves, tus elogios son en vano. No me recuperé.

Mi atención se dirige a su rostro.

—Sí, lo hiciste.

Me mira a los ojos, con frustración en su expresión.

—No, no lo hice.

—Entonces, ¿cómo se llama esto? —Retiro la mano para señalar el espacio que nos separa—. No, al final no pudiste proteger a esa familia, sin embargo, eso no te impidió comprometerte para protegerme a mí.

La expresión de Callum se ilumina, como si nunca antes hubiera considerado sus acciones desde este punto de vista. Ni siquiera responde.

Bebo un sorbo de agua para aliviar la sequedad de mi garganta.

—¿Te acuerdas de aquel juez, el que me agarró? ¿Crees que fue la primera vez que uno de los pervertidos de la industria se pasó de la raya?

La ira y la comprensión brillan en los ardientes ojos verdes de Callum.

—La primera vez que me pasó algo así, tenía dieciséis años y me presenté a un anuncio de familia impreso. El culpable fue el modelo que se hizo pasar por el padre de mi personaje. —Me trago el asco que me trae ese recuerdo y niego levemente con la cabeza.

—¿Qué pasó? —La voz de Callum está cargada de malicia.

Cruzo las manos delante del plato.

—Ese idiota de mediana edad me susurró algo sexual al oído y luego me agarró. Fue horrible. Era joven, estaba asustada y vulnerable. Sabía que quería ser modelo, pero no si eso significaba tratar con hombres así a menudo. Después de eso, me di cuenta de que tendría que tomar una decisión. Renunciar a mi sueño o decidir que no iba a dejar que tipos como él ganaran.

Para mi gran sorpresa, algo parecido a la admiración suavizó la expresión de Callum.

—Eres más dura de lo que pareces, ¿verdad, Marlow?

—Espero que sí. —Se me escapa una risa seca—. Si no, probablemente ya sería la ermitaña más joven del mundo, escondida en mi apartamento y sin salir jamás. —Un destello de oscuridad me invade—. Eso o encerrada en un psiquiátrico.

Mierda. Necesito salir de aquí antes de confesar demasiado. Antes de que se dé cuenta del desastre que soy en realidad.

Sin siquiera intentar hacer algún tipo de transición, me levanto de un salto.

—En fin, debería irme a la cama. Si no duermo nueve horas, mañana tendré ojeras.

Me giro hacia la salida. Necesito esconderme antes de decir otra estupidez.

—Espera. —Callum se levanta de la silla y me agarra la muñeca con la mano a la velocidad de un rayo.

El corazón me da volteretas entre las costillas. Cuando me echo hacia atrás para mirarlo, él está justo delante de mí. Instintivamente, retrocedo, pero tropiezo con la pata de la silla y me tambaleo.

Me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia su pecho.

El corazón me late tan fuerte que me sorprende que él no pueda oírlo.

Me siento paralizada bajo la mirada de sus ojos verdes.

El aire se me escapa de los pulmones.

—Gracias por... detener mi caída. Una vez más.

Me hace un gesto solemne con la cabeza antes de soltarme lentamente.

—Gracias por pensar mejor de mí de lo que merezco.

Doy un pequeño paso atrás alejándome de él, mientras el calor y la fuerza de su cuerpo me calientan la piel como vapor.

—Pues, bien.

—Me alegra que no hayas dejado que tus experiencias te convirtieran en una ermitaña. —La sinceridad brilla en su rostro—. Aunque eso me hiciera la vida mucho más fácil ahora mismo.

Mis labios se curvan ante su intento de broma. Y entonces todo el estrés de las últimas veinticuatro horas se disipa de mi sistema en unas cuantas risas.

Los dos nos quedamos aquí parados, riéndonos a carcajadas.

—Buenas noches, Callum. —Por alguna extraña razón, me inclino hacia delante para darle un rápido beso en la mejilla. No es hasta que mi boca se junta con la suya que me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

Retrocediendo, me doy cuenta de que su sorpresa refleja la mía antes de que me rodee la cintura con un brazo y me atraiga hacia él.

Sus labios encuentran los míos.

Un beso de verdad esta vez, su lengua recorriendo la comisura de mi boca. Separo los labios, apretando los puños en su camisa mientras me flaquean las rodillas. Sabe a vino y a pecado. Y, aunque podría arrepentirme por la mañana, le devuelvo el beso como si el mañana no importara.

Gime en mi boca, mordisqueándome el labio inferior, y luego me agarra la nuca. Sus dedos se enredan en mi cabello y tiran de él. Inclino la cabeza, permitiéndole un mejor acceso. A medida que el beso se intensifica, cierro los ojos.

No he besado a nadie en... No sé cuánto tiempo. Aun así, no recuerdo haber sentido nunca un beso como este. Extiende la mano libre sobre mi cadera, abrazándome fuerte mientras me da besos suaves como plumas en la comisura de los labios, la mandíbula y el cuello. Cuando su boca vuelve a la mía, una descarga eléctrica me recorre todos los nervios.

Dejo escapar un jadeo ante la sensación de vértigo y el ruido rompe el hechizo.

Callum se aparta tan rápido como me atrajo hacia él.

Durante varios segundos, nos quedamos en silencio, jadeando. Solo un fino círculo verde se asoma alrededor de sus pupilas dilatadas.

Cuando me humedezco los labios y retrocedo, él me suelta.

—Yo... Necesito dormir. —Tengo la garganta seca—. Buenas noches, Callum.

Corro a la habitación y cierro la puerta de golpe.

Me preparo para irme a la cama y apago las luces antes de acurrucarme bajo las sábanas. Mi mente da vueltas, pero no siento ni una pizca de remordimiento por lo que ha pasado. Besar a Callum fue indescriptible.

Lo más vergonzoso es que... quiero volver a hacerlo.

Capítulo 20

Callum

Me quedo solo en la mesa al menos cinco minutos después de que ella se fue, con los pies clavados en el suelo.

¿Qué demonios fue eso?

Un momento estábamos cenando, celebrando su victoria e intercambiando anécdotas de batalla. Al siguiente... Lo último que esperaba era sentir los suaves y cálidos labios de Lucy sobre los míos.

Sé a ciencia cierta que me desprecia. Sin embargo, hace apenas unos minutos, sonrió radiante... y luego me besó.

Y le devolví el beso. Con avidez. Con un ansia de dominar su boca que no conozco.

En las raras ocasiones en las que me acuesto con alguien, enfoco esos encuentros como un método para satisfacer un impulso biológico. Para ambos. Nada más. Nunca beso por besar, y la sangre nunca me hierve de deseo como en este momento. La mitad del tiempo, actúo de forma automática.

Dios, esta mujer se arrastra tan profundamente debajo de mi piel que toca mis huesos.

Tenía pensado pasar el resto de la noche analizando las imágenes del evento para ver si había alguien o algo que se me hubiera pasado por alto entre la multitud, pero esa posibilidad se

esfumó de inmediato. Estoy demasiado excitado para sentarme en el sofá a trabajar.

Agarrarla así fue un error.

Si no la hubiera asustado, no se habría caído, y si no se hubiera caído, tampoco habría ocurrido nada de lo que sucedió después.

Si tan solo hubiera mantenido el control durante treinta segundos más. Nada habría cambiado entre nosotros. No obstante, solo puedo pensar en lo perfecto que se sentía su cuerpo contra el mío. Su dulce aroma a jazmín. Su respiración entrecortada. La carnosidad de sus labios entre mis dientes. Sus senos contra mi pecho.

Maldita sea.

Tengo que salir de aquí.

Saco mi teléfono y le pido a Darren que ponga guardias armados fuera de la *suite*.

En cuanto llegan los refuerzos y se posicionan en el pasillo, tomo el ascensor de servicio más cercano hasta el estacionamiento del hotel. En media hora, estoy en mi moto atravesando a toda velocidad las calles de *Manhattan*, iluminadas con luz intensa. Al principio, no tengo ningún plan. Mi único objetivo es aclarar el caos que me invade la mente.

Lucy, que solo me ha dado problemas, resistencia y descaro desde el primer día, fue tierna conmigo esta noche. Generosa, incluso. Amable.

La forma en que me habló en la cena, la forma en que me tocó la mano... cómo me llamó valiente. Hacía mucho que nadie usaba ese término para describirme. Normalmente, los cumplidos me rebotan, pero el suyo caló hondo.

El miedo le quebró la voz, aunque dudo que le gustara que me diera cuenta.

Hogares de acogida.

Modelos lascivos.

Cuando dijo eso de convertirse en ermitaña, una furia fría me atravesó el pecho.

Lucy ha vivido suficiente mierda como para darle la espalda a los humanos y no volver a confiar nunca más en el mundo, aun así, sigue aquí, desnudando su alma para perseguir sus sueños.

Es una sobreviviente. Una de las mujeres más fuertes que he conocido. A pesar de su doloroso pasado, se niega a admitir la derrota y rendirse. Se niega a dejar que sus demonios la dominen.

No puedo retractarme de todas las insensibilidades que he dicho y hecho estos últimos días ni borrar todos los pensamientos críticos que me han llenado la mente desde que empecé este trabajo. Pero puedo tratarla mejor de ahora en adelante. *La* trataré mejor. No se merece menos, y yo necesito expiar mi culpa. Si no, este sentimiento de culpa podría tragarme por completo.

Para cuando llego a la acera frente al oscuro edificio de apartamentos de Lucy, el miedo me hace un nudo en el estómago.

Exhalo con fuerza y me quito el casco.

Si bien quiero ganarme la confianza de Lucy, también debo tener cuidado. No puedo permitirme caer bajo su hechizo.

Sobreviviente o no, ella eligió involucrarse con un hombre vil.

Y ella sigue siendo mi misión.

Incluso si estuviera dispuesto a dejar de lado ambos hechos, no tenemos un futuro juntos. Una vez que Lucy se entere de mi plan secreto, me odiará por haberla engañado.

Mi objetivo sigue siendo el mismo: robar la billetera de criptomonedas para Shane Gallagher.

Rápidamente.

Esa es la razón principal por la que estoy en el apartamento de Lucy a mitad de la noche. Aunque también me vendría bien un espacio privado para gestionar toda la mierda emocional que ella ha avivado detrás de mis costillas.

Mientras el portero, con su aire de superioridad, parlotea por teléfono, entro en el edificio y subo las escaleras hasta el octavo piso. Salgo de la escalera aliviado de que al menos ahora puedo buscar la billetera de criptomonedas sin preocuparme de que Lucy se dé cuenta.

Las voces resuenan delante de mí.

Me pego a la pared y echo un vistazo por la esquina, por el pasillo que lleva a su apartamento. Frente a su puerta, un hombre musculoso con traje negro mastica una manzana junto al gran

ventanal del recibidor. A juzgar por la escritura rusa tatuada en su cuello, no es uno de los *Reyes Irlandeses*.

La emoción me calienta la sangre. Esta noche podría ser mi noche de suerte.

Este *punk* debe ser el espía de quienquiera que esté en su apartamento husmeando entre sus cosas.

Después de deshacerme de sus invitados no deseados, podré culparlos de mi *espionaje.*

Saco una moneda de veinticinco centavos del bolsillo y la tiro al pasillo. El tipo musculoso frunce el ceño antes de inclinarse para inspeccionar la moneda.

La distracción funciona. No me ve venir.

Corro por el pasillo y lo empujo contra la pared. La manzana sale volando de su mano carnosa.

Se lleva la mano al cinturón, pero es demasiado lento.

El pobre desgraciado no tiene ninguna oportunidad.

Le doy una patada, derribándolo. Se desploma con un gruñido de dolor. Aun así, el gigante se niega a rendirse. Se da la vuelta y se sienta, volviendo a buscar su cinturón.

Saco mi arma mientras él forcejea con la suya y le doy un golpe en la cabeza con un fuerte ruido sordo.

Se desploma y no vuelve a moverse.

Uno menos.

Con mi pistola en la mano, abro un poco la puerta de Lucy.

Un hombre flacucho, con una nariz larga y encorvada, rebusca en su escritorio improvisado. Los segundos pasan mientras yo permanezco allí en silencio, observando. Esperando. Aguardando el momento oportuno y luchando por contener la ira mientras ese imbécil hurga las cosas de Lucy.

Otro hombre sale de su habitación con las manos vacías. Lleva el cabello oscuro y grasiento peinado hacia atrás recogido en una coleta enredada.

Abro la puerta un poco más.

El de cola de caballo levanta la cabeza de golpe.

—¿Lev?

Me quedo en silencio.

—Entra, Lev. —El acento ruso del de cola de caballo se filtra por la puerta entreabierta.

Pasa un momento.

—Deja de hacerte el tonto y ayúdanos a buscar.

Me escabullo aún más tras la puerta.

Se acercan pasos pesados. Alguien maldice en ruso mientras contengo la respiración. Los pasos se acercan.

La adrenalina me recorre el cuerpo mientras enfundo mi arma.

Debería estar aquí en *tres.*

Dos.

La puerta se abre de golpe.

—*Kokogo cherta*, Lev? —«¿Qué demonios te pasa, Lev?»

Le rodeo el cuello al de cola de caballo con el brazo y entrelazo los dedos.

—Lo siento, hombre. Lev necesitaba una siesta.

Sus ojos se abren, primero con sorpresa, luego con furia. No le doy tiempo para reaccionar. Le aplico una llave de estrangulamiento presionándole la cabeza y rodeándole el cuello con el brazo.

Me araña la piel e intenta gritar, pero lo sujeto con fuerza y aprieto.

Aunque la resistencia disminuye, mantengo la presión. Cola de caballo comienza a balancearse.

La piel se le queda sin color.

Una vez que cierra los ojos y se queda inerte, lo suelto y se desploma en el suelo.

«Otro más».

—¡Entra aquí, *pobochnyy rebenok*! «¡Entra aquí, bastardo!» —ordena una voz grave y ronca desde el interior del apartamento.

Cuando levanto la cabeza, me encuentro con el cañón de un arma apuntándome.

No es la primera vez que me veo en esta situación.

Lo miro con calma.

—No va a pasar.

El de la nariz encorvada frunce los labios y dispara, pero yo ya me he tirado al suelo y rodado, esquivando la bala que silba sobre mi cabeza. La ventana se hace añicos cuando me lanzo a la esquina.

El imbécil sigue disparando.

Cualquier otra noche, nos ahorraría el lío y le dispararía. No obstante, prefiero arrastrar su miserable trasero y a lo que quede de sus amigos de vuelta con los *Reyes Irlandeses* para interrogarlos.

Con la persuasión adecuada, podrían compartir información que me ayude a mantener a Lucy a salvo.

Sin embargo, si sigue disparando, puede que no me deje otra opción.

Incorporándome, saco mi propia pistola y apunto.

Unos pasos pesados anuncian la llegada del hombre con nariz encorvada al entrar en el pasillo. El clic metálico es música para mis oídos.

Se ha quedado sin munición.

—¡Mierda! —Aprieta el gatillo de nuevo mientras el pánico le oscurece la mirada.

Te tengo.

La bala que le disparo a la pierna le atraviesa el muslo. Con un grito, se desploma.

«Número tres».

Saco el teléfono del bolsillo y llamo a Darren.

—Soy yo. Tres más para recoger.

Contengo metódicamente a los rusos y los arrastro al apartamento de Lucy para que esperen.

Capítulo 21

Callum

Una vez que termino de registrar el apartamento de Lucy, conduzco mi motocicleta de vuelta al hotel y la estaciono. Si no fuera porque atrapé a esos tres cabrones que entraron a robar, todo el viaje habría sido una gran pérdida de tiempo.

Tengo la cabeza más despejada, pero me duele el cuerpo por todas partes y definitivamente tengo algunos raspones que necesitan un poco de cuidado.

Ahora mismo, solo pienso en esa billetera de criptomonedas.

Shane sigue presionándome para que encuentre esa maldita cosa, y Viktor Roguilin está dispuesto a secuestrar y posiblemente dañar, incluso matar, a Lucy por ello. Sea o no deshonesto, la opción más segura es quitarle la billetera.

Por desgracia, sigo sin saber absolutamente nada sobre su paradero. Lucy no ha dicho nada que indique que esté guardando algo tan importante, y mi última búsqueda en el apartamento ha sido un fracaso.

Para cuando regreso a nuestra *suite*, una parte de mí se pregunta si esa cosa siquiera existe.

Me froto la cabeza y miro la hora. Debería intentar dormir. Son casi las cuatro de la mañana y normalmente me levanto a las seis o

siete. No obstante, estoy demasiado nervioso. Todo el cuerpo me vibra con la adrenalina residual.

Lo que necesito es una buena follada. Como eso es imposible, me conformaría con una ducha larga, desgraciadamente, el baño está en la habitación de Lucy.

En su lugar, me dirijo al medio baño y me resigno a limpiarme con una esponja.

Después de frotar con agua y jabón las partes de mi cuerpo a las que puedo acceder fácilmente y ensuciar más de una toalla, me curo los cortes y moretones que recibí en la pelea de esta noche. Nada que ponga en peligro mi vida. Solo unos rasguños y arañazos en las manos y los brazos causados por cristales rotos.

Estoy a punto de tirarme al sofá cuando un grito desde la habitación de Lucy me lanza a toda velocidad hacia su puerta. Entro de golpe, con el corazón latiéndome con fuerza golpeándome en las costillas.

Se revuelve bajo las sábanas, sollozando entre sueños.

Una fría oleada de alivio calma mi preocupación y permite que mi pulso se tranquilice. No hay peligro. Solo está atrapada en medio de una pesadilla.

Enciendo la lámpara, pero Lucy no se despierta.

El sudor le empapa el rostro y su expresión se contrae de miedo y dolor.

—No... —Las lágrimas resbalan de sus ojos cerrados—. *Por favor, no*.

Su súplica me parte el corazón. ¿Qué demonios la está atormentando? Sea cual sea el infierno mental en el que está atrapada, termina ahora.

La agarro por los hombros y la sacudo suavemente.

—Lucy, despierta.

Abre los ojos de golpe.

—¡No! —Se lleva las manos a la cara a la defensiva.

—Marlow, cálmate. —Dios mío, está temblando—. No pasa nada. Soy solo yo. Estás a salvo.

Lentamente, muy lentamente, baja los brazos y parpadea.

—¿Callum? ¿Qué pasa?

—Nada. —Me siento a su lado en la cama—. Estabas teniendo una pesadilla. Gritaste. Te oí desde la otra habitación. Pensé que alguien podría estar aquí, haciéndote daño.

Se encoge contra el colchón, agachando la cabeza de una forma muy poco propia de ella. Nada de confrontaciones ni descaro.

—Lo siento —susurra.

—No te disculpes. —Mi voz es demasiado áspera. ¿Por qué sueno tan enfadado con ella? Seguramente todavía debo de estar recuperándome del susto—. ¿Qué soñabas?

Niega con la cabeza; lágrimas frescas se le pegan a las pestañas.

Mierda. No debería haber preguntado.

Me levanto y busco su lámpara.

—Vuelve a dormir.

Me agarra el antebrazo para detenerme. Me encuentro con su mirada asustada. Temblando aún, retira las manos y las esconde bajo las sábanas.

Odio verla tan asustada. Esa imagen me provoca una necesidad imperiosa de acabar con sus demonios. Que no confíe en mí lo suficiente como para contármelos es un golpe en el estómago, pero no puedo culparla. Me he ganado su desconfianza.

Estoy a punto de irme cuando su suave voz me paraliza.

—Callum... ¿Podrías quedarte conmigo hasta que me duerma?

Respondo sin pensarlo:

—Por supuesto.

Por un segundo, nos miramos el uno al otro en silencio, atónitos. Luego, ella se gira sobre su lado izquierdo, dándome la espalda.

Me siento en la cama. Me pidió que me quedara... ¿Y ahora qué? No puedo meterme debajo de las sábanas y abrazarla hasta que se duerma, pero si me levanto y cruzo la habitación hasta el sillón de la esquina, ¿mi presencia seguirá reconfortándola? Observarla desde lejos no es lo mismo que quedarme con ella.

—Gracias. —Sus palabras son tan suaves que casi no las escucho.

Me apuñalan directamente en el pecho y me inmovilizan.

Supongo que eso es todo. Solo una invasión armada podría sacarme de aquí.

Me quedaré aquí hasta que ella regrese al país de los sueños.

Los segundos se convierten en minutos sin que ninguno de los dos diga ni una palabra. Hay silencio. *Demasiado silencio*. Estoy tan acostumbrado a discutir con ella que todo este silencio me desconcierta.

Lucy juguetea con las mantas, subiéndoselas hasta las axilas.

Miro la lámpara.

—¿Quieres que apague la luz?

Se queda quieta.

—No. Por favor, no lo hagas. —Suspira lentamente, con irritación evidente en su voz—. No importa. De todas formas, no puedo dormir.

—¿Por la pesadilla?

Se da la vuelta y me mira parpadeando.

—No puedo dormir contigo aquí.

—Me voy entonces. —Empiezo a levantarme, pero sus palabras me detienen de nuevo.

—No, te quiero aquí. —Abre los ojos como platos, como si se hubiera sorprendido a ella misma—. No, eso no es... lo que quiero decir es... —Se cubre la cara con una mano—. Lo siento.

—Creí haberte dicho que no te disculparas conmigo. —Las palabras salen demasiado duras. Joder. No estoy enfadado con ella. Solo estoy frustrado, porque no sé cómo ayudarla. Sin control sobre la situación, me siento impotente.

—No estoy acostumbrada a que haya alguien... en mi habitación conmigo por la noche. —Su voz se apaga y un rubor de vergüenza le da color—. Eso es todo lo que quería decir.

—Nada de pijamadas, ¿eh?

Se estremece.

—Ni se te ocurra bromear con eso.

—Bromear ¿sobre qué?

—No importa. —Su mirada recorre el dormitorio. De repente, le interesa todo menos yo.

En cualquier otra situación, su leve puchero me haría reír. Su expresión me recuerda mucho a Deirdre, mi hermana solía tenerle miedo a las tormentas, pero nunca lo admitía. Incluso cuando estaba

aterrorizada quería que me quedara con ella hasta que se durmiera, el orgullo le impedía confesar sus miedos.

La cálida nostalgia que me recorre se desvanece cuando Lucy aparta las sábanas de una patada, dejando al descubierto sus piernas desnudas. Alejo la mirada y redirijo el rumbo errante de mis pensamientos.

—Bueno, si no puedes dormirte sola, ¿quieres que te ayude?

Los ojos de Lucy se clavan en los míos.

—¿Ayudarme a qué?

—A dormirte.

—¿Cómo?

Solo conozco una forma de ayudar a alguien que no puede dormir a descansar un poco. Bueno, dos, pero dudo que Lucy esté de acuerdo con que le provoque un orgasmo como método para conciliar el sueño.

Ella elige ese momento para mordisquearse el labio inferior, lo que me trae recuerdos de nuestro beso. De cómo mordí ese labio tentador con mis propios dientes. Cambio de postura, tratando de evitar que mi polla siga creciendo. Mala idea, imaginarme a Lucy en pleno arrebato de placer. Es hora de cambiar de marcha.

¿En qué estaba pensando? *Ah*, sí. En mi hermana y sus problemas para dormir. Este "otro" método funcionó con mi hermana y conmigo, así que quizá también funcione con Lucy. No obstante, para ello tendría que confiar en mí de una forma totalmente nueva.

Al diablo.

—Si pones la cabeza en mi regazo, te daré un masaje en la espalda y el cuello. Solía dormir a mi hermana pequeña en cuestión de minutos.

Sus ojos se abren de nuevo. Con las sombras de la lámpara, no logro distinguir su expresión. Espero que no sea de asco.

Traga saliva.

—Muévete.

Se me oprime el pecho.

«¿Cómo es posible que me afecte así?»

Me deslizo hacia la derecha. Relajándome contra la cabecera de la cama.

Tras un momento o dos de maniobras cautelosas, Lucy vuelve a tumbarse en la cama, utilizando mi muslo izquierdo como almohada.

El peso de su cabeza, la intimidad de este instante, me calienta por dentro y por fuera.

Aunque no me arrepiento de esta brillante idea mía, me aterra cómo este simple acto de confianza hace temblar todo mi ser.

Un gesto tan simple no debería parecer tan monumental.

Con el cuello de Lucy curvado alrededor de mi muslo, me cuesta mucho controlarme para no hundir la mano en su suave cabello con mechas moradas. Con el corazón latiéndome con fuerza, pongo la palma de la mano sobre su espalda y empiezo a frotar con pequeños y suaves movimientos circulares.

Esto me trae recuerdos. Como le conté a Lucy, solía hacer esto con Deirdre todo el tiempo cuando éramos pequeños. Como hermano mayor, yo era el valiente que la tranquilizaba después de una pesadilla. Nuestras habitaciones estaban en el mismo extremo del pasillo, una frente a la otra.

Empiezo por los hombros. Bajo por ambos lados de la columna. Movimientos lentos. Nada apresurados. Solo movimientos calmantes, repetitivos e hipnóticos.

Al principio, la tensión mantiene a Lucy rígida contra mi pierna. Pero pronto sus músculos se relajan bajo mi palma, y mis movimientos calmantes la dejan dócil.

—Que bien se siente. —Su voz se arrastra un poco.

La lujuria me recorre el cuerpo y se dirige directamente a mi polla. ¿En qué demonios estaba pensando? Esto no se parece en nada a lo que sentía con mi hermana. Solo espero que Lucy no se dé cuenta de la enorme erección que tengo a pocos centímetros de su cabeza.

Estoy muy atento a cada mínimo movimiento de su cuerpo. Cada suspiro silencioso. Cada respiración. Siento un cosquilleo en la piel al acariciarla a través de la fina camiseta de su pijama.

Quiero tocar más. Mover mi mano más abajo por su cuerpo o subirla para acariciarle el cabello. Recorrerle el contorno de la oreja. Sentir su piel desnuda bajo mis dedos.

Una parte cada vez mayor de mí desearía *haberme* metido bajo las sábanas y haberla abrazado. Quizás entonces... ambos podríamos habernos quedado dormidos así.

«Relájate. Esto es solo mi trabajo. La estoy protegiendo de sus sueños».

Sí, claro. Ni siquiera yo me lo creo.

Lucy suelta un suspiro silencioso.

—Callum.

Me inclino para susurrarle:

—¿Sí?

Sin embargo, no responde. Cuando miro su rostro dormido, veo que sus pestañas rozan sus mejillas.

Su respiración se vuelve más profunda a medida que se sumerge en el sueño.

Golpeo mi cabeza contra la pared y gimo.

Estoy completamente jodido.

Capítulo 22

Lucy

A la mañana siguiente me despierto sola, bien descansada, aturdida y sintiéndome completamente ridícula.

El sueño que conseguí después de aquella pesadilla infernal me rejuveneció. Pero cuando recuerdo cómo descansaba mi cabeza en el regazo de Callum, con su cálida y reconfortante palma en mi espalda después de rogarle que no me dejara...

Me encojo al quitarme la pijama para ducharme, con la mortificación apoderándose de mí como un perro con un juguete nuevo para morder.

¿Por qué demonios le pedí que se quedara?

Él no es Maya ni Nika.

Nadie le paga por cantarme canciones de cuna o mecerme hasta que me duerma.

¿Qué pensará ahora de mí?

Reclino la frente contra el mármol de la ducha, derrotada, y cierro los ojos mientras el agua me empapa de pies a cabeza.

Primero, lo besé y él me devolvió el beso. Luego, me aferré a él como una patética debilucha después de una pesadilla, algo que debería haber manejado por mí misma.

Me golpeo la cabeza contra la pared y me enfado por la vergüenza durante un segundo más antes de sacudirla. Torturarme

con reprimendas no beneficia a nadie. En todo caso, debería redirigir mis pensamientos hacia algo productivo... como la competencia.

Al salir de la ducha y vestirme, me concentro precisamente en eso. Ayer gané, pero hoy he hecho borrón y cuenta nueva. Necesito estar en mi mejor momento si quiero ganar la sexta ronda.

Una sesión fotográfica en *SoHo*. Hoy no hay eliminatorias, sin embargo, las fotos se publicarán en línea para que los espectadores puedan votar. Esas puntuaciones se tendrán en cuenta para que los jueces seleccionen a las tres mejores.

Dos horas después las modelos se reúnen en el centro de la ciudad. Nos subimos a coches de lujo bajo la brillante y deslumbrante luz del día.

Cuando me acompañan al asiento trasero de un Porsche Macan rojo rubí y veo a Callum al volante, tan solemne como siempre, me arden las mejillas. Inhalo aire en los pulmones y me doy cuenta de que me espera otro día encantador con él escrutando cada uno de mis movimientos.

Darren debió haber movido algunos hilos para conseguirle a Callum este papel adicional como mi chofer.

Y yo que esperaba evitar pasar tiempo a solas con él durante los próximos días. O semanas. Quizás años. El tiempo que sea necesario para recuperarme de un caso grave de "vergüenza a más no poder".

Ya que ese barco zarpó, lo mejor es que intente comportarme como un ser humano semifuncional y emocionalmente estable. Eso significa abandonar mi estrategia habitual de fingir que de repente se volvió invisible.

—Hola. —¿Lo ves? Lo saludé primero. Mírame hoy, cómo estoy arrasando con esto de la adultez.

Me abrocho el cinturón de seguridad mientras él levanta el pie del freno para unirse a la procesión de deportivos de color neón que se dirigen al lugar del rodaje.

Me mira de reojo.

—¿Me extrañaste?

La pregunta me desconcierta.

—Eh... no exactamente. No ha pasado ni una hora desde que salimos del hotel.

Mi mirada se posa en mi regazo antes de asomarme por la ventana, donde observo otros vehículos y peatones mientras avanzamos por las calles.

Siempre que me pongo así de nerviosa, mis dedos recorren una y otra vez los grabados de mi pulsera de plata. Normalmente, ese gesto familiar me reconforta, pero hoy no he tenido suerte. Sigo nerviosa por mucho que frote mi amuleto de la suerte.

Tras unos minutos de profundo silencio, Callum pulsa un botón del estéreo. Una relajante melodía celta se filtra por los altavoces del coche, disipando mi confusión mental.

Busco sus ojos en el espejo retrovisor y los encuentro ya fijos en mí.

—La música celta me ayuda a calmar mis pensamientos —lo dice como si ya supiera que tengo la mente desorganizada.

La intimidad de este pequeño gesto me abruma.

Trago saliva con dificultad.

—Es preciosa.

Callum vuelve a centrar su atención en la carretera, pero noto que sigue atento.

—Debes escuchar mucho este tipo de música. —Me remuevo en mi asiento—. Por fin sé el secreto de cómo te las arreglas para mantener la calma siempre.

—La mayor parte del tiempo, querrás decir. —Nuestras miradas se encuentran de nuevo en el espejo. Cada vez que sus ojos se posan en los míos, incluso a través del reflejo, mi corazón da un salto.

La intensidad es excesiva.

Empiezo a examinarlo todo menos el espejo. Ahí es cuando noto los rasguños y cortes que llenan sus manos.

—¿Qué te pasó?

Callum se encoge de hombros.

—Me ocupé de unos asuntos pendientes.

Su tono deliberadamente informal activa mi radar.

—¿Cuándo? ¿Qué asunto? —Cuando no responde de inmediato, me enderezo en el asiento y tiro del cinturón de seguridad que cruza mi pecho—. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Los segundos pasan. Tantos que creo que no responderá. Sus nudillos se ponen blancos alrededor del volante.

—Anoche volví a tu apartamento.

—¿Mi apartamento? —Me llevo la mano a la garganta—. ¿Por qué?

—Por nuestra conversación. —Exhala con un suspiro audible—. Has tenido miedo en diversos entornos, de tantas formas diferentes, y yo solo... no quería que tuvieras miedo de volver a casa.

Su impactante respuesta me deja sin palabras. Una vez que asimilo su comentario, una cálida sensación me recorre, lenta y dulcemente. ¿Hizo eso... por mí?

—No lo entiendo.

—Volví a tu casa a reunir pruebas. Para intentar localizar a esos cabrones y... disuadirlos. De forma permanente, para que no volvieran a molestarte.

¿Una forma permanente? ¿Cómo... matarlos? ¿Solo para sentirme segura al volver a casa? No sé si sentirme conmovida u horrorizada.

—¿Es por eso que estás herido?

—Más o menos. —Pone la direccional y gira a la izquierda por una calle de un solo sentido—. Cuando llegué, el tipo que entró por casualidad estaba allí otra vez. —Su voz se vuelve un poco más melodiosa, con un acento más marcado—. Así que le di recuerdos. A él y a sus amigos.

Abro los ojos como platos.

—¿Dices que anoche te peleaste con un montón de... un montón de...?

—Ya tienes bastante con lo tuyo, Lucy. —Exhala con fuerza—. No te preocupes por eso.

La culpa me revuelve el estómago. Todo esto es culpa mía. Si le devolviera la billetera de criptomonedas a Viktor, es muy probable que deje de enviar a sus matones por mí.

Aunque dudo que la testigo desaparecida, que también accedió a testificar en su contra, haya robado algo.

Centrarme en ese dilema podría destrozarme el cerebro, así que en su lugar le frunzo el ceño a Callum.

—¿Y cuándo exactamente planeabas contarme tu pequeña aventura de artes marciales?

—No quería distraerte antes de la siguiente ronda de la competencia.

—¡Podrías haber resultado herido! ¡O haber sido arrestado! —Clavo las uñas en el asiento—. ¿Y si no hubieras vuelto anoche?

Esa última pregunta flota incómodamente entre nosotros. Suena como si me importara.

«Tal vez porque es así».

Retiro esa voz interior petulante en un rincón oscuro de mi mente. A nadie le gusta un sabelotodo. Ni siquiera uno imaginario que solo existe en tu cabeza.

—Pero regresé, no me hicieron daño, y esos tipos no volverán a molestarte. —Un músculo se contrae en su mandíbula—. Ahora están bajo custodia de los *Reyes Irlandeses.*

—Ese no es el punto. —Me dejo caer contra el respaldo, apartándome el cabello de la cara con un soplido.

Wow. Simplemente, *wow.*

Callum Kavanagh es realmente excepcional.

Nunca nadie me había apoyado así antes.

Quizás esté mal de la cabeza, no, mejor dicho, *definitivamente* estoy mal de la cabeza, pero no puedo negar que estoy empezando a sentir algo por mi niñero. No después de que arriesgara su vida solo para que yo tuviera un lugar seguro al que volver cuando toda esta terrible experiencia terminara.

Es una de las cosas más dulces que alguien ha hecho por mí, tan importante como el rescate de Nika y Darren.

Para ser sincera, me debato entre echarme a llorar y saltarle encima. Conociéndome podría hacer ambas cosas a la vez. Porque todos los hombres quieren una mujer que llore durante el sexo duro.

Murmuro un "gracias" mientras se detiene en la corta procesión. Delante de nosotros, las concursantes salen a la calle.

Cuando alcanzo la manija de la puerta, Callum frunce el ceño con una expresión severa.

Quiero alisarle esa pequeña arruga sobre la nariz con el dedo.

—¿Recuerdas lo que hablamos sobre seguridad...?

—Oye, ¿cómo están las plantas?

—¿Qué?

—Las plantas. ¿Pudiste regarlas? O al menos saludarlas.

—Yo, *eh*... me encargo. No te preocupes.

Por segunda vez en veinticuatro horas, me inclino y le doy un suave beso en la mejilla. Eso lo calla.

Me quedo cerca de sus labios, la tentación me invade.

Su delicioso aroma a cedro y vainilla cautiva mis sentidos.

Cuando nos besamos anoche, me dije a mí misma que nunca más. Pero ¿por qué no? Si ambos estamos dispuestos...

Callum permanece inmóvil como una víbora a la espera de atacar. Su lenguaje corporal sugiere que esta vez no será él quien cruce la línea. Ni siquiera cuando su mirada se posa en mis labios y sus párpados se cierran hasta quedar a medio abrir.

También lo desea.

Ese conocimiento me infunde confianza para acariciar su mejilla y cubrir su boca con la mía.

En un abrir y cerrar de ojos, su gran mano me rodea el cuello y tira de mí, casi arrastrándome al asiento delantero.

Nuestras lenguas y dientes chocan, la tensión que se ha acumulado entre nosotros durante los últimos días es tan tensa como una cuerda floja. Aprieto la parte delantera de su camisa y un suave gemido se escapa de mis labios cuando una de sus manos me acaricia el cabello. Me sujeta la nuca con firmeza, pero sin hacerme daño, lo que le permite colocar mi boca exactamente donde él quiere. Mis dedos buscan torpemente desabrocharle la camisa...

Un golpe en la ventanilla del coche me impacta como un cubo de hielo en la cara. Suelto a Callum y me echo hacia atrás contra el asiento.

—¿Señorita Marlow? —Una mano saluda a través del cristal tintado—. ¿Va a salir?

Con mi rostro sonrojado, evito mirar a Callum a los ojos mientras salgo a la luz del sol del mediodía, obligándome a cambiar mi foco de atención. Es hora de competir. Necesito concentrarme en el juego, no enredarme con mi guardaespaldas como una adolescente enamorada.

Me toco los labios con los dedos, que me hormiguean. Pero, maldita sea, ese beso estuvo bueno.

Sacudiendo la cabeza, le pido a mi cuerpo que se calme y me acerco a los organizadores de la competencia y a las otras modelos.

La forma en que se me encoge el corazón... Casi puedo escucharlo lanzar una advertencia mortal. Si sigo así, correré el riesgo de enamorarme de mi guardaespaldas. Y eso no puede pasar.

Callum desconoce mi verdadera relación con Viktor Roguilin, y quiero que siga así. Ya puedo imaginar la repugnancia en sus ojos si alguna vez se entera.

Una vez que descubra qué clase de persona soy en realidad, no volverá a arriesgarse por mí, y mucho menos a besarme.

Intento apartar el recuerdo de sus labios sobre los míos, mas no lo consigo.

Estos cálidos sentimientos que gestionan en mi interior se niegan a calmarse.

Capítulo 23

Callum

Callum

Lucy Marlow tiene que dejar de besarme o empezará algo que ninguno de los dos tiene fuerza para detener.

Después de estacionar el coche, le escribo a un chico para que vaya a regar sus plantas antes de unirme al resto del circo de la moda que invade una pequeña *boutique* de lujo. Sí, al parecer ahora también soy "el guardián del jardín". Qué demonios...

Vaya, este sitio es increíble. Percheros de ropa de diseñador llenan el lugar, enmarcados por paredes con brillantes lienzos de arte moderno. Probadores improvisados acogen a las modelos que entran y salen luciendo diferentes estilos que han creado ellas mismas.

Eso pienso. No estoy prestando mucha atención. Con Lucy aquí, las otras mujeres apenas llaman la atención.

Ese beso... No sé qué diablos se supone que debo hacer con ella. ¿Todas las conversaciones medianamente decentes a partir de ahora terminarán de la misma manera? ¿Seguiremos pasando de pelearnos como perros y gatos a besarnos cada vez que tengamos oportunidad?

Me agarro la nuca. Si Darren se entera alguna vez de mi comportamiento con la amiga de Veronika, estoy jodido. Me contrató como guardaespaldas de Lucy, porque siempre soy profesional. Siempre perfecto. No la cago. Y menos de esta manera.

Me convenzo de que no volverá a ocurrir. Sin embargo, en cuanto Lucy sale contoneándose de ese pequeño probador, tengo que admitir que me estoy engañando a mí mismo. *Estoy jodido*.

Observo cada uno de sus movimientos. Cada cambio de vestuario. Mientras los maquilladores le pintan la cara. Mientras los estilistas le peinan sus bonitas ondas moradas...

Su tipo de belleza es antinatural. Ninguna mujer debería ser tan desgarradoramente hermosa y punto. Cada vez que Lucy se levanta de la silla de maquillaje, me muerdo la mejilla para no empujarla a un probador, arrancarle la ropa y follarla contra la pared.

Ese estúpido beso en el coche me aceleró las hormonas, distrayéndome cuando necesitaba prepararme para una escena como la que hizo en su primera audición. Aunque hoy parece más tranquila, no puedo relajarme. En cuanto lo haga, me tomará desprevenido.

La observo, preguntándome si me estoy imaginando cómo se ha ablandado un poco. No lo creo.

Sus bordes filosos parecen menos cortantes; sus garras malvadas, desafiladas.

Incluso frente a la cámara, su vulnerabilidad se refleja en sus poses. A los fotógrafos les encanta todo.

En la calle, uno de los fotógrafos, el que le sacó la foto ganadora anoche, le da una serie de instrucciones, y ella las sigue al instante, sin problema, sin dudarlo.

—Anda, Lucy. Métete en el agua. —Señala una fuente de cemento en el centro de una plaza peatonal, donde gotas brillantes caen de la mano de un ángel en un bucle infinito.

—¡En ello! —Se dirige directamente al borde de la fuente y se mete en ella.

Luce su vestido esmeralda con todo su encanto y posa varias veces en el agua. En cuestión de segundos, sus chapoteos atraen al público. Una multitud viva y natural de gente común en las calles de *Manhattan*.

Me desplazo a la derecha para ver mejor la fuente y el perímetro. Todas las cámaras están enfocadas en Lucy, incluidos los teléfonos de las personas en la calle.

Incluso los peatones que pasan por allí al volver de comer pueden intuir su potencial estrellato. Ella brilla con esa cualidad indescriptible que atrae a la gente hacia su órbita.

«Otro recordatorio de que no perteneces a su mundo glamuroso».

El pensamiento irrumpe en mi mente sin ser invitado. Aunque los músculos se me estremecen con irritación posesiva, no puedo negar la verdad.

No pertenezco al universo de Lucy Marlow. No fuera de mi rol como su protector.

Mi misión requiere que me mantenga al margen y la vigile por las espaldas, por delante y por el centro.

Eso es todo. Entonces, ¿por qué se me cierra la garganta con una amarga decepción?

Unas cuantas conversaciones coquetas, un par de besos apasionados, ¿y ahora estoy considerando solicitarle que sea mi novia?

¿Qué me pasa?

La amenaza de peligro crece a medida que más gente entra en la plaza, rodeando la fuente en masa con sus teléfonos inteligentes destellando y apuntando. Gracias al próximo fin de semana festivo, hay personas por todas partes. Lucy se luce ante la multitud, mostrando su belleza y su sentido del humor. El fotógrafo se retuerce como un pretzel tratando de capturar todos sus ángulos más favorables.

Mis hombros están tan tensos que se podría rebotar una moneda de veinticinco centavos en ellos.

Hay demasiadas variables. El público, las modelos, la productora. Mis estúpidos sentimientos y pensamientos intrusivos. La sonrisa de Lucy, su incipiente estrellato atrayendo a la gente cada vez más. No puedo monitorearlos a todos. No puedo vigilarlos a todos.

Después de otro minuto, mi cuidadoso autocontrol finalmente se hace añicos.

Cruzo la plaza, interrumpiendo la sesión fotográfica para llamar la atención de Lucy.

—Sal. —Desde dentro del estanque, a treinta centímetros del suelo, y con sus tacones de doce centímetros, se alza sobre mí. Prefiero mucho más nuestra diferencia de altura habitual, su bonita cara contraída con adorable furia cuando me mira fijamente...

«Concéntrate, Cal».

Esperaba que se enfadara con mi tono. En cambio, me dedica una sonrisa que casi me detiene el corazón, ya de por sí intranquilo.

La sensación de libertad y tranquilidad que emana es contagiosa. Con razón atrae a tanta gente.

Una sonrisa juguetona ilumina su rostro mientras me salpica agua.

—Ven a buscarme, grandulón. —Una provocación.

Me atrae hacia su órbita como una araña atrae insectos a su telaraña pegajosa y sedosa.

Eso no funcionará hoy.

Sin bajar el ritmo, me meto en la fuente y sumerjo mis botas de combate en el agua que me llega hasta las espinillas. Desde este lugar, estamos a la misma altura.

Me adentro más y busco sus manos.

El enorme vestido pesa más, pero aún puedo levantarla en brazos, como una princesa, con facilidad. Acurrucada contra mi pecho, la llevo hasta la orilla de la fuente en silencio.

Ella me observa, con los brazos alrededor de mi cuello.

Yo la miro de vuelta.

En ese instante, no existe nadie más que nosotros dos. Entonces, alguien aplaude y otro se une, rompiendo nuestra pequeña burbuja. La multitud.

Dios mío. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Después de criticarla tanto por mantener un perfil bajo, sería la ironía máxima que nos volviéramos virales por mi trabajo.

Cuando la dejo en el cemento, al otro lado de la fuente, Lucy no se aparta de inmediato. Tengo una vista perfecta de las gotas de agua adheridas a sus pestañas mientras sus pupilas se dilatan bajo ellas.

Aprieto los dientes. Bajo el sol que se desvanece, el vestido verde se ciñe perfectamente a su figura.

Me quito la chaqueta y la uso para cubrirle el cuerpo. Mientras estoy a dos segundos de gritarles a esos idiotas que dejen de mirar antes de que les arranque los ojos de las órbitas, Lucy no parece molesta en absoluto por toda la atención.

Después de ajustarle la chaqueta sobre los hombros, ella sonríe, saluda a la multitud y lanza algunos besos.

En un breve momento de locura, me imagino agarrándola por la cintura y llevándola sobre mi hombro. Cargándola hasta el coche, alejándome y buscando un callejón apartado para arrancarle el vestido y hundirme en ella hasta que se olvide por completo de esos desconocidos que la miran con lujuria.

Hasta que yo sea lo único que ella recuerde.

Inclina su rostro hacia mí, radiante, hermosa, con un solo hoyuelo en la mejilla mientras vuelve a sonreír y yo me pellizco el puente de la nariz.

Esta mujer será mi perdición.

Capítulo 24

Lucy

No sé qué le pasó a Callum, pero se convirtió en un muro de ladrillos enfurecido en el camino de regreso del desafío de la sexta ronda.

Tiro de un hilo suelto de la camisa. No puedo creer que esté pensando esto, aunque quizá prefiera los gritos a este silencio tenso.

Respiro hondo.

—No tenías por qué armar semejante escándalo allí atrás, levantándome de esa manera.

Me arde el rostro al recordarlo. Mi cuerpo se aferró al suyo mientras el vestido se pegaba a cada centímetro de mi piel, sin dejar nada a la imaginación. Giro las rejillas de ventilación hacia mis mejillas refrescándolas con la brisa del aire acondicionado.

No funciona. Mi sangre sigue caliente.

Los músculos del brazo de Callum se tensan, pero él no habla.

Hace más frío aquí que en el Ártico.

Estoy orgullosa de lo que logré hoy. Trabajé duro y lo hice excelente. Pero, aunque me lo sigo diciendo, la indiferencia de Callum empaña mi buen humor.

Se me revuelve el estómago al ver que el lugar de la competencia desaparece tras nosotros.

¿Qué le pasa?

¿Está enfadado conmigo? ¿Qué he hecho? Literalmente, nos besamos hace unas horas.

Anoche, lastimó a gente solo para asegurarse de que me sintiera segura al volver a casa. Ahora, si no fuera por su deber, creo que me invitaría a cruzar la calle sin mirar el tráfico.

Me paso todo el viaje de vuelta al hotel preguntándomelo. Con cada piso que subo en el ascensor, la columna se me tensa un poco más. Para cuando llegamos al piso cuarenta y ocho, estoy preparada para una explosión de proporciones épicas en cuanto crucemos la puerta de la *suite*. En cambio, Callum se dirige al sofá, se deja caer sobre un cojín y abre su *laptop.*

Dudo en la entrada. ¿Debería decir algo? ¿Hacer algo? Me quito los zapatos y me acerco con valentía hacia el sofá, todavía no tengo ningún plan, pero me niego a seguir sumida en este silencio, cuando mi teléfono vibra en el bolsillo.

Lo agarro y abro el mensaje. Se me va toda la sangre de la cara.

«Oh, no».

Un número desconocido envió una foto mía. Desnuda. Asustada. Con los ojos muy abiertos y aterrorizada, tumbada en un enorme colchón en la habitación de Viktor Roguilin. Sábanas de seda azul sobre mi piel llena de moretones. Horribles recuerdos de mi tiempo en las garras de ese hombre.

La imagen viene con un mensajito encantador.

****DESCONOCIDO*:* Devuélveme lo que es mío. Testifica y esta es la foto más suave que publicaré.****

Me tapo la boca con la mano, conteniendo un jadeo, o la bilis, o las lágrimas que se me acumulan en los ojos. Quizás las tres cosas. Me aferro al teléfono mientras mi cuerpo comienza a temblar.

Las uñas de Viktor me arañan el pecho, arrancándome la ropa. El sudor y la colonia empalagosa y nauseabunda frotándose contra mi piel, manchándome con su hedor. Su cuerpo sobre mí, dentro de mí.

Las sábanas de seda rasgándome la espalda. Él inmovilizándome.
Lágrimas saladas quemándome los labios agrietados y dolidos.
Aliento caliente contra mi cabello.
—Eres perfecta, cariño. —Un marcado acento ruso me llaga a los oídos mientras unas manos ásperas me recorren el cuerpo—. Creo que te voy a mantener toda para mí. Un pequeño y bonito premio.

Me doy la vuelta y corro al dormitorio, cerrando la puerta de golpe. La acción no me sirve para calmar los nervios. No sirve para ahuyentar los recuerdos.

Quizás debería haber hablado con Callum antes de esconderme, pero él de todas formas solo me habría dado más silencio.

Por no mencionar que no quiero hablar de esto. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Bajo el chorro de la ducha del baño, el pánico y el asco me desgarran con sus garras venenosas. Desesperada por expulsar esta angustia incontrolable e impotente, subo la temperatura del agua más allá de lo que puedo soportar.

Frotar. Enjuagar. Frotar. Enjuagar. Frotar, frotar, frotar.

Ninguna cantidad de jabón puede lavar la vergüenza que se arrastra por mis huesos.

El tiempo que pasé con Viktor representa el peor momento de mi vida. Incluso peor que los horribles recuerdos de mi familia y del hogar de acogida. He intentado todas las estrategias posibles para olvidar: terapia, un nuevo trabajo, medicamentos, yoga, y, aun así, el horror se niega a desaparecer por completo.

Me doy por vencida después de quién sabe cuánto tiempo, con la piel enrojecida y dolorida, me rindo y giro la manija. El cambio al agua fría me escuece la piel maltratada. Con un sollozo ahogado, me hundo en el suelo de baldosas y dejo que la ducha me golpee durante siglos. El agua se mezcla con mis lágrimas y las arrastra por el desagüe.

¿Debería testificar de todos modos? Aunque Viktor sea acusado, alguno de sus camaradas podría publicar las fotos. Ni siquiera sé cómo son las otras fotos. Si son peores de la que tengo en mi

teléfono, puedo despedirme de mi carrera de modelo. De cualquier carrera. Nadie contrataría a alguien tan problemática como yo.

Y si Viktor puede encontrarme con un nuevo teléfono y número, entonces puede hacerlo en cualquier lugar. No estoy a salvo. Si sigo adelante con la competencia, si me aferro a esta billetera de criptomonedas que tengo en mi poder, si intento testificar, terminaré como la testigo desaparecida. ¿Ya la han encontrado? Pero si realmente quisiera matarme, ¿no estaría ya muerta? Probablemente, mucho antes de conocer a Callum.

Quizás no puedan encontrar a la testigo desaparecida, porque Viktor la cortó en demasiados pedazos.

Reprimo una oleada de náuseas antes de salir por fin de la ducha y ponerme una bata de hotel.

Cuando llegué, metí mis pastillas para la ansiedad en el fondo de mi neceser de maquillaje, que se está convirtiendo rápidamente en mi escondite favorito. Ahora, las saco y abro el envase antes de darme cuenta de que el frasco está vacío. Me dan ganas de darme un golpe en la cabeza. Con todo lo que ha pasado últimamente en mi vida, se me olvidó por completo renovar mi receta. Ni siquiera se lo pedí a la doctora Shaw. Maldita sea, me habría venido bien un poco de refuerzo farmacológico esta noche.

La billetera de criptomonedas está junto a la botella vacía. Verla ahí debería aliviarme, pero en cambio, mi ansiedad aumenta.

Ni siquiera puedo verme al espejo. No quiero saber lo que me devuelve la mirada.

Decido que más vale acostarme, y me arrastro hasta el dormitorio. No consigo dormir, y me siento mareada.

Mientras me meto bajo las sábanas en la penumbra, la puerta se abre de golpe y Callum golpea la pared hasta que acciona el interruptor. La iluminación empotrada ilumina el espacio.

Gruño, aparto las mantas y me incorporo.

—¿Qué...?

¡Mierda! Está visiblemente molesto.

—¿Tenías pensado contarme esto?

Me sobresalto ante el tono furioso y exigente. Aparto la mirada de la suya y la fijo en su teléfono, que está en alto, frente a mí.

Mi cuerpo desnudo invade mi vista.

El terror de la exposición se cierne sobre mi corazón como un puño implacable.

¿Cómo... consiguió esto?

El horror me recorre.

—¿De dónde sacaste eso?

Su mirada es como una bofetada en mi cara.

—Respóndeme, Marlow.

El estómago se me revuelve mientras parpadeo, observando al techo. A pesar de mis mejores esfuerzos, las lágrimas resbalan por mis mejillas.

Espera.

¿Por qué estoy llorando? Yo no he hecho nada malo. Soy la víctima, ¿y él está furioso conmigo? ¿Y cómo consiguió esa foto?

Ahora soy yo quien está enfadada. A pesar de que se me revuelve el estómago al volver a ver la foto, me paso la mano por los ojos y lo miro con mi expresión más dura y fría.

—¿Has estado espiando mi teléfono todo este tiempo?

Capítulo 25

Callum

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Con un gran esfuerzo, logro mantener la voz fría y serena. Sé que estoy arruinando todo el plan de "ganarme su confianza", pero ahora mismo, me importa un comino. Esta es la gota que derramó el vaso.

Ya estaba de mal humor por haber visto a media ciudad mirando lascivamente a Lucy con su vestido mojado y ceñido, y por no haber podido tomarla en brazos y continuar donde lo habíamos dejado en el coche antes de su competencia.

Ahora, estoy furioso. Mi creciente posesividad hacia esta mujer me confunde, mas no puedo negar la verdad. Igual que no puedo controlar las palabras acaloradas que salen de mi boca.

—Hay fotos tuyas desnuda circulando, ¿y eso es todo lo que tienes que decir? ¿Qué sigue? ¿Tienes un video sexual del que debería saber?

El rostro de Lucy está, de alguna manera, sonrojado y pálido como si estuviera enferma. Sus ojos brillantes y enrojecidos centellean con fuego mientras se levanta de la cama y cruza la habitación, lanzando dagas con la mirada.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Yo no tomé esa foto! —Me empuja el pecho con manos débiles y temblorosas que apenas siento. Sus

palabras vacilan al continuar—: Y no me la envié a mí misma ni a ti, así que, ¿por qué no me dejas en paz?

¿Entonces, como ella no pulsó el botón de *enviar*, todo está bien? Apenas pude observar esa foto antes de apartar la mirada, pero te garantizo que ningún otro hombre con sangre caliente hará lo mismo si la foto aparece por todo el internet.

¿En qué demonios estaba pensando?

—Bueno, bueno, dejaré de hacer mi trabajo para que puedas intercambiar fotos desnuda con los capos del crimen a tu antojo. ¿Qué? ¿Lo dejaste tomarte algunas fotos y luego cambiaste de opinión? ¿Es por eso que te está chantajeando?

—¡Jódete! —La voz de Lucy casi es un grito—. ¿Y qué si no lo sabías? Hay cosas privadas. Tú, mejor que nadie, deberías entenderlo.

—Y tú, la chica que fue atacada y casi secuestrada de un club hace unos días, deberías saber que tu seguridad está por encima de tu orgullo.

—¿Mi orgullo? —Parpadea un par de veces, boquiabierta—. ¿Es eso lo que crees que pasa?

La ira me hierve en la garganta. Me cuesta mantener la voz serena.

—Solo te pido que seas honesta conmigo para poder hacer mi trabajo. ¿Qué tiene eso de difícil?

—¿Como la forma en que eres honesto conmigo? —exclama levantando las manos—. ¿Interceptar mi teléfono para obtener una copia de todas mis comunicaciones?

Tiene razón, pero es demasiado tarde para detener el tren desbocado.

—Es mi trabajo mantenerte a salvo.

—Bueno, aunque no lo creas, ¡no tienes que recordarme que solo soy un trabajo para ti!, ¡un maldito dolor en el trasero! —Se dirige a la ventana y luego vuelve hacia mí—. Ya sé que solo soy un desastre que tienes que limpiar.

Me da un puñetazo en el estómago con eso. ¿De verdad la he estado tratando así? ¿Es eso lo que realmente piensa?

En fin, no tengo tiempo para lidiar con eso.

—Solo tenías que decir: "Oye, Callum, acabo de recibir un mensaje amenazador". —Me paso la mano por el cabello—. ¿Por qué no puedes colaborar conmigo? ¿Cómo esperas que haga mi trabajo si no cooperas?

Se vuelve hacia mí.

—¡De la misma manera que haces todo lo demás! Irrumpiendo sin avisar y haciéndome sentir una mierda.

Nuevas lágrimas corren por sus mejillas.

Todo esto es un desastre. No pretendía entrar en su habitación y provocarle un ataque de llanto. Otra vez.

Carajo. Estoy más enfadado conmigo mismo que con cualquier otra cosa, pero eso no ayuda en nada. Sigue estando equivocada.

No solo se expuso a un mayor riesgo al no contarme lo del mensaje, sino que Roguilin o uno de sus secuaces cabrones, quienquiera que haya tomado las fotos desnudas de Lucy, aparentemente posee imágenes aún más atrevidas que esta.

¿Por qué me sorprende tanto? Siempre supe que se había involucrado con Roguilin para avanzar en su carrera. Esto demuestra que tenía razón sobre ella.

Sin embargo, darme cuenta de ello todavía me duele como el infierno.

La idea de que otro hombre vea a Lucy así, y además alardeando de ello, me infunde una rabia asesina.

Me pregunto cuánto me cobraría un guardia de la prisión por dejarme unos minutos a solas con Roguilin.

Dejaré esa idea para más adelante. Después de ocuparme de este asunto urgente.

—Debí habértelo dicho. —Aprieto la mandíbula, rechinando los dientes—. Pero tú también deberías habérmelo dicho. Intento mantenerte con vida, y eso fue... una sorpresa desagradable.

—¿Y qué crees que es esto para mí? ¿Un *picnic*? —Se queda frente a mí con creciente indignación, como una llama que se aviva con el oxígeno—. ¿Por qué no me dijiste que habías intervenido mi teléfono?

—No soy yo quien está siendo juzgada aquí.

—¿Te ha gustado espiarme todo este tiempo? —Me clava una uña afilada en el pecho—. Y, *por favor*, acepta mis humildes disculpas por lo desagradable que te ha resultado ver mi cuerpo desnudo. Me imagino lo horrible que debe haber sido para un hombre como tú.

Me sobresalto. Lo que me quedaba de autocontrol empieza a resquebrajarse.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

Su labio se curva con ácido.

—Alguien tan frío y cruel como para ser un robot.

¿Frío? ¿Cruel?

Un gruñido se escapa de lo más profundo de mi pecho mientras me acerco a ella y la atraigo hacia mí.

Al ver que no se resiste, estrello mi boca sin piedad contra la suya. Me devuelve el beso con la misma violencia, tirando de mi cabello como si quisiera arrancarme los folículos de la cabeza. *Otra vez.*

El dolor punzante solo me endurece más la polla. Gimo cuando ella me clava sus largas uñas en la nuca, provocándome fuego en la base de la columna.

Me aferro a la suave tela de la bata del hotel, deseando nada más que arrancársela.

Con la boca abierta y sin aliento, nos besamos como bestias salvajes, nuestras lenguas chocando en una llamarada salvaje. Estamos jugando con nuestras bocas. El fuego entre nosotros arde tan fuerte que tendremos suerte si nuestra ropa no se derrite antes de llegar a la cama *King Size*.

Nuestros besos imprudentes y salvajes se vuelven más apasionados e intensos a cada segundo. La lujuria me domina mientras me tambaleo contra Lucy, ambos moviéndonos hacia el colchón.

Mi polla está deseando más. Tiro a Lucy sobre la cama y me arrodillo en el borde del colchón, subiéndome encima de ella como el animal que ha desatado dentro de mí.

Y, entonces, un destello de algo, ¿miedo?, le cruza el rostro.

La emoción desaparece en un instante, pero la llamada de atención ya estaba sonando.

Mierda, ¿qué estoy haciendo?

Me aparto del borde de su cama, con la sangre helada.

—Lo siento. —Tengo que irme. *Joder*—. No debería haber hecho eso. Fue un error y no volverá a pasar.

Indignado, me marcho como el cobarde que soy, dando un portazo tras de mí.

Capítulo 26

Lucy

La repulsión en el rostro de Callum me atraviesa el pecho como garras.

Claro. ¿Por qué no iba a sentir asco?

No puedo culparlo.

Viktor me utilizó por completo. Me arrancó todo lo que tenía para dar, destripó todo mi ser y dejó atrás un cascarón vacío.

No soy nada. Un juguete sucio y roto, que una vez fue brillante y querido, ahora destrozado y abandonado en la basura.

El rechazo de Callum me golpea en oleadas, desatando viejos traumas a su paso. El odio hacia mí misma y las inseguridades de mis días en el hogar de acogida salen de mi estómago para mezclarse con heridas más recientes.

Silencio mis sollozos con una almohada antes de volver tambaleándome al baño cerrando la puerta con llave.

Debería haberle contado lo del mensaje. Desgraciadamente, ni siquiera podía respirar, y mucho menos hablar. La foto era demasiado humillante. Saber que él la vio me revuelve el estómago como si tuviera gusanos.

No quiero que nadie me vea así, pero menos él.

«Víctima», cantan mis demonios. *«Puta. Mercancía estropeada. Intocable. Indeseable. Desagradable».*

Estoy sucia otra vez.

Con dedos temblorosos, giro las perillas de la ducha hasta que el agua sale a toda potencia, tan caliente como puede, y luego me meto bajo el chorro hirviendo.

Me frotaré el cuerpo un poco más, hasta que me arda. Me rasparé la piel hasta dejarla en carne viva. Una y otra vez. Todas las veces que pueda soportar.

Sin embargo, por mucho que me frote la piel antes de acostarme, nunca logro librarme de mi insidioso pasado.



Por la mañana, me obligo a expulsar todo de mi mente.

Hoy es nuestra última competencia antes de que los jueces elijan a las tres finalistas. Después, en dos días tendremos una sesión de fotos promocionales. Si fracaso en esta ronda, se acabó para mí.

Y todo este dolor y sufrimiento de estas últimas semanas, todo este drama con Callum, no habrá servido de nada.

No puedo permitir que eso pase. Me debo a mí misma salir de esto con algo que mostrar. Al menos, puedo estar orgullosa de la carrera que he construido, aunque nunca pueda volver a sentirme como yo misma.

Callum y yo no hablamos mientras nos preparamos, y el silencio me pesa sobre los hombros como una manta. La vergüenza me invade y hace desear darme otra ducha, incluso después de haberme vestido y maquillado meticulosamente.

Su actitud fría y dura ha vuelto. No hay rastro del hombre que sabe reír, ni del hombre que me besó en medio de una pelea. Supongo que nunca volveré a ver ese lado.

Lágrimas calientes y amargas me queman los ojos.

Me las trago.

¿Y qué si estoy sola? ¿Y qué si él es como todos los demás?

Tengo un trabajo que hacer y nada me detendrá.

Este desafío en particular tiene lugar en una espectacular azotea con vistas panorámicas en todas direcciones. El sol del mediodía nos

ilumina con fuerza mientras los asistentes del set se afanan alrededor del piso de cemento con sus carpetas, auriculares, *walkie-talkies* y gafas de sol. Los guardias de seguridad vigilan todas las entradas y salidas. Callum se mezcla con los demás, situados cerca de la gruesa alfombra acolchada que hay en la base del set.

Todas las concursantes llevan arneses de seguridad.

Hoy vamos a volar.

Una red protectora se extiende sobre la lona. Varios metros por encima de la red, un andamio de alambre construido se eleva hacia el cielo. El tema de la sesión fotográfica es "romper barreras", y los diseñadores de *Runway Revolution* seleccionaron accesorios aéreos de vanguardia.

Esculturas geométricas de colores brillantes cuelgan a diferentes alturas del andamio, realzadas por telas que flotan al viento y superficies reflectantes que resplandecen con la luz del sol y proyectan mágicos efectos sobre la azotea.

Nos colgarán del andamio como si fuéramos accesorios para que podamos posar para una serie de fotografías. Las puntuaciones de los jueces se combinarán con los votos de los *fans* y entusiastas de la competencia, que reducirán las ocho restantes a tres.

Y como gané el primer puesto en el evento benéfico, hoy soy la última en salir, justo después de Heather. Ayer, esto me emocionaba. Más tiempo para prepararme.

Pero ahora, ser la última solo significa que tengo más oportunidad de reflexionar sobre el desastre en que se convirtió la noche de ayer.

Todavía estoy aturdida. El beso fue... *tan bueno*. Nunca había experimentado nada como los besos de Callum, bueno, nunca.

Y, aunque pensé que jamás querría que alguien me tocara, que nunca más querría sentirme tan vulnerable, cada segundo robado con Callum ha sido increíble. Incluso su agresividad me parecía increíble.

Hasta que huyó. Asqueado. Y con razón.

«Viktor juró que sería suya y solo suya».

Ahuyento los recuerdos, negándome a dejar que me afecten.

La azotea a mi alrededor está repleta de algunos de los mejores fotógrafos y profesionales del sector, pero lo único en lo que puedo pensar es en Callum descubriendo esa repugnante foto.

Pierdo la concentración. Mi sistema nervioso se acelera y para cuando finalmente me levanto, las venas me vibran como las alas de un colibrí.

Mi estado de ánimo es tóxico.

Una de las asistentes levanta el pulgar.

—¿Lista, Lucy?

Asiento con la cabeza una vez, y ella les hace una señal a los asistentes de suspensión que están instalando los cables a mi izquierda. El zumbido de un generador cercano me perturba el oído. Un ventilador industrial se pone en marcha, alborotándome el cabello y ondulando la tela sedosa que me acaricia la piel.

Lanzándole una mirada furiosa a Callum, casi tropiezo con mis tacones. Por supuesto él ya me está observando. Nuestras miradas se cruzan y, por una fracción de segundo, su personalidad cuidadosamente controlada se resquebraja. Una pizca de emoción se refleja en esos intensos ojos verdes. ¿Remordimiento? ¿Repulsión?

Pierdo la oportunidad de decidir cuando el arnés tira de mi cintura y me levantan los pies del suelo.

El aparato me eleva un piso por encima de donde estaba hace unos instantes. *Manhattan* se extiende en todas direcciones. El aire se me queda atrapado en los pulmones. Pensaba que me daría miedo, pero estar colgada sobre la azotea de un rascacielos de *New York* es emocionante.

La vista desde aquí arriba es sencillamente magnífica.

Disfruto del impresionante horizonte y, por un instante, me siento completamente libre, hasta que el fotógrafo se coloca en su sitio y comienza mi trabajo.

Rápidamente, me doy cuenta del reto que se supone que es trabajar con accesorios a distancia.

Arqueo el cuerpo contra el arnés, extendiendo los brazos y las piernas hacia las formas geométricas colgantes. Todo se mueve con el viento, que es más fuerte aquí arriba que a pocos metros de distancia. Con cada ráfaga, siento un vuelco en el estómago.

«Hazlo lo mejor que puedas, *sé la mejor que puedas*, *sé* la *mejor*. *Solo tienes una oportunidad»*, me dice mi voz interior desde lo más profundo de mi mente. Intento seguir sus instrucciones, pero cada pocos segundos, la cara de disgusto de Callum aparece en mi mente.

La tensión me tensa los músculos.

Mis extremidades se estiran, impulsadas por la impotencia.

Ira.

Humillación.

Agresión.

Sin tomar ninguna decisión consciente, arremeto. Mis poses se vuelven torturadas y angulares. Poderosas en su dolor. Descargo toda mi frustración, dolor y rabia en los movimientos. La desesperación se filtra en el arco de mi pierna, en la torsión de mi columna.

Golpeando el aire, agarro un puñado de tela suelta de una de las instalaciones y lo tiro hacia mí, envolviendo mi torso con ella como si fuera una armadura.

Desde abajo, jadeos y aplausos dispersos resuenan bajo el zumbido del generador. Envuelta en una tela ondulante, intento ajustar la intención de mis poses, buscando algo un poco más suave.

Un ruido extraño interrumpe mi concentración. Agudizo el oído.

Un ruido metálico. Un crujido. Casi como el metal.

La estructura provisional.

El público grita.

Muevo la cabeza para localizar el problema y encontrar al culpable. Tiré demasiado fuerte de la tela y todo el sistema del telón de fondo está empezando a colapsar.

Pero no debería haber problema. Las cuerdas del arnés se sujetan a piezas más resistentes que los puntales, así que...

—¡Se va a caer! —grita alguien.

El pánico me invade el pecho cuando uno de los soportes se desprende con un fuerte tirón de la estructura provisional y cae. Le sigue un trozo de la propia estructura.

El miedo me paraliza mientras me balanceo a gran altura. Ni siquiera puedo abrir la boca para gritar.

Mis cuerdas se aflojan y caigo en picada, deslizándome hacia la red.

Cierro los ojos con fuerza. Esto va a doler. Aunque la red debería atraparme, una caída desde esta altura...

El aire me azota, agitando mi vestido y mi cabello como las cuerdas sueltas de una cometa. El silbido que hacen me azota los oídos y los gritos se intensifican. El impacto me deja sin aliento.

Aunque me estrello contra la red, el dolor no es tan fuerte como esperaba.

Aplausos y exclamaciones me invaden mientras reflexiono sobre mi estado físico.

Cuatro extremidades intactas, comprobado. La cabeza aún unida al cuello. Y definitivamente no estoy muerta.

Una fuerte oleada de alivio brota dentro de mí. Tendré algunos moretones, pero la red cumplió su función.

Aunque la tela parece un poco suelta. De lo contrario, no estaría acostada directamente sobre la colchoneta.

Espera.

¿Aplausos?

Bajo las innumerables sensaciones que me recorren el cuerpo, penetra el aroma a cedro y vainilla. Abro los ojos de golpe.

Callum está tumbado sobre la red protectora debajo de mí, abrazándome con fuerza contra su pecho.

Después de todo, no es la colchoneta.

Callum.

¿Él... él amortiguó mi caída?

Me quedo boquiabierta, con el estómago revuelto. No sé si esa sensación se debe a la ansiedad residual o a algo completamente distinto.

—¿Callum?

Hace una mueca.

—¿Estás bien?

—¿Y tú? —Me cuesta bajar de él, pero estoy enredada en la instalación, este vestido...

—¡Lucy!

Uno, dos, tres ayudantes me sacan de encima de Callum y me desenredan de la tela que me atrapa las extremidades.

Unos asistentes más guían a Callum fuera de la red, pero apenas puedo verlo mientras me llevan medio cargando, hacia la enfermería para que evalúen si tengo alguna lesión.

—¿Está bien? —insisto en busca de respuestas.

Un tipo mira por encima del hombro y asiente con la cabeza.

La presión que me oprimía el pecho se disipa. Menos mal que fui la última modelo.

El set está en ruinas esparcidas por la azotea.

La culpa y el arrepentimiento se acumulan en mis extremidades y me agobian. Tengo suerte de que nadie haya resultado gravemente herido. Estiro el cuello para asegurarme de que Callum está bien y lo encuentro de pie.

De verdad parece estar bien. Mientras que yo estoy acabada. Me echarán a patadas de la competencia por haber destruido el set yo sola.

Me pican los ojos. No solo lo rompí todo y arruiné mis posibilidades de ganar, sino que, ¿quién sabe cuántas miles de personas que vieron el desafío de hoy en las redes sociales lo habrán visto todo?

Esto es casi tan humillante como la fotografía de anoche.

Acabo de arruinar toda mi carrera.

Me cubro la cara con las manos, tratando de contener la oleada de desesperación abrumadora que me recorre.

Mientras los asistentes me ayudan a quitarme el vestido y a ponerme el atuendo que usé para el *set,* hago todo lo posible por no desmoronarme. Pero, maldita sea, es tan difícil.

Casi me da miedo salir del vestidor. No estoy segura de poder soportar que la gente me vea con lástima y me juzgue.

Respiro profundamente. De alguna manera, tengo que superar este desastre.

Aunque tenga que arrastrarme para salir adelante.

Al menos, Callum probablemente esté contento. Mi espectacular y caótica exhibición significa que estoy acabada, y su trabajo se

vuelve mucho más fácil. Se acabó el riesgo elevado por parte del personal de *Runway Revolution* y los demás espectadores. ¿Quién sabe? Quizás incluso me organice una fiesta.

Cuando por fin salgo, Warren Tanglewood, el fotógrafo, viene directo hacia mí.

—Lucy, ¿estás bien?

—Estoy bien. Siento mucho lo del *set*...

—Tranquila. Mira. —Se pone a mi lado, inclinando la cámara para que pueda inspeccionar algunas de sus fotos.

Un placer inesperado me recorre las venas.

Las fotos son increíbles. El talento fotográfico de Warren es extraordinario. Capturó toda la exhibición, pero en lugar de un fiasco, las imágenes son impresionantes.

Incluso sin la magia del retoque y la edición que aporta la postproducción, nunca me había visto tan viva.

Soy un ángel vengador, la tela fluye a mi alrededor en las corrientes de aire, y las piezas geométricas rotas, esparcidas en la red crean una profundidad dramática.

Incluso mi expresión congelada y aterrorizada funciona. Todos los elementos de la última fotografía están en perfecto equilibrio con los demás, y estoy tan sorprendida que no sé qué decir.

—Lucy, tu intrépida actuación ahí arriba fue increíble. —Warren sonríe radiante—. Ya te has vuelto viral.

Me quedo boquiabierta.

—Que he hecho *¿qué?*

Levanta su teléfono y me muestra su cuenta de Instagram. Las fotos y los vídeos de mi sesión se apilan unos sobre otros como bloques de construcción. Los comentarios vuelan alabando la "autenticidad pura" y la "vulnerabilidad poderosa" de mis expresiones.

Y un comentario que veo una y otra vez... Gente prometiendo votar por mí.

El peso de mi cuerpo se desvanece como la niebla matutina.

Levanto la vista y me encuentro con la ardiente mirada verde de Callum desde el otro lado de la azotea.

Supongo que su trabajo no va a ser más fácil todavía.

Capítulo 27

Callum

De vuelta en el hotel tras la destructiva catástrofe aérea de Lucy, mis emociones y mis nervios se niegan a calmarse. La imagen de ella demoliendo ese *set* se repite sin parar ante mis ojos. No puedo dejar de revivir su caída en picada por el aire.

Aunque sobrevivió a ese roce con la muerte, la adrenalina me sigue corriendo por las venas.

Aparte de todo lo demás, a Lucy no parece importarle. Esa hazaña la catapultó a la ronda final de esta maldita competencia, así que está caminando sobre nubes de algodón de azúcar mientras entramos en nuestra *suite*.

Se desliza hacia el dormitorio con paso alegre, como si arriesgar su vida en un concurso de *quien es la más linda* mereciera totalmente la pena.

Una migraña me araña la base del cráneo.

—¿Se te olvida que podrías haber muerto hoy?

Lucy hace una pausa, se encoge de hombros y sigue caminando.

—Tú estás bien, y yo también, y podría morir cualquier día.

¿Habla en serio? ¿Va a ignorar su comportamiento imprudente y suicida?

Pierdo el control.

—¿Tienes muerte cerebral? —Las palabras me salen rugiendo, más fuertes de lo que pretendía. No es que me importe una mierda. Se queda paralizada. Los músculos de sus hombros se tensan—. ¿En qué demonios estabas pensando? —Mi voz casi se quiebra de miedo y rabia—. ¿Te quitaron el cerebro y te lo sustituyeron con lápiz labial cuando no estaba mirando? ¿Cómo puedes ser tan indiferente al ponerte en peligro de esa manera?

La imagen de Lucy cayendo del cielo me perseguirá durante mucho tiempo, y ella actúa como si nada de eso importara.

Se gira hacia mí, sus ojos castaño oscuro destellan como fuego.

—Fue mi culpa. No querría meterte en problemas con Darren por morir mientras me vigilabas.

La vena del cuello me está a punto de estallar.

—¿Disculpa?

—Los dos sabemos que solo estás aquí por el dinero. Solo estás enfadado, porque te estoy haciendo trabajar para ganártelo.

Tiene toda la razón, estoy furioso. Me hierve la sangre en las venas. ¿Cómo se las arregla siempre para meterse debajo de mi piel?

—¿Solo intentabas fastidiarme?

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada sarcástica.

—No te hagas ilusiones.

—¿Y entonces qué? —gruño, con los dedos ansiosos por agarrarla por los brazos. Para sacudirla, acercarla a mí o morderle el cuello. No estoy seguro de qué opción me atrae más en este momento—. ¿Qué te llevó a hacer algo tan peligroso? ¿Tienes deseos de morir o algo así?

—¿Y a ti qué te importa? —Tiene los ojos desorbitados y el rostro enrojecido, con el pecho y los hombros agitados—. ¡Solo soy un trabajo!

El corazón me late con fuerza.

—Mira, Marlow...

—¡Ya basta! —revira—. No me interesa lo que tengas que decir.

La culpa me aplasta. Sigue enfadada por ese último beso. Por la forma tan brutal en que la sacudí. ¿Cómo puedo culparla? Nunca debí haber perdido el control. Lo sé muy bien.

No obstante, por mucho que intente mantener una relación profesional, estoy librando una batalla perdida. Cuando ella se precipitaba en el aire, mi trabajo no importaba. Ni por un instante pensé en mi carrera.

Solo quería que estuviera a salvo.

Sin embargo, esa intención no se percibe en absoluto. Ni siquiera puedo hablar sin enfadarla. ¿Cómo voy a esperar que me escuche si no puedo comunicarme, carajo?

«Concéntrate, Callum». Aunque he perdido completamente el equilibrio con esta mujer, todavía necesito al menos intentar recuperar el control.

Mientras estoy sumido en mi confusión, Lucy sigue adelante.

—¿Quieres saber qué estaba pensando? —Levanta las manos en el aire—. No estaba pensando. Estaba *sintiendo*. Estaba furiosa, dolida y humillada, y solo quería descargar mi ira contra el mundo, y esa tela era lo más cercano que tenía a la mano.

Entonces... ella… ¿Qué? ¿Se puso a hacer un berrinche? ¿Todo porque vi su foto sucia?

Me paso una mano por el cabello, tomándome unos segundos para controlar la voz. No quiero gritarle. Si lo hago, no pararé.

—Si tienes problemas emocionales, ve a un terapeuta. No destruyas una azotea.

Ella niega.

—¡Estoy viendo a un terapeuta!

Un músculo cerca del ojo se me contrae. No entiendo por qué la foto la angustia tanto. Estoy molesto porque la idea de que Roguilin o sus hombres estén cerca de ella cuando está así me hace querer buscar el arma más cercana.

Pero ella sabía en lo que se estaba metiendo. Si no puede manejar las consecuencias, debe buscar ayuda y no descargar este problema en los demás.

—Todo esto es por tu culpa y esa... grotesca foto mía. —Se estremece, apartando la mirada.

—Quizás deberías haberlo pensado antes de dejar que alguien tomara fotos así. —Odio esas palabras en cuanto salen de mi boca. Ese odio solo se multiplica cuando la cara de Lucy se pone pálida.

Me estoy comportando como un imbécil.

No es culpa de Lucy que se escabulla tras mis defensas. No debería descargar mi ira contra ella. Independientemente de lo que yo piense al respecto, nadie debería chantajearla con esa foto.

Lucy es la víctima aquí, y yo soy un imbécil por echárselo en cara.

Maldita sea, no puedo evitar transformarme en un cavernícola cuando estoy a su lado.

Tengo que disculparme.

—Lucy, yo...

—¡Púdrete, maldito cabrón insensible! —Su elegante figura tiembla de rabia, con los ojos brillantes y vehementes—. ¿Crees que dejé que me tomaran esas fotos? Fui víctima de tráfico sexual. No tuve otra opción. —Se le quiebra la voz—. No tuve... elección.

El mundo se derrumba bajo mis pies.

Tráfico sexual.

El término resuena en mi cabeza, clavándome agujas en el cerebro. Darren dijo que Lucy se vio envuelta en una operación de tráfico sexual dirigida por la *Bratva* rusa. Nadie me dijo que ella misma era una sobreviviente de una. La idea de que Viktor Roguilin o sus hombres abusaran de ella, la tocaran, o algo peor...

Mi cuerpo oscila entre la furia ardiente y un horror gélido tan rápidamente que no puedo controlar el ritmo de mis emociones. Mis dedos se aprietan y se aflojan. Me zumba la cabeza.

Me pregunto de nuevo lo difícil que sería encontrar a ese hijo de puta y estrangularlo con mis propias manos.

No tengo ni idea de qué hacer. Qué decir.

Ni siquiera puedo respirar.

Y Lucy… Mierda, Lucy.

Nunca había visto a nadie tan destrozado como ella ahora mismo.

—¿Te molestaste siquiera en mirar la foto? —dice con voz entrecortada—. Quiero decir, observarla de verdad...

El corazón me late tan fuerte que me perfora las costillas.

En el siguiente instante, se cubre la cara y empieza a sollozar. Lágrimas grandes, impotentes y horrorizadas. Le he quitado las

ganas de pelear con mis palabras descuidadas.

La foto... No quiero volver a verla, pero tengo que hacerlo.

Cuando lo hago, se me para el corazón. Al mirarla más de cerca, me doy cuenta de los detalles que pasé por alto la primera vez por culpa de la ira.

Lucy no está posando seductoramente para la cámara. Está aterrorizada. La mancha de suciedad junto a la barbilla y el cabello grasiento sugieren que no se ha duchado en días, y sus brazos... *joder.* Veo múltiples moretones. Algunos tenues, otros más recientes.

Mis ojos se cierran.

Todas nuestras interacciones de las últimas semanas pasan rápidamente, pequeños indicadores encajando en su lugar. Ella se queda paralizada, incómoda y asustada cuando invado su espacio personal o amenazo con sujetarla. Las pesadillas. La forma en que se enfada cuando la siguen. Su actitud defensiva desde el principio.

El remordimiento y la vergüenza me paralizan durante unos horribles instantes, y luego me muevo. Abrazo a Lucy, acariciándole el cabello con mechas moradas mientras tiembla entre mis brazos.

Ella empuja débilmente contra mi pecho.

—Suéltame. —Su voz se entrecorta en otro sollozo.

La abrazo más fuerte. Se derrumba, volviendo a ocultar el rostro mientras llora.

Soy tan idiota. No hay nada que pueda decir.

Todo este tiempo, he estado pensando que era una chica fiestera y salvaje.

En este momento, las piezas del rompecabezas finalmente encajan.

Cuando Darren, Veronika y Maya me informaron sobre esta misión, me di cuenta de que me estaban ocultando información. Llegué a la conclusión precipitada de que estaban ocultando la relación voluntaria de Lucy con Viktor Roguilin. En realidad, estaban protegiendo su dignidad. Me incorporaron al equipo sin revelarme lo peor de lo que ella había sufrido.

Y lo malinterpreté todo por completo.

Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y darme un puñetazo en la cara antes de abrir la boca.

—Lucy, lo siento mucho. —Las palabras suenan vacías. Inútiles—. Sé que no hay nada que pueda decir. Pero te prometo que no lo sabía. Si no, nunca lo habría dicho...

—¿Crees que soy... repugnante? —Su voz se entrecorta entre hipos. Sigue protegiéndose el rostro con sus manos—. Y sé que no debería importarme, pero me importa.

Mis propias acciones me condenaron. Debe pensar que la odio, cuando nada podría estar más lejos de la realidad.

La abrazo con más fuerza.

—No creo que lo seas... No, nunca lo he pensado.

—No mientas. —Su tono de voz se intensifica—. Vi tu cara.

Me aparto. Con delicadeza, le tomo las manos y las aparto para poder mirarle los ojos llorosos y enrojecidos.

—¿Cuándo?

—Anoche. —Desvía la mirada, se aparta y cruza los brazos sobre el pecho—. Te dio tanta repulsión esa foto que ya ni siquiera me querías.

—No. Fue porque parecías asustada. —Trago saliva con fuerza. Soy terrible en esto—. Lo vi en tu cara, y me sentí... asqueado de mí mismo. No de ti.

Sus ojos se posaron brevemente en los míos, entrecerrados y desconfiados. Su labio inferior temblaba.

—¿Por qué? Yo no estaba asustada.

—Creí ver algo al observarte. Entonces, me asusté. —Exhalo lentamente—. Se supone que tú eres mi trabajo. Se supone que protegerte debería ser lo único en lo que pienso, pero no es así. Estás socavando mi control, Lucy Marlow. Lo has hecho desde casi el primer momento en que nos conocimos.

Sus párpados se levantan mientras me presta toda su atención.

—No me pareces repugnante. Yo... mierda, Lucy. Me atraes muchísimo. —Admitirlo, por fin, ante mí mismo y ante ella, libera la presión que me aprieta el pecho—. Eres la mujer más hermosa que he conocido. He intentado luchar contra esta atracción desde el principio, pero nada ha funcionado. Lo único que he conseguido es entrar en pánico y comportarme como un imbécil.

—¿En serio? —Casi suena esperanzada.

Esa esperanza me atraviesa el corazón.

Asiento.

—Cada palabra que dije la otra noche la sentí de verdad. Te admiro. Eres increíble en algo que te apasiona. Incluso cuando destruyes decoraciones y caes del cielo. Sigues siendo excelente. Has pasado por dificultades que la mayoría de la gente ni siquiera puede imaginar, y no has dejado que nada de eso te impida perseguir tus sueños. Y ahora que lo sé...

Sus labios se aprietan.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Siento mucho lo que te pasó. —Un torrente de culpa amenaza con arrastrarme, y me tomo un momento para recomponerme—. Haría lo que fuera por quitarte el dolor. Aunque no puedo retroceder en el tiempo y asesinarlos a todos, así que tendremos que pensar en otra cosa. Dime qué puedo hacer para compensarte por mi comportamiento.

Estudia mis labios y resopla un poco.

—¿Me besarás otra vez?

¿Debería besarla? No. Es una idea terrible y poco profesional, mas no voy a rechazar a esta mujer. No, si me necesita.

No cuando la deseo más de lo que recuerdo haber deseado nada.

Mis dedos agarran su barbilla, levantando su rostro para que se encuentre con el mío.

Con ternura, acerco mis labios a los suyos. En lugar de atacarla como una criatura salvaje, la acaricio con mi boca.

Este beso es aún más suave que el primero. Sus lágrimas le dan un sabor salado, aun así, eso no resta nada a la calidez de sus labios contra los míos. Su piel es suave bajo mi mano mientras le acaricio el lado del cuello.

Después de unos segundos, Lucy niega con la cabeza y me agarra la camisa.

—No me trates como a una muñeca de porcelana.

Bueno, mierda. Deslizo mi mano por su mejilla, entre su cabello.

—¿Estás segura?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Te prometo que no me romperé

Con un gemido de frustración, me rindo. Libero las ataduras que mantienen mi lujuria a raya y la beso de verdad, mostrando todo mi deseo. Le muerdo el labio inferior y mis manos recorren la curva de su espalda hasta su cintura, donde la atraigo hacia mí y deslizo mi lengua en su boca.

Lucy gime un poco, rodeándome el cuello con los brazos y aferrándose con fuerza. Su boca se abre más y jugueteo con su lengua con la mía, incitándola a un baile que yo lidero y que ella sigue con entusiasmo.

Quiero más. Su sabor, su olor, la sedosa sensación de su cabello entre mis dedos...

Froto mi verga erecta contra su muslo, gimiendo por las chispas que me recorren el cuerpo. Lucy gimotea en mi boca, sus uñas arañándome los hombros, clavándose bajo el cuello de mi camisa.

Con sus labios contra los míos, saboreo su alivio, su desesperada necesidad de aceptación. Reconozco la misma necesidad en la forma en que mis manos se aferran a su cuerpo, agarrando la suave piel de sus caderas.

Esta mujer será mi perdición. Nunca he deseado a nadie como deseo cada centímetro de ella.

El calor entre nosotros enciende un fuego bajo mis costillas, algo que no puedo contener por mucho más tiempo.

Nuestros besos húmedos y abrasadores rápidamente se descontrolan.

Pronto, estamos jadeando por respirar y, aun así, nos negamos a dejarnos respirar el uno al otro.

Espero a que ella me aparte, a que se retire detrás de sus muros defensivos. En cambio, me sorprende apretándose contra mi cuerpo con la misma desesperación, demostrando que lo necesita tanto como yo.

Capítulo 28

Lucy

Tropezamos como borrachos hacia el dormitorio, con nuestros cuerpos atados en una maraña de extremidades, labios y lenguas.

Me agarro a la camisa de Callum para evitar que la tormenta me arrastre. La lujuria que me invade lucha con el miedo a estar cerca, a ser vulnerable.

Estoy perdida en el mar, esperando que un barco venga a rescatarme.

Quizás ese barco sea Callum.

Sus manos recorren mi cuerpo, sus dedos largos y gruesos se deslizan bajo la tela para encontrar mi piel cálida. Se detienen en la parte inferior de mi *bralette*.

—¿Está bien esto?

Estoy tan excitada que solo puedo asentir con la cabeza antes de que sus dedos se deslicen por debajo de él, deshaciéndome con un apretón tan fuerte a la vez.

Me toca los pechos con las manos, acariciándolos y provocándome con los dedos.

Y sigue adelante.

—¿Estás bien?

Cuando asiento, aprieta *lo justo* para arrancarme un suspiro.

Sus manos se deslizan por mi torso, mis caderas, y me acaricia el trasero con un ligero roce.

—¿Puedo tocarte aquí?

—Sí. —Mi voz es un susurro entrecortado—. Por favor.

Antes de cada paso, de cada movimiento, me pregunta primero. Se detiene para pedir mi consentimiento.

El simple acto puede no significar mucho para algunos, pero para mí, lo es todo.

La cabeza me da vueltas, mareada por el deseo y la inquietud que me recorren el corazón. La última vez que alguien me tocó, antes de Callum, me quise morir. El roce de manos indeseadas contra mi piel me provocaba picazón y escozor.

Pero aquí, con este hombre desastrosamente peligroso, mi cuerpo se estremece de deseo y se arquea pidiendo más. Cuando se detiene para encontrarse con mi mirada, para comprobar cómo estoy, todo mi ser se derrite de una forma que no puedo entender.

Quizás no lo necesite.

—Lucy. —Me aprieta la nuca, una sensación que me llega hasta el clítoris.

Suspiro contra sus labios, sintiendo que me quedo sin voz.

—Quiero tocarte *ahí*. —Me muerde el labio mientras su mano se desliza por mi vientre—. ¿Puedo?

Una anticipación ansiosa y una excitación tímida me estallan como fuegos artificiales en el pecho. Nadie me había pedido tocarme nunca. Nunca había tenido tanto control sobre un encuentro sexual.

Pensar en eso me entristece demasiado, así que me aparto para mirarlo fijamente a los ojos hambrientos y llenos de lujuria.

—Sí.

Eso es todo el estímulo que Callum necesita. Cuando su mano se desliza por la parte delantera de mis pantalones, jadeo y tiemblo. Frota su mano sobre la seda de mi ropa interior, hacia adelante y hacia atrás, como si estuviera midiendo la suave curva de mi sexo. Si sigue así, se dará cuenta de lo mojada que estoy.

Su lento roce me hace vibrar por todo el cuerpo. Su mano, caliente y firme, me deja jadeando, sin aliento, retorciéndome. Los dedos de mis pies se curvan contra la alfombra.

No puedo respirar. Apenas puedo pensar. Me pregunto distante, ¿por qué me parece bien que me toque así? ¿Por qué no me deshago de las náuseas, sino que me estremezco entre agradables brasas de calor?

¿Por qué sus ojos, ardientes y brillantes, me llenan el estómago de un cosquilleo tan fuerte que no puede ser solo mariposas?

El tacto de Viktor me dejó contaminada, con repulsión hacia los demás; pero Callum, sus manos, su mirada, me recuerda lo bueno que puede ser esto.

Cuánto anhelo ser querida. Deseada.

Callum sigue frotando, con suavidad y control, presionando más fuerte con cada pasada. Preparándome para lo que viene a continuación. El calor me invade por todos lados, arrastrándome más profundamente a esta lujuria embriagadora.

Jesucristo, no pensé que volvería a sentir esto, nunca más.

Quiero que Callum se sienta igual que yo. Electrificado. Loco. Cachondo como el mismo infierno.

Mis dedos se apresuran sobre los botones de su camisa con temblorosa urgencia, presionando bajo la tela hasta que mis dedos tocan su piel...

Me agarra las muñecas.

El hielo se extiende por mis extremidades. ¿Hice algo mal?

—Todavía no. —Su voz se endurece por la necesidad—. Ahora mismo, solo quiero hacerte sentir bien. ¿Te parece bien?

Oh.

—Está más que bien...

Apenas termino de pronunciar estas palabras cuando me agarra por la cintura y me levanta con un gruñido en la garganta. Acorta la distancia que queda entre nuestros cuerpos y el enorme colchón que domina la habitación.

Esta noche, me tumba con delicadeza en lugar de tirarme como un cavernícola. No es que tenga ninguna queja de esa faceta suya. Nuestro encuentro anterior había empezado de maravilla, si quieres saber mi opinión. Pero este enfoque tampoco me molesta.

En cuanto estoy boca arriba, las manos ávidas de Callum encuentran mi cintura. Busca mis pantalones, me los quita de las

piernas y los tira al suelo.

Ahora estoy tumbada ante él, casi desnuda salvo por mi ropa interior y mi blusa de seda morada. No sé qué esperar, así que su siguiente movimiento me sorprende.

Callum está de pie al borde de la cama, observándome fijamente. Un oscuro deseo se refleja en sus ojos. Los músculos de sus hombros se tensan y se contraen. El pecho se le agita y las fosas nasales se le dilatan. Un sonido retumba en lo más profundo de su ser. La vibración reverbera a través de mis músculos.

Se me queda viendo fijamente hasta que mis incertidumbres y miedos vuelven a surgir. Ha pasado más de un minuto con su mirada pesada y hambrienta recorriendo mi cuerpo desnudo de arriba abajo.

El estómago me revolotea y se revuelve de forma desagradable.

—¿Qué pasa? —Me preparo para otro rechazo, aunque sé que podría matarme.

Sus ojos, con las pupilas dilatadas, se posan en mis muslos.

—Eres tan jodidamente hermosa.

Una sensación de calor me recorre todo el cuerpo.

—Callum.

Se sube a la cama de un salto mientras aún me recupero del cumplido y me separa las piernas para lamerme por encima de la ropa interior.

Su lengua dibuja una línea de un extremo a otro de mis pliegues, y la sensación es tan ardiente, tan deliciosa, que mi cabeza golpea contra la cama.

Un pequeño gemido escapa de mi boca abierta cuando aprieta su cara contra mí, con apenas un poco de seda entre él y mi piel desnuda.

Callum inhala.

—Dios, hueles de maravilla. No puedo esperar a probarte.

Incluso el calor de su aliento tan cerca de mi piel sensible envía placer a través de mí en todas direcciones.

Exhalo una respuesta sin sentido, demasiado excitada y avergonzada para ser coherente.

—¿Puedo probarte, Lucy?

Cierro los ojos con fuerza; me arden las mejillas. Pero, aun así, asiento.

—Sí.

Empiezo a creer que le daría todo lo que quisiera si me lo pidiera con ese tono embriagador y voraz en la voz.

Me siento más vulnerable de lo que esperaba. No obstante, me obligo a quedarme quieta mientras Callum me quita la ropa interior, deslizando la seda por mis piernas con dolorosa lentitud mientras observa mi coño desnudo, húmedo y palpitante por la anticipación de su beso.

Tiemblo al sentir el aire frío en mi piel expuesta. Mi pecho se agita, me duele el cuerpo y el pulso me late con fuerza. Solo con su mirada difumina los límites de mi cordura.

Finalmente, su expresión cambia y me agarra de las piernas.

—Ven aquí. —Me empuja hacia abajo en la cama, hundiendo la cara entre mis muslos.

—*¡Mierda, Callum!* —Jadeo mientras su boca me ataca. Me tiemblan las extremidades bajo su lengua experta. Sus manos ásperas se clavan en la parte inferior de mis muslos mientras asiente con la cabeza, chupándome, lamiéndome y haciendo vueltas con su lengua increíblemente talentosa.

Mis dedos se aferran a las sábanas con impotencia.

Me arqueo en la cama, sorprendida por la intensidad de mi propio placer. La repulsión que esperaba, el miedo, la vergüenza... Nada de eso existe en este espacio. No con el cálido afecto que florece en mi pecho y se extiende por el resto de mi cuerpo.

Durante años, pensé que no merecía la felicidad. Cuando crecía y esa creencia empezó a desvanecerse, Viktor la trajo de vuelta a mi mente.

Pero aquí, en esta cama, con este hombre tocándome, haciendo que mi cuerpo reaccione de maneras que creía imposibles... Me pregunto si... tal vez eso no sea cierto después de todo.

Quizá pueda ser feliz. Quizás pueda tener el tipo de vida que personas como Maya y Nika se merecen.

Tal vez Callum podría ser el que me dé eso.

Una noche a la vez. Explorando y compartiendo este calor. La sacudida estremecedora de Callum, un gruñido posesivo contra mi clítoris.

Por mucho que gima, suspire, grite o maldiga, Callum no me da ni un segundo de respiro. Mete la lengua en mi entrada una y otra vez hasta que me mareo, con el cuerpo vibrando en un éxtasis preorgásmico.

Su agarre sobre mis piernas se hace más fuerte mientras se sumerge más rápido, metiendo y sacando la lengua mientras su nariz acaricia mi clítoris.

La presión en lo más profundo de mi ser aumenta y aumenta hasta que mis muslos se tensan alrededor de su cabeza, apretando con fuerza mientras el placer me desgarra. Mis caderas se sacuden contra su rostro áspero y hermoso.

El cuerpo me tiembla en más lugares de los que creía posibles mientras el orgasmo me invade. Las placas tectónicas se mueven bajo mi piel.

Estoy débil, mareada y agotada al final. Los ojos se me cierran de golpe mientras un jadeo pesado me devuelve a la realidad tras un clímax que quizá recuerde el resto de mis días.

Me tomo un momento para recuperar el aliento. Entonces, me doy cuenta.

Acabo de correrme. Con un hombre. Después de todo lo que he vivido.

No entré en pánico. No corrí ni me eché atrás. Disfruté cada segundo de su contacto.

De hecho, ya quiero más.

Cuando abro los ojos, Callum sigue entre mis muslos, con mis piernas apoyadas sobre sus hombros. Levanta la vista para encontrarse con la mía y el rostro se le contrae.

Me apoyo en los codos para verlo mejor. Intenta ocultarlo, pero sé reconocer una mueca de dolor cuando la veo.

—¿Callum?

Un rojo oscuro se extiende por su camiseta, filtrándose a través de la tela.

Sangre.

Está sangrando.

—¡Callum! —La alarma me golpea mientras retrocedo y me aparto de sus hombros para poder apoyarme sobre las rodillas.

Apuesto a que se lesionó al intentar salvarme antes. Probablemente, cayeron unos escombros sobre la red y lo golpearon momentos antes que yo lo hiciera. O tal vez se le volvió a abrir la herida de ese imbécil tatuado con el cuchillo.

La visión de su sangre me quema la garganta con culpa. Está herido, y es culpa mía. Su herida sirve como un crudo recordatorio del peligro que nos rodea incluso en nuestros momentos más íntimos.

—Vamos. Vamos a limpiarte. —Me levanto de la cama en segundos y lo abrazo. Él hace una mueca de dolor.

—Estoy bien. —Me aparta la mano para intentar alejarme—. No es nada de lo que tengas que preocuparte.

—¡Como el infierno que no lo es!

Nos llevo rápidamente al baño, con la mente dándome vueltas.

¿Cómo iba a olvidar que cada segundo que Callum está conmigo, corre peligro?

Capítulo 29

Callum

Lucy me sienta en el borde de la bañera mientras busca afanosamente los suministros de primeros auxilios. Todo mientras su humedad se seca en mi cara.

Me debato entre disculparme, sabiendo perfectamente que he cruzado otra línea, y empujarla sobre la encimera de mármol frente a mí para darle placer una vez más.

Solo he probado a Lucy Marlow una vez, pero estoy bastante seguro de que soy adicto a sus pequeños gemidos y a su dulce sabor.

Estoy tan jodido. Ella está bajo mi protección, y acabo de pasar los últimos minutos comiéndosela como un hambriento.

La gente cuenta conmigo para hacer un buen trabajo, aunque últimamente las únicas instrucciones que sigo vienen de mi polla.

Debería sentirme culpable por lo que acaba de pasar. Y lo estoy. Pero no me arrepiento. No cuando recuerdo cómo se le contraía la cara al correrse, sus suspiros después y la tensión de sus muslos alrededor de mis orejas.

En lo que a mí respecta, Lucy es mía, y lucharé contra cualquiera que diga lo contrario. Incluso contra Shane, porque al diablo con él. Dudo que le importe la seguridad de Lucy. Solo quiere la billetera de criptomonedas.

Entiendo por qué Darren, Veronika y los *Reyes Irlandeses* no revelaron la experiencia de Lucy con el tráfico sexual. No era asunto suyo contarlo. Aun así, al menos podrían haberme avisado. He sido un completo imbécil, porque no tenía ni idea de lo que Roguilin le había hecho. La traté como a una mocosa mimada y buscadora de atención, porque no podía darme ni una sola pista de la verdad.

Y, ahora, sé que la información comprometedora que Lucy tiene sobre Roguilin va más allá de su secuestro y la billetera de criptomonedas. Combatir el tráfico sexual internacional es un gran negocio para los políticos y abogados de *New York*.

Su testimonio por sí solo probablemente sea suficiente para mandar a ese maldito enfermo a prisión de por vida. Pero eso solo si no le corto la garganta antes. Si tengo algo que decir al respecto...

Lucy vuelve al baño.

—Quítate esa camiseta. —Un pequeño botiquín de primeros auxilios de color naranja cae sobre la encimera.

Espera. Ese es el botiquín de mi bolsa de viaje.

—¿Has revisado mi bolsa?

—Es una emergencia.

Si alguien más hubiera rebuscado entre mis cosas, ya estaría medio muerto. No obstante, que Lucy toque mis cosas por alguna razón no me molesta.

Niego con la cabeza. Ya me ocuparé de esa revelación más tarde.

—Te lo dije, estoy bien.

—Cállate. Te ayudaré, te guste o no. —Lucy se niega a aceptar un no por respuesta, sus suaves manos desaparecen bajo el dobladillo de mi camisa y la levanta suavemente hacia mi cabeza a pesar de mis protestas.

Con solo levantar los brazos siento punzadas agudas y cegadoras en el hombro y el pecho. Ni siquiera yo puedo disimular tanto dolor. Lucy me lanza una mirada acusadora y busca la toalla más cercana para limpiar la sangre que se me está secando en la piel. Aunque la lesión parecía demasiado pequeña como para preocuparse antes, puede que la haya empeorado durante nuestras recientes actividades íntimas. De ser así, estoy seguro de que no me di cuenta.

Cedí, dejándola limpiarme y vendarme sin más quejas. Ella va y viene por el cuarto de baño, atendiéndome con sorprendente delicadeza. Intento no mirarle el culo y el coño desnudos, pero estoy librando una batalla perdida.

Parece haber olvidado que está medio desnuda.

O eso, o ya ha aceptado el hecho de que ahora es mía.

Sea cual sea el caso, es solo cuestión de tiempo para que termine el trabajo y me folle su hermoso cuerpo como es debido.

El cabello de Lucy le cae en ondas sueltas alrededor del rostro mientras trabaja por encima de mi hombro. Sus ojos oscuros me cautivan.

Después de unos minutos, suelto una risa.

—¿Por qué eres modelo? Cuando serías una gran heroína de acción. Perfectamente capaz de hacer tus propias acrobacias y limpiarte después.

Lucy sonríe, negando levemente con la cabeza.

—No estaba pensando con claridad. Solo quería escapar de mi propia mente. Ya sabes, o lo hago a lo grande o me voy a casa. —Me limpia el hombro con toallitas con alcohol.

Me trago una maldición mientras un dolor abrasador me recorre la herida profunda.

—Así que lo hiciste por la publicidad.

—Más o menos. —Exhala pensativa—. La verdad es que no tenía ningún objetivo, pero no te equivocas.

—Guapa *y* una astuta mujer de negocios.

Se queda callada y vuelve a concentrarse en vendarme el hombro.

Pero mientras frunce el ceño, las mejillas se le sonrojan. La forma en que asoma la lengua entre sus labios puede ser la cosa más adorable que he visto en mi vida.

Una nueva revelación me golpea en la cara.

Lucy Marlow me importa más que el dinero que gano protegiéndola. Más que la lealtad que siento hacia los hombres que me contrataron.

A estas alturas, me importa un bledo la billetera de criptomonedas. Si ella la tiene, se la merece.

Lo único que me preocupa es su seguridad.

La gente de Roguilin obviamente sospecha que ella tiene la billetera. Y aunque Shane Gallagher es más decente que Viktor y los de su calaña, todavía no estoy seguro de qué haría el líder de los *Reyes Irlandeses* si se viera frustrado su intento de reclamarla.

Tendré que lidiar con eso en algún momento. Pero por ahora, quiero deleitarme con la imagen de Lucy delante de mí.

Nunca me he sentido tan relajado con nadie como con ella. Por eso, me siento tentado a confesarle el objetivo encubierto que me asignaron junto con la misión de protegerla. Si le digo la verdad y simplemente me entrega la billetera, todo será mucho más fácil.

—Lucy.

—Gracias por salvarme hoy. —La sinceridad en su voz me calla de golpe—. Aun así, espero no lo vuelvas a hacer en el futuro. No te pongas en peligro así.

Mi rostro se transforma en lo que estoy seguro es un horrible ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando? Mi trabajo es mantenerte a salvo, aunque me cueste la vida.

—Lo sé, pero... —Traga saliva, recorriendo la habitación con la mirada antes de volver a mí—. No quiero verte sufrir. Nunca más. No por mi culpa.

Dios mío. Me ha llegado directo al corazón.

«¿Ella no quiere verme sufrir?»

¿Qué pasó con la mujer que estaba dispuesta a rociarme con gas pimienta a ocho centímetros de distancia? La cual me obligó a dormir en el suelo de su sala con la esperanza de que dejara mi trabajo por pura frustración e incomodidad física.

El cambio es como de la noche al día. No puedo negar que aprecio a esta nueva y dulce gata salvaje.

—Lucy, sabes que no puedo prometerte eso. Si estás en peligro, yo...

—Y, por favor, no... me vigiles a mis espaldas. —Se le llenan los ojos de lágrimas. Se los seca rápidamente con el brazo.

Oh, maldición.

La culpa me aplasta.

Ella continúa ajena a mi arrepentimiento.

—Lo odio. Es invasivo. Me hace sentir violada. Que se apropien de mi privacidad de esa manera me recuerda mis peores momentos de mi infancia en hogares de acogida. Y me recuerda mi secuestro. Cada vez que alguien ha controlado mis movimientos o ha decidido a qué información puedo acceder, siempre ha sido para su beneficio, no para el mío.

Maldición. Una vez más, no hay palabras en el universo que puedan expresar la profundidad de mi culpa.

Ella sorbe por la nariz agarrando un pañuelo de papel de la encimera del baño.

—Sé que ese no es tu caso, Callum, pero... sé sincero conmigo la próxima vez. Y haré todo lo posible por no ocultarte nada tampoco.

El peso de mis acciones me agobia como un techo de cristal. Si no le cuento lo de la billetera de criptomonedas, pensará que la he traicionado. Claro que sí. Porque cada segundo que paso callado, estoy traicionando su confianza.

Ahora es el momento de confesar. Aunque lo reconozco, las palabras se niegan a salir.

Si Lucy descubre mi agenda secreta, la que he tenido todo este tiempo, después de todo lo que hemos pasado, después de lo que acabamos de hacer...

Primero, necesito trabajar en controlar mis tendencias de imbécil el tiempo suficiente para que confíe en mí. De verdad. Una vez que haya establecido esa base, podré ser sincero con ella sobre mi nueva asignación.

O tal vez, para entonces, ya haya descubierto la manera de salir de este lío.

Asiento con la cabeza, aunque todo es mentira.

—Trato hecho. —Una mentira estúpida, egoísta y horrible.

La sonrisa que me devuelve casi me destroza. Ese hoyuelo. Esa adorable pequeña hendidura bien podría ser un agujero negro para mi corazón.

Descarto la idea de que volveré a hacerle daño, porque por ahora solo quiero tenerla cerca y a salvo.

Mientras coloca la última venda y empieza a limpiar, me aclaro la garganta.

—¿Me toca a mí pedir algo?

—¿Qué pasa? —Me da la espalda otra vez y me llama con su trasero.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? —No reconozco la vulnerabilidad en mi petición hasta que las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros—. Solo quiero...

—Sí.

Su aceptación instantánea me provoca una oleada de alivio tan intensa que la siento hasta en la planta de los pies.

¿Y si hubiera dicho que no? La decepción podría haberme matado.

En cambio, me toma de la mano y me lleva lentamente de vuelta al dormitorio. Me quito los vaqueros oscuros mientras ella busca un pijama de seda. Al principio nos cuesta un poco, pero conseguimos meternos bajo las sábanas de esta enorme cama, moviendo nuestros cuerpos hasta que estamos lo suficientemente cerca como para tocarnos.

La atraigo hacia mí como antes, abrazándola con fuerza. Sin embargo, cuando me acerco a la mesita de noche para apagar la luz, me detiene con su voz suave y segura.

—No lo hagas.

Dejo la luz encendida y la abrazo más fuerte.

Poco después, Lucy se queda dormida en mis brazos. Estoy agotado y listo para caer rendido, pero el sueño tarda en llegar.

Una voz horrible en mi cabeza me atormenta, prometiéndome que tarde o temprano todo esto me explotará en la cara.

Capítulo 30

Lucy

Por la mañana, me despierto con Callum acurrucado a mi lado y mi teléfono vibrando en la mesita de noche. Con su aroma hipnótico en mi nariz y sus fuertes brazos arropándome, me siento cálida y cómoda. Segura. Siento que podría dormir durante días, acurrucada contra su musculoso cuerpo.

Tanteo la mesita de noche hasta que mis dedos encuentran mi móvil vibrando.

Al echar un vistazo a la pantalla, aparece el nombre de mi hermana. Contesto la llamada, acercándome el teléfono a la oreja.

—¿Hermana? —Contengo un bostezo—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa, es lo que preguntas? ¿Es en serio? —Normalmente, me encanta su voz, pero el chillido contra mi tímpano es tan fuerte que me estremezco, haciendo que Callum se mueva. Sus músculos se tensan a mi alrededor.

Bueno, qué demonios. Aunque probablemente debería haber esperado una llamada así, me encuentro desprevenida ante su ira tan temprano en la mañana.

Bostezo de nuevo y titubeo.

—¿En serio qué?

—No te hagas la tonta conmigo, Lucy Marlow. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. ¿En qué demonios estabas

pensando con esa actuación tan descabellada de ayer?

Abro los ojos de golpe.

—Estoy bien. Como nueva. Sin lesiones.

Excepto por Callum, no obstante, ese detalle solo la hundirá aún más. Mejor esperar todo lo posible.

—*¡Por el amor de Dios!* —Maya exhala tan fuerte que casi puedo sentir el viento en mi cara desde el otro lado del océano—. *Vi los vídeos en internet, Lu. ¿En serio en qué estabas pensando al destruir ese set? ¡Podrías haberte hecho daño o algo peor!*

Contengo un suspiro. Si pudiera rebobinar los últimos cinco minutos, ignoraría la llamada de Maya hasta que mi cerebro empezara a funcionar. No hay nada como aguantar una reprimenda a primera hora de la mañana.

—Me imagino lo aterrador que debió de parecer, pero la verdad es que no tienes por qué preocuparte. —Me acurruco contra el pecho de Callum. El corazón le late con fuerza contra mi espalda—. Te prometo que estoy bien. Estuve a salvo todo el tiempo.

—*¡A la mierda! ¿Tengo que volver a casa?*

—No. —Intento que no parezca que le estoy ocultando algo—. Callum ya me reprochó y me hizo jurar que no volvería a correr riesgos así. Y, aunque vuelva a tener un ataque de locura, él me mantendrá a salvo. —Me arden las mejillas al hablar así, acurrucada entre sus brazos—. Él me protegerá de todos... incluso de mí misma.

Maya se lanza a un monólogo sobre la seguridad, no obstante, mi atención se desvía en el momento en que Callum me aprieta con fuerza la cadera. Con un movimiento ágil, me da la vuelta para que quede frente a su pecho.

Se me corta la respiración.

Me está mirando de una forma que nunca antes había hecho, ambos tumbados en silencio mientras Maya no para de hablar sobre la importancia de no actuar con imprudencia.

Podría perderme para siempre en sus expresivos ojos verdes. Me observa con una expresión inescrutable.

—*¿Entendido?* —La miniconferencia de Maya finalmente llega a su fin.

—Lo entiendo. —Mi mirada permanece fija en Callum—. Nos vemos pronto, ¿de acuerdo? Te quiero. Adiós.

Cuelgo sin esperar su respuesta, el calor ya me recorre el estómago por la calidez en los ojos de Callum.

Está callado. Yo me quedo contemplando un punto en su mandíbula, mordiéndome el labio inferior.

—No quería despertarte.

Cuando habla, su voz está llena de emoción.

—¿Lo decías en serio?

—¿Qué?

—Sobre confiar en mí para protegerte.

Asiento con la cabeza, y Callum se estremece. Cuando abro la boca para preguntarle qué le pasa, me acaricia la cara con la mano derecha y me roza el labio inferior con el pulgar.

—Callum. —¿Acaso el aire es escaso aquí?

Algo primitivo brilla en sus ojos. Mis párpados se cierran hasta quedar a medio abrir cuando él se inclina hacia mí, con los labios a un suspiro de los míos, y la tensión entre nosotros crepita como electricidad.

Callum no pierde más el tiempo. Con un movimiento potente y controlado, se coloca encima de mí, presionando sus grandes manos contra el colchón a ambos lados de mi cara.

La lujuria desenfrenada en sus ojos transmite sus intenciones. Fluidez y destreza, me inmoviliza con su cuerpo, cubriéndome cada centímetro.

El calor y la excitación se encienden bajo mi piel, luchando contra la preocupación que me invade la mente.

—¿Tu herida?

—A la mierda. —La tensión entre nosotros se extiende como un cable a punto de romperse—. Dime que quieres esto.

El corazón me late a mil por hora.

—Lo quiero.

Y, aunque parezca increíble, aun así, lo quiero.

Viktor Roguilin me marcó de una forma que nunca olvidaré. Arruinó la idea de volver a tener sexo con alguien más.

Me repetía una y otra vez que yo era suya y solo suya.

Después de escapar, la sola idea de tener intimidad con un hombre me daba náuseas. Temblaba. No podía imaginarme volver a hacer esto por voluntad propia.

Pero ahora, el miedo se ha desvanecido. No queda nada más que una necesidad ardiente y dolorosa en mi cuerpo.

Y Callum no duda en dejarme reflexionar sobre esta nueva sensación.

Sus labios se estrellan contra los míos, desesperados y voraces. Apenas puedo respirar cuando él está así, robándome el aire con su boca exigente. Sus manos desaparecen entre mi cabello y se inclina hacia delante hasta que nuestras frentes se tocan.

La excitación despierta mientras me aferro a él, sin nada que nos separe excepto mi pijama de seda y sus calzoncillos.

Sus manos me recorren el cabello, el cuello, los hombros y los costados, hasta llegar más allá de la cintura. En cuanto sus palmas llegan a mis muslos, sus dedos se hunden en ellos. Separo las piernas alrededor de sus caderas, permitiéndole que presione su cuerpo corpulento y musculoso contra mí.

Cuando su peso me presiona, el cuerpo se me tensa instintivamente.

Callum se incorpora de inmediato, y ya echo de menos su calor.

—Lucy. —Sus ojos se clavan en los míos. El tono verde brilla bajo el sol de media mañana—. No tenemos por qué hacerlo si no te sientes bien.

—¡Estoy bien! —La tranquilidad me invade mientras deslizo mis dedos por sus brazos y subo hasta sus hombros, con cuidado de no tocar sus vendajes—. Es solo un reflejo. Te lo juro, estoy bien.

Se mueve al sentir mi tacto.

—¿Estás segura? Yo no... Después de lo que me dijiste ayer...

Le acaricio la mejilla.

—Callum. Te prometo que está bien. —Suelto un suspiro tembloroso—. Pensé que estaría nerviosa... y lo estoy, un poco. Pero quiero esto. —Me muerdo el labio inferior—. Por favor, Callum.

Lo que no digo... es que necesito saber que no estoy rota.

Él me quiere. Y yo lo quiero.

Necesito saber que puedo con esto.

Necesito saber que puedo estar bien.

Capítulo 31

Lucy

Me observa un instante antes de bajar la barbilla.

—Dime si necesitas que me detenga.

—Te lo prometo. —Pero el verdadero miedo se desvaneció en cuanto nuestras miradas se cruzaron. Nunca había estado tan segura de mis deseos.

De mis necesidades.

Cuando junta nuestras caderas con una lentitud agonizante, lo único que mi cuerpo experimenta es un calor puro y sin filtros.

Callum solo me deja respirar lo suficiente para quitarse el bóxer y la pijama. Me arranca los pantalones cortos mientras yo me quito la camiseta por la cabeza. Estamos completamente desnudos.

Los dos. Juntos. Por primera vez.

Ahora entiendo por qué me observaba así anoche, porque ver el cuerpo desnudo y escultural de Callum me deja sin aliento.

Es más guapo de lo que imaginaba, con cicatrices, tatuajes y todo. Incluso su polla es preciosa. Debo de estar boquiabierta, pero él simplemente me devuelve la mirada de asombro.

Sus ojos recorren mi cuerpo desnudo, hipnotizados por mi parte superior, luego por la inferior, antes de volver a fijar la vista en mí con calma.

Sin su cuerpo para sujetarme como ancla, siento un escalofrío, así que me apoyo sobre los codos, con mi corazón latiendo con fuerza. Aprieto los labios antes de hacer mi propia petición.

—Ven aquí, Kavanagh.

Sonríe.

—Sí, señora.

Me tumba sobre el colchón y me besa con todo su ser, causándome un cortocircuito en el cerebro. Su pecho desnudo roza el mío, avivando el fuego que arde en mi interior. Su longitud gruesa y erecta me frota en el punto que más necesito, provocándome jadeos, espasmos y gemidos contra su boca voraz.

—¿Te gusta eso? —Su pregunta áspera me golpea directamente entre los muslos—. ¿Te gusta que me deslice sobre ti?

Asiento, volviendo a besar sus labios. Se ríe con picardía y se balancea libremente contra mí. La acción empuja su miembro rígido contra mis zonas más necesitadas, la punta de su verga masajeando mi clítoris.

«Se siente increíble. Podría llegar al orgasmo solo con esto».

Frotándose con más fuerza, gime en mi oído.

—Estás tan húmeda por mí.

Sus palabras sucias me provocan otra oleada de excitación. Cierro los ojos mientras disfruto de la sensación. Puro placer. Su caricia es como la noche y el día, diferente como la de la última persona que me tocó aquí...

Cualquier pensamiento de rechazo desapareció hace mucho tiempo.

Mi cuerpo lo desea *desesperadamente*.

—Necesito estar dentro de ti. —El gruñido de Callum me provoca una oleada de calor—. Por favor, dime que tú también lo deseas.

Que me lo pregunte, que se acuerde de asegurarse de que estoy bien, me cierra la garganta con una emoción que apenas logro contener.

—Sí.

Se queda quieto, y al abrir los ojos, lo encuentro observándome.

—¿Incluso si no puedo protegerte?

Siento un palpitar en el pecho.

—¿De qué estás hablando?

—No me esperaba que esto sucediera, Lucy. —Emite un gemido profundo y gutural, presionando su longitud contra mi entrepierna—. Revisé mi billetera y no llevo protección.

Me lleva una eternidad darme cuenta de que está hablando de condones.

«¡Qué más da!» Quiero gritar, aunque el corazón se me derrita como un charco. Está duro como una tabla contra mí, pero aun así se detiene para priorizar mi seguridad.

—Tengo un DIU. —Me lamo los labios, con ganas de más—. No hay problema, siempre y cuando estés limpio.

—La última vez salió negativo en la prueba y no he estado con nadie desde entonces. —Me observa atentamente—. ¿Eso significa que puedo tener este coño? ¿Sin protección?

Se me contrae el bajo vientre y asiento.

Se estremece al apoyar su frente en la mía, con voz ronca y necesitada. Se incorpora para mirarme fijamente.

—¿Estás segura? Si no lo estás, dímelo. No tenemos que hacer nada hoy.

Parpadeo. Me trago mi "sí" inmediatamente y hago una pausa para reflexionar sobre mí misma.

Estoy bien. Quiero esto.

Lo deseo a *él*.

No siento nada en el pecho, salvo la burbujeante emoción de la anticipación. Mi cuerpo palpita, buscando su calor.

Mi cabeza está más despejada que en días. Semanas, tal vez.

Nada me detiene.

Sostengo su mirada ardiente.

—Estoy bien, Callum. No te contengas. —Una sonrisa con un toque malicioso se me dibuja en el rostro. Su sonrisa de respuesta susurra sobre pecados que pronto se cometerán.

—Entonces te sugiero que te agarres fuerte.

Apenas tengo tiempo de cumplir su orden antes de que se empuje dentro de mí, llenándome completamente.

—*Callum...* —gimo su nombre mientras él suelta un jadeo profundo y gutural y saca toda su polla para volver a penetrarme

con fuerza.

—*Joder, estás apretada.*

Todo nuestro control se hace añicos, nuestro deseo largamente negado explota entre nosotros. Es fascinante ver cómo se derrumban las murallas blindadas de Callum, ver cómo el placer, el anhelo y la emoción explotan en sus facciones.

No puedo apartar la mirada mientras él mete y saca su polla dentro de mi cuerpo con una expresión cautivada.

Aspiro a provocar esa expresión en su rostro todos los días.

Libera toda su meticulosa contención y me penetra con fuerza y rítmicamente. Yo gimo una serie de palabras sin sentido, tonterías que salen de mis labios mientras él me da placer con cada fuerte embestida.

—¿Estás bien? —Me acaricia el cuello con la nariz, siento su aliento caliente en mi piel.

Gimoteo mientras mis uñas le marcan la piel con forma de medialuna.

—B-bien. Callum... por favor... más.

Gruñe y saca su verga de mi cuerpo.

—Date la vuelta.

Sin aliento y con un zumbido, me doy la vuelta boca abajo, apoyando las manos a ambos lados de la cara.

Callum no pierde tiempo en ponerse encima de mí, sujetándome con sus fuertes piernas sobre la parte posterior de mis muslos.

—Eres tan *sexy*. —No me da tiempo a responder antes de que sus manos encuentren mi cintura. Me guía para que incline las caderas hacia atrás y apunte mi culo hacia la punta de su polla hambrienta. Cuando se hunde en mí, gemimos al unísono.

Entierro la cara en las sábanas mientras me golpea el trasero con sus caderas, hundiendo su polla en mi interior con tanta fuerza que me hace gritar. Por suerte, el grueso colchón amortigua mis gritos de éxtasis.

Lo que debería ser degradante, humillante, es *excitante*. Quiero vivir aquí, flotar en este mar de felicidad durante el resto de mis días. Acostarme con él cada noche, sintiéndome así, sabiendo que al día siguiente me pasará lo mismo una y otra vez.

Después de encontrar un ritmo constante, Callum me suelta la cintura y coloca sus manos sobre las mías.

—Lucy, te sientes tan bien —gruñe, y unas palabras en gaélico le salen de la boca ardiente y me llegan al oído mientras entrelaza sus dedos con los míos y continúa su celestial asalto a mis sentidos—. Me voy a correr.

Un placer estremecedor me recorre el cuerpo. Mis dedos se contraen bajo los suyos.

—Córrete para mí. Por favor.

—¿Dónde lo quieres? —Desliza una de sus manos fuera de la mía para poder envolverme el cuello con sus gruesos dedos—. Dímelo, dulzura.

Me está destruyendo de la mejor manera posible. No sé cómo me recuperaré de un sexo tan increíble.

—Dentro de mí. —Mi voz es un grito agudo y ahogado mientras me clava al colchón.

Callum se retira, dejándome sin aliento y con los músculos temblando.

—¿Quieres que te penetre hasta las bolas?

Asiento con la cabeza contra las sábanas, febril y aturdida.

Con manos suaves pero firmes, Callum me da la vuelta una vez más para que pueda contemplar sus ardientes ojos verdes. Me observa como un león analiza a un antílope. La intensidad de su mirada me hace bajar la vista.

—Dime que lo quieres —ordena con voz grave y exigente—. Necesito escucharte, Lucy.

Mis ojos vuelven a fijarse en los suyos. Estamos a punto de correrno. ¿Y ahora es cuando decide preguntarme? Por mucho que me guste, ¿podría haber elegido un momento peor?

—Yo...

—¿Sí? —Engancha los brazos bajo mis rodillas y me levanta hasta que mis piernas y mi trasero quedan en el aire.

Puedo decir con seguridad que esta es la posición más comprometedora en la que he estado con un hombre, y si Callum no me excitara tanto, probablemente, estaría a punto de sufrir un ataque de pánico.

Las palabras salen precipitadamente.

—Quiero que te corras dentro de mí.

Callum se baja de la cama y tira de mi culo hasta el borde del colchón, jugueteando con mi piel con su polla húmeda, mientras mi parte inferior se apoya contra sus muslos.

—Así que, sí sabes cómo ser una buena chica. —Me dedica una sonrisa maliciosa antes de deslizarse dentro de mí otra vez.

Me tapo la boca con la mano para ahogar el gemido que se me escapa de la garganta. Ese ángulo es *profundo*. ¿Cómo puede haber algo tan bueno? Voy a perder la cabeza.

El placer se enrosca dentro de mí, arrastrándome más cerca del precipicio.

Con mi cuerpo apoyado contra él, Callum me suelta las piernas. Me agarra las manos, entrelazando nuestros dedos antes de sujetarlos contra el colchón, a ambos lados de mi cabeza.

Su rostro se cierne sobre el mío mientras me destruye, una embestida tras otra.

—¿Vas a correrte para mí, cariño?

Asiento al cruzar nuestras miradas.

—Sí... por favor, sí.

—Buena chica. —Sus ojos brillan al clavarse en los míos, y entonces su boca se cierra de golpe, una oleada le recorre la mandíbula mientras suelta un grito con los dientes apretados.

Cuando llego al clímax, mi cuerpo se tensa.

Saca toda su longitud y la vuelve a meter, una vez, dos veces...

—*¡Callum!* —Su nombre sale de mis labios mientras caigo en picada. La fuerza del orgasmo desgarrándome por dentro.

Él gime, cayendo al vacío conmigo. Embiste unas cuantas veces más y luego se queda quieto. Los temblores y las réplicas me sacuden mientras lo miro a los ojos.

A partir de este momento, ya no puedo negarlo.

Me he enamorado de este hombre tan irritante.

Capítulo 32

Lucy

Bajo la lluvia de la ducha de lujo, me deslizo por la inmensidad de lo que acaba de pasar con Callum.

Nuestras relaciones sexuales eran a partes iguales tiernas y salvajes, dulces y desinhibidas. Nos reclamábamos el uno al otro con una intensidad imperiosa, sin contenernos hasta que ambos nos quedábamos sin aliento y temblando.

Me tapo las mejillas con las manos para evitar que se me derritan. Me arden muchísimo. Lo que más me asusta es lo poco habitual que es esto en mí.

Incluso antes de mi secuestro, solo me había acostado con unos pocos hombres en la universidad. El sexo no era algo que buscara con mucha frecuencia. Y las veces que ocurrió eran *normales*. Nada espectacular. Nada de sentimientos. Las emociones te hacen vulnerable, y yo nunca busqué eso.

La vulnerabilidad me hace correr como si estuviera en juego la medalla de oro olímpica. Más aún después de Viktor.

Hasta ahora, por fuera he sido una aspirante a modelo, pero por dentro he sido un lío de hipervigilancia, problemas de control y pánico. Cada día de mi vida es una lucha por la confianza y la independencia.

Siempre intento parecer atrevida, contenta y capaz de estar sola, aunque no sea nada de eso. No después de todo lo que he pasado.

Por supuesto, tengo una relación muy estrecha con mi hermana. Y con Nika también. Pero aparte de ellas, personas que me conocen de toda la vida, siempre he dudado en forjar nuevas relaciones. Sobre todo, después de mi secuestro. Mantengo a la gente a distancia. Eso es lo que hago.

Desde que Nika y Darren me rescataron, he renunciado a las citas. ¿La idea de tener intimidad física con otra persona, de hacerme vulnerable de esa manera? Solo pensarlo me revuelve el estómago.

Entonces, ¿qué demonios fue eso?

Dejé que Callum me desnudara. Me acosté con él. Yo lo busqué.

Incluso mientras me froto el gel de ducha por todo el cuerpo, aún puedo percibir su aroma. El recuerdo de su tacto me invade. Dentro de mí.

Fue tan... *íntimo*. Esa es la mejor palabra para describir lo que hicimos. Tomados de la mano, mirándonos a los ojos, llegando al clímax al unísono...

Niego con la cabeza con tanta fuerza que me golpean mechones de cabello mojado contra las mejillas.

Después de todo lo que pasé con ese monstruo ruso... Después del secuestro, la subasta, la convicción de que nunca jamás querría que me volvieran a tocar. ¿Cómo pude hacer todo eso con Callum? ¿Y cómo puedo sentir, en el fondo de mi corazón, que no me costaría mucho enamorarme del hombre que contrataron para protegerme?

Desde que nos conocimos, no hemos parado de pelearnos. Puedo contar con los dedos de una mano todas las veces que me ha mostrado una amabilidad genuina, así que, ¿cómo es posible que me importe tanto?

A lo largo de mi vida, he mantenido la distancia en mis relaciones. Crecer en un hogar de acogida me enseñó que las conexiones emocionales inevitablemente conducen al abandono y al dolor.

El concepto de la verdadera vulnerabilidad siempre me aterrorizó. Me llevó años aceptar la idea de encontrar a alguien con quien pudiera tener una relación seria, y justo cuando decidí salir de mi caparazón con esa esperanza, Viktor Roguilin y su banda de criminales me secuestraron en plena calle.

El tiempo que pasé con él confirmó mis convicciones más profundas y oscuras, la vulnerabilidad es sinónimo de peligro. Naturalmente, mi interés por los hombres se desvaneció y ha permanecido así durante los últimos meses. Sin embargo, conocer a Callum lo cambió todo para mí. Y no entiendo por qué.

Cuando alguien intenta acercarse a mí, me aparto. Protegerme de un posible rechazo o pérdida de control es mi prioridad número uno.

Con Callum, he sido sarcástica, grosera, desafiante, combativa. No precisamente romántica.

Y, no obstante, desde que sus vigilantes ojos verdes se posaron en mí, he luchado con la paradoja de anhelar la conexión y al mismo tiempo sentir terror de perder el control. Mantener la independencia no es solo mi preferencia. Es un mecanismo de supervivencia. Sin esa barrera, estoy perdida.

Nunca imaginé que sería capaz de olvidarlo tan fácilmente, simplemente estando en presencia de un hombre que me vuelve loca.

Lo que me lleva a preguntarme: ¿qué está pasando exactamente entre Callum y yo?

Lo que pasó anoche. El despertar sexual de esta mañana...

Incluso después de todo lo que he pasado, no me arrepiento de haberme acostado con él.

Todo era increíble. Perfecto. *Él* era perfecto.

Sucumbimos a nuestra atracción mutua, pero ¿qué significa eso para nosotros?

¿Cuánto tiempo va a estar en mi vida? ¿Me estará vigilando hasta que testifique ante la fiscalía?

¿Qué pasa cuando termine la competencia? Si gano, recibiré un contrato como modelo portavoz de *Runway Revolution* y

eventualmente volaré a Tokio para el gran evento. ¿Callum viajaría al otro lado del Pacífico solo para protegerme?

Pase lo que pase, él desaparecerá de mi vida cuando termine su contrato. ¿Verdad?

Si gano y él viene conmigo a Tokio, ¿qué pasará después?

¿Qué pasará cuando reciba una nueva asignación? ¿Va a proteger a otra mujer y a vivir la misma experiencia de nuevo?

Por lo que sé, siempre mezcla negocios y placer todo el tiempo.

Mis dudas se multiplican.

Necesito salir de esta ducha y darle la bienvenida al día. O a lo que queda de él, al menos. Seguro que será mediodía cuando salga, vestida y mentalmente preparada para enfrentarme a Callum.

«Wow, estoy en problemas».

Después de casi una hora, por fin me recupero. Al salir del dormitorio al resto de la *suite*, encuentro a Callum en la cocina, preparando algo que huele deliciosamente a desayuno.

Me acerco flotando.

—¿Tú cocinas? —Los esponjosos panqueques que prepara en la sartén no se parecen en nada a los huevos duros ni a las barritas de proteínas—. ¿De dónde ha salido todo esto?

—Hago mis intentos. Y también hay *delivery*. —Su mirada se posa en mí. Y para mi deleite, no, horror, definitivamente horror, todo el calor que generamos antes sigue ahí, latente en sus iris verdes claro.

Desvío la mirada, ya acalorada bajo el cuello de mi camiseta.

La siguiente parte de la competencia no es hasta mañana, lo que significa que no tengo nada que hacer ni ningún sitio al que ir en las próximas veinticuatro horas.

Ahora que hemos tenido sexo, la tensión se ha vuelto insoportable. El solo hecho de estar de pie frente a él me ahoga.

Tengo que salir de aquí y despejar mi mente.

Callum señala con la cabeza el plato que ha dejado sobre la barra del desayuno.

—Ven a comer.

Me ruge el estómago, así que me dirijo hacia allí, con la vista fija en la comida. Huevos revueltos, tocino, panqueques.

Todo huele increíble, pero el aroma también me transporta a aquellos días oscuros de mi infancia, cuando disfrutar de un delicioso desayuno en familia era un sueño que solo existía en la televisión.

Nunca pensé que tendría esto con nadie. Y, mucho menos, con un hombre como este.

Sin embargo, me siento en el taburete y empiezo a comer.

Callum me observa todo el tiempo, recostado contra la barra. Come de su propio plato sin echarle un vistazo ni una sola vez.

El peso de su mirada empieza a irritarme.

—¿Qué? —La palabra sale más cortante de lo que pretendía.

—¿Qué tal está?

—Delicioso.

No deja de observarme, y no sé si está esperando a que yo saque el tema de la mañana. A que diga algo.

Es obvio que necesitamos tener una conversación seria sobre qué fue eso y qué significó, pero yo... no tengo la capacidad para esa conversación ahora mismo. Todavía no.

No cuando he experimentado un cambio tan drástico con respecto a quién era hace unas semanas. Incluso hace unos días. Le di mi confianza, algo que no creía que fuera capaz de volver a hacer con nadie jamás.

Mierda.

Necesito un respiro.

—Voy a la ciudad en un rato.

Callum levanta las cejas.

—No hay nada en el calendario de competencia para hoy.

—Lo sé.

—¿Necesitas algo? Haré que te lo traigan...

—Es mi día libre. —Me esfuerzo por mantener un tono neutral. Sin ponerme a la defensiva, aquí no—. Quiero pasar un tiempo aventurándome.

Callum me examina la cara antes de asentir.

—De acuerdo.

¿No me va a pelear con eso? ¿Me dejará ir? ¿Así sin más?

—De acuerdo. —Le sonrío levemente y termino mi comida.

Una vez que terminamos de desayunar, él retira los platos y se dirige al sofá. De su bolso saca un chaleco antibalas y una funda para su pistola.

Las alarmas suenan en mi cabeza.

—¿De verdad crees que vamos a necesitar todo eso? Seguro que nadie intentará nada en plena ciudad a plena luz del día, sobre todo cuando estás conmigo.

—Estaré preparado por si acaso. —Su mirada me quema—. Por supuesto, si prefieres no hacerlo, seguro que podríamos encontrar otras formas de entretenernos.

La forma en que dice esa última parte provoca una oleada de calor entre los muslos.

Entonces, si nos quedamos aquí, ¿él espera que volvamos a acabar entre las sábanas? ¿Por qué esa idea me emociona hasta lo más profundo de mi ser, aunque todavía no tengo pruebas reales de que se preocupe por mí?

—Tentador, pero me estoy volviendo un poco loca aquí dentro. Voy por mi cámara.

Después de que Callum me pusiera un chaleco debajo de la camisa y se vistiera de civil para ocultar su equipo de las fuerzas especiales, recorrimos las calles de *Manhattan*. Con la cámara en mano, dejo que mi espíritu me guíe por la ciudad, con Callum, mi sombra constante, pisándome los talones.

Caminando bajo la sombra de los rascacielos, deteniéndome en las esquinas bulliciosas y deambulando por esta jungla urbana, despejo mi mente. Me desvío de la acera hacia un pequeño parque lleno de peatones y niños pequeños. Me detengo junto a un banco para fotografiar a dos arrendajos azules que se bañan en una fuente para pájaros justo detrás de él.

Casi consigo la foto perfecta...

—¿Te arrepientes de lo que pasó antes?

Me sobresalto tanto que los pájaros se alejan antes de que pueda fotografiarlos.

Callum está justo detrás de mí, mirándome con expresión impasible. No le he dicho ni una palabra desde que salimos del hotel, así que supongo que tarde o temprano me lo pediría.

Bajo la cámara.

—No.

Su ceño se acentúa mientras se frota la mandíbula con la mano.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Qué quieres que haga?

Mi corazón se agita como un pez varado en la orilla.

—Bueno, para empezar, podrías decirme que significo más para ti que un sueldo. —Si voy a lidiar con estas emociones, necesito que me diga que no soy la única que se tambalea. Si me estoy enamorando de Callum, entonces quiero saber cómo se siente él también.

Callum me toma de la mano. Entrelaza nuestros dedos, dejándome paralizada con una larga mirada de sus ojos verdes.

—Por supuesto que significas más para mí que un sueldo, Lucy. Pensaba que a estas alturas eso ya estaba claro.

—Bueno, no lo está. —Me separo para poder cruzarme de brazos y disimular la alegría irracional que me produce su respuesta—. ¿Cómo sé que no te acuestas con todas las personas a las que te contratan para proteger?

Se pone a la defensiva, tensando los músculos de los hombros.

—Eres la primera y única persona con la que he cruzado esta línea en una misión. Lo juro.

Me siento en el banco.

—Demuéstralo.

Mi corazón está en juego, me doy cuenta con un sobresalto. Antes de permitirme caer más profundamente en este torrente de emociones con Callum, necesito respuestas.

Necesito que me diga la verdad, de una vez por todas.

Capítulo 33

Callum

No sé qué le pasa por la cabeza a Lucy, pero sí sé que, en algún momento, entre embestirle su coño perfecto en la cama esta mañana y caminar al parque, lo jodí.

Ha estado nerviosa desde que salimos del hotel hace unas horas. Al principio, pensé que estaba pasando por la misma incomodidad que yo.

Hacer el amor con ella cambió mi mundo por completo. Desde entonces, no he sido la misma persona.

Esa verdad no me preocupa en absoluto, sin embargo, empiezo a preguntarme si Lucy piensa diferente.

Quizás esté molesta por cómo sucedió todo esto. Es decir, no compartió detalles, pero me puedo imaginar lo que le hizo pasar ese monstruo de Roguilin. La foto me dio una idea más que suficiente. Y ahora aquí estoy, prácticamente metiéndole la lengua en la garganta sin siquiera preguntarle.

Esta mañana, me esforcé por mostrar cierta sensibilidad. Le pregunté cómo estaba y si quería que continuara.

Tal vez haya juzgado mal la situación y esta sea solo su forma de volver a alejarme.

El pensamiento me llena de pánico.

—Lo siento. No debería haber perdido el control anoche. Ni esta mañana. Es mi culpa.

—¡No te disculpes!

Levanto las palmas de las manos en señal de derrota.

—Pero pensé que, después de todo...

—Para. No saques el tema. —Sus dedos juguetean con la cámara en su regazo—. No estoy molesta por lo de esta mañana. Es solo que... nos hemos precipitado tan rápido cuando apenas nos conocemos.

Un puño de hierro me aplasta el pecho. Lucho por llenar los pulmones de aire mientras asimilo la verdad de sus palabras.

Lucy tiene razón. No nos conocemos desde hace mucho tiempo. Pero siento que la entiendo en todos los aspectos importantes. Reconozco quién es, hasta lo más profundo de su ser. Confío en ella. Aunque tal vez... tal vez ella no sienta lo mismo por mí. Y eso duele mucho más de lo que debería.

Lo que hicimos esta mañana... fue más allá de lo físico. Tenemos una conexión. Un vínculo que nos unió, incluso cuando solo queríamos mantener las distancias.

Niego con la cabeza.

—Lucy, no lo entiendes.

Resopla, con el ceño ligeramente fruncido.

—Por fin. Estamos de acuerdo en algo.

—No sirvo para nada de esto. —Aprieto los puños—. Y la razón es...

Años de angustia y parálisis emocional luchan con mis pensamientos. Nunca he hablado con nadie de esto, al menos no en detalle. Sobre los acontecimientos que formaron quien soy hoy.

Inclina la cabeza, esperando a que continúe.

—Durante mis ocho años en el Ala Ranger del Ejército Irlandés, formé parte de un equipo de extracción de rehenes. Se nos encomendó la misión de transportar a una familia fuera de una zona de conflicto. Se trataba de un diplomático, con su esposa y su hija pequeña. Ella. Teníamos que llevarlos a casa sanos y salvos, sin incidentes, después de que unos extremistas los atacaran.

Sus ojos brillan al reconocerlo. No obstante, cuando le compartí esta historia hace unos días, solo le conté lo esencial.

—¿Qué tiene que ver esto contigo y conmigo?

Me siento a su lado y me paso la mano por el cabello.

—Escúchame. —Con gran dificultad, suavizo el tono de mi voz—. La esposa del diplomático era una mujer frívola y egocéntrica que se negaba a tomarnos en serio cuando le informábamos sobre los peligros a los que se enfrentaba la familia. Quizás subestimó las amenazas de los extremistas, o quizás sobreestimó nuestro poder para protegerlos. Hasta el día de hoy, no lo sé.

Años después, el remordimiento y el resentimiento aún me invaden.

La mano de Lucy me roza, pero guarda silencio mientras continúo.

—En contra de todos los consejos y del sentido común, sacó a su hija a escondidas del recinto donde las custodiábamos para ir de compras a la ciudad más cercana. A un gran bazar. Ahí fue donde las secuestraron a ella y a su hija.

Un leve murmullo de comprensión se escapa de los labios de Lucy.

—¿Qué sucedió?

—Los extremistas... —Trago saliva—. Le enviaron una nota al diplomático, prometiéndole que liberarían a su familia si se entregaba. Para cuando nos dimos cuenta de sus intenciones, ya era demasiado tarde para detenerlo.

La culpa me oprime como la gravedad. Soy demasiado cobarde como para arriesgarme a ver la expresión de Lucy, así que bajo la cabeza. Aunque el odio y el dolor amenazan con destrozarme, me obligo a decir las palabras.

—Me asignaron a explorar la zona y recopilar información durante toda la operación, e identifiqué lo que me pareció que era una ruta de extracción más clara y rápida que la del plan oficial. Mi oficial al mando me ignoró, insistiendo en que siguiéramos el protocolo. Y mientras discutíamos sobre ello...

Tengo la boca seca, y el pie no deja de rebotar dentro de mis botas militares, inquieto y nervioso.

—Cuando llegamos donde estaba la familia, los extremistas ya habían ejecutado al diplomático y herido gravemente a su esposa. Logré agarrar a su hija, pero mientras la llevaba a un lugar seguro, nosotros... nosotros, eh... —Siento un nudo en la garganta—. Quedamos atrapados en el fuego cruzado. Usé mi cuerpo para protegerla, pero al final, no pude evitar que la alcanzaran.

Lucy respira hondo.

Aunque merezco cada pizca de su repulsión, mantengo la mirada apartada. Si la miro a los ojos, temo que las palabras se me queden atascadas en la garganta.

El nudo en mi garganta intenta ahogarme.

—A pesar de nuestros mejores esfuerzos, a pesar de las balas que recibí, a pesar de la atención médica de emergencia, todos murieron. Las personas a las que debíamos proteger. Todos. Muertos.

Nunca olvidaré la imagen de los ojos vidriosos de la pequeña Ella fijos en un cielo despejado mientras su cuerpo acribillado se desangraba en la tierra.

—*Oh*, Callum... —Lucy apoya su hombro en el mío.

—Después de esa misión fallida, supongo que podría decirse que me volví un poco más escéptico. Dejé el servicio preguntándome si proteger a los demás tenía alguna importancia.

Se burla por lo bajo.

—Claro que proteger a los demás importa.

—Que yo "protegiera" a los Drakes no salvó a ninguno de ellos.

—Pero no fue tu culpa, Callum.

—Puede que no. —Los músculos alrededor de mis omóplatos se tensan—. Pero sacudió mi fe: En mí mismo. En mis habilidades. En... todo.

Lucy dirige una mirada acerada al cemento bajo nuestros pies.

—Te recuerdo a esa mujer, ¿verdad? La esposa del diplomático.

Mi pulso se detiene y luego se acelera mientras exhalo.

No tiene sentido negar la verdad.

—Sí. Al principio.

—Con razón te portaste como un imbécil con mi trabajo.

—Te juzgué mal. Lo admito. —Cuando me muevo, su mirada me encuentra—. Y sí, es posible que tu comportamiento imprudente en nombre de la moda me haya molestado un poco, pero...

—Pero ¿qué?

—Nada de eso cambia el hecho de que te deseo.

Sus ojos marrones se abren como platos mientras una desgarradora combinación de esperanza, miedo y atracción trasforma sus rasgos.

—Es como dije anoche. —La emoción me endurece la voz—. Me atraes. Y me has atraído desde el momento en que nos conocimos. Aunque protegerte saca a relucir una faceta de mí que odio. —Dirijo mi atención a la gente que camina cerca. Si bien no me gusta hablar de esa parte de mí ni de a quién me recuerda, ya es demasiado tarde.

—Mi padre, como ya te dije, tiene vínculos con la mafia y siempre esperó que yo me uniera a ella. Aceptó mi servicio militar a regañadientes. Y cuando volví a casa destrozado y sin propósito, lo interpretó como una confirmación de que no debería haber forjado mi propio camino.

—¿Y qué hiciste? —Lucy se acerca un poco más, presionando su muslo contra el mío. Una descarga eléctrica me recorre los músculos.

—No quería lidiar con las expectativas de la Familia y ya no servía para el servicio militar, así que me dediqué a trabajar como agente de seguridad independiente. Los Gallagher son viejos amigos de la familia, y cuando Darren me ofreció un puesto en su nueva empresa de seguridad, una rama diferente de las operaciones de los *Reyes irlandeses*, acepté.

—Pero pensé... —Niega un poco con la cabeza—. Después de lo que pasó con la familia del diplomático, supongo que ya no querrías proteger a nadie.

—Tienes razón. Pero la seguridad es lo único que se me da bien. Me proporciona una rutina, estructura e ingresos sin tener que preocuparme por el resultado. Al fin y al cabo, si solo me pagan por proteger a ricos que se relacionan con mafiosos, bueno, si alguien

muriera bajo mi vigilancia, no sentiría el mismo remordimiento que sentí con los Drake.

No puedo creer que haya dicho eso en voz alta. Afortunadamente, Lucy no se avergüenza, no huye disgustada. Simplemente, se queda sentada, escuchando.

—En fin... —Me aclaro la garganta, esperando que ella no note cuánto me desestabiliza su presencia—. Después de ponerme existencial, dejar el ejército y decidirme a trabajar como guardia de seguridad, empecé a aceptar contratos de alto riesgo donde mi indiferencia al peligro me convirtió en un activo valioso. Pero emocionalmente, eso me hizo...

—¿Vacío? —La palabra sale suave de su boca. Rota.

Como si *entendiera* lo que significa vacío. Viniendo de ella, la empatía me clava un carbón ardiente en las entrañas.

—Sí. Vacío. —Aprieto los puños—. Y hastiado. Indiferente. Yo también he estado resentido y he tenido prejuicios hacia las personas que percibo como superficiales, egocéntricas e innecesariamente imprudentes. Empecé a ver cada misión como un ejercicio técnico en lugar de una misión humana. La protección era solo un procedimiento a ejecutar, no una persona a la que salvar. Hasta que te conocí.

Se mueve nerviosamente a mi lado.

—¿A mí?

Desvío la vista de nuevo, porque no tengo el valor suficiente para mirarla.

—Dijiste que no nos conocíamos bien, pero ahora apuesto a que desearías que hubiéramos seguido así, ¿eh?

Lucy desliza su mano sobre la mía, abriendo mi puño para acomodar sus cálidos dedos.

—Me gusta más el Callum que está detrás de la máscara.

El corazón me golpea las costillas.

—Bueno, no deberías. —Ha pasado mucho tiempo desde que me sentí así por alguien, y siendo sincero, no sé cómo demonios manejarlo—. La última vez que me preocupé por las personas a las que protegía...

—¿Y te preocupa que eso me pase a mí? ¿Que pueda acabar muerta?

Un escalofrío de miedo me recorre la nuca.

—Mi falta de profesionalismo contigo sin duda aumenta el riesgo.

—¿Eso es todo lo que te atrae? *La falta de profesionalismo*. —Sus dedos se separan de los míos, pero yo le aprieto la mano para que no se mueva.

—Yo no he dicho eso.

Para mi sorpresa, Lucy me obsequia una pequeña y deslumbrante sonrisa. Con su adorable hoyuelo y todo.

—Te pillé.

Su rostro perfecto y radiante me derrite el corazón como si fuera mantequilla. Está bromeando conmigo. Como si ninguna de mis confesiones la repeliera en absoluto.

Apoyo mi frente contra la suya, con la vista fija en sus labios mientras lucho contra la tentación.

—Deberías saber que no soy bueno en esto del romance.

Un relámpago me recorre el cuerpo cuando junta su boca con la mía, rozando mi nariz con la suya.

—Yo seré quien lo decida.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—Romance... —Niego con la cabeza—. Yo no... lo práctico. He evitado cualquier cosa que se le parezca remotamente durante muchísimos años.

Lucy me toca la cara.

—Suena solitario.

El corazón se me hunde, agobiado por el autodesprecio.

—Merezco la soledad.

Los ojos le brillan con fuerza.

—No lo creo.

Lo único que puedo ver en mi cabeza es a Aisling. Mi novia de la universidad. Su mirada abierta de ojos azules y su dulce sonrisa de labios rosados...

—Eso es porque no conoces a mi ex.

Lucy arquea las cejas.

—¿Tu ex?

Recordar a Aisling es como ver una película vieja en el fondo de mi mente.

—Nos conocimos en la clase de inglés durante nuestro primer año de universidad. Estudiar juntos se convirtió en una relación, y terminamos en una que duró casi tres años. Ella y yo nunca hablamos mucho sobre ello, aun así, el matrimonio parecía el plan después de que yo completara mi servicio militar inicial.

Mientras estuve fuera, mantuvimos nuestra relación mediante llamadas telefónicas y visitas ocasionales durante mi formación y mis primeras misiones, pero...

El arrepentimiento se me pega a las costillas como una comida pesada que mi cuerpo se niega a digerir. No importa cuánto tiempo pase, cada vez que pienso en ella se me revuelve el estómago.

—¿Pero? —Lucy me mira parpadeando.

—Pero lo eché todo a perder, ¿de acuerdo?

Me agarra la mano.

—Callum.

La amargura me apuñala el pecho.

—Después de la extracción fallida, empecé a alejarme. Estaba... traumatizado, supongo. Y no podía contárselo, porque era confidencial, y, aunque hubiera podido decírselo, no quería ser una carga para ella. Me dispararon dos veces y me hospitalizaron, y me negué a dejar que me visitara. Insistí en que necesitaba concentrarme en mi recuperación.

Recordando cómo la traté... me odio por ello.

Lucy tararea suavemente.

—¿Y entonces rompiste con ella?

Suspiro.

—Eso es lo que habría hecho un tipo decente. Fingí que nada sucedía durante seis meses. Un día, durante una misión, recibí una caja con algunas de mis cosas y una carta explicando que no podía seguir esperando a alguien que parecía decidido a desaparecer de su vida.

Lucy y yo nos sentamos en un incómodo silencio.

Cuando el silencio se vuelve insoportable, agacho la barbilla para observar mis botas.

—Unos dos años después, supe por contactos mutuos que se casó con un amigo de la infancia.

Lucy me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

—Lo siento mucho, Callum.

—Yo también. —La sonrisa de Aisling todavía me persigue—. Se merecía algo mejor. Y desde entonces me ha dado miedo volver a intentarlo.

Durante unos instantes más, permanecimos sentados en una tranquilidad inusual. Entonces, Lucy se levanta de un salto, todavía sosteniendo una de mis manos entre las suyas.

—Vamos.

—¿Qué?

—Me parece que estás completamente soltero. —Sonríe radiante y se refleja en sus ojos cálidos y conocedores—. Lo que significa que eres todo mío. Al menos por hoy.

Maldita sea, esta mujer me deja sin palabras.

—Abróchate el cinturón, Kavanagh. Tú y yo vamos a tener una cita.

¿Qué se supone que debo decir a *eso*?

Capítulo 34

Lucy

Callum se sinceró conmigo. Bajó la guardia.

Me dejó entrar.

Mi angustia de esta mañana se ha disipado por completo, y ahora estoy en medio de la mejor tarde que he tenido con un hombre.

Después de sacarlo a rastras del parque, lo llevé felizmente a algunas de mis tiendas favoritas. Nunca antes había sentido la necesidad de vestir a alguien, pero no pude evitar elegirle ropa a Callum y presionarlo para que se la probara.

De todo, desde chaquetas de motociclista de diseñador hasta *jeans* oscuros y camisetas con estampados. Estoy intentando que se relaje un poco. ¿Quién iba a pensar que ver a Callum entrando y saliendo de los probadores con esa expresión inexpresiva en el rostro, con la ropa que yo le elegí, me traería una alegría tan desenfrenada?

Cuando aparece por última vez con un traje gris oscuro ajustado, no sé cómo interpretar su expresión, pero percibo una extraña calma entre nosotros. También me impresiona haber llegado tan lejos sin una sola queja. No se ha resistido ni una sola vez. Desde que le agarré la mano en el parque.

Ya no se resiste a mí.

Podría permanecer embriagada en este subidón para siempre.

Arquea una ceja.

—¿Tienes hambre?

—Muero de hambre. —Se me revuelve el estómago—. Pero no nos iremos a ningún lado hasta que compremos todo lo que llevas puesto.

Hipnotizada por la visión de su magnífico cuerpo envuelto en un traje Armani, cruzo las piernas un poco más para evitar retorcerme.

Callum baja la vista hacia el traje y luego vuelve a mirarme.

—¿Este es el elegido?

Asiento con la cabeza.

—Sin duda, es lo mejor que te has puesto.

—Siempre llevo traje, Marlow.

—Pero ninguno elegido por mí.

Callum me mira a los ojos y una leve sonrisa se le dibuja en los labios.

Se me acelera el pulso, y no tarda mucho en llegar el momento en que entrelazamos nuestros dedos y caminamos por la avenida, esta vez con una funda para el traje de vestir sobre uno de los hombros de Callum.

A solas juntos, simplemente paseando, somos como una pareja de verdad.

Nunca me había atrevido a estar con nadie, y mi imaginación ha estado dando vueltas toda la tarde.

Callum no me suelta la mano. Ni cuando compartimos una enorme porción de *pizza*. Ni cuando le doy de comer helado en un cono de galleta. Ni cuando paseamos por *Central Park* y nos detenemos a descansar en las escaleras del *Metropolitan Museum of Art*.

Nos mezclamos con la multitud de turistas y lugareños que se agrupan en todas direcciones. Es tan natural. Como respirar. Podría flotar así para siempre, recostada en una nube de la atención de Callum.

Mi parte favorita de la tarde son las fotos.

Cada vez que tengo oportunidad, le saco fotos espontáneas con mi cámara.

El placer de capturar momentos en los que baja la guardia me puede mantener feliz durante al menos un mes. Estoy convencida. ¿Quién necesita comida o agua cuando tengo esto?

Deambulamos por la ciudad como vagabundos. No me gustan las multitudes, pero incluso *Times Square* tiene cierta magia con la mano de Callum en la mía.

Para las cuatro y media, ya habíamos entrado en una calle lateral oscura. Pensaba que seguíamos sin rumbo, sin embargo, cuando Callum se detiene y se queda contemplando una catedral de piedra blanca con impresionantes vidrieras, ya no estoy tan segura.

—¿Te importa si entramos? —Hay un dejo de tristeza en su voz.

Sonrío.

—Vamos.

Me lleva a una iglesia católica oscura y cavernosa, con arquitectura gótica y largas sombras. Las velas titilan en el silencio resonante. El lugar es precioso. Me muero de ganas de tomar fotos, pero no quiero ser irrespetuosa.

Callum es lo único más impresionante que la catedral. Su actitud cambia por completo en cuanto cruzamos las puertas de la iglesia. La tensión en su cuerpo firme desaparece prácticamente por completo.

El asombro llena sus ojos, normalmente intensos y afilados como cuchillas, mientras recorren el lugar. Nadie que lo vea aquí podría imaginar que es un hombre que rechaza la vulnerabilidad. Es especialmente hermoso así, y su asombro me oprime algo cerca de los pulmones.

Lo sigo un paso por detrás mientras caminamos por el pasillo central.

A mitad de camino, Callum se detiene y se gira para dedicarme la sonrisa más cálida que jamás he visto en mi vida.

—¿Nos sentamos?

Asiento con la cabeza, me incorporo hacia la fila más cercana y me siento en el banco. Nos sentamos en un silencio confortable, los únicos parroquianos de este lugar tan cautivador y encantador a la vez.

Nuestras piernas se alinean y mi mano se posa en el muslo de Callum. Él posa su mano sobre la mía. Espero que entrelace nuestros dedos como lo ha estado haciendo todo el día, pero en lugar de eso, acaricia el nudo celta de mi pulsera.

Pasa un dedo largo por los grabados.

—Usas esto muy a menudo.

Suelto un sonidito afirmativo.

—Es la mitad de un juego que perteneció a nuestra abuela. —Mi voz apenas se eleva. ¿No se supone que hay que susurrar en las iglesias?—. Maya me lo dio cuando me gradué de la preparatoria. Ella tiene la otra a juego.

Este hombre tan guapo me observa un instante antes de levantar uno de sus brazos y rodearme los hombros para acercarme más a él.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Se me corta la respiración al bajar la vista a mi regazo —. Es solo que hace poco estuve a punto de perderlo.

—¿Cómo?

—Durante mi cautiverio. —Trago saliva—. Una de las otras chicas intentó robármelo. Probablemente, pensó que era lo suficientemente valioso como para intercambiarlo por privilegios o favores. Dudo que valga mucho dinero, pero para mí no tiene precio.

—¿Qué hiciste? —Suaviza la voz para indicar que comprende lo difícil que es este tema para mí.

—Luché contra ella. Y gané. —El recuerdo me trae más momentos de mi pasado, todos entrelazados en una red despiadada —. Las demás me respetaron más después de eso. —Al girar la muñeca, el brazalete se mueve, brillando a la luz de las velas—. Ahora, esta vieja pieza representa más que solo mi conexión con mi hermana. También es símbolo de lo que he sobrevivido.

Los dedos de Callum me rozan la mejilla. Me aparta mechones de cabello detrás de la oreja antes de posar sus labios en mi sien.

Me inclino hacia él, dejándome fundir en sus brazos. Al apoyar la cabeza en su hombro, su embriagador aroma penetra mis sentidos. Por unos segundos, una felicidad absoluta me invade y le doy un beso en el cuello.

—Cuidado. —Me da una palmadita en el hombro—. Dios nos está mirando.

—*Eso* me da ganas de hacer algo por lo que maldecir.

—Alborotadora.

—Aburrido. —Sonrío de oreja a oreja y, para mi deleite, me la devuelve antes de darme un beso en la boca. Sus labios se quedan pegados a los míos el tiempo suficiente para que el calor empiece a invadir mis rincones más profundos y oscuros.

Cuando se aparta, ambos estamos un poco faltos de oxígeno. Me tienta tomarle la mano y sacarlo a rastras de la iglesia para que podamos encontrar un lugar donde continuar con esto.

Callum me acaricia el cabello con su enorme palma.

—¿Por qué morado?

Me pongo rígida.

—No te gusta.

—Me encanta.

Lo admito, la palabra "me encanta" me distrae unos segundos.

Su mano se desliza por la parte posterior de mi cabeza y se posa en mi nuca.

—Pero sé que no es tu color natural. —Me ofrece una sonrisa cálida y sincera.

—No exactamente. —Espero que no se dé cuenta de lo fácil que le resulta derretir mis muros helados—. Me lo corté después de que Nika y Darren me rescataran. Tuve un mal día, seguido de una noche de pesadillas terribles y... —Niego con la cabeza intentando borrar los recuerdos más vívidos.

«Jadeando mientras unas manos crueles me tiran del cabello como si fuera una correa...»

—En fin, salté de la cama como si estuviera poseída y me corté la mayor parte en un ataque de pánico. —Exhalo, recuperando la calma—. Al día siguiente, busqué un peluquero para que me ayudara a sacar lo mejor de ello. Decidimos teñirlo de un color más oscuro y añadirle mechas moradas para un toque más atrevido. Pensamos que me quedaría mejor. Y no nos equivocamos. A las redes sociales les encantó.

Callum permanece en silencio durante mi explicación, asintiendo con la cabeza a veces y apretándome el hombro de vez en cuando. Quizás sea porque estamos en un templo, pero me mira casi con... reverencia.

Me siento atraída de nuevo por esa boca suya.

Cuando me inclino para besarlo de nuevo, sus labios me saludan, tiernos y anhelantes.

Y al separarnos, es más lento, más cálido. Cariñoso.

Rozó su nariz contra la mía.

—¿Me esperas aquí?

Asiento, muda por la ternura de este momento.

Callum se libera con cuidado, se levanta del banco y flota hasta el altar. Dobla varios billetes de su cartera, los deja en la bandeja de ofrendas y enciende tres velas.

Una vez que las llamas se intensifican, retrocede con la cabeza inclinada en oración.

Y así, una nueva oleada de afecto me invade.

Ahora entiendo mejor a Callum Kavanagh que esta mañana.

Sé que su vida tuvo poco sentido durante mucho tiempo. Estoy segura de que no ha sentido alegría en años. Después de dejar el ejército, empezó a proteger a gente trabajando como independiente, pero no eran los mejores clientes del mundo, y en realidad solo lo hacía por dinero.

Hasta que te conocí.

Presiono mi mano sobre el esternón para aliviar el dolor agudo.

Por Callum y esa pobre familia a la que no pudo salvar.

Al repasar nuestras intenciones, la forma en que me trató al principio adquiere un matiz completamente nuevo.

Me duele un poco el corazón por él.

Pensaba que era frío y calculador, pero solo se estaba protegiendo para no sufrir más. ¿Y yo? ¿De qué me he estado protegiendo?

Una vez de vuelta a la calle, me acaricia la mejilla.

—Gracias.

Lo miro por debajo de mis pestañas.

—Alguien tiene que rezar por los difuntos. Yo definitivamente no soy buena en eso...

—No por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Por sobrevivir. —Me besa en la frente, justo delante de la entrada de la catedral—. Contra todo pronóstico, estás aquí conmigo. Y solo quería darte las gracias.

Capítulo 35

Callum

Regresamos al hotel al atardecer, tomados de la mano, atravesando puertas automáticas y baldosas de mármol como cualquier otra pareja.

No parece real haber tenido un día encantador con una guapísima supermodelo del brazo. Y en las pocas horas que pasamos juntos, no nos peleamos ni una sola vez. Logré no comportarme como un imbécil, y me trató como si fuera el único hombre del planeta.

Mi atracción por ella sigue creciendo. Exponencialmente.

Completamente fuera de mi control, ardiendo como un reguero de pólvora con cada roce, cada mirada. Sé que debería estar entrando en pánico, pero la incomodidad es lo último que pienso.

Eso es, hasta que veo a uno de los gerentes del hotel vestido con un traje de tres piezas dirigiéndose hacia nosotros.

Su cabeza calva y su estúpido corbatín no logran distraerme de la alarma que se refleja en su rostro. La urgencia impregna sus apresurados pasos mientras corre a nuestro encuentro.

—Señor Kavanagh...

—¿Qué pasa? —Evidentemente, algo anda mal.

—¿Podría pasar por aquí, señor? Es importante.

—¿Qué pasó? —La preocupación se refleja en el tono de Lucy.

Le aprieto la mano con más fuerza y me acerco sin pensarlo dos veces mientras observo el vestíbulo. El espacio bulle como una colmena con huéspedes registrándose y marchándose y clientes charlando entre copas de Martini en la mano y música de piano en vivo. No hay nada ni nadie sospechoso que llame mi atención. No me fío de eso.

—Hubo una brecha de seguridad. —El gerente nos indica con un gesto que lo sigamos—. Por aquí.

Mierda.

Este hotel está bajo la protección de los *Reyes Irlandeses*. Los dueños son amigos íntimos de Shane. Este es uno de los pocos lugares de la ciudad donde deberíamos haber pasado completamente desapercibidos.

Alguien debió seguirnos después de uno de los eventos de Lucy sin que me diera cuenta.

Me descuidé.

El gerente nos conduce por un amplio pasillo hacia la *suite* administrativa del hotel y nos conduce a la oficina de seguridad. Más de cien pantallas cubren las paredes de arriba abajo.

Cada pantalla muestra imágenes de las cámaras de seguridad. Esperaría una operación tan dinámica como esta de cualquier aliado de los *Reyes Irlandeses*.

—Pongan el video. —El gerente saluda a una mujer de aspecto tímido y con gafas, sentada detrás de un escritorio de doble ancho al otro lado de la sala, antes de volver a dirigirse a nosotros con la boca apretada en una mueca seria—. Encontramos a alguien intentando entrar en su *suite*, señor Kavanagh.

Una gran pantalla plana a nuestra derecha cobra vida.

Un empleado del servicio de habitaciones empuja un carrito de comida por el pasillo y se detiene frente a la puerta de nuestra habitación. El hombre flacucho forcejea con la cerradura, pero no lo hace lo suficientemente rápido.

Los guardias de seguridad del hotel aparecen por el pasillo, gritando y corriendo en su dirección. El presunto delincuente huye en dirección contraria. Desgraciadamente, el ángulo de la cámara no permite ver su rostro.

Mientras se reproduce el vídeo, siento un nudo en el estómago.

Ese cabrón se infiltró con éxito en el hotel y llegó hasta nuestra *suite*. Y Roguilin es el responsable. Lo siento en el alma. ¿Y si Lucy y yo hubiéramos estado aquí? ¿Y si ella hubiera abierto la puerta?

Lucy me aprieta la mano. Sus mejillas pierden color.

—¿Cuándo fue eso?

La mujer detrás del mostrador levanta la vista.

—Hace unos veinte minutos, señor.

Joder. Si hubiéramos regresado antes...

—¿Lo detuvieron? ¿Consiguieron otros ángulos?

El gerente niega con la cabeza.

—Nos evadió, señor Kavanagh. Consiguió acceder a los pasillos de servicio y logró camuflarse entre el personal el tiempo suficiente para escapar del hotel antes de que pudiéramos detenerlo. —Su tono es serio, sus palabras vacilantes. Sabe que está en problemas.

Pero el verdadero desastre soy yo. Nunca debí haber dejado que alguien se acercara tanto.

—¿Han notificado a los Gallagher?

—Sí, señor. Enviamos una alerta a su equipo de seguridad, tal como nos indicó que hiciéramos en caso de que esto ocurriera. Estábamos a punto de enviarle un mensaje a usted también, pero...

—Bien. Nos vamos.

Lucy gira la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿Qué quieres decir con *irnos*?

Un músculo de mi cuello se contrae.

—Nos han descubierto. No podemos quedarnos aquí.

—No vamos... —Su voz se entrecorta un poco—. No vamos a volver a mi apartamento, ¿verdad? ¿Y qué pasa con...?

—No. Iremos a un lugar seguro.

—Callum.

El gerente se frota la cara con la mano.

—Lamentamos mucho esta brecha de seguridad, señor Kavanagh. Afortunadamente, no pasó nada, pero...

—Ahórrate tus disculpas. Ya no nos sirven de nada. —Me importa una mierda el "lo siento" o "afortunadamente". No cuando alguien

estuvo *tan cerca* de hacerle daño a Lucy—. ¿Hay seguridad afuera de nuestra suite?

—Sí, señor.

—Subiremos a recoger nuestras cosas.

—Haré que dos guardias los acompañen.

«¿Ves lo que pasa cuando te distraes en el trabajo?»

Esto es culpa mía. Fui descuidado. ¿Y quién sabe qué habría pasado si hoy hubiera salido tal y como habían planeado nuestros enemigos?

Siento un nudo en el estómago.

Lucy está inmóvil a mi lado, sus dedos aún entrelazados con los míos. No puedo mirarla a la cara.

Los hombres de Roguilin la están buscando. Quieren recuperar la billetera de criptomonedas y silenciarla. Sin embargo, no parece que quieran matarla, o eso habría sucedido antes de que Darren y Veronika me contrataran.

Eso significa que esos malditos la quieren viva.

La culpa se me mete bajo la piel. Se supone que debería concentrarme en protegerla. En cambio, dejé que me invitara a salir. ¿Qué demonios me pasa? La posibilidad de que los hombres de Roguilin la secuestren por haberme distraído me corroe el estómago como el ácido.

En el pasillo, el gerente les hace una señal a dos hombres que están cerca. Llevan ropa informal, mas por la tensión en sus hombros sé que están entrenados. Al menos la seguridad no es completamente incompetente.

Los guardias se acercan para que el gerente les informe del plan. Estoy a punto de unirme a su reunión, pero cuando me acerco a ellos, Lucy permanece inmóvil en su sitio. La miro de frente por primera vez desde que el gerente se acercó a nosotros en el vestíbulo.

Su expresión está marcada por el miedo, los hombros le tiemblan.

Necesita consuelo y, aunque soy el único que puede dárselo, mi boca se niega a cooperar.

Capítulo 36

Callum

—Lucy. —Incluso su nombre me suena áspero a mis oídos cuando por fin desenredo la lengua.

—Todo esto es porque acepté testificar. —Su voz tiembla. Las lágrimas no tardan en aparecer—. El fiscal de distrito dice que soy una testigo clave en este caso, pero... pero yo...

Una vez que empiezan las lágrimas, dejo de lado la culpa para consolarla. Ese es mi trabajo. Y, aunque no se me den bien las emociones, cada célula de mi cuerpo odia ver esas lágrimas.

La abrazo contra mi pecho.

—Lo siento —solloza—. ¿Por qué soy tan cobarde?

Acerco mis labios a su oído.

—¿De qué estás hablando?

—Viktor Roguilin es un hombre horrible, y se merece algo mucho peor que la cárcel, y no podrán atraparlo sin mi testimonio, sin embargo... la verdad es que quiero que todo esto termine. Quiero recuperar mi vida. Sé que sería horrible y cobarde no testificar, pero solo quiero que esto termine.

Seco el borde inferior de sus ojos castaños con mi pulgar, secándole las lágrimas.

—No eres una cobarde por no querer formar parte de esto, Lucy. No hay nada bueno en la posición en la que estás. La mayoría de la

gente habría cedido ante la presión que tienes, pero tú no lo has hecho.

—Todavía. —Parpadea rápidamente mientras se seca la cara húmeda.

—No voy a dejar que te pase nada. —Las palabras caen entre nosotros como una promesa, un juramento. La forma en que Lucy me mira después de decirlas... toda la confianza brillando en sus ojos...

Me rompe el maldito corazón.

Los guardias nos escoltan a nuestra *suite* por una ruta indirecta que nunca hubiéramos podido seguir solos. Mientras tanto, mi mente da vueltas sin control.

Hemos estado haciendo todo mal.

En lugar de estar siempre a la defensiva y esperar a que ocurra el siguiente incidente, tal vez deberíamos plantarle cara directamente a Roguilin y sus secuaces.

Ya ha sido arrestado por cargos de crimen organizado y tráfico de personas, y según el expediente que me dio Darren, ese hijo de puta sigue en prisión, a la espera de juicio tras negársele la libertad bajo fianza por riesgo de fuga. Supongo que ha estado dirigiendo sus operaciones desde su celda y utilizando a sus hombres para que actúen en su nombre aquí en la ciudad.

Sin saber dónde tienen sus hombres su cuartel general, es imposible tender una emboscada. ¿Y entrar en un centro de detención de alta seguridad para asesinar a Roguilin yo mismo? Igualmente improbable. Si bien todavía no sé qué hacer con esta situación, al menos estoy seguro de que lo mejor es largarme de este hotel.

En cuanto llegamos a la *suite*, reviso toda la habitación. Una vez que estoy seguro de que no hay moros en la costa, suelto con cuidado la mano de Lucy.

—Ve a empacar tus cosas.

—¿A dónde vamos? —Me mira con los ojos muy abiertos y las mejillas pálidas. La falta de información siempre la pone más ansiosa. Solo quiero abrazarla, pero no hay tiempo.

Me dirijo al sofá, buscando mi bolso.

—A mi casa. Me sentiré más seguro si nos quedamos allí. Tengo más control sobre la seguridad y muchas menos variables con las que lidiar.

También estoy desesperado por encontrar la billetera de criptomonedas.

Lucy está en peligro cada segundo que tiene esa cosa en su poder. Y cuanto más tiempo la tenga, más tiempo tendré que husmear a sus espaldas.

Y si ella se entera de *eso*...

Bueno, no habrá más citas cursis en la ciudad, ¿verdad?

Un nuevo plan se materializa en mi cabeza.

En cuanto lleguemos a mi casa, encontraré la billetera de criptomonedas. Cueste lo que cueste. Al menos esta vez, tendré la ventaja de jugar en casa. Poner mi propio apartamento patas arriba debería ser mucho más fácil que revolver el suyo o intentar registrar entre sus cosas en el tiempo impredecible que pasa duchándose.

Una vez que encuentre la billetera y se la entregue a Shane Gallagher, esa parte de mi contrato habrá terminado. Entonces, cuando termine el concurso de modelos, podré decirle a Darren que asigne a otra persona para que proteja a Lucy. Ese no era el acuerdo original, pero no debería haber ningún problema. Después de eso, mis jefes no tendrán nada que decir sobre la naturaleza de nuestra relación.

Lo que significa que seré libre.

Por primera vez en mucho tiempo, podré tener algo con alguien, si eso es lo que quiero. Y lo que ella quiere. Más allá de tocar a esta mujer hermosa y exasperante, no he pensado en el futuro. No obstante, si estar juntos significa que tendré más días como hoy...

Mierda. Quiero intentarlo por ella. Quiero que me importe.

Aunque sé que no debería.

«Concéntrate, Callum».

Si no tengo cuidado, puede que ninguno de los dos tenga un futuro que explorar.

Después de que le entregue la billetera de criptomonedas a Shane, haré lo que sea necesario para convencer a Lucy de que no testifique contra Roguilin. Una vez que el fiscal de distrito sepa que

no testificará y Roguilin sepa que tendrá que negociar con los *Reyes Irlandeses* para recuperar esa billetera, Lucy debería estar a salvo de sus planes.

Eso también le daría libertad a ella.

Libertad para relajarse y... estar conmigo si así lo decide.

Dejando esos pensamientos a un lado, sigo a Lucy al dormitorio.

—¿Quieres ayuda?

No me responde mientras arranca la ropa de las perchas y la mete desordenadamente en la maleta que preparó antes de llegar al hotel.

—Voy a darme una ducha rápida.

Cuando ella desaparece en el baño, acelero mi búsqueda de la billetera de criptomonedas. El dispositivo debe estar por aquí en alguna parte. Si veo dónde lo guarda, será mucho más fácil robarlo una vez que lleguemos a mi apartamento.

Tomo un puñado de ropa de su maleta y empiezo a enrollarla en paquetes más ordenados, con la esperanza de que mis dedos toquen algo metálico o...

—¿Qué estás haciendo?

Dejo caer un par de *leggings*. Lucy está envuelta en una toalla, observándome con los ojos entrecerrados. La ducha sigue abierta, lo que explica cómo se me acercó tan sigilosamente.

—¿Ayudando? —Eso suena como una pregunta. Mierda.

Aunque no me llama la atención, me echa para rebuscar en su maleta antes de volver al baño.

No hay rastro de la billetera de criptomonedas. Y tengo demasiado miedo de que me atrape desprevenido como para buscar a fondo.

Veinte minutos más tarde, entramos en el garaje de mi apartamento, que es muy seguro. Estaciono el Range Rover junto a mi motocicleta y entro en la luminosa y cerrada losa de cemento con luz fluorescente, que llamo garaje.

Rodeo la camioneta y abro de golpe la puerta de Lucy. Ella mira hacia afuera, mordiéndose el labio inferior.

—¿Por qué no hay otros coches?

Mi mente está dando tantas vueltas en tantos sitios diferentes que, por un segundo, creo que me está preguntando por qué solo tengo dos vehículos.

«Sigue así, Callum». Niego con la cabeza mientras recojo nuestras maletas del asiento trasero.

—Porque soy el único que se estaciona aquí.

Lucy se queda boquiabierta.

—¿Este garaje gigante es todo tuyo?

—Sí.

—Podrías estacionar un avión aquí.

—Prefiero los helicópteros.

Apenas noto su incredulidad. Estoy demasiado ocupado haciendo planes mientras llevo nuestras cosas al ascensor que hay al otro extremo del espacio.

Necesito mantener la mente despejada.

Lucy necesita a un Callum profesional ahora mismo. No a uno enamorado.

Nadie necesita a ese tipo.

El ascensor sube hasta la última planta y se abre a mi apartamento reformado, con ladrillos a la vista, arte abstracto y mobiliario contemporáneo por todas partes. Líneas limpias. Minimalismo. Ventanas de suelo a techo con vistas a la ciudad.

Hace tiempo que no recibo visitas. Por suerte, mantengo este lugar en buen estado, en parte, porque viajo a Dublín con frecuencia y en parte porque soy un maniático del control que prefiere tenerlo todo ordenado y limpio.

El vestíbulo da al estudio en la planta principal. Elegantes muebles color marfil y una chimenea de piedra frente a las ventanas nos dan la bienvenida a casa.

Mientras acompaño a Lucy al interior, le señalo la cocina del segundo piso, que da al estudio.

El *penthouse* tiene tres habitaciones, la principal, la de invitados, y mi oficina, y tres baños y medio, incluyendo uno escondido en el pasillo que da al estudio.

Solo cuando nos encontramos junto al sofá me doy cuenta de que no lo he pensado bien.

Anoche compartimos cama. Esta mañana follamos.

Por increíbles que fueran esas experiencias, si quiero mantener la concentración desde ahora hasta el momento en que Lucy esté a salvo y libre de esta mierda necesito ajustarme.

No más pijamadas.

La dirijo hacia el pasillo detrás del sofá de cuero.

—Por aquí.

Empujo la puerta y me aparto para dejarla pasar. La habitación de invitados es sencilla, decorada en una combinación de colores beige y marrón que no desentona. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo impersonal que es este espacio.

Ella levanta una ceja.

—¿Esta es tu habitación?

Dejo su bolso en la cama, intentando no sentirme como un completo imbécil.

—Es la habitación de invitados.

—*Oh*. —Echa un vistazo a su alrededor.

Prácticamente, puedo sentir su decepción y me apresuro a inventar una excusa.

—Tengo papeleo que hacer esta noche y me quedaré despierto hasta la madrugada. No quiero molestarte más tarde. Sé que mañana es un día importante.

La siguiente fase de la competencia de Lucy.

Simplemente me clava una mirada inexpresiva.

—Te dejo con eso. —Me retiro hacia la puerta—. Estaré al final del pasillo si necesitas algo. Que duermas bien.

Me dedica una pequeña sonrisa, aunque vacía.

—Buenas noches, Callum.

Capítulo 37

Lucy

La casa de Callum no es para nada lo que esperaba. Cuenta con tres plantas renovadas y una de las vistas más espectaculares del horizonte de *New York* que he visto en mi vida.

La decoración es minimalista escandinava, aunque más acogedora. Confortables sofás bajos y elegantes aparatos electrónicos empotrados y estanterías con una selección escasa pero meticulosa de arte y fotografías, con una sección especial dedicada a libros militares.

Una cocina moderna ocupa gran parte del segundo piso. Brillante, negra, fría y abierta a la sala de estar de abajo. El baño de mi habitación de invitados es todo de azulejos blancos combinados con paredes y telas en tonos cálidos.

Las lámparas contemporáneas realzan las hermosas obras de arte en cada pared. Piezas que jamás hubiera imaginado que encajaran con su gusto. ¿Contrató a alguien para decorar su casa? Ayer, mientras estábamos en el *Metropolitan Museum of Art,* mencionó algo sobre haber heredado varias piezas invaluables de su abuela. Me pregunto cuáles de ellas son auténticas, mas ahora no puedo cuestionarlo.

No cuando la tensión en su cuerpo sigue expandiéndose como un globo demasiado inflado a punto de estallar.

La brecha de seguridad y la apresurada mudanza al *penthouse* de Callum provocaron un final inquietante y agotador para un magnífico día. La noche me dejó fuera de lugar. Desequilibrada. Supongo que Callum debe sentirse igual.

Alguien se acercó más de lo que creíamos posible. Durante toda la noche, intenté mantener el optimismo, pensando que, al amanecer, todo volvería a la normalidad por arte de magia.

Me imaginé al hombre abierto, despreocupado y cariñoso de ayer saludándome hoy.

Vaya, qué equivocada estaba.

Me desperté sola. No me sorprende, después de cómo había terminado la noche, aunque esperaba encontrar a Callum colándose en mi cama en las primeras horas de la madrugada.

Qué tonta soy.

Salgo al salón y subo por unas elegantes escaleras oscuras hasta la cocina, donde encuentro a Callum inclinado sobre la estufa. Completamente vestido. Ignorándome.

Desde la barra, prepara nuestro desayuno en un silencio escalofriante. Desde que me senté, apenas me ha dirigido dos palabras.

Me retuerzo en la silla. Pronto saldremos hacia mi próximo evento, agradezco la distracción.

Estar a solas con él así durante todo un día después de todo lo que pasó ayer me parece insoportable.

Callum está preocupado. Distante.

Su repentino cambio de humor, sumado al hecho de que dormimos en habitaciones separadas, me pone nerviosa. No entiendo qué está pasando, pero algo ha cambiado, y no es solo la brecha.

Ha vuelto a levantar esos muros blindados. Ojalá pudiera sacarlo de allí, sin embargo, no estoy precisamente en forma para luchar.

Sacudiéndome las telarañas de la mente, levanto la barbilla. Me niego a dejar que la actitud de Callum me desanime. Su forma de ser de un imbécil estirado es básicamente su modo predeterminado. No cambió su personalidad de repente solo porque me enamoré de él y compartimos una cita maravillosa.

Me digo a mí misma que debo dejar de darle tantas vueltas a las cosas mientras Callum retira la sartén del fuego.

No tenemos por qué pasar cada minuto juntos solo porque hayamos tenido sexo.

Al menos... esa es mi historia por ahora.

—Toma. —Callum me pasa un plato de huevos, tostadas y salchichas. Me ruge el estómago cuando el delicioso aroma llega a mi nariz.

—Graci... —Se da la vuelta antes de que termine de hablar.

Se mantiene ocupado con una cafetera mientras yo le miro la espalda con el ceño fruncido. Todavía no sé qué le pasa, pero su comportamiento empieza a molestarme.

Abro la boca para preguntarle cómo fue el "papeleo" anoche, pero antes de que pueda amarme de valor para atravesar el vacío ártico que creó entre nosotros, me mira de nuevo con los ojos encendidos.

—¿Puedes estar lista para salir en treinta minutos?

—*Eh...* ¿Sí? —Para evitar preguntarle qué demonios le pasa, me lleno la boca con una tostada con mermelada de fresa.

—Bien. Nos vemos en el vestíbulo en un momento. —Agarra su plato y su taza y baja las escaleras. Tras unos segundos, se oye el portazo al final del pasillo.

—Se fue a comer solo. Mientras yo como sola en la cocina.

Se me encoge el corazón hasta el ombligo. Una sensación punzante me atormenta la mente.

Me está evitando.

Está ocultando algo.

¿Pero qué?

Media hora después, nos dirigimos al garaje en un silencio incómodo. Callum abre la puerta trasera del Range Rover y espera a que suba. Ayer, viajé de copiloto por primera vez, sentada a su lado, aun así, esta mañana volvemos a la rutina del chofer.

Entro sin protestar, con la ansiedad pesándome como ropa de invierno en agua del mar.

Durante el trayecto hacia *Runway Revolution*, miro fijamente por el parabrisas, pero no puedo resistirme a echar un vistazo a su perfil

de granito. Ni una pizca de calidez se percibe en esa fachada gélida ni en la expresión sombría de su boca.

Cuando se detiene frente al *set*, mi cuerpo se estremece de alivio. No puedo escapar lo suficientemente rápido de la tensión sofocante. Con la ropa, el personal, las demás concursantes y los fotógrafos moviéndose por todas partes, es fácil olvidar el remolino que me revuelve en lo más profundo de mi estómago.

Casi todo.

Otro salón de hotel se extiende a nuestro alrededor, decorado como una sesión de fotos. Banderas de *Runway Revolution* cuelgan por todas partes. Un probador improvisado domina el centro de la lujosa alfombra roja. Varios decorados vanguardistas, como parques infantiles para la élite del mundo del modelaje lo rodean.

La final del concurso de pasarela aún está a unos días. Mientras tanto, estamos haciendo fotos promocionales para los anuncios que tienen previsto colocar por toda la ciudad y en las redes sociales.

Hoy no hay eliminación oficial y, técnicamente, los jueces no están tomando notas. Pero estos anuncios nos pondrán en boca de todo el mundo y contarán para el recuento final. Una mala sesión fotográfica arruinará cualquier posibilidad de ganar si no consigues suficientes votos en línea.

El personal del concurso acompaña a las concursantes restantes al camerino, donde nuestros trajes para ese día cuelgan de un largo perchero frente a una gran cortina negra.

Una vez que nos acomodan en nuestro lugar, me acerco sigilosamente a la cortina y echo un vistazo hacia afuera. Callum ocupa un rincón vacío de la sala, vigilando las entradas y salidas.

Su máscara impenetrable vuelve a estar en su lugar. Postura rígida, mirada perdida. La curiosidad y la intuición me invaden, exigiéndome que descubra qué le pasa.

Sin embargo, ahora no es el momento ni el lugar adecuado.

Trabajamos hasta la hora de comer, rotando entre *sets*, fotógrafos y vestuario. Al otro lado del salón hay una larga mesa con un bufé de aperitivos, y tanto el personal como las concursantes se acercan a picar algo. Todavía estoy llena del desayuno. O quizás la

ansiedad en el estómago me ha quitado el apetito. Así que paso de largo el bufé y me busco un sitio cerca.

Rezo para que mis fotos salgan bien a pesar de la mínima concentración que conseguí esta mañana. Observo las cabezas de los miembros del equipo y las modelos, que no paran de charlar, buscando a Callum, y doy un respingo cuando me toca el hombro.

Mientras mi ritmo cardiaco vuelve a la normalidad, me doy la vuelta para mirarlo fijamente. Entonces parpadeo. Un hombre corpulento se cierne sobre el hombro de Callum. Su cabello oscuro es corto y pulcro, como el de él.

Si bien un ceño fruncido distorsiona sus rasgos, sus ojos color avellana y sus líneas de expresión insinúan amabilidad.

Mi mirada va de uno a otro.

—¿Sí?

—Este es Ryan Murphy. —El tono de Callum es frío y profesional —. Él te protegerá en mi lugar durante las próximas horas.

—¿Qué? —La alarma suena en mi interior—. ¿Por qué?

—Tengo un asunto que tratar con Darren en la mansión Gallagher esta tarde.

Callum no es así. ¿Salir en pleno día? Nunca lo había hecho antes.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. Es una revisión de rutina. —Callum mira su reloj como si lo estuviera retrasando—. Teníamos esto planeado antes de que se anunciara el calendario de la competencia. No sabíamos que habría un conflicto.

Sigue evitando mi mirada y sus palabras son cortantes. No como el hombre con el que he pasado los últimos días. Siento un nudo en el estómago.

—¿Cuándo volverás? —Odio ese tono nervioso y de esposa quejumbrosa que me sale.

El destello de sorpresa en los ojos de Callum sugiere que él también lo ha oído. Se aclara la garganta.

—Debería terminar mucho antes que tú, y luego volveré para llevarte a casa, pero si por alguna razón cambian los planes, Ryan me llamará y haremos los arreglos necesarios.

Me falta la energía para luchar contra él, así que, en su lugar, me quedo quieta como un maniquí mientras él desaparece, dejando a Ryan en su lugar. Con cada segundo que pasa, mi estado de ánimo se oscurece.

La diferencia entre el Callum de ayer y el de hoy es muy marcada y alarmante.

La inquietud que se apodera de mí, crece. A pesar de la intimidad que compartimos anoche, nunca lo había sentido tan lejos.

Capítulo 38

Lucy

Me preocupa empezar a llorar y arruinarme el maquillaje, así que en cuanto Heather Kincaid entra en mi campo de visión, la intercepto. Ha aguantado hasta ahora en la competencia, incluso después del desastre del baile benéfico.

Sus amigables ojos azul claro y sus rizos rubios destacan en cualquier lugar. Una sonrisa radiante le ilumina el rostro en cuanto me ve.

Me toma del brazo con una risita suave.

—Marco está aquí otra vez.

Soy *fan* de Marco, ¿y quién no lo es?, pero Heather es una *superfan*. Si él está en la sala, toda su atención se centra en él, casi en detrimento de todo lo demás.

En algún otro momento, quizás habría actuado igual. No obstante, las cosas han cambiado.

Ahora mi atención se centra en un hombre completamente diferente.

Intento darle toda mi atención a Heather y a la conversación.

—Técnicamente, ni siquiera es día de competencia.

—¿No crees que sea uno de los jueces de la ronda final? — Heather nos acomoda para que ambas podamos ver a Marco charlando con uno de los directores de *set* al otro lado del salón.

—Podría ser. —Me encojo de hombros—. Pero no hay forma de saberlo, ya que todos los jueces de la ronda final se mantendrán en secreto hasta la noche del evento.

Honestamente, la final es lo último que tengo en mente. A principios de este verano, *Runway Revolution* fue un sueño entre sueños.

Ahora que esta experiencia casi ha terminado, no sé cómo sentirme. Cuando reflexiono sobre esta competencia, probablemente, lo que más recordaré será el tiempo que pasé con el hombre que ha desaparecido. El que me está evitando y se va de un lado a otro quien sabe a dónde, llevando a cabo asuntos secretos.

Heather jadea mientras me aprieta la muñeca.

—Lucy, viene hacia aquí. ¿Qué hago?

Me estremezco.

—Sonríe.

—Señoritas. —Marco se nos acerca con esa sonrisa de un millón de dólares. Su cara bonita no me dice mucho, pero Heather casi se desmaya en sus brazos—. Espero que se lo estén pasando bien.

Sin aliento y prácticamente saltando sobre sus talones, Heather junta las manos frente al pecho.

—Todo ha sido maravilloso.

—Me alegra escuchar eso. —Marco se gira hacia mí—. ¿Y tú, Lucy?

Mi nombre, con su marcado acento, suena extraño.

Me cuesta responder, mi mente está en blanco, sin nada ingenioso, ocurrente o incluso normal que decir. Pensar en Callum ha eclipsado por completo cualquier cosa útil en mi mente.

¿Cómo puedo dejar que ese hombre me haga esto?

Me cuesta no parecer una cabeza hueca delante de este modelo rico y famoso cuando las luces del techo comienzan a parpadear.

Heather se acerca a mí.

—¿Qué está pasando?

Se oyen murmullos. Las caras del personal empiezan a contraerse mientras el parpadeo continúa.

—No lo sé, pero alguien ya debería estar averiguando. —Marco le hace señas a un asistente que está cerca.

La incertidumbre invade la sala. Nadie sabe con certeza si la avería en la iluminación afecta solo al salón de baile o a todo el hotel, si se trata de un problema eléctrico o un fallo en los circuitos. No obstante, en menos de media hora, los organizadores del concurso envían a todas las modelos a casa para terminar el día.

Ryan me encuentra inmediatamente entre la pequeña multitud.

—¿Llamo al señor Kavanagh, señorita?

—No, vámonos.

—Estoy autorizado a llevarla de vuelta a la residencia del señor Kavanagh.

—Maravilloso. —Como estoy de mal humor, todo lo que digo suena tenso.

Sigo a Ryan hasta el garaje del hotel, donde nos subimos al Range Rover de Callum para que me lleve de vuelta a su apartamento. ¿Cómo llegó Callum a la mansión Gallagher? ¿Nos dejó su coche y tomó un taxi? ¿Volvió corriendo a casa a buscar su moto?

Imaginarlo viajando en metro casi me hace reír.

Entro en el apartamento utilizando la llave de acceso total que me dio esta mañana.

El pequeño dispositivo biométrico me permite burlar sus estrictas medidas de seguridad.

Ryan sale del ascensor, pero no me sigue más allá del vestíbulo. En cambio, toma su teléfono. Probablemente, esté llamando a Callum para informarle de nuestra ubicación y de que se ha cancelado toda la sesión de fotos promocional de la tarde.

Me dirijo directamente a mi habitación. Sin embargo, antes de cambiarme, reviso la billetera de criptomonedas. Durante la mudanza del hotel a casa de Callum, me puse nerviosa por dejar la unidad sin vigilancia en el fondo de mi bolsa de maquillaje en el camerino del programa, así que cambié ese escondite por el interior de una camiseta enrollada, que guardé en el forro roto de mi maleta.

Cuando tomo mi bolso, una familiar sensación de *déjà vu* me invade de pies a cabeza.

La misma sensación que experimenté en mi apartamento cuando me di cuenta de que alguien había rebuscado entre mis cosas.

Mi ropa cambió de posición desde esta mañana. Para empezar, esa blusa azul está en el lado izquierdo, cuando sé que la puse en el lado derecho.

El pulso se me acelera cuando levanto la parte inferior del forro. Siento un nudo en el estómago.

La camiseta ha desaparecido.

Una búsqueda frenética confirma que la billetera de criptomonedas también ha desaparecido.

Me quedo paralizada, con la mente a mil por hora.

La billetera de criptomonedas estaba aquí cuando nos fuimos esta mañana. Y ahora ha desaparecido.

Después de lo que pasó anoche, casi le conté a Callum sobre ella, pero no quería involucrarlo en mi drama. De todas formas, se fue antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo.

¿Podría ser que alguno de los hombres de Viktor hubiera entrado a robarla?

Siento agujas afiladas pincharme la piel mientras observo la habitación. Nada parece fuera de lugar, y Callum come, duerme y defeca en las medidas de seguridad. Que alguien haya entrado en su casa como hicieron en la mía parece muy improbable. Imposible, incluso.

Pero si Viktor o uno de sus hombres no se llevó la billetera de criptomonedas, ¿quién lo hizo?

Mi mente repasa las posibilidades, cada una más improbable que la anterior.

Excepto una.

Me viene a la mente un recuerdo de anoche. Mientras hacía las maletas en el hotel, decidí darme una ducha rápida de dos minutos. Abrí el grifo y entonces recordé que ya había guardado mi afeitadora. Dejé el grifo abierto, salí del baño y encontré a Callum rebuscando en mi bolso. Dijo que me estaba ayudando, aunque ahora que lo pienso, me doy cuenta de que evitó mirarme a los ojos.

La insidiosa posibilidad me deja sin aliento.

«¿Y si Callum rebuscó entre mis cosas y robó la billetera?»

Levanto la mano, como para alejar ese pensamiento. No, él no haría eso. Ni siquiera sabía sobre ella.

No obstante, por mucho que lo intente, mi mente no encuentra otra explicación viable.

Un miedo enfermizo me recorre las extremidades. No quiero creer que Callum me traicionara de esta manera. Antes de sacar conclusiones precipitadas, debería hablar con él.

Quizás me equivoque.

Quizás exista una explicación lógica que no implique que Callum me haya estado engañando todo este tiempo.

Pero el dinero y el poder son una gran fuente de motivación.

Corro desde la habitación de invitados hasta el vestíbulo, donde me espera Ryan Murphy.

—Llévame a la mansión Gallagher. *Ahora*.

Capítulo 39

Lucy

Mi determinación de darle caza a Callum inmediatamente me acompaña durante todo el viaje, pero tan pronto como llegamos a la mansión Gallagher, me doy cuenta de que podría estar sobrepasando mi límite.

El coche avanza entre setos de hoja perenne que deben de tener seis metros de altura. Tras recorrer un largo e inmaculado camino que finalmente se curva, los arbustos se abren para revelar una enorme mansión de tres plantas, toda de ladrillo y una hermosa arquitectura de piedra. Unas enormes ventanas blancas me miran fijamente, como si me estuvieran inspeccionando.

Este lugar es enorme. Un oasis de jardines privados y propiedades en pleno centro de *New York.* ¿Cuántas personas viven aquí? ¿Por qué necesitan tanto espacio?

Ryan permanece impasible en el asiento delantero mientras se dirige hacia una entrada circular que rodea una hermosa fuente de piedra. Probablemente, parezco una turista bizca que visita *Hollywood* por primera vez, boquiabierta mientras miro por la ventanilla. Este lugar me recuerda a un cuento de hadas.

Excepto por toda la parte de la mafia, los asesinatos y el caos.

Nos detenemos frente a unas grandes puertas dobles que se abren para revelar a Veronika.

¡Nika!

Casi me lanzo por la ventanilla del coche y subo las amplias escaleras para abrazarla.

—Me dijeron que vendrías. —Me acaricia la espalda—. ¿Cómo te va, superestrella?

Una voz cálida se oye por la puerta.

—¿Es ella?

—La única e inigualable. —Nika se aparta para acompañarme al interior del palacio. Una hermosa rubia de impresionantes ojos azul claro me sonríe radiante.

—¿Eres Lucy? —Me toma una mano entre las suyas—. Soy Harper.

Su sonrisa de un millón de dólares me deja sin palabras.

—Hola.

—Hemos estado viendo toda la cobertura de *Runway Revolution*. ¡Y somos del equipo Lucy al cien por cien! —La sonrisa de Harper se ensancha aún más tras ese comentario.

—*Oh*. —Me había olvidado por completo de mi pequeño momento de fama y notoriedad—. Muchas gracias. Te lo agradezco mucho.

—Vamos, todos se mueren por conocerte. —Harper me guía adentro. Aunque Nika está aquí mismo, la idea de ignorar el motivo de mi visita cuando Harper se comporta como una anfitriona tan amable se me hace rara. Encontraré a Callum... pronto.

Me conducen a una amplia sala de estar decorada con cómodos sofás de cuero y un cálido papel tapiz con motivos florales. Estanterías enormes cubren las paredes. Dos mujeres están sentadas en un sofá de dos plazas, tomando bebidas heladas. Una jarra de líquido verde y espumoso, ¿margaritas?, me llama la atención desde la mesa que está entre ellas.

—Lucy, estas son Kiara y mi hermana, Riley.

Por hermana, se refiere a *gemela*. Riley es un clon de Harper.

—¿Esta es la famosa Lucy Marlow? —La voz de Riley es más grave que la de Harper, más suave, pero igual de amable.

—¿No es preciosa? —El hombro de Nika choca con el mío—. Nuestra reina de belleza.

Kiara, una chica de cabello castaño con hermosos pómulos marcados, da otro trago a su copa.

—Sin duda, ser modelo fue la elección profesional correcta.

Casi me echo a reír.

—No escucho eso muy a menudo.

—Siéntate. —Harper me empuja hacia los sofás—. Quiero saberlo todo sobre trabajar con Marco Benetti. Es uno de los productores del concurso de este año, ¿verdad? Acaban de hacer un reportaje sobre él en *Vogue*, y estoy obsesionada.

Riley se levanta y agarra la jarra.

—Toma, déjame servirte una de mis famosas margaritas.

Antes de que pueda pestañar, estoy sentada entre Kiara y Riley, con la margarita en mano, escuchando la alegre charla a mi alrededor. Su aceptación instantánea es inesperada y dulce. Ojalá estuviera en el estado mental adecuado para disfrutar de esa sensación.

Cuando no estoy memorizando caras y nombres, me quedo mirando la sombrilla amarilla brillante que se balancea contra el borde de mi vaso, con la ansiedad consumiéndome por dentro.

Veronika, Kiara y las gemelas charlan con naturalidad, como si fueran amigas de la infancia. Nunca he tenido una familia numerosa, ni un gran grupo de amigas, así que me siento completamente desorientada.

Apenas doy un sorbo a mi margarita, cada vez más inquieta mientras las mujeres cambian de tema. Harper también es aficionada de la moda y no puede dejar de entusiasmarse con la competencia. Riley trabaja en un refugio para mujeres, y tengo entendido que Veronika le ha contado algo de mi historia, porque parece muy impresionada con mis logros.

«Ya sabes, para ser una huérfana sin dinero y exvíctima de trata».

Me estremezco. Riley me ha tratado con amabilidad y respeto, sin darme motivos para creer que me tiene lástima. La voz negativa en mi cabeza es mía, cortesía de mis inseguridades. Necesito dejar de escuchar. No puedo permitir que nada me desvíe de mi misión.

Tengo que seguir centrada en Callum y la billetera de criptomonedas. Tengo que encontrar la manera de hablar con él.

Por muy agradable que sea su compañía, no hay tiempo para seguir sentada charlando y tomando el *brunch* con las chicas.

La exclamación de Harper me devuelve la atención a la conversación.

—¿Cómo que desapareció?

—¿Quién? —pregunta Nika mientras hace girar su pequeña sombrilla entre el pulgar y el índice.

Riley baja la voz.

—Nuestro contable, Nolan Doyle. Es decir, el tipo que ha supervisado las operaciones de los *Reyes Irlandeses* durante las últimas dos décadas, como mínimo.

Aunque no entiendo la importancia del anuncio, la noticia las sacude a todas.

Kiara se bebe el resto de su copa de un trago.

—¿Sabe Finn qué le ha pasado?

Riley niega con la cabeza.

—Tiene a varios de nuestros mejores agentes investigando, incluyendo a nuestro primo Kellin, pero hasta ahora, los informes preliminares apuntan a que podría haber sido víctima de un robo. Todo apunta a que los *Port Kings* son los culpables.

—¿La facción californiana de los Gallagher? —Harper observa a su hermana con seriedad, y ella le devuelve la mirada.

—Eso es lo que dice Finn. —Se encoge de hombros—. No creo que Shane haya decidido todavía cómo abordar a Declan.

Kiara se aclara la garganta.

—Bueno, ya nos preocuparemos de eso más tarde. Ahora mismo, lo único que podemos hacer es estar aquí. Juntas. Y disfrutar. Así que, pasando a un tema más alegre, Rory y yo hemos estado hablando de ponernos manos a la obra con nuestro primer hijo.

Lo dice con tanta naturalidad, como si fueran a comprar una plantita suculenta.

No puedo evitar mirarla boquiabierta mientras las demás mujeres dejan de lado la mala noticia del contador para pavonearse de emoción y felicitarla.

—¿Te lo imaginas? —Harper suelta una risita, colocándose la sombrilla rosa de su margarita detrás de la oreja—. ¿Y si todas nos embarazamos al mismo tiempo?

—Supongo que estaré bebiendo sola durante nueve meses. —Nika levanta su vaso—. Brindemos por eso.

—Por el buen alcohol y los futuros bebés. —Riley choca su vaso contra el de Nika.

Todos brindan menos yo. Se beben lo que les queda de sus margaritas mientras mi incomodidad se intensifica.

Kiara, Harper y Riley parecen simpáticas y divertidas, es un placer estar con ellas. Me sorprende que incluso Nika, quien siempre ha sido tan reacia a conocer gente nueva y hacer amigas como Maya y yo, parezca encajar tan bien con ellas.

Pero mi dolor y mi ansiedad aumentan cada vez que mencionan a sus parejas.

Todas sus alegres conversaciones sobre sus relaciones solo sirven para recordarme que, durante unas pocas horas espléndidas ayer, pensé que Callum y yo compartíamos una conexión similar.

En este instante no estoy segura de qué creer, y con cada segundo que pasa, esa incertidumbre se hace más profunda. Solo necesito encontrarlo y preguntarle por la billetera de criptomonedas.

Me vuelvo hacia Nika, sin embargo, antes de que pueda decir las palabras, Harper me da un golpecito en la rodilla.

—Lucy, no tienes por qué ser tímida. —Me dedica una sonrisa sabia.

—Sí, no se permite la timidez. —Kiara sonríe y mueve sus cejas oscuras—. Tengo muchísima curiosidad por saber cómo es Callum bajo esa apariencia fría.

La alarma me acelera el pulso. ¿Cómo saben lo de Callum y yo? Las gemelas me resultan vagamente familiares, pero no logro identificar sus caras. No hay forma de que sepan que Callum y yo...

—No sé a qué te refieres. —Mi tono poco acogedor no disminuye su entusiasmo. De hecho, Harper rebusca en su bolsillo, encuentra algo en su teléfono y me lo muestra con una sonrisa aún más grande en su cara.

—Si yo fuera tú, mandaría a enmarcar esta foto.

Fotos de *paparazzi*. Callum y yo en nuestra "cita".

Agarro el teléfono de Harper, sintiendo una punzada de terror que me recorre la espalda.

Hay una imagen de nosotros paseando por *Times Square,* otra comiendo *pizza*, una tercera con un cono de *waffle*. Tienen fotos de nosotros tomados de la mano riéndonos. De todo.

Están por todas partes en Instagram. TikTok. *TMZ* lo ha publicado. ¿Cómo sabe *TMZ* quién soy?

Los *paparazzi* debieron habernos estado siguiendo todo el día, y ninguno de los dos nos dimos cuenta. Es muy extraño que Callum no los viera, dado que es su trabajo. Pero no tengo tiempo para darle vueltas al asunto.

Esas fotos. Están por todas partes.

Cualquiera que siga la moda o los *reality shows* las verá. Sabrán que Callum y yo somos... Ni siquiera sé lo que somos, aunque sin duda parece que somos algo en estas fotos.

¿Y si Viktor...?

Dejo de lado esa preocupación y le devuelvo el teléfono a Harper en silencio. Comprendiendo que no estoy lista para contar los detalles sobre mi guardaespaldas, ella pasa a un nuevo tema y comienza a charlar con Riley.

Odio saber que esas fotos están ahí fuera. Pero al final, unas cuantas fotos mías en una cita con un hombre guapísimo no arruinarán mi carrera.

Toda mi preocupación está centrada en Callum. Dudo que a Darren le encante su *falta de profesionalismo*. Maya también seguro que tiene alguna que otra palabra para nosotros dos.

Mi nerviosismo alcanza un punto crítico y me pongo de pie.

—¿Nika? Necesito ver a Callum.

Se pone de pie, frunciendo el ceño ante mi evidente angustia.

—Te llevaré con él.

Me mira con preocupación mientras caminamos. Aparte de Maya, Nika es la única persona que entiende que, tras mi máscara de dureza, estoy colgando de un hilo.

Nos guía por varios pasillos, el último de los cuales termina en una pared de cristal. Al acercarnos, se ve la silueta de unas puertas

dobles. Más allá, se materializa un espacioso patio exterior. Una enorme mesa de piedra tallada con gran ornamentación preside un lugar cerca de la barandilla, dominando unas escaleras que conducen a unos jardines silvestres y coloridos.

Callum y otro hombre están sentados a la mesa, mientras que otros permanecen de pie.

Me detengo cerca de las puertas.

Nika se gira para mirarme.

—¿Lucy?

El corazón se me acelera.

«Él no robó la billetera de criptomonedas. No lo haría. Alguien más debió hacerlo. Probablemente, solo esté hablando de la filtración del hotel y comentando los movimientos de Viktor».

Siento los pies clavados en el suelo, pero no puedo quedarme aquí para siempre. No puedo pasarme el resto de la vida preguntándomelo.

Necesito saber si Callum me traicionó.

Aunque la verdad me mate.

Capítulo 40

Callum

Disfrutando del sol, Shane Gallagher se relaja con una aparente calma a la cabecera de una mesa en la terraza, tan grande que podría servir como escritorio oficial de un rey. Me siento frente a él, esperando mientras conecta el USB de la billetera de criptomonedas a una elegante *laptop* negra. Los únicos que pueden oírme son unos cuantos guardias dispersos.

Cuando llegué, Shane salió de su reunión con su hijo Finn, Kellin Brennan, primo de las gemelas, según me dijeron, y un par de socios más para que pudiera hablar con él en relativa privacidad. Shane Gallagher no es de los que se interrumpen sin una buena razón, así que suspiré aliviado cuando le dijo a Finn que se hiciera cargo y se disculpó sin decir nada más.

Acceder a la billetera de criptomonedas debe ser más importante que localizar a Nolan Doyle, su contable desaparecido.

Aunque finjo buena cara, la culpa que me revuelve el estómago casi me hace vomitar sobre la bonita mesa de Shane.

En cuanto volví a casa después de dejar a Lucy en su trabajo de modelo y dejarla al cuidado de Ryan, revisé sus pertenencias con mirada láser. Cuando por fin encontré la memoria USB, me quedé observándola durante varios minutos, con mis emociones en conflicto con mi lógica. Consideré la posibilidad de volver a colocar la

memoria donde la había encontrado y borrar su existencia de mi cabeza.

No obstante, por muy atractiva que fuera la idea, sabía que esconder la cabeza bajo la arena no mantendría a Lucy a salvo. Para aumentar mis posibilidades de asesinar con éxito a Viktor Roguilin mientras está en prisión, necesito los contactos de Shane, y la billetera de criptomonedas es mi única moneda de cambio. Ahora que he cumplido mi parte del trato, el líder de los *Reyes Irlandeses* me debe un favor.

Esa es la única razón por la que me atreví a llevar a cabo el robo.

Entiendo los riesgos que esto conlleva. Una vez que Lucy descubra que robé la billetera, su confianza en mí se romperá. Mi engaño le causará dolor. Pero estoy dispuesto a sacrificar ambas cosas para eliminar al hombre que la lastimó de maneras tan insondables. Ella se merece dejar de mirar por encima del hombro y de preocuparse por su seguridad.

Aunque me descubra cometiendo el crimen, seguirá estando bien.

Si quitarle la billetera de criptomonedas a Lucy le ayuda a encontrar la paz, pagaré ese precio.

Sin importar lo que cueste.

La expresión de Shane no revela nada mientras examina la pantalla. Al terminar, desconecta la memoria USB de la *laptop* y la deja sobre la mesa.

Le indica a un miembro del equipo de seguridad de Gallagher que se acerque.

—Trae a mi sobrino.

—Sí, señor. —El guardia desaparece.

Lo que haya encontrado en la billetera de criptomonedas debe requerir la experiencia de Darren. Estoy tentando de preguntar, pero no lo hago. Shane compartirá lo que crea conveniente.

De un sorbo a su vaso de *whisky* mientras esperamos a mi viejo amigo.

Pasan un par de minutos en silencio antes de que Darren salga a la luz de la tarde. Me saluda con un movimiento de la cabeza y se coloca a mi lado.

Sin molestarse en saludarnos, Shane gira la pantalla de su ordenador hacia nosotros y me hace un gesto con la cabeza, dejando clara su intención. Es hora de poner a Darren al corriente del negocio de la billetera de criptomonedas.

Sin embargo, al ver el monitor, me quedo paralizado de horror.

En lugar del contenido de la billetera, extractos de dinero lavado o los archivos privados de Viktor Roguilin, nos miran fijamente unas fotos.

Fotografías de *paparazzi.*

De Lucy y yo. De ayer.

Una imagen nos muestra tomados de la mano, con el traje que ella eligió para mí colgado sobre mis hombros. En otra, nos quedamos viendo a los ojos mientras comemos un helado, como dos adolescentes enamorados. Mi tierna expresión mientras la miro no necesita descripción. Podría haberme pegado un *post-it* en la frente con la palabra *dominado* escrita en él.

Hijo de puta.

Shane se reclina en su asiento.

—Darren, ¿te das cuenta de que uno de tus guardias de seguridad tiene una relación sentimental con un cliente?

Me quedo quieto; mis años de soldado me ayudan a ocultar el estrés que me invade.

Hablando de mala suerte. Probablemente, ahora sea el peor momento del mundo para confesar mi relación con Lucy. Necesito que crean que mis emociones no están comprometiendo mi lógica cuando exponga mi plan para acabar con Viktor Roguilin.

Esta petición no puede parecer un favor personal. Necesito presentar el asesinato como un buen negocio.

Mentir. Es mi única esperanza. Aunque mis sentimientos por Lucy sean tan profundos que la mentira me resulte dolorosa.

—Negativo, señor —interrumpo antes de que Darren pueda responder—. Le aseguro que no hay ninguna relación romántica. Lo que ve es mi actuación, y solo lo hice para que Lucy Marlow obedeciera y ganarme su confianza para poder completar mi misión.

Un jadeo de horror me interrumpe por completo.

El miedo me golpea en el estómago. Una parte de mí no quiere voltear, porque me da miedo lo que encontraré. Necesito un momento para tranquilizarme antes de mirar por encima del hombro.

Cuando veo el rostro de Lucy, el miedo se convierte en una lanza, desgarrándome las entrañas.

Mierda.

La traición que empaña esos hermosos ojos me desgarra.

Tengo que explicarlo.

La desesperación me inunda las venas, obligándome a girarme hacia ella.

—Lucy.

Retrocediendo un paso, extiende las palmas de las manos para alejarme, dejándome paralizado en el sitio.

—¿Revisaste mis cosas y te llevaste la memoria USB?

—Sí, pero...

—¿La estuviste buscando todo este tiempo?

—Lucy, ahora no...

—Qué estúpida. Soy tan estúpida. —Su susurro es apenas audible, como si hablara consigo misma—. Por *eso* estabas tan contento de llevarnos a un hotel. Pensé que estabas de mi lado por una vez, pero querías que mi apartamento estuviera vacío. Revisaste mis cosas y lo hiciste parecer como si hubiera entrado un ladrón para que yo quisiera irme.

Su pequeña risa sombría se transforma en un sollozo. Se traga el ruido al instante y se tira del cabello.

El dolor grabado en su hermoso rostro me hace querer darme una patada en el trasero.

Shane tararea detrás de mí.

—¿Así que así es como la sacaste de su apartamento? Qué astuto.

El estremecimiento que me esfuerzo por contener es suficiente para romperme las costillas.

Los ojos de Lucy se llenan de lágrimas.

Con ese comentario, Shane ocupa el segundo puesto en mi lista de personas a las que le daría una paliza. Nunca he deseado tanto

subirme a una mesa y golpear a un hombre como ahora mismo quiero darle un puñetazo al jefe Gallagher.

También quiero cargar a Lucy sobre mis hombros y llevármela a un lugar seguro y privado para poder lamerle las lágrimas y follarla hasta que me escuche. Después, con suerte, me perdonará. Luego, la encerraré en mi habitación hasta que la amenaza desaparezca.

El horror que se refleja en los ojos de Lucy me alerta de que su mente está dando vueltas en otra dirección.

—Esa noche volviste a mi casa... y te lastimaste... fue porque buscabas eso, ¿verdad? No lo hiciste por mí. No has hecho nada por mí. Todo fue por el dinero. Y yo...

Empiezo a acercarme a ella otra vez, sintiendo que el corazón se me cae hasta los ladrillos bajo nuestros pies.

—Escúchame, Lucy.

Niega con la cabeza y continúa como si no hubiera hablado.

—Me acosté contigo. Dios, soy una idiota.

—¡Mierda! Deja de decir eso. —Ahora está empezando a molestarme.

Retrocede cuando intento tocarla, casi tropezando en su prisa por evitarme.

—Aléjate de mí, imbécil mentiroso.

—*¿Te acostaste con ella?* —El tono cortante de Darren me advierte que pronto me dará un puñetazo en la cara si no encuentro la manera de frenar el caos que se desata entre nosotros.

—Estás despedido. —El tono categórico de Lucy me parte en dos. Se da la vuelta y se detiene solo para hablar con una Veronika furiosa—. No lo envíes a protegerme otra vez.

Si las miradas mataran, Darren y yo estaríamos desangrándonos a los pies de Veronika.

—Ya está hecho. Vamos, Lu, puedes quedarte en casa esta noche.

Veronika la rodea con el brazo y la lleva adentro sin decir nada más.

Me dispongo a seguirlas, pero Darren me agarra de la camisa y me arrastra hacia atrás. Me clava una mirada caótica y furiosa.

—¡Hijo de puta!

El puñetazo que me da en el estómago me deja sin aire.

Joder. Eso dolió.

Levanta el brazo hacia atrás para seguir, mas lo agarro a mitad del golpe.

—Uno —resoplo—. Te lo regalé. La próxima vez te lo devolveré. Pero te lo digo ahora mismo, no es lo que tú piensas.

Los brillantes ojos azules de Darren resplandecen con malicia.

—¿Así que no te acostaste con ella?

Me enderezo y pongo algo de distancia entre nosotros, pasándome los dedos por mi cabello.

—Bueno, quizás eso sí es lo que piensas, pero hay algo más que solo mi placer.

La expresión de Darren permanece impasible.

—Tienes diez segundos para decirme qué demonios está pasando.

—Ahora no. Necesito...

—Sí, *ahora*.

—Basta. —La voz autoritaria de Shane rompe la tensión que nos unía—. Callum, puedes ocuparte de tu vida amorosa más tarde. Ahora mismo, tenemos asuntos que discutir. —La billetera de criptomonedas brilla a la luz del atardecer cuando Shane la levanta —. Concretamente... cómo vamos a usar esto para deshacernos de Viktor Roguilin de una vez por todas.

Capítulo 41

Lucy

Quedo destruida. Como un pueblo en el valle, devastado por la inundación.

Confié en Callum.

Me acosté con él cuando nunca pensé que podría volver a hacerlo con otro hombre.

Me contó sus historias. Yo le conté las mías. Tuvimos una cita de verdad. Durmió en mi cama y me abrazó. Toda la noche.

Y cada momento fue mentira.

Me enamoré de un bastardo doble cara. ¿Y todo para qué? ¿De verdad pensé que ese hombre, hecho de pura piedra, podía preocuparse por mí?

En cuanto Nika me ayuda a subir a una camioneta en el garaje de los Gallagher, rompo a llorar. Me abrocha el cinturón de seguridad como si yo volviera a ser una niña. Mientras ella se pone al volante, me acurruco con las rodillas contra el pecho y lloro con fuerza, furiosa y desconsoladamente.

Incluso después de que ambas nos subimos en el vehículo, ella no arranca el motor. Estoy segura de que Nika quiere consolarme, pero no hay nada que pueda hacer para aliviar este dolor desgarrador.

—¿Tus cosas siguen en casa de Callum? —pregunta enfadada, lo que me reconforta un poco.

Asiento, porque sigo sin poder hablar entre los sollozos.

Da marcha atrás del estacionamiento y nos marchamos, alejándonos a toda velocidad, lejos de la mansión Gallagher. Para siempre, con un poco de suerte.

Me entra un hipo después de que dejamos atrás el maldito palacio, y mis lágrimas desaparecen lentamente.

—¿Cuándo aprendiste a conducir?

Su expresión sigue marcada por la preocupación.

—Darren me enseñó hace unos meses.

Me limpio la cara con el brazo.

—Ah.

—Lucy. —Respira hondo—. Siento mucho lo que pasó. No sé qué está pasando ni por qué Callum hizo lo que hizo, pero te prometo que la única misión que le dimos fue protegerte. Si descubro que Darren sabía lo que estaba pasando a nuestras espaldas, yo... —La rabia se refleja en su rostro—. No sé qué haré.

—No te preocupes, Nika. —Me limpio la nariz—. No te culpo. Y a Maya tampoco. Esta situación es culpa mía, y todos ustedes deberían culparme a mí.

Gira la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿De qué hablas, Lu? Has estado concentrada en una competencia todo este tiempo mientras gestionabas todo lo demás. Callum se aprovechó de tu vulnerabilidad. Y eso no está bien.

—Yo soy quien se enamoró de él. —La verdad de mis palabras me invade en cuanto salen de mis labios. Amo a Callum... y él es un mentiroso—. No me sedujo ni nada. De hecho, fue frío y cruel casi todo el tiempo. Mantuvo las cosas completamente profesionales entre nosotros. Yo fui quien... quien...

Ella se inclina sobre la consola para tomarme la mano.

—Para. Lucy. No tienes la culpa y punto. —Le aprieto la mano. Nuevas lágrimas me obstruyen la garganta—. Y, sabes, no pasa nada. —Sonríe con cariño—. Enamorarse de alguien que no deberías. Está bien abrirte un poco. Y, ya sabes la verdad sobre él. Así que puedes recuperarte y empezar de nuevo. Tal como te enseñé

cuando éramos niñas. —Su sonrisa se vuelve un poco traviesa—. ¿Qué tal si nos quedamos despiertas hasta tarde viendo películas esta noche y te preparo un chocolate caliente?

Consigo soltar una risa llorosa.

—¿En sentido contrario a las agujas del reloj y tres malvaviscos?

—Acertaste.

No la merezco, pero estoy muy agradecida de tenerla. Sobre todo ahora que Maya no está.

Conducimos por la ciudad hasta llegar a casa de Callum. Todavía tengo la llave de acceso total que nos permite entrar.

Me alegra que Nika esté conmigo. Estar cerca de ella siempre me tranquiliza, y su sola presencia evita que me derrumbe demasiado. Al menos por el momento.

Me dirijo directamente a la habitación de invitados y empiezo a meter todo en mi maleta.

Ya casi terminamos cuando el teléfono de Veronika empieza a vibrar. Miro hacia atrás y veo una foto de ella y Darren en la pantalla.

Se queda quieta observando fijamente su móvil. La ira le arde en los ojos grises con motas doradas.

Sé que cree que Darren tuvo algo que ver con lo que hizo Callum. Sé que está enfadada en mi nombre, pero no quiero que se peleen. No por mí.

Así que tomo el teléfono de la cama y le doy a *aceptar*. Nika arquea las cejas cuando le ofrezco el teléfono.

—Habla con él. —Articulo.

Me mira a mí y luego a su teléfono antes de poner los ojos en blanco y tomarlo a regañadientes.

—Sí, soy yo. —Derrotada, Nika sale de la habitación para que ella y Darren puedan hablar. Agradezco el tiempo a solas.

Creo que me vendría bien una ducha. Callum me dejó con una sensación desagradable.

Me dirijo al baño, me meto en la ducha y dejo que el agua caliente me limpie. En un buen día, me peino y me deleito con un poco de autocuidado, pero hoy no. Hoy, las lágrimas me resbalan por el rostro, mezclándose con el chorro de la ducha.

Revivo todos mis momentos con Callum, intentando comprender cómo me engañó tan fácilmente. Lo odié desde el principio, así que ¿cómo pasó esto? Al principio, pensé que era un idiota irritante. Resulta que mis instintos estaban totalmente en lo cierto. Entonces, ¿en qué me equivoqué?

¿Cuándo empecé a engañarme a mí misma, creyendo que le importaba?

Una vez que salgo de la ducha y me seco con la toalla, encuentro a Nika esperándome en la habitación de invitados, con el teléfono en la mano. Su expresión aún denota sospecha y disgusto.

Me aparto el cabello de la cara, con los ojos hinchados y un poco adoloridos de tanto llorar.

—¿Qué dijo Darren?

Ella me mira.

—Nos está esperando en un café al final de la calle.

—¿Nos está esperando a nosotras? ¿O te está esperando a ti?

Nika me mira igual que Maya cuando me paso un poco de descarada.

—Quiere hablar de lo que pasó y decidir qué hacer a continuación. —Se tira de un mechón de cabello—. Tengo entendido que... ha hablado con Callum de todo. Pensé que quizá te gustaría participar en esa conversación.

—Piénsalo mejor. —Me encojo de hombros—. Si oigo hablar más de guardaespaldas o planes de seguridad, me voy a arrancar el cabello. Vete. Yo terminaré aquí, y puedes pasar a buscarme cuando ustedes dos estén...

—Lucy...

—Estoy bien. —Mi voz no es convincente, lo sé, pastosa y empalagosa por los sollozos en la ducha—. Estaré bien aquí sola. Te lo prometo. Y Ryan está ahí afuera. Sé que nos siguió hasta aquí. No podría haber sido más obvio.

—¿Estás segura?

Esbozo la mayor sonrisa posible.

—Sí, Nika. Gracias. Siempre estás ahí cuando necesito ayuda.

Cruza la habitación para abrazarme fuerte y luego se aparta para tocarme la cara.

—Llámame cuando estés lista. Estaré a cinco minutos de aquí.

—No te preocupes.

Me lanza una última mirada de disculpa y complicidad antes de desaparecer por la puerta.

Capítulo 42

Lucy

En cuanto Nika se va, estoy demasiado nerviosa como para quedarme quieta.

Pensé que quería tiempo a solas, pero la casa de Callum está demasiado silenciosa. Su presencia acecha en cada esquina como un espectro que se alimenta de mi dolor. Todos los pequeños detalles que me encantaban de Callum cuando llegué solo sirven para recordarme a él. Lo que compartimos y lo estúpida que fui.

Incluso después de esa ducha ardiente que me devolvió a la realidad, mi mente no deja de darle vueltas a lo mismo, analizando el tiempo que pasamos juntos para desentrañar dónde y cuándo todo salió mal. ¿Cuándo cometí mi error fatal?

Más de una vez agarro mi teléfono y paso el dedo por encima del número de Callum. Cada vez, me detengo antes de pulsar el botón. El dolor de su traición me duele demasiado.

No puedo enfrentarlo. Todavía no. Tal vez nunca.

Al fin y al cabo, soy una cobarde.

Vuelvo a tomar el teléfono cuando suena.

La sangre me zumba en los oídos. ¿Callum?

Cuando le doy la vuelta al teléfono, no reconozco el número.

El recuerdo del número bloqueado que envió la foto del chantaje se materializa en mi mente. ¿Y si uno de los matones de Roguilin me

llama para acosarme?

Dejo caer el móvil como si fuera una serpiente venenosa. No voy a contestar. Ni hablar. Si es importante, quienquiera que sea dejará un mensaje.

Unos segundos después, aparece una notificación de mensaje de voz. Cuando reviso la transcripción, casi me atraganto con mi propia lengua.

Marco Benetti tiene mi número de teléfono y quiere que lo llame lo antes posible.

Miro la pantalla con la vista perdida. Una parte de mí quiere fingir que la llamada nunca ocurrió, acurrucarme en posición fetal en la cama y ahogarme en mi miseria.

Excepto que las únicas camas aquí son las de Callum.

Las paredes me envuelven. Ojalá me hubiera ido con Nika después de todo. Ya no quiero estar aquí. El ligero aroma de su colonia perdura en el baño, ese olor familiar que me aprieta las costillas hasta tal punto que juraría que podrían romperse.

«Al diablo». Le doy a remarcar. Cualquier distracción es mejor que disolverse en un charco patético y desconsolado y, por el momento, lo único que me queda es ser modelo.

Marco contesta al segundo timbre.

—Lucy. —Prácticamente ronronea mi nombre—. Pensaba que te había perdido.

Antes de Callum, antes de todo esto, que Marco me dirigiera esa voz tan *sexy* me habría hecho bailar de alegría. Ahora, ni siquiera se me acelera el pulso.

—¡Perdón! Estaba en la ducha. ¿Todo bien?

—Dímelo tú. —Su sonrisa es audible—. ¿Conoces la marca de lujo Fini?

Es como preguntarme si conozco a Gucci.

—Sí, claro.

—Uno de sus representantes acaba de contactarnos para expresar su interés en contratarte para una próxima campaña.

La sorpresa me saca de mi estupor desconsolado.

—¿Hablas en serio?

Se ríe.

—Como el Papa. ¿Qué estás haciendo ahora mismo? Deberíamos hablar de esto en persona si te interesa.

Sugiere que nos veamos en un pequeño café a pocas manzanas de aquí, y aprovecho la oportunidad para escapar.

Necesitaré un trabajo cuando termine la competencia, gane o no, y hacer una campaña para Fini sería fundamental. Las puertas que eso podría abrirme son prácticamente ilimitadas. Mejor aún, un encargo como este me ayudaría a olvidar la traición de Callum.

Miro la hora.

—Puedo estar allí en treinta minutos.

—*Molto bene.* —La emoción de Marco es contagiosa—. *Ciao* por ahora*, bella.*

En cuanto cuelgo el teléfono con Marco, busco en mi maleta algo presentable para mi reunión improvisada. Una parte de mí quiere ducharse por segunda vez, pero literalmente sigo con la toalla puesta.

Una vez que me pongo un conjunto elegante, me aplico gotas Visine en los ojos para ocultar el enrojecimiento y me pongo un poco de rímel, corrector y brillo de labios, le escribo a Nika para decirle que tengo un asunto del trabajo y que necesito salir una hora aproximadamente.

Salgo corriendo por una puerta lateral, con cuidado de evitar la mirada penetrante de Ryan.

Siento un hormigueo de culpa. Tanto él como Nika estarán furiosos, porque me escabullí sin avisarles, pero no soporto sus miradas de lástima. No sin derrumbarme de nuevo.

Me apresuro por las calles hacia el café, agachando la cabeza y luchando contra el impulso de buscar a Callum. Debería ser él quien me vigilara. Se habría dado cuenta de que me he escapado.

Claro, no está a la vista.

¿Por qué iba a estarlo? Ahora que consiguió lo que quería, ya no necesita protegerme. Ni fingir.

Mi teléfono vibra. Dejo que la llamada vaya al buzón de voz antes de mirar la pantalla. Al hacerlo, veo que tengo dos llamadas perdidas de la fiscalía, junto con un mensaje.

****Fiscalía: Por favor, llama.****

También tengo dos mensajes perdidos de Nika, exigiéndome que la espere.

No tengo ganas de lidiar con ninguno de los dos, así que silencio mi teléfono.

Luego, me apresuro a atravesar las polvorientas avenidas de *Manhattan* al anochecer hasta que llego a las afueras de Martino's. Un toldo rojo cubre la puerta principal, y dentro, manteles a cuadros rojos y blancos cubren cada una de las mesitas. Flores y pintorescas imágenes de la campiña italiana decoran las paredes. El aroma de *scones*, *cannoli* y azúcar perfuman el aire.

En un rincón apartado, lejos de las ventanas, Marco revisa su teléfono. Se anima en cuanto entro por la puerta, lo que me provoca una profunda inseguridad.

Nunca había estado a solas con alguien tan famoso. Ni con nadie famoso.

Después de sentarme, un camarero nos trae una pequeña cesta de pan italiano y aceite de oliva.

Marco me acerca el pan.

—Come, *bella*. Te ves francamente pálida.

Escondo una mueca. Debo de tener los ojos todavía rojos de tanto llorar.

—No te preocupes. Creo que no puedo comer ahora mismo. —Esbozo una pequeña sonrisa—. Pero gracias por invitarme. Te lo agradezco mucho.

—No te preocupes. Pero, querida Lucy. —Sus ojos se entrecierran de preocupación—. Pareces más decaída que cuando te vi esta mañana.

Marco le pide a un camarero una infusión de té de manzanilla.

Obligo a mis hombros a permanecer rectos.

—Han sido unas horas difíciles, te lo concedo.

—Soy todo oídos, como se suele decir. —Se da una palmadita en un costado de la cabeza.

Los suaves gestos de Marco, inquisitivos y comprensivos, me sacan más de lo que pretendo soltar. Pronto, estoy parloteando sobre mi agotamiento, mis inseguridades y la presión de la competencia. Incluso se me escapan vagas referencias a las amenazas que he estado recibiendo.

Cuando el camarero nos trae el té, Marco toma su taza y sopla el vapor mientras me observa.

—Y luego, hace solo una hora. —Trago saliva con dificultad—. Tuve que despedir a mi guardaespaldas.

Espero que Marco me pregunte por qué, pero en cambio, solo chasquea la lengua.

—Ese guardaespaldas tuyo parecía bastante controlador. Siempre rondando, siempre observando. Debió ser sofocante para ti.

Me estremezco, mirando mi taza intacta.

—Sí... algo así.

—Me parece que necesitas relajarte. —Marco me dedica otra sonrisa deslumbrante—. ¿Por qué no te tomas un pequeño descanso y vienes a mi casa?

Hace unos días, la sugerencia me habría emocionado muchísimo. ¿Una invitación exclusiva a la casa de un famoso icono de la moda? El sueño de toda modelo.

Hoy, apenas puedo reunir la energía para fingir una sonrisa.

—Muchas gracias, pero probablemente debería rechazar la oferta. —Me recojo el cabello detrás de la oreja—. Hoy ha sido... un día abrumador. Creo que lo que necesito ahora es dormir esta noche.

La calidez en el rostro de Marco desaparece. Reajusta su postura y la línea de su cuerpo cambia tan completamente que casi se convierte en otra persona. Se quita una pelusa inexistente de la manga.

—Puede que cambies de opinión cuando veas esto.

Irradia aburrimiento. Como si toda esta conversación ya no le importara.

Se me eriza el vello de los brazos.

—Ver ¿qué?

Cuando Marco me enseña su teléfono, me quedo sin aire.

Estoy mirando fijamente a Heather Kincaid. Mi amiga y compañera modelo. Está sentada en el suelo con las muñecas atadas a la espalda y lágrimas corriéndole por los ojos aterrorizados.

—¿Es esto algún tipo de broma pesada? No lo entiendo.

La voz de Marco baja a un tono serio y toda su fingida preocupación amistosa se evapora como el agua sobre el pavimento caliente.

—Intercambio. —Me dedica una sonrisa sin alegría—. Ella por ti.

La alarma resuena en mi pecho mientras la confusión me marea. Solo mis años en hogares de acogida me impiden reaccionar. Aprendí desde muy joven que las lágrimas y el dramatismo solo te hacen parecer débil.

A pesar de sentir un nudo en el estómago al ver el rostro de Heather, necesito mantener la calma tanto como sea posible. Ser fuerte por ella.

Perder la calma no le hará ningún favor.

Con la boca seca, aprieto la mandíbula.

—¿Por qué haces esto?

—Digamos que Viktor Roguilin es un benefactor muy importante para mí. —Sorbe su té con calma exasperante—. Cuando él te hace una oferta, no hay negociación posible. Y parece que te quiere a toda costa.

Se me congela la sangre en las venas mientras las piezas finalmente encajan.

Esto nunca se trató del concurso de modelos. Ni siquiera se trató de mi testimonio.

La billetera de criptomonedas. Todo se trata de mí y de esa memoria USB.

La que ya no tengo.

Debajo de la mesa, agarro mi teléfono entre mis manos sudorosas. Mi pulgar presiona el botón lateral, apretándolo con todas mis fuerzas.

Capítulo 43

Callum

Darren se va tan rápido como llegó. Ojalá tuviera ese lujo. Me arden los músculos con la necesidad desesperada de encontrar a Lucy.

¿Cómo logré destruirlo todo en cuestión de horas?

Solo puedo imaginar las tonterías que le rondan por la cabeza sobre mí, sobre nosotros... La mayoría equivocadas.

Necesito encontrarla y disculparme. Si se niega a escuchar, como sospecho que hará, entonces pienso recurrir a cualquier medio necesario para obligarla a entrar en razón.

—A pesar del desastre que pareces haber creado, cumpliste con éxito la misión que te asigné. —Shane saca un cigarro del bolsillo de su chaqueta y lo enciende—. Te pagaré como corresponde...

—No quiero tu maldito dinero. —Las palabras suenan casi como un gruñido.

Shane sonríe con suficiencia.

—Supongo que crees que estás enamorado de ella.

Se me hace un nudo en la lengua.

—No sé de qué estás hablando.

—Solo el amor puede vencer la codicia. —Shane se levanta de la silla, señalando de nuevo a un miembro del equipo de seguridad. Apunta su *laptop* y la billetera de criptomonedas—. Encuentra a Rory y que venga a recoger esto. Tengo otros asuntos que atender.

Se marcha dejando una estela de humo tras de él. Los tres guardias restantes lo siguen.

Aprieto mi teléfono, luchando contra el impulso de enfurecerme mientras la desesperación me inunda las venas. Arruiné algo increíble con la única mujer que me enciende el alma. Mientras tanto, Shane Gallagher reparte la sabiduría en forma de galletas de la fortuna.

Mi peor miedo me mira a la cara. Gasté demasiada energía en llenar mi tanque de competencia técnica y excelencia táctica, dejando vacías las partes más profundas de mí mismo. Mi capacidad para ejecutar cualquier misión a la perfección no importa, porque he olvidado cómo preocuparme.

Estoy destrozado.

Aunque quisiera conectar con los demás, no recuerdo cómo hacerlo.

Conocí a Lucy Marlow y mi mundo se puso patas arriba. No he vuelto a ser el mismo desde el primer momento en que irrumpió en mi vida. O quizá fui yo quien irrumpió en la suya. Sea como sea, en el poco tiempo que pasamos juntos, ella cambió mi vida para mejor.

Y aun así la traicioné.

Sin pestañar. Sin pensarlo.

Mentí. Conspiré. Actué a sus espaldas, y estoy tan jodido que creí que nada cambiaría. Yo mismo provoqué este horrible desenlace. Merezco cada gota de dolor que me destroza, la única prueba de que sigo siendo humano.

Me tiemblan las manos. Casi no noto la vibración de una llamada entrante en la palma de mi mano.

Me cuesta responder.

—¿Lucy?

No dice nada.

—Lucy, ¿me oyes?

Al otro lado de la línea, se oyen voces.

Frunzo el ceño, sintiendo cómo se forma un nudo helado de aprensión en el estómago.

Lucy habla con otra persona con una voz extrañamente tranquila.

—La billetera de criptomonedas que quieres está en una caja de seguridad del First National.

Solo pasa un segundo antes de que comprenda lo que quiere decir, infundiéndome un escalofrío que me recorre la espalda. Me sudan las palmas de las manos.

Esto no es una llamada accidental. Es una llamada de socorro encubierta.

Sigue hablando.

—Es fin de semana del Día del Trabajo, así que el banco no abrirá hasta el martes por la mañana. Puedo conseguirles todo lo que necesiten para entonces.

—Ustedes dos serán mis invitadas todo el tiempo que Viktor pida. —Un acento italiano me llega al oído—. *Ahora, levántate. Nos vamos.*

«¿Ustedes dos?»

¿Dónde demonios está Lucy y quién está con ella? Se fue con Veronika. ¿Significa eso que les tendieron una emboscada en el poco tiempo que llevan fuera?

Aunque la voz masculina me suena familiar, todavía no la ubico. Por suerte, Lucy piensa rápido.

—Marco. —Su voz es firme. Segura—. *Por favor, no hagas esto. Deja ir a Heather*.

Marco Benetti. Ese cabrón repugnante.

Y Heather Kincaid, otra de las modelos. La joven de la que Lucy se hizo amiga la noche del evento benéfico. Las dos, atrapadas por un lobo con ropa de diseñador.

«Si una sensación del modelaje de renombre mundial quiere estar contigo a solas, lo dejas».

Eso es lo que haría cualquiera de estas jóvenes esperanzadas.

Excepto que él está confabulando con Viktor Roguilin. Sabía que había una razón por la que nunca me cayó bien ese imbécil.

La rabia y el arrepentimiento me invaden como un incendio forestal.

Nunca debí dejarla sola. Al diablo con la billetera de criptomonedas. Al diablo con Shane Gallagher. Si me hubiera quedado con ella, seguiría a salvo.

Mis músculos se tensan por la necesidad de actuar, pero ese tipo de impulsividad me lleva a errores.

Imágenes de Ella, la última chica que murió bajo mi cuidado, me abruman. Respiro hondo para tranquilizarme e intento no sucumbir al miedo que me recorre las venas.

Sin pánico. Me niego a permitir que lo que pasó con Ella vuelva a ocurrir.

Me consuelo sabiendo que Lucy es más dura que el mismo infierno. Ha sobrevivido a cosas peores. Sobrevivirá a esto también. Si tan solo pudiera aguantar hasta que llegue la ayuda.

Me apuñalaré en el pecho antes de dejar que alguien le haga daño.

Benetti ya es hombre muerto.

Cuando termina la llamada, llamo a Darren.

Contesta al segundo timbre.

—*¿Qué?*

—¿Estás con Veronika?

—*Sí.*

—¿Y Lucy?

La vacilación de Darren lo dice todo.

Se me encoge el pecho.

—La perdimos.

—*¿Qué?*

—Consígueme la dirección de Marco Benetti en *New York* y luego envía un equipo allí. Tiene a Lucy y una segunda rehén, una modelo llamada Heather Kincaid. No hay tiempo que perder.

Sigo solo en el patio. Shane se ha ido, y Rory aún no ha venido a recoger la *laptop* y la billetera de criptomonedas. Tomo el pequeño objeto de la mesa y me lo guardo en el bolsillo.

Shane se pondrá furioso cuando se dé cuenta de que la robé. Y si pierdo la billetera en lo que sea que pase, sé que mi vida estará perdida. Puede que ya sea hombre muerto por traicionarlo en su propia casa, pero acepto ese riesgo.

Pagaré con gusto cualquier precio para mejorar las probabilidades de supervivencia de Lucy.

Si la matan, mi vida volverá a perder sentido.

La memoria USB es mi mejor moneda de cambio con ese cabrón de Benetti. Un intercambio podría ser la única forma de sacar a Lucy de esta situación. Como último recurso, puedo usarlo como palanca para obtener apoyo de los *Reyes Irlandeses*.

La sangre me palpita en las sienes. Arreglaré esto y rescataré a mi *gata salvaje.*

No importa lo que tenga que sacrificar.

Capítulo 44

Lucy

La luz del atardecer baña la lujosa casa de Marco Benetti en tonos ámbar. Un espacio abierto, bordeado de paredes curvas, exhibe retratos gigantescos de sus portadas más icónicas. Su atractivo rostro me mira con furia desde todas las direcciones, como burlándose de mi presencia. Sigo a Marco hacia el interior de su casa, con uno de sus hombres, ¿o debería decir de Viktor?, pisándome los talones por si se me ocurre alguna idea de huir.

Un sofá bajo y serpenteante se curva en el centro de la sala de un kilómetro y medio. Un enorme televisor de pantalla plana cuelga sobre una chimenea independiente, y una magnífica terraza se extiende más allá de los paneles de cristal que van del suelo al techo, a mi izquierda.

Pasando los altares narcisistas de Marco que adornan cada mesa, mostrador y estante, el espacio se estrecha en un pasillo oscuro, con nuestros pasos amortiguados por lujosas alfombras tejidas.

El aroma de la colonia cara que impregna cada rincón me revuelve el estómago, que lleva revolviéndose de terror desde que vi la foto de Heather. Mis ojos recorren cada superficie.

«La habitación en la que Viktor me tenía encerrada tenía un cuadro igual que ese. La cocina era igual. Ese cuarto de baño...»

«No, Lucy. No puedes entrar en pánico».

Tengo que mantenerme calmada. Relajada. Concentrada. Con los pies en la tierra. Si pierdo el control, nunca podré escapar, nunca tendré la oportunidad de ayudar a Heather.

Si quiero tener alguna esperanza de escapar, necesitaré conocer bien el lugar, así que hago lo que puedo para memorizar la distribución de este infierno caro y ostentoso.

Cualquier cosa con tal de evitar caer en una espiral.

Llamé a Callum antes y, si captó la conversación que quería que oyera, ya les habrá informado a Nika y Darren. No espero que intente rescatarme él mismo.

No tiene nada que ganar con ello.

Incluso cuando mi vida pende de un hilo, enrollado alrededor de los dedos bien cuidados de Marco Benetti, mi corazón aún sufre por esa pérdida.

Delante de nosotros, en este largo y sinuoso pasillo, otro guardia se encuentra justo delante de una puerta. Cuando nos ve llegar, se hace a un lado y Marco ingresa un código en un teclado.

Al otro lado me espera una habitación vacía. Suelos de madera. Paredes color crema. Heather Kinkaid, llorando y temblando, está sentada en el suelo, con las muñecas atadas a la espalda, la ropa desaliñada y el cabello rubio enredado.

Mi pulso se acelera al verla, y siento un gran alivio en mi pecho.

Aunque está claramente aterrorizada, parece estar bien.

Más lágrimas caen por su rostro en cuanto me reconoce. Mis piernas se crispan con el impulso de correr hacia ella, pero me mantengo quieta. Tengo que seguir las reglas de Marco.

Por ahora.

—Es donde dormirás, *bella.* —Me dedica otra sonrisa insoportable antes de empujarme a la habitación.

Antes de que pueda ir hacia Heather, su matón me agarra las muñecas y me atrae hacia él, atándome las manos a la espalda con bridas.

—*Ah*, y este lugar está insonorizado. —Marco se examina las cutículas, claramente aburrido de nosotras—. Nadie te oirá gritar. Si quieres ponerme a prueba, tenemos mordazas. Para las dos.

Hago una mueca cuando su guardia aprieta el plástico duro alrededor de mi suave piel. En cuanto me suelta, vuelvo a encarar a Marco.

—Pórtense bien, gatitas. —Nos observa a ambas un buen rato—. Odiaría tener que sacrificar a unas criaturitas tan bonitas.

A pesar del hielo que me escala por la espalda, entrecierro los ojos.

—¿Viktor aprobó eso?

La última vez que estuvimos juntos, era un poco... posesivo. No le gusta que la gente se meta con sus juguetes.

Marco se estremece un poco. Lo suficiente para confirmar mi sospecha de que Viktor no le dio luz verde para matarme. Saberlo no es una gran victoria, pero al menos es algo.

Su expresión se ensombrece.

—Quizás sea cierto para ti, pero con tu amiguita... podríamos jugar con ella todo lo que quisiéramos y obligarte a mirar.

Mira con lascivia a Heather, que se queda paralizada como una cierva ante un rifle. Ni siquiera creo que está respirando.

Y entonces el demonio se va, encerrándonos en nuestra jaula.

Heather sorbe por la nariz en cuanto nos quedamos solas.

—Lucy.

—Oye, tú. —Siento un hormigueo en los ojos—. Mírame. Todo va a estar bien.

—Ya lo oíste. —Heather cierra los ojos con fuerza, mientras las lágrimas le resbalan por la cara—. Quiere matarme.

—No lo dejaremos. Vamos a salir de aquí.

Aunque susurro todas las palabras tranquilizadoras que me salen de la boca, dudo ser muy convincente. Mi confianza se desvanece rápidamente.

¿Callum siquiera contestó mi llamada? ¿Lo entendió? Rezo para que haya escuchado lo suficiente de nuestra conversación como para darse cuenta de que lo que estaba pasando antes de que Marco y sus matones destrozaran mi teléfono.

Pero ¿y si no lo hizo? O peor aún, ¿y si ha decidido que no valgo la pena?

Ahora que tiene la billetera de criptomonedas, ahora que lo he despedido, no hay ninguna razón de peso para que venga en mi ayuda. Probablemente, se moría de ganas de librarse de mí desde el principio.

Una combinación de desesperación y miedo, la misma que viví cada día que pasé en cautiverio con Viktor Roguilin, me invade.

Una parte tonta y optimista de mí todavía cree que Callum Kavanagh podría venir por mí. Pero si me equivoco, para el martes Heather Kincaid y yo estaremos prácticamente muertas.

Capítulo 45

Lucy

Horas de nada pasan mientras Heather y yo nos sentamos en el suelo en silencio, esperando una salvación que quizá nunca llegue. Un guardia entra en la habitación una vez para traernos agua, pero no comida. Sus ojos recorren nuestros cuerpos, demasiado para mi gusto, así que suspiro de alivio cuando se va sin acosarnos.

Conforme pasan las horas, mi esperanza empieza a desvanecerse. El rescate siempre fue una posibilidad remota, sin embargo, con mi pasado, pensé que el universo me debía al menos un favor. Ilusiones. Aunque mi optimismo se esté agotando, mi voluntad de sobrevivir se mantiene firme.

De algo estoy segura, no voy a esperar a que Marco se dé cuenta de que mentí sobre la ubicación de la billetera de criptomonedas.

Si Heather y yo esperamos escapar de este apuro, tendremos que buscar ayuda nosotras mismas.

Lentamente, mis ojos recorren la habitación en busca de algo, cualquier cosa, que pueda ayudarnos. Un objeto que podamos usar como arma. Un teléfono fijo antiguo, convenientemente enchufado y conectado. Un portal mágico nos vendría de maravilla ahora mismo.

Mis hombros caen. Aparte de un par de cajas vacías, unas cortinas granates que caen en cascada y un conducto de ventilación sobre un zócalo cerca de la esquina trasera, la habitación está vacía.

Sin muebles. Sin obras de arte. O Marco vació el espacio antes de secuestrarnos, o aún no lo ha decorado.

Mi atención vuelve a la rejilla de ventilación. Me deslizo por el suelo para inspeccionarla más de cerca. Un par de puntos del metal parecen afilados.

Agudizo el oído por si hay algún ruido fuera de la puerta. El guardia nos revisó hace un rato, y el pasillo está en silencio. No sé cuánto tiempo ha pasado exactamente, aunque supongo que es tarde.

Girándome para pegarme a la pared, froto la brida contra el borde irregular de la rejilla de ventilación. Los primeros intentos torpes hacen que el plástico se deslice y el metal me arañe la piel. Sigo intentando cortar el plástico y al final encuentro un ritmo torpe.

Heather se mueve, parpadeando ante la luz artificial.

—¿Qué estás haciendo?

—Sacarnos de aquí.

Abre los ojos como platos.

—¿Cómo?

Le hago un gesto con la barbilla.

—Ven aquí.

Después de que ella avanza lentamente, susurro el plan que se está formando en mi cabeza.

El plan deja mucho que desear, pero no es que nos falten opciones.

Si esperamos aquí a que Marco descubra que mentí sobre la caja fuerte, mejor le quito el arma a uno de sus matones y me mato. Porque me niego a volver a caer en las garras de Viktor Roguilin.

Sigo frotando la brida contra el metal, ignorando los dolorosos pinchazos cuando fallo y me rozo la piel. Después de lo que parece una eternidad, el plástico por fin se rompe.

—De acuerdo. ¿Estás lista?

El pecho de Heather sube y baja rápidamente. Le aprieto los hombros con mis manos recién liberadas.

—Tranquila, respira hondo.

Para mi alivio, aunque su cuerpo sigue temblando, su respiración se normaliza gradualmente.

—Tengo miedo.

—Yo también. Esta situación es aterradora. Pero puedes con esto, ¿de acuerdo?

Se muerde el labio inferior antes de asentir.

—De acuerdo.

—Bien. —Liberarme las muñecas fue la parte fácil. A partir de aquí, nuestro plan de escape se vuelve más desafiante... y mucho más peligroso—. ¿Estás lista? —repito.

La incertidumbre se refleja en su rostro, y luego endereza los hombros. Con un brillo decidido en los ojos, su siguiente asentimiento contiene más convicción.

Nos dirigimos al centro de la habitación y volvemos a sentarnos. Escondo las muñecas tras la espalda para imitar a Heather, quien sigue con las muñecas atadas.

Solo pasan unos segundos antes de que se abra la puerta y nos encontremos cara a cara con el jefe de los matones, un hombre de cabello espeso y varios cortes en las cejas oscuras. Nos mira lascivamente, y se me revuelve el estómago al ver a Heather encogerse.

Mierda. Quizás esto es demasiado para ella.

Me arrepiento cuando Heather habla.

—Necesito ir al baño.

El guardia gruñe en respuesta y cruza la habitación. La agarra por el codo y la levanta. Ella me lanza una última mirada antes de que él la acompañe afuera.

Permanezco inmóvil en mi sitio en el suelo, un lugar que elegí por tener la mejor vista del pasillo. La esperanza renace cuando no veo ni oigo a ningún otro guardia en la proximidad inmediata.

Espero a que la puerta se cierre y se oiga el clic del cerrojo antes de ponerme de pie de un salto. Mi presión arterial sube mientras corro hacia las cajas y las llevo a las cortinas. Una vez que termino, observo mi obra. No es perfecta ni mucho menos, pero tendrá que servir.

Corriendo de vuelta por la habitación, me coloco detrás de la puerta. Pasan varios minutos, cada uno trayendo consigo una nueva oleada de dudas.

Debo estar loca. Esto no va a funcionar. Mientras la amenaza de Marco de jugar con Heather y obligarme a mirar resurge, un nuevo miedo me recorre las entrañas. Estoy a punto de abandonar nuestro plan por completo cuando Heather tose en el pasillo. Es nuestra señal.

Indecisa, sigo dudando tanto tiempo que me roban la oportunidad de elegir.

Cuando el pomo de la puerta traquetea, aspiro aire hacia mis pulmones colapsados. Mis dedos se aferran a la tela.

La puerta se abre de golpe y Heather entra tambaleándose en la habitación.

Ya está.

Entonces la puerta empieza a cerrarse de nuevo.

«¡No!» Nuestro plan depende de convencer al guardia para que entre lo suficiente.

Por un instante, la mirada de pánico de Heather se cruza con la mía. Estoy segura de que estamos fritas cuando ella me sorprende improvisando.

—Lucy. ¿Dónde estás...? ¿Por qué te escondes detrás de las cortinas?

Con una maldición, el guardia entra en la habitación. Apenas evito que la puerta me golpee en el hombro.

—Te juro que, si estás bromeando, lo lamentarás. ¡Sal de ahí!

Dirige su ira hacia la cortina, donde coloqué las cajas una encima de la otra para separar la tela de la pared. Mis zapatos se asoman por debajo.

Mientras el guardia se abalanza sobre mí, Heather gime con fuerza, cubriendo mi movimiento.

Es ahora o nunca.

En un arrebato de movimiento, me lanzo hacia él y le enrollo la cortina alrededor del cuello, tensándola y retorciéndola la más fuerte posible. Tal y como esperaba, el guardia agarra el cordón con ambas manos por reflejo. Lo que no esperábamos es que se tambaleara hacia atrás y me inmovilizara contra la pared.

Aunque yo tenía el factor sorpresa, él es mucho más corpulento. Mantener la cuerda tensa requiere toda mi fuerza y atención, sobre

todo, porque se resiste como un jabalí.

No sé cuánto tiempo más podré aguantar, y es solo cuestión de tiempo para que se acuerde de tomar su pistola. Si Heather no me ayuda...

Gira bruscamente hacia la derecha y casi se cae. Heather vuelve a golpearlo con el pie, en la misma rodilla que antes.

Siento un gran alivio y mis manos se relajan al volver a moverme. Grave error. El guardia echa la cabeza hacia atrás, golpeándome el cráneo en un lado de la cara. El dolor se intensifica en mi pómulo. Mi agarre se afloja aún más, lo que le da espacio suficiente para meter los dedos debajo del cable. Tira y se lanza hacia adelante, arrastrándome con él y haciéndome perder el equilibrio.

Su musculoso brazo me rodea el cuello. Aunque sé que es inútil, yo lucho.

La desesperación me invade. Eso es todo. Hemos echado a perder nuestra mejor oportunidad.

Crack. El cuerpo del guardia se sacude. Tras un segundo crujido, se desploma.

Heather lo agarra, tambaleándose bajo su peso.

—Un poco de ayuda por aquí. —Jadea.

Lo agarro por debajo de los brazos y juntas lo bajamos al suelo. La sangre gotea sobre la madera desde el corte en su cráneo.

Heather lo observa, con el arma que agarró todavía en su mano derecha.

—¿Está muerto?

Una parte oscura de mí espera que sí. Aunque, por la palidez del rostro de Heather, dudo que ella esté de acuerdo, así que supongo que es una bendición que su pecho siga moviéndose.

—No, lo acabas de dejar inconsciente.

Sus labios tiemblan.

—De acuerdo.

La observo.

—¿Cómo conseguiste su arma? Tus bridas...

—Estando en el baño, me arriesgué y usé una técnica que vi una vez en YouTube para romperlas. Luego, junté las manos como si aún

estuvieran intactas y esperé que no se diera cuenta.

El instinto de supervivencia me distrae de todas las cosas que podrían haber salido mal.

—Muy inteligente —digo en su lugar—. Ahora, atémoslo y amordacémoslo para que podamos largarnos de aquí.

Una vez que lo sujetamos lo mejor que podemos usando los cordones de las cortinas y el sujetador que sacrifico para crear una mordaza improvisada, nos acercamos sigilosamente a la puerta y escuchamos.

Todo está en silencio. Nadie da la alarma. Nadie grita.

Cierro los ojos y me estremezco. Quizás la suerte realmente esté de nuestra parte.

El miedo lucha contra el coraje mientras me atrevo a echar un vistazo al pasillo. Nada a simple vista. Señalo con la barbilla el arma que Heather tiene en la mano.

—¿Crees que podrás usarla?

Mira el arma como si hubiera olvidado que la tenía.

—No lo sé. ¿Serás capaz de...?

—Sí. —Le arranco el arma de la mano. Si somos nosotras contra ellos, apretaré el gatillo en un instante.

Conmigo a la cabeza, nos adentramos en el pasillo.

—¿Sabes cómo salir? —susurra Heather—. Estaba demasiado asustada para darme cuenta de nada.

Me alegro de haber prestado atención al plano de la casa al entrar.

—Creo que sí.

La alfombra amortigua nuestros pasos mientras vuelvo por donde he venido, deteniéndome de vez en cuando para escuchar. Los nervios que me retuercen el estómago se intensifican a medida que nos acercamos a la puerta principal.

Quizás estemos a medio camino de la salvación cuando se oyen gritos apagados desde diferentes partes de la enorme casa.

El alboroto me distrae tanto que no me doy cuenta de que alguien se ha acercado sigilosamente por detrás hasta que Heather grita.

Con el arma extendida, me giro y corro de vuelta al pasillo.

Me deslizo por el pasillo mientras el guardia lanza a Heather contra la pared. Saca su arma de un tirón y me apunta con el cañón.

Se me hiela la sangre en las venas.

Mierda. Claramente, alguien no recibió el memorándum de Viktor.

Mi dedo se mueve y aprieto el gatillo varias veces, en rápida sucesión.

El rostro y la camisa del hombre se tiñen de rojo antes de tambalearse y desplomarse en el suelo.

Corro hacia Heather, que está acurrucada contra la pared.

—¿Estás bien?

Antes de que pueda responder, aparece otro guardia.

—Suelta el arma o la mato. —Apunta directamente a la cabeza de Heather.

Considero mis opciones, me doy cuenta de que todas son malas y bajo el arma lentamente.

El rugido gutural de una voz masculina resuena por el pasillo detrás de mí.

—¡Lucy, al suelo!

Las balas zumban, la más cercana cae justo sobre mi cabeza mientras mi cuerpo obedece la orden instintivamente y cae al suelo.

El guardia suelta un gruñido de dolor. Su arma cae en la alfombra.

Olvido cómo respirar. Esa voz... seguro que no puede ser...

El tiempo se ralentiza cuando una figura aparece en mi periferia y corre hacia adelante. Un ligero aroma a cedro y vainilla impregna el aire.

¡Callum!

Pasa como una exhalación junto a mí, disparando su arma extendida.

Otra bala alcanza al guardia en el hombro y el pecho. El hombre retrocede tres pasos antes de caer.

La mano áspera de Callum me esposa la muñeca, obligándome a moverme tan rápido que casi tropiezo.

Un ruido ahogado sale de mi garganta obstruida.

—Callum...

—Ahora no. —Me lleva más allá del guardia caído hacia Heather, que está recostada contra la pared, temblando. Le pasa una mano por debajo del brazo, la levanta y la mira rápidamente con un gesto de la cabeza. Luego, se vuelve hacia mí, con sus ojos verdes brillando de rabia—. ¿Estás herida?

Niego con la cabeza.

—No, estoy bien...

Me atrae hacia sí, con la nariz pegada a mi cabello.

Inhalo su aroma. *«Está aquí».*

Antes de que pueda devolverle el abrazo, me aparta.

—Saca a tu amiga de aquí. ¿Sabes dónde está la salida?

Lo agarro de la manga, todavía asimilando que está aquí. *Está aquí.*

—Sí, pero... ¿Y tú?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Tengo que encargarme de Benetti. Darren y Veronika están de camino.

Se me hace un nudo en la garganta. No puedo irme así como así, no cuando vino por mí.

Un grito resuena por el pasillo.

—¡Está aquí!

—Ustedes dos atraviesen el vestíbulo y regresen. —Aunque parece que los tres nos enfrentamos a un pequeño ejército, la orden serena de Callum me tranquiliza.

—Callum...

Dispara contra el nuevo atacante, dándole en el pecho. El guardia se desploma.

Callum se gira hacia mí, con la mirada clavada en mi alma.

—Todo lo que me oíste decir antes era mentira. No hay nada *fingido* en lo que siento por ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Heather se tensa a mi lado al oír voces cada vez más cercanas.

—¡Fuera de aquí! ¡Ahora! —Callum recoge el arma del guardia muerto y se la guarda en el cinturón.

Tras una última mirada para admirar su rostro, dejo mi corazón en el pasillo con Callum mientras Heather y yo corremos a la sala.

Vino por nosotras.

Vino por *mí.*

Me dijo que mintió.

¿Cómo se supone que voy a concentrarme en escapar con estas nuevas revelaciones?

El vestíbulo está ahí mismo, la puerta principal a la vuelta de la esquina. Si corremos, quizá logremos salir.

Heather me agarra la mano mientras corremos por la sala.

Detrás de nosotras, suenan disparos.

Callum.

Mis pies patinan al detenerse. Heather se gira hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿Lucy?

Niego con la cabeza.

—Adelante. No puedo abandonarlo. No lo haré.

Más gritos salen del pasillo.

El corazón me da un vuelco.

Todos los hombres a nuestro alrededor intercambian disparos, pero no podemos ver quién gana o pierde. Callum debe estar enfrentándose a al menos tres guardias.

Heather me aprieta la mano.

—Lucy, vamos. De verdad.

A nuestra derecha un jarrón se rompe, haciéndonos dar un respingo.

—Nadie se va a ninguna parte.

La siniestra voz absorbe todo el aire de la habitación.

Marco Benetti se encuentra al fondo de su lujoso salón, con el rostro desencajado por la ira.

Se dirige hacia nosotras con su arma apuntándome, pero apenas me doy cuenta.

Detrás de él, el monstruo de mi pasado se materializa, su boca se curva en una sonrisa de alegría cuando su oscura mirada se posa en mí.

—Dulce Lucy. Te he echado de menos.

La suave voz de Viktor Roguilin me sumerge de nuevo en una pesadilla. El fervor en sus ojos marrones no se ha apagado en

absoluto en mi ausencia.

—¿Cómo...? No puedes estar aquí. Se supone que deberías estar en prisión hasta el juicio.

Sonríe con suficiencia.

—¿Nadie te lo dijo? El juez cambió de opinión sobre retenerme sin fianza.

Una imagen de las llamadas perdidas y los mensajes de la fiscal de distrito me cruza por la cabeza, y el pánico me atenaza los músculos. El horror me desgarra los huesos.

Se acabó. Nunca saldré de aquí con vida.

Capítulo 46

Callum

Lo tengo.

El imbécil que me estaba disparando cae de rodillas, debilitado por los agujeros que acabo de hacerle en el pecho. Espero que Darren aparezca pronto. Y que Lucy...

El grito de una mujer atraviesa el aire. La sangre se me congela en las venas antes de que una nueva descarga de adrenalina inunde mi sistema.

Tengo que llegar hasta ellas. Hasta Lucy. Tiene que estar bien. Viva. Un grito tiene que significar que las han atrapado, no que están muertas.

El último guardia carga contra mí, avanzando a toda velocidad por el pasillo, y es como si la furia y el miedo redujeran mi mundo a un solo objetivo. Mis manos operan sin una orden mental consciente, apuntando y disparando al enemigo. Disparo la última bala de mi arma y le doy al guardia que carga contra mí justo entre los ojos. Sin detenerme, saco el arma que el muerto llevaba en el cinturón y vuelvo a disparar.

Mi puntería es certera.

Un agujero rojo se abre justo entre las cejas del imbécil. Cae al suelo con un espasmo. Ya me he ido, girando como un rayo por la curva del pasillo y saliendo a la sala de estar.

La imagen que me recibe me detiene el corazón.

—*No, no, no.* Ni un paso más. —Marco Benetti lanza la advertencia y hunde la punta de su pistola en la sien de Heather.

Pero lo peor es el monstruo que retiene a Lucy. No entiendo cómo Viktor Roguilin está aquí y no en prisión, donde debería estar, aun así, las razones no importan. En lo que necesito concentrarme es en encontrar una salida a este desastre.

Me detengo en seco al borde de una horrible alfombra amarilla, ahora manchada de sangre. La misma furia y miedo me recorren las extremidades, tensando cada músculo con anticipación. Mis labios se curvan como los de un animal rabioso.

—Déjalas ir.

Heather gime y se encorva de miedo, pero a pesar del temblor en sus manos, mi Lucy se mantiene erguida. Una guerrera amazónica con una mirada asesina.

—Es simple. —Benetti le apunta con la pistola a la cabeza con más fuerza—. Suelta el arma o la mato.

Aunque Roguilin apunta a Lucy con el arma de forma menos agresiva, su mano libre le acaricia el cabello como si fuera una mascota querida. Sin dejar de mirarme, se acerca y le lame la mejilla. Lucy se estremece y yo reúno toda mi fuerza de voluntad para no arrancarle la lengua.

Plan. Atenerme al plan.

—Quiero hacer un trato contigo.

Le pregunto a Benetti. Si veo a Roguilin hacerle alguna otra mierda a Lucy, podría perder el control y ponerme furioso.

Me acerco sigilosamente, deteniéndome solo cuando Benetti amartilla su arma.

—Esto no es una negociación. —Su dedo se cierra sobre el gatillo —. Suelta el arma.

Lucy jadea, y no puedo evitar mirarla. El miedo por mi seguridad se apodera de su rostro, y una lágrima solitaria le corre por la mejilla.

A pesar de estas terribles circunstancias, ninguna otra mujer se compara con su belleza. Tanto su belleza exterior como su brillo interior que se niega a morir.

Divido mi atención entre Benetti y Roguilin.

—¿Entonces no quieres la billetera de criptomonedas? —Toco mi bolsillo delantero.

Benetti prácticamente empieza a salivar. Se lame los labios y asiente hacia mis pantalones.

—Enséñamela. Lentamente o veremos lo guapa que estará con una bala en la cabeza.

Lentamente, saco la memoria USB de mi bolsillo.

—Libéralas y te quedas con el dinero. Lo intercambiamos. —Avanzo con cuidado—. Las mujeres por la billetera de criptomonedas.

Roguilin empuja a Lucy hacia mí para que pueda examinar el dispositivo.

—Parece el mismo, pero ¿cómo sabemos que no es un señuelo?

Casi puedo ver los pensamientos que le pasan por la cabeza. Si me dispara, se queda con el USB y con Lucy.

Como para demostrármelo, la mano que sostiene el arma se contrae. Me levanto la camisa y presiono un botón.

La luz roja del chaleco antibombas que llevo atado al torso parpadea.

Benetti retrocede.

—¿Qué demonios es eso? ¿Estás loco?

Cuando Darren manipuló rápidamente un interruptor falso en el chaleco, esperábamos precisamente esta reacción. Gracias al profundo conocimiento de mi amigo sobre el tema, nadie puede decir que el botón no está conectado a los explosivos.

Darren dijo que, si me disparaban, probablemente no detonaría.

No es muy tranquilizador, pero aquí estamos. Necesitaba una forma de reducir el riesgo de que me dispararan durante las negociaciones por la vida de Lucy, y este era el único plan que se nos ocurrió con tan poca antelación.

—¿Qué tal si no descubrimos lo loco que estoy? Esto puede acabar con que todos estemos sanos y salvos. Simplemente, entrégame a las dos y llévate la billetera de criptomonedas. Así, todos conseguimos lo que queremos y nos iremos contentos.

El supermodelo levanta y baja la barbilla bruscamente.

—Sí, está bien. Vamos...

—Inaceptable. —Roguilin interrumpe a Benetti y aprieta a Lucy—. Cambiaremos a la modelo de Marco por la memoria USB, pero Lucy es mía.

Gruño, resistiendo el impulso de pisotear el USB con mi bota. Lo haría sin pensarlo dos veces si esa acción no destruyera también mi única moneda de cambio.

La piel aceitunada del italiano palidece.

—Estás mintiendo.

Me permito una sonrisa seca.

—¿De verdad? Solo me importa una cosa, y es la persona que está a tu lado. Si yo no puedo tenerla, nadie la tendrá.

Me obligo a salirme un poco del guion gracias a la aparición sorpresa de Roguilin. Su mandíbula apretada sugiere que cree que estoy dispuesto a matarnos a todos para evitar que reclame a Lucy.

Eso solo demuestra lo idiota que es. Aunque con gusto sacrificaría mi vida para salvar la de Lucy, nunca pondría en peligro la suya intencionalmente.

—¿De verdad quieres correr ese riesgo? —Miro a mi alrededor, buscando algo que respalde mi amenaza. Cualquier cosa…

—Parece que estamos en un punto muerto, entonces.

Ante la tranquila declaración de Roguilin, unas manchas rojas se apoderan de la palidez de Benetti.

—¿Estás loco? Ninguna mujer vale tanto dinero. Yo, por mi parte, prefiero mantener mis entrañas dentro de mi cuerpo.

—¿Me estás cuestionando?

La amenaza sedosa que subyace a la pregunta de Roguilin no me pasa desapercibida, pero Benetti la pasa por alto o la ignora.

—Si estás dispuesto a que te maten por una mujer inútil, entonces sí. Puedo presentarte a cualquier otra modelo que quieras.

—El problema con ese plan es que no quiero otra modelo. Lucy es especial. ¿Verdad que sí, mi pequeña mascota?

Me rechinan las muelas al escuchar ese apodo afectuoso. Las fosas nasales de Benetti se ensanchan. Empieza a lanzarse hacia Roguilin, bajando un poco la mano que sostiene el arma.

Aprovechando su distracción, aprieto el gatillo dos veces seguidas. La sangre le sale a borbotones del cráneo. Él se tambalea y Heather grita al disparar su arma.

Cuando ella se libera, le meto otra bala en el pecho. Cae al suelo y no se mueve.

En medio de todo el caos, Roguilin permanece inmóvil. Por desgracia, no afloja el agarre sobre Lucy y no aparta el arma de su cabeza.

—No es una gran pérdida. Claramente, era un hombre que no apreciaba un objeto invaluable cuando lo veía. Ahora, ¿qué propones?

En primer lugar, propongo cortarle la polla y hacérsela comer por referirse a mi mujer como un objeto. Como el castigo no está en juego en este instante, la única opción que me queda es esperar a que baje la guardia. O convencerlo de que cambie de opinión, pero dada su evidente obsesión, no cuento con que eso suceda.

Una parte de mí lo entiende. Lucy Marlow es el tipo de mujer que despierta esa clase de devoción... desquiciada o no.

La luz roja de mi chaleco cautiva a Lucy. Quiero borrar su mentón tembloroso y su expresión atormentada, pero no puedo revelar la verdad. Aunque la amenaza de los explosivos parece haber perdido su utilidad. Como Roguilin no está dispuesto a aceptar la billetera de criptomonedas a cambio de Lucy, cualquier intento de presión queda completamente anulado.

Para un hombre cuerdo, el chaleco debería protegerme de un ataque.

Todavía no estoy convencido de la cordura de Roguilin.

Sea como sea. El único resultado aceptable es liberar a Lucy de sus garras. Dejaría que usara mi cuerpo como tiro al blanco antes de permitir que volviera a abusar de ella.

—Mira, la única forma de sobrevivir a esto es aceptando el trato.

Algo inexplicable distorsiona el rostro de Roguilin.

—Tal vez, pero tú irás primero.

Después de eso, los acontecimientos suceden rápidamente.

Al interpretar la amenaza, Lucy retrocede con el pie derecho y luego deja caer todo su peso al suelo.

Veronika grita desde algún lugar cercano.

—¡Lucy!

Disparo. Mi primera bala alcanza a Roguilin en el hombro, aunque la segunda vez que aprieto el gatillo, no ocurre nada.

Se acabó la munición.

Roguilin apunta.

—Vamos a ver quién la reclama en el infierno.

Uno.

—¡No! —El grito de Lucy es agonizante.

Dos.

Me tiro al suelo.

Tres.

El dolor me atraviesa el cuerpo.

Más disparos.

Quizás usar mi cuerpo para prácticas de tiro tentó al destino.

Mi visión se nubla. Voces distorsionadas retumban en mi conciencia.

—¡Callum! —Darren.

Más disparos estallan sobre mí. Mi consciencia comienza a desvanecerse como el agua de un tejado, y el frío se apodera rápidamente de mí. Estoy perdiendo sangre. Aunque todo mi ser quiere ponerse de pie, mi cuerpo no se mueve.

Las voces siguen llenando la habitación. Suenan tan lejanas, como si estuviera bajo el agua.

Lucy entra en mi campo de visión y se arrodilla para alcanzarme.

Lágrimas se derraman sobre sus mejillas. El penetrante aroma a hierro me llena la nariz.

El tiempo pasa, demasiado lento y demasiado rápido.

Lágrimas cálidas me salpican el rostro. Me concentro en la bonita boca de Lucy mientras se mueve, mas sus palabras nunca llegan a mis oídos.

Mi consciencia se sumerge en un espacio muy oscuro. En este extraño estado intermedio, me aferro a la realidad.

No estoy muerto, pero tampoco vivo. No puedo moverme. No puedo oír. Aun así, al menos puedo ver su rostro.

Ese hermoso rostro.

El dolor me abrasa el corazón.

Lucy solloza. Darren y Veronika aparecen sobre ella, consternados.

Ojalá pudiera decirles: *Tranquilos, no es la primera vez que me disparan,* pero no puedo hablar.

Quizás realmente me estoy muriendo.

Los acontecimientos se desarrollan como en una película muda.

Tembloroso. Surrealista.

Lucy sigue llorando. Los paramédicos entran corriendo para subirme a una camilla.

Una aguja me pincha la piel. Una máquina emite un pitido. El dolor cede. Susurros bajos. Sollozos apagados.

Lucy.

El último pensamiento que tengo antes de sucumbir a la oscuridad es sobre Lucy.

La amo y ahora quizá nunca lo sepa.

Capítulo 47

Callum

Una pequeña eternidad de profundo y oscuro vacío me envuelve.

Pero los pitidos que percibo detrás y a mi alrededor me aseguran que sigo vivo.

Pronto, unas voces se filtran en mi mente nublada.

—Salió bien de la cirugía.

—Es un luchador.

—¿Cuándo despertará?

Lucy.

—En cualquier momento.

Eso sonó como una enfermera o un médico.

La oscuridad y la desorientación se arremolinan antes del horrible chirrido de una puerta al abrirse que me araña el cráneo.

Aprieto los músculos de mi rostro mientras la sensibilidad regresa a diferentes partes de mi cuerpo.

Cuando abro los ojos de golpe, me encuentro en una habitación de hospital con un tragaluz en el techo. Las drogas que me estén inyectando son fuertes. Al menos no me duele mucho.

Parpadeo un par de veces antes de que Lucy se materialice, brillante, hermosa y resplandeciente ante mis ojos cansados.

A pesar de que lo he jodido todo.

—¡Callum! —El volumen me raspa la cabeza adolorida, sin embargo, no me importa. Renunciaría a cualquier otro sonido del mundo si pudiera escuchar su voz todos los días.

Intento alcanzarla, pero mis extremidades están entumecidas.

Ella se desploma sobre mí en la cama, sollozando.

—Casi mueres.

—Sí. —Las palabras me raspan la garganta—. Pero solo *casi.*

No sonríe ante mi poco intento de broma.

—Tú... viniste por mí, aunque no tenía la billetera de criptomonedas.

—Me importa una mierda esa cosa. —Mi mano sube débil y lentamente por su cabello—. Lo que me importa eres tú.

Me mira a los ojos. Nos quedamos en silencio un rato, disfrutando del simple placer de contemplarnos.

Finalmente, sorbe por la nariz.

—¿En serio?

—No recibí esas balas por diversión.

—Por favor, habla en serio. —Baja la mirada hacia la bata de hospital que me cubre el pecho—. Cuando termines con esta misión...

—Tú.

—¿Qué? —Su mirada se eleva de nuevo.

Tragar saliva me produce la sensación de haber ingerido un galón de arena.

—No tengo planes para el futuro, Lucy. Solo quiero estar... donde tú estés.

Se le llenan los ojos de lágrimas de nuevo.

—Pero tú odias que sea modelo. Crees que todas mis sesiones fotográficas son demasiado peligrosas y ...

—*Dondequiera* que vayas a estar. —Intento sonar firme, a pesar de mi voz destrozada—. Mientras quieras que esté allí. Si es que quieres que esté allí. —Sus ojos marrones me escudriñan—. Lo destruí todo, y no espero que... confíes en mí, pero...

—Confío en ti.

Eso me deja sin aliento. Hago una pausa para respirar hondo y recuperarme.

—Bueno... aunque no lo hicieras, necesito que sepas que... te amo.

Lucy respira con dificultad y las mejillas se le tiñen de un precioso color rosa.

—¿Lo dices en serio?

—Jamás he dicho algo con tanta sinceridad. —Cubro su mano sobre mi pecho y aprieto sus suaves dedos con los míos callosos—. ¿Cómo no? Eres la persona más hermosa, decidida, testaruda, cariñosa y fuerte que he conocido. —Resoplo una carcajada—. Debí saber desde el principio que serías la mujer que me arruinaría. Nadie más me ha sacado de quicio como tú. Te metiste en mi piel desde el principio, y en algún momento, decidí que quería que estuvieras ahí. Sé que la cagué, aun así, espero que me des otra oportunidad. Y si no, bueno... pienso pasar el resto de mis días intentando hacerte cambiar de opinión.

Los ojos de Lucy brillan con algo que no me atrevo a nombrar.

—Callum... no tienes por qué hacerme cambiar de opinión. Yo también te amo. Idiota. —Se seca los ojos y se ríe—. Te he amado desde... Dios mío. Ni siquiera lo sé. Parece una eternidad.

Siento una presión en el pecho mientras se me hace un nudo en la garganta. Carajo. De alguna manera, logro esbozar una sonrisa burlona.

—No pudiste resistirte a mi encantadora personalidad. Lo entiendo.

Me da un ligero golpecito en la única parte de mi pecho que no está vendada.

—Deja de portarte como un imbécil. Estás tan lleno de ti mismo.

Su sonrisa me llena de alegría pura.

Le acuno la mejilla con la mano libre, rozando con el pulgar ese pequeño hoyuelo que me ha estado volviendo loco.

—Voy a hacerte muy feliz.

Un brillo plateado delinea sus ojos.

—Ya lo haces.

La atraigo hacia mí para besarla y suspiro contra sus labios, contento por primera vez en mucho, mucho tiempo.

—No te volveré a perder de vista, Marlow.

Capítulo 48

Lucy

Durante los diez días que Callum pasa en el hospital. *Runway Revolution* apenas me viene a la mente. Aunque probablemente soy la única persona en el mundo del modelaje que puede decir eso.

El concurso saltó a las noticias en cuanto se informó del fallecimiento de Marco Benetti. Tras su muerte, los organizadores pospusieron la ronda final para dar espacio a las muestras de dolor, amor y apoyo de todo el mundo.

Lo cual me pareció perfecto. El tiempo fuera de la competencia me dio la flexibilidad suficiente para acompañar a Callum hasta que los médicos lo dieran de alta. Estar con él, incluso mientras se recupera, han sido algunos de los mejores días de mi vida.

Poder competir en la última ronda de *Runway Revolution* es simplemente la cereza de un delicioso pastel.

Aún no hay rastro de Viktor, pero sé que los *Reyes Irlandeses* están buscándolo, junto con probablemente todos los cazarrecompensas y agentes del FBI en un radio de quinientos kilómetros. Con todo el revuelo y el hecho de que también recibió una bala, el riesgo de que aparezca y me secuestre parece bajo por ahora.

Me deshago de los recuerdos y me concentro en el presente. La competencia final tiene lugar en otra azotea, con una pasarela de

más de un kilómetro, iluminada desde abajo. Los personajes más importantes de la industria de la moda se sientan en cuatro filas de sillas a ambos lados de la pasarela y el resto de los espectadores aplauden y toman fotos. En medio de todo el alboroto, siento que Callum sigue cada uno de mis movimientos.

Sentada en la primera fila del público, a mi izquierda, Maya me anima con el entusiasmo que solo una hermana mayor puede generar. Se subió a un avión en cuanto se enteró de que me habían seleccionado y decidió quedarse para verme competir por el primer puesto. Nika está justo a su lado, radiante. Ambas parecen muy orgullosas.

«No llores, Lucy».

Tener aquí a mis tres personas favoritas animándome es la verdadera victoria.

Desfilé por la pasarela, irradiando confianza con un impresionante diseño vanguardista de la famosa diseñadora Fumiko Ishiguro.

Los jueces reducen el grupo enseguida.

En la ronda final de esta etapa, solo quedamos Adrian Madriaga y yo.

Heather, que se recuperó por completo tras nuestro secuestro, abandonó la competencia, pero ella y yo hemos mantenido el contacto desde nuestra terrible experiencia con la muerte. Mi trauma reconoce el suyo, y viceversa.

Con un poco de tiempo, creo que Heather volverá al mundo del modelaje. Ya ha recibido algunas ofertas de trabajo solo por haber llegado tan lejos en esta competencia.

Es fuerte. Sobrevivirá.

El evento va cobrando impulso y llega el momento de mi último desfile. Vuelvo a la pasarela, sintiéndome como una reina como nunca antes.

Mis ojos se encuentran con los de Callum, que está de guardia junto a una de las entradas, y es como si me pavoneara hacia mi rey.

El calor y el orgullo en su mirada se reflejan en la distancia. Siento todo su apoyo y cariño desde aquí, y eso me da un poco más

de ánimo.

Después de todo lo que pasó con Marco, estaba segura de que Callum volvería a ser autoritario e imposible, exigiéndome que me retirara. Aunque me vigila más de cerca que antes, me apoya sorprendentemente, lo que me lleva a abalanzarme sobre él cada vez que tengo la oportunidad.

El final de la noche es un torbellino.

Imposible, maravillosamente, increíblemente, me coronan ganadora del *Runway Revolution* de este año. De la noche a la mañana, me convierto en la estrella de la ciudad. Las ofertas de contratos llegan tan rápido que mi aplicación de correo electrónico se bloquea.

Estoy *encantada*. Sin embargo, la competencia ya no es tan importante como lo era hace un mes.

Ahora, solo me alegro de estar a salvo. De que mis seres queridos estén a salvo. De que Callum esté a salvo.

Tras mi victoria, volvemos a la mansión Gallagher para celebrarlo.

Darren y Nika han dispuesto que ocupemos el comedor Gallagher para la ocasión.

La comida *gourmet* de cinco estrellas es, sinceramente, la mejor que he probado nunca, y Callum hace de camarero durante gran parte de la noche, lo que explica por qué estoy bastante animada cuando se abre la puerta y entra un hombre al que no reconozco, vestido con un traje a medida y con una sonrisa atractiva que no le llega a los profundos ojos marrones.

Se acerca a mí con paso firme.

—Cuando supe que teníamos a una supermodelo galardonada entre nosotros, supe que tenía que pasar por aquí. —Miro por encima del hombro. Se ríe—. Creo que debería felicitarla, señorita Marlow. —Me toma la mano y se inclina para besarme los nudillos.

Siento un cosquilleo en el estómago.

—¿Quién eres tú?

—Retrocede, Kellin. —Riley se acerca a mí, rodeándome del brazo—. Está comprometida.

—Eso me pasa por llegar tarde a la fiesta. —Le dedica una sonrisa radiante a una de mis nuevas amigas.

—No le hagas caso, Lucy. —Riley me da un empujoncito en el hombro—. Sé que parece más un tiburón de *Wall Street* que un mafioso, pero la verdad es que es bueno en lo que hace cuando no usa su encanto como arma.

Kellin se alisa la camisa.

—Es una descripción poco generosa de mí, ¿no crees, prima?

A pesar de su encanto, me da la impresión de que se siente un poco incómodo con su entorno. Es algo extraño si es de la familia.

Me pregunto si habrá alguna historia detrás.

Me giro hacia Riley, arqueando las cejas.

—¿Prima?

—El hijo de mi tío. Especialista en extracción e inteligencia de los *Reyes Irlandeses*.

—Suena peligroso. —Quizás me esté dejando impresionar un poco.

—También lo es coquetear con la mujer de Callum Kavanagh —Riley reprende severamente a Kellin antes de señalar con la cabeza el carrito del bar, donde Callum me observa fijamente con sus ardientes ojos verdes.

—La única vez que estoy en casa y pasa algo interesante, y llego demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Por ese comentario, Riley le da un golpecito en el brazo.

—¡Kellin, estás aquí! —Harper aparece junto al codo de su primo —. Quiero saber cómo te fue en Tailandia.

Harper se lo lleva y Riley me acompaña por la habitación hasta mi único amor.

Las manos firmes de Callum, me tocan la cintura.

—¿Haciendo nuevos amigos?

Riley se ríe.

—No te preocupes, la mantuve alejada de la baba.

—¿Quién le está babeando a mi diosa de la pasarela? —Nika me rodea los hombros con los brazos.

Todos nos reímos, incluso Callum, y es una de las mejores noches de mi vida.

Cuando iba y venía de una casa de acogida a otra sin un centavo, no podía imaginarme esto. Un contrato de modelo de un millón de

dólares. El teléfono del trabajo sonando sin parar. Agentes esperando entre bastidores para representarme.

Un hombre guapo, leal, dominante y sorprendentemente amable, entrelazando sus dedos con los míos y llevándome lejos de la fiesta a un salón tranquilo.

Callum y yo nos retiramos al sillón de cuero más grande y nos sentamos, disfrutando de la paz y la serenidad. Me acaricia el muslo mientras yo le rodeo los hombros con uno de mis brazos.

Cuando me fui de esta mansión por última vez, nunca pensé que volvería. Pero aquí estoy, acurrucada en el regazo de Callum, en la misma habitación donde bebí margaritas con mujeres a las que ahora considero mis amigas.

No puedo evitar reírme y negar con la cabeza.

—Todavía no puedo creer que le robaras la billetera de criptomonedas a Shane solo para asegurarte de que los *Reyes Irlandeses* enviaran ayuda.

—Tengo suerte de seguir respirando. —Aprieta sus labios contra los míos—. Pero lo haría un millón de veces más, porque vale la pena correr el riesgo.

Sus palabras me derriten el corazón.

Le beso la boca, la mejilla y le acaricio la oreja.

—¿Quieres salir de aquí?

Callum sonríe.

—Pensé que nunca lo pedirías.

Capítulo 49

Lucy

Mi lugar favorito en la casa de Callum es también el suyo. Es una sala de música reconvertida que me dejó sin aliento la primera vez que me la enseñó.

Aquí es donde Callum guarda el piano vertical de su abuelo, de los años treinta, y una colección de discos de vinilo cuidadosamente conservada, que abarca desde composiciones clásicas hasta *jazz vintage*. Incluso tiene una sección entera dedicada a músicos tradicionales irlandeses.

Las ventanas redondas y los traga luz filtran la claridad durante el día, pero esta noche, la oscuridad solo se ve disipada por unas pocas lámparas de luz tenue. Es acogedor y huele a mi hombre, que es lo mejor de este espacio. Bueno, junto a la enorme alfombra persa que se extiende sobre el oscuro suelo de madera.

La alfombra es mi lugar favorito para dejar a Callum desnudo y jadeando.

El *jazz* flota desde el tocadiscos mientras equilibro mis palmas contra su pecho, moviendo las caderas sobre su polla erecta.

—*Mierda*.... —Jadeo, apenas capaz de mantener los ojos abiertos.

¿Quién iba a imaginar que intentar meter sus veinte centímetros dentro de mí sería tanto trabajo, tan delirantemente agotador y tan

increíble a la vez?

Los dedos ásperos de Callum se aferran a mis nalgas tirándome hacia abajo. Gime mientras me masajea la piel.

Me quedo quieta, esperando a que me mire de nuevo.

—¿Estás bien?

Resopla y abre los ojos.

—Te dije que estoy bien. —Sus manos se contraen contra mi piel —. Vamos, no me provoques así.

—Acabas de salir del hospital. —Rozo con los dedos su cicatriz más reciente, justo al lado de su corazón—. Tenemos que tener cuidado hasta que te recuperes del todo.

Recibió esa bala, y más, por mí. Me duele el pecho solo de pensar en él tirado en el suelo. Tanta sangre.

—Lucy. —Su tono se vuelve más grave, provocándome un escalofrío—. Muévete.

El calor me abrasa bajo la piel. Me balanceo más rápido que antes, empujándome contra él con todas mis fuerzas.

Jadeamos y gemimos juntos. El alcohol en mi organismo atenúa la timidez que normalmente me impide conseguir justo lo que quiero.

Pero no esta noche.

Esta noche, soy su reina. El amor que siento por este hombre me da alas, arde en mi sangre. Cada roce de nuestros cuerpos, cada embestida de su polla, cada latido de lujuria me recuerda que soy suya y él es mío. Nunca me dejará.

Y yo nunca lo dejaré ir.

Callum me pellizca el muslo para llamar mi atención.

—Ven aquí.

Sonrío, inclinándome para besarle los labios.

Una de sus manos se desliza desde mi trasero hasta mi nuca y me aprieta con fuerza.

Gimo contra él.

—Te amo.

Se estremece debajo de mí.

—Yo también te amo, Marlow.

Las palabras me recorren todo el cuerpo, cálidas, reconfortantes, placenteras.

Nunca me cansaré de oírlas.

Entonces, Callum empieza a embestir, impulsándose dentro de mí con una penetración aún más profunda.

Empiezo a desmoronarme. Cierro los ojos de golpe, el placer me alcanza y me penetra hasta el fondo.

—*Dios mío.*

—Córrete, preciosa. —Callum me incita a acercarme con su voz aterciopelada—. Por favor.

No hay nada más erótico que Callum diciendo por favor. Quizás sea, porque no parece el tipo de hombre que pide nada. Pero oírlo decirme que por favor me corra mientras me embiste una y otra vez, me pone cachonda cada vez.

Un grito me sale de los labios mientras temblores me recorren el cuerpo y me agito alrededor de su verga.

El placer me recorre cada nervio mientras mi orgasmo me lleva cada vez más alto. Pequeños puntos negros difuminan mi visión. Durante una pequeña eternidad, mi cuerpo se eleva.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que la realidad vuelva. Callum me abraza, empapado en sudor, contra su pecho, dejando que el ritmo constante de su corazón me calme. No quiero que este momento termine nunca.

Después de unos minutos, nos gira a un lado, con su brazo como almohada para mi cabeza.

Inspiro profundamente, inhalando su aroma a cedro y vainilla. Podría quedarme dormida, justo así.

En cambio, encuentro energía para pedirle que me cuente su mayor secreto.

Sus dedos acarician mi hombro izquierdo con un roce casi imperceptible.

—¿Recuerdas la misión de la que te hablé? ¿Salvar al diplomático y a su familia?

—*Mmmm...*

—Todos los años por estas fechas, vuelo de vuelta a Irlanda para visitar sus tumbas.

Abro los ojos de golpe.

—¿En serio?

Asiente.

—Dejo flores.

—¿Vas hasta Irlanda solo para visitar sus tumbas y dejar flores? —Es el homenaje más hermoso que he escuchado.

Los dedos de Callum me recorren el brazo.

—De verdad, eso es todo lo que hago en todo el viaje. Solo visito sus tumbas y reflexiono. Ni siquiera les digo a mis amigos ni a mi familia que estaré en la ciudad. Es una visita completamente conmemorativa.

—Qué hermoso.

—Tú eres hermosa.

Le toco el pecho.

—Ponte serio.

—De acuerdo. —Me rodea la cintura con el brazo y me estrecha un poco más contra él—. Ven conmigo entonces.

—¿Qué?

—Me dijiste que fuera en serio, y lo soy. —Me besa la frente—. Quiero que me acompañes en mi próximo viaje de regreso.

—No quiero interrumpir tu ritual.

—No es por eso que quiero llevarte. —Su risa suena un poco... forzada.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Estaba pensando que después de mi visita, sería un placer... presentarte a mi familia. Podemos organizar el viaje a Tokio que te ganaste.

—¿Tu familia? —Intento imaginarme a Deirdre y a sus padres, pero no puedo. Tendré que sorprenderme.

Callum suspira.

—No hay ninguna presión, por cierto. Sé qué hace mucho que no conoces a padres... y los míos no son los mejores del mundo, ni nada, pero al fin y al cabo, soy un poco anticuado. Quiero que conozcan a la mujer de la que estoy enamorado.

Una felicidad irracional e inimaginable me destruye. Siento que estoy a punto de explotar.

—Claro que quiero conocer a tu familia.

—¿De verdad? —El dejo de esperanza en la voz de Callum me detiene.

De verdad que ha estado pensando mucho en esto, ¿verdad?

—Callum, te amo. Podrían ser asesinos en serie, y aun así querría conocer a quienes te trajeron al mundo...

Mi teléfono suena alto y molesto.

Callum lo toma.

—Espera, lo apagaré.

—No. Pásamelo. —Me incorporo, respirando hondo.

Callum gruñe y me deja el teléfono en la palma de la mano.

—Es la fiscal de distrito. —Casi se me escapa. Por el momento, me había olvidado por completo de Viktor Roguilin y de mis planes de seguir testificando.

¿Pero una llamada de la fiscal de distrito en plena noche? No puede ser una buena noticia.

Con el corazón latiendo con fuerza, contesto la llamada y me llevo el teléfono a la oreja. Asiento con la cabeza y digo:

—Ajá. —La llamada termina tan rápido como empezó.

Dejo caer el teléfono, mirando a Callum con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quería?

—Ya no necesitan que testifique porque... Viktor Roguilin está muerto. Alguien le disparó en la cabeza.

La sospecha me revuelve las entrañas.

—Pero tú ya lo sabías, ¿verdad?

Callum me dedica una sonrisa maliciosa y me quita el teléfono de encima. Por su actitud, sospecho que mi novio no solo lo sabía, sino que jugó un papel crucial en la muerte de Viktor.

Quizás esté mal, no obstante, tampoco puedo decir que lo siento. El mundo es un lugar mejor sin ese hombre.

—¿Qué puedo decir? —Callum me besa mi hoyuelo—. Siempre te protegeré.

—¿Porque eres mi guardaespaldas? —bromeo.

—Por eso y porque te amo.

Me derrito en sus brazos para que me demuestre exactamente cuánto.

Epílogo

El hombre está sentado en el asiento del copiloto en una carretera secundaria industrial llena de humo, mirando su teléfono por enésima vez.

Son las dos de la mañana. *«Los muy cabrones vienen tarde».*

Si no llegan en treinta segundos, mala suerte. Una de las ventajas de su puesto es no tener que esperar a ningún imbécil.

—Ya somos demasiado viejos para esta mierda. —Su chofer, Tom, abre un Zippo, y enciende el cigarro con la diminuta llama naranja que es como un faro en la noche. El aroma a clavo y tabaco se extiende por la noche brumosa.

El hombre se ríe negando con la cabeza.

—Eso sí que es verdad. Pero todavía no puedo confiar en los jóvenes para estas cosas.

El humo se extiende en espiral por el interior y sale por la ventana abierta, impidiéndole ver las estrellas por un momento. *«Las cosas estúpidas nunca fueron ni la mitad de brillantes en la ciudad»*. El anhelo que le provoca ese pensamiento significa que probablemente ya es hora de entregar las riendas. Su hijo ya ha crecido. Es fuerte. Sigue afianzándose, aunque tal vez durante el próximo año pueda aumentar su participación en el negocio.

—Se ha casado. Mejor que disfrute de esa etapa mientras pueda.

Tom le dedica una sonrisa de reojo.

—Es blando con ese chico, jefe.

—Puede ser. —Se retuerce el grueso anillo de bodas en el dedo —. Pero si se lo cuentas a alguien, te disparo.

—Ni se me ocurriría.

Una repentina premonición le hiela la espalda. Algo anda mal.

Mientras busca su arma, el *ratatatat* de las ametralladoras rompe el silencio de la noche y destroza el parabrisas.

Se agacha mientras le grita a Tom:

—¡Agáchate!

No hay respuesta. Una rápida mirada lo golpea en el estómago. Tom está desplomado e inmóvil, con sangre oscura saliendo de múltiples agujeros en su cara y cuello.

Damnaigh sé. «Maldita sea».

Aunque la adrenalina le corre por las venas, mantiene la calma. Esto es malo, pero ha sobrevivido a peores situaciones. Solo necesita mantener la calma.

Se mantiene agachado, sacando el revólver de su cintura.

La luna es una fina franja, las tenues estrellas apenas atraviesan la oscuridad.

En su posición actual, sin refuerzos, es un blanco fácil. Y ni siquiera está seguro de quién le está disparando. ¿La gente con la que debía reunirse?¿O algún tercero que se enteró y decidió tomar represalias?

Un silencio inquietante se apodera de la noche. No se oyen chirridos de neumáticos. No se oye el crujido de la hierba ni la grava bajo las botas. Aguanta la respiración, escuchando.

Sabe que no se han ido.

Aunque pudiera subirse al volante sin problemas, tendría que deshacerse del cuerpo de Tom antes de poder conducir. Las posibilidades de un impacto directo son altas.

Pero estos cabrones se lo merecen si creen que simplemente se rendirá.

Si quieren pelea, la tendrán.

Arriesgándose, apaga la luz interior y se lanza al asiento trasero, ignorando los cristales desparramados. Saca el AR-15 del hueco del panel lateral. Luego, empuja la puerta, usándola como cobertura mientras sale del coche.

Apunta a la oscuridad y empieza a disparar. Los gritos y el fuego de respuesta le informan que ha alcanzado a sus objetivos. No sabe cuántos. Sigue disparando y esquivando balas mientras resuenan gritos y maldiciones. Los disparos resuenan.

Dispara hasta quedarse sin munición. Cuando el rifle está vacío, lo mete de nuevo dentro y apunta con su revólver a sus atacantes invisibles. A la espera.

La noche vuelve a quedar en silencio.

Un dolor lo recorre. Se toca el pecho y sus dedos se humedecen.

Ha recibido tantas cicatrices de guerra que no podría contarlas, pero este podría ser el final. Por fin.

Se le doblan las rodillas y cae al suelo, la agonía empieza a desvanecerse. Aún está lo suficientemente consciente como para darse cuenta de que es una mala señal.

Sus pulmones luchan por inhalar oxígeno, como si estuvieran inundados de agua. La sangre gorgotea en su garganta. La sensación no es del todo agradable, pero es cálida.

La oscuridad se extiende en su mente como cien manos codiciosas.

Así que esto es la muerte. Después de engañarla durante todos estos años, por fin le llegó la hora.

Todo rey muere tarde o temprano. Este es su fin. El nuevo comienzo de su hijo.

Su hijo tiene esposa. Un tío. Amigos cercanos. Le ha enseñado todo lo que ha podido.

Esto le va a doler, pero estará bien.

«Old Bulletproof *ya no existe. Es el fin de una era».*

El hombre cierra los ojos y pronuncia sus últimas palabras antes de rendirse a la oscuridad.

—*Slán as anois* «Hasta pronto», Finn, mi precioso niño.

***

Finn

Me paso una mano por el cabello.

—¿Donal? ¿Has tenido noticias de *Da*?

El primo de mi padre niega con la cabeza.

—El equipo de reconocimiento aún no ha encontrado el vehículo.

Reprimo un gemido y me recuesto en la silla de cuero de mi padre. Extiendo las manos sobre su grueso escritorio de madera.

Doce horas. No hemos sabido nada de él en *doce horas*. Mi padre no desaparece de la faz de la tierra así. Ya casi nunca sale de la mansión. Pero anoche, simplemente desapareció. Llevándose a su chofer y su coche favorito y adentrándose en la noche como un justiciero.

Cian me pone una mano en el hombro.

—Seguro que está bien. Quizás se le murió la batería del teléfono. Ya sabes que todavía no se le da bien cargarlo. Vive como si estuviera en los setenta.

Resoplo.

—Sí, pero Tom suele ser mejor en eso.

La puerta de la oficina se abre y Riley asoma la cabeza.

—¿Alguna novedad?

Supongo que mi expresión es suficiente, porque cruza la habitación y se sienta en el borde de la silla. Nunca haría eso si mi padre estuviera aquí.

—Pronto tendremos noticias. Seguro. —Me acaricia el cabello. Tengo que esforzarme para no derretirme en su tacto.

¿En qué demonios está pensando mi papá? Tiene responsabilidades. Si yo fuese el que lo hiciera, me azotaría…

El teléfono de Donal suena. Contesta y me lo pasa.

—Es mi hijo.

De repente, un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Darren. ¿Qué encontraste?

—*El coche*. —La voz de Darren suena tensa. Entrecortada. Para nada como la de siempre.

Siento un nudo en el pecho.

—¿Y?

—*Tom está muerto. Y...*

—¿Mi papá?

—*Shane... se ha ido, Finn.*

El teléfono se me resbala de la mano y cae con un golpe *sordo*.

Cian lo arrebata del escritorio y se aleja.

—Informa, Darren.

Miro a Riley.

Tiene las mejillas pálidas, la mano congelada en la base de la garganta.

Shane. *Da.*

Old Bulletproof no puede estar... Él...

Mi padre no está…

Riley me acuna la mejilla con dedos temblorosos.

—Finn...

Me aparto bruscamente, me levanto del escritorio y, sin querer, tiro el pisapapeles de cristal con forma de calavera de la esquina de la madera. Se hace añicos contra el suelo; un millón de diamantes brillantes parpadean a la luz de la lámpara.

Mi padre no está muerto. No puede estar *muerto*.

No puedo perder a nadie más. No otra vez.

Durante unos minutos, no oigo casi nada.

El rugido en mis oídos lo ahoga todo.

Entonces, la voz de Donal irrumpe.

—...cuidado. Cuídense. Todos. No podemos bajar la guardia.

Levanto la vista. La sala está más llena que hace un momento. Veronika está hablando con Cian, quien sigue al teléfono con Darren. Harper y Kiara están aquí, de pie en la esquina con Riley. Las manos temblorosas de Riley están aferradas a las de Harper. Las lágrimas corren por el rostro de Kiara.

Olvidé que ella y mi papá se llevaban bien.

—Alguien tiene que ver cómo está Trinity. —Mi media hermana ha estado en la universidad y fuera del radar, así que debería estar a salvo. Aunque, claro, pensé que papá también lo estaba.

—Lo haré. —Cian responde

Mi mirada vuelve a Donal.

—¿Qué decías?

Tiene los ojos enrojecidos, pero su voz es tranquila.

—De ahora en adelante, esta Familia está en tus manos, Finn. Nunca se puede ser demasiado precavido.

Paso los dedos por un nudo en la superficie del escritorio de mi padre. Mi escritorio, ahora.

Me arde el pecho.

Por un instante, vuelvo a tener catorce años.

—¿Qué tengo que hacer?

Donal se acerca y me pone la mano en el antebrazo.

—Demuestra que eres tan líder como Shane. No los dejaremos ganar.

Mientras miro a la gente a mi alrededor, se me endurece el corazón.

No. No lo haremos.

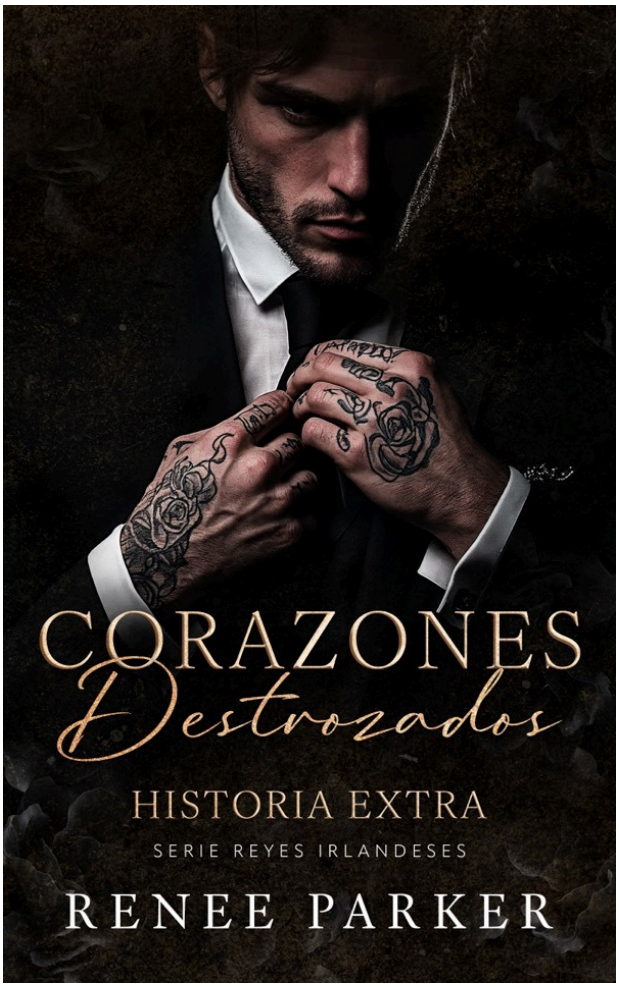
El fin

¿QUÉ SIGUE?

Historia extra GRATIS

¿Tienes curiosidad por saber en qué apasionantes aventuras se sumergen Riley y Finn después del primer libro? Tienes suerte, tengo una historia extra, exclusiva solo para ti. Riley está lista para subir la temperatura y, créeme, las cosas se ponen muy calientes.

¡Haz clic **AQUÍ** para conseguir tu historia extra GRATIS hoy mismo!


CORAZONES
Destrozados
HISTORIA EXTRA
SERIE REYES IRLANDESES
RENEE PARKER

Únete A La Comunidad Exclusiva De Lectores

Sé el primero en descubrir los nuevos lanzamientos, las portadas y el contenido exclusivo, ¡todo ello creado especialmente para *fans* como tú! Suscríbete a mi boletín y desbloquea emocionantes beneficios:

- **Acceso anticipado a nuevos lanzamientos**: sé el primero en enterarte de los próximos libros y sus fechas de lanzamiento.
- **Avances exclusivos**: echa un vistazo a capítulos, ilustraciones y contenido extra.
- **Sorteos y ofertas especiales:** participa para ganar libros gratis, productos exclusivos y mucho más.
- **Invitaciones al ARC Team**: ¡Únete al equipo de lectores que obtendrán copias y ayuda a dar forma a la historia!

Si están listos para formar parte de una comunidad de amantes de los libros que adora las novedades, haz clic en el enlace de abajo para registrarte hoy mismo. ¡Estoy deseando darte la bienvenida!

HAZ CLIC AQUÍ PARA SUSCRIBIRTE

Agradecimientos

Escribir una serie es una tarea enorme, que requiere demasiadas dosis de cafeína, búsquedas cuestionables en Google y la capacidad de funcionar con muy pocas horas de sueño. Para mí, también es un sueño hecho realidad, y estoy profundamente agradecida con todos los que me han ayudado a hacer realidad mi sueño.

Mi más sincero agradecimiento al increíble equipo de RoseHarbor Publishing. Desde la edición de textos hasta el diseño de la portada y el *marketing*, todas las personas que han participado en esta serie han desempeñado un papel crucial para dar vida a estos libros. Estoy más que agradecida por su dedicación y apoyo ilimitado, por estar siempre disponibles para tranquilizarme cuando me sumerjo en una espiral de pesimismo relacionada con la historia y por hacer todo lo posible para garantizar que los libros que escribo sean lo mejor posible.

A mis betas y editores: los valoro mucho. Me ayudan a detectar los cabos sueltos, me avisan cuando los villanos no son lo suficientemente malvados y me dan un empujoncito si un libro necesita más escenas de besos (y seamos realistas, ¡siempre se pueden añadir más escenas de besos!).

A mis amigos y a todos los demás en mi vida que fingen no darse cuenta de que murmuro sobre asesinatos, venganza y si el héroe es lo suficientemente moralmente ambiguo: gracias.

Como siempre, estoy agradecida a mi familia por su amor y su apoyo. Aguantan mi mal humor después de pasarme la madrugada escribiendo esa escena que se me ocurrió a medianoche y no se

quejan cuando llevo la misma ropa durante días. Gracias por creer siempre en mí.

Por último, a mis lectores. Gracias por acompañarme en este viaje a un mundo de amor oscuro y peligroso. Sus mensajes y reseñas me inspiran a seguir escribiendo, incluso en los días más difíciles. El romance alimenta mi alma y compartir estas historias con otros amantes del romance me hace increíblemente feliz. Estos libros les pertenecen.

Con gratitud,

Renee

Sobre Renee Parker

Renee Parker comenzó a escribir historias como una forma de aliviar el estrés de su trabajo de oficina, en gran parte, porque no tiene paciencia para tejer y no le gusta sudar lo suficiente como para hacer yoga. Aunque le encantan todos los géneros románticos, sus tipos favoritos para escribir son los hombres temperamentales y moralmente ambiguos y las mujeres que conquistan sus corazones. También ama la angustia, los actos de redención y que se arrastren por perdón.

Renee tiene la suerte de vivir en un lugar donde el sol y el buen tiempo son la norma durante todo el año. El Beagle gruñón con el que comparte su hogar tiene la capacidad pulmonar de un cantante de ópera y un olfato que necesita urgentemente un botón de apagado.

Descubre más sobre Renee Parker en su página web
www.AuthorReneeParker.com

Sigue a Renee en las redes sociales

